PILAR DE ARÍSTEGUI

Prólogo del padre Ángel



Sofía
LA REINA

Índice

Dedicatoria
Citas
Prólogo. La semilla de la comprensión
Breve razón de una obra
Inicio

Libro I
EL MAR DE ULISES

1. La guerra. 1938-1940
2. El exilio. 1940-1946
3. Levantar el país. 1946-1952
4. Abramos las puertas al mundo. 1952-1954
5. Los triunfos. 1954-1962
6. Boda en Atenas. 1962-1963

Libro II
NO ÉRAMOS NADIE

7. Años de silencio. 1963-1974
8. Inmenso horizonte. 1974-1977
9. Arduo es el camino. 1977-1981
10. Año trágico. 1981-1982

Libro III
UNA NUEVA ERA

11. Relaciones exteriores. 1983-1991
12. Año de retos. 1992
13. La angustia y la esperanza. 1994-1998
14. Quiero ser útil. 1999-2003
15. Un matrimonio real. 2003-2010
16. Abdicación. 2010-2014

Epílogo
Agradecimientos
Bibliografía
Notas
Créditos

A mi marido Carlos,
cuyo entusiasmo por esta crónica me ha acompañado
durante estos duros meses de su ausencia.
Carlos escribió un libro magnífico, El cautivo del papa*,*
mientras luchaba contra su enfermedad.
Su recuerdo y ejemplo me han sostenido
en esta época de dolor.

«Los nuevos afectos, construidos sobre los viejos,
aumentan su valor».
S.A.R. LA REINA FEDERICA DE GRECIA, *Memorias*

«Cuando tú sabes, todo en la tierra es gozo y alegría,
y los hombres dicen: “Verte es vida, no verte es la muerte”».
HOMERO

Prólogo
La semilla de la comprensión

«Si el maltrato es la semilla de la intolerancia, el amor lo es de la comprensión. Cada vez que los adultos seamos capaces de cambiar un acto de maltrato por una sonrisa estaremos construyendo un futuro mejor». Estas fueron las palabras con las que Su Majestad la Reina Sofía puso prólogo al libro de mis parábolas, editado hace ya quince años.

Qué hermoso que en la vida cambien las tornas y se pase la pelota de esta manera tan enriquecedora. Que ahora sea yo quien tenga el honor de introducir con mis palabras un libro sobre la reina Sofía, a quien quiero y admiro mucho.

Y es que las relaciones humanas están hechas de intercambios: nos damos suerte, saludos; canjeamos disgustos, alegrías y otras muchas cosas. También recibimos mal y, a veces, somos capaces de ser valientes y de cambiar, como escribió Su Majestad, un acto de maltrato por una sonrisa. Sin duda el mejor intercambio. Lo he leído en referencia a algún santo: dicen que el perdón es amor a contracorriente.

Estoy seguro de que, simplemente por eso, la reina es una persona que construye a diario un mundo mejor. Pues podría alguna vez haber abusado de su poder, y sin embargo siempre ha sido honesta y humilde. Podría haberse olvidado de los demás y haberse preocupado por lo suyo, sin más. Pero hemos conocido su interés por los necesitados. El dolor de los enfermos de sida, a través de su fundación, se ha aliviado en España. Ha sabido sonreír y acariciar la terrible injusticia que es ver a un niño enfermo.

La recuerdo visitando Mensajeros de la Paz. Nuestra antigua casa de Teseo, un hogar de Mensajeros para niños con discapacidades físicas e intelectuales graves. También en nuestro Teléfono Dorado, atendiendo a las personas mayores, con su sonrisa fresca y su trato cálido transparentándose a través de su voz.

Sin dejarse influir por los jaleos mediáticos, ha sido reina y a la vez protectora de muchas buenas causas. Es una mujer que está a la escucha y que se ha puesto al servicio de las necesidades sociales, acudiendo a apoyar eventos benéficos para la promoción social de la educación y la lucha contra males como las drogas, la pobreza infantil o la exclusión.

La conocimos joven, refulgente, madre, y hoy la vemos iniciándose en la edad de la serenidad, de nuevo iluminada y, sobre todo, digna y fuerte. Quizá por saberse abuela, quizá por haber podido también ella abdicar de alguna manera, tras haber ejercido de reina lo mejor posible durante tanto tiempo.

Estoy seguro de que, con su experiencia haciendo frente a las más difíciles situaciones que ha atravesado el país en nuestra historia reciente; con su carácter solidario y la estela del trabajo realizado por el bien de los demás, va a seguir demostrándonos lo que hasta ahora. Todos los años que quiera. Con la semilla de la comprensión en la sonrisa, que siempre nace acompañada, por otra parte, del riesgo de tener que cambiar con su embate los actos de maltrato con los que tantas veces nos podemos encontrar.

PADRE ÁNGEL,
presidente de Mensajeros de la Paz

Breve razón de una obra

Cuando Ymelda Navajo me convocó para una reunión en La Esfera de los Libros, sospeché y deseé que el encargo fuera de enjundia.

Superó mis expectativas. Nunca había pensado en un personaje vivo, pues mi predilección me conducía a los siglos XVI y XVII. Sin embargo, sí me han interesado siempre las mujeres que han significado un cambio, que han dejado su huella en los caminos de la historia, siendo mi favorita Isabel de Castilla.

Comencé a acercarme a la figura de la reina doña Sofía con paciencia, y traté de que fuera con delicadeza. Sé que algunas informaciones publicadas no son ciertas, y que otras, veraces, no se sabrán jamás. Tras muchos meses de documentación, dejé actuar a la memoria y comencé a rememorar episodios en los que yo estaba presente y recordé siempre amabilidad y sonrisas. Humanidad.

Creo ver, y si no es así me disculparán, analogías y paralelismos entre Ana de Austria, reina de Francia, y nuestra Sofía de Grecia, reina de España. Al natural amor por sus países de origen, añadirán ambas reinas su entendimiento hacia la nación de adopción. Sobre todo, cuando han de colaborar para que el legado histórico de la institución les llegue a sus hijos —a Luis XIV en el caso de Ana, y a Felipe VI en el de Sofía— no solo intacto, sino mejorado.

Las dos conocerán tiempos turbulentos. En el caso de Ana, como regente, ha de enfrentarse a la Fronda y la astucia conspiradora del cardenal Richelieu. Sofía se curte en el exilio, más tarde se forma en el exigente colegio de Salem y, sobre todo, en la observación y análisis en los años del franquismo. Tras diversos avatares y continua incertidumbre, que están relacionados con la singular situación de la España de aquel periodo, consigue ver a su marido en el restablecido trono de España, pero ha de enfrentarse al peligroso episodio del 23 de febrero, entre otros sobresaltos, no menos importantes y, familiarmente, más dolorosos.

Siempre ha sabido tener, en el momento oportuno, el acercamiento afectuoso, la sonrisa cariñosa. Y mantener por encima de todo la dignidad de su responsabilidad con la corona. La relación entre dos seres humanos es una realidad tan rica, tan compleja, tan sujeta a actores y circunstancias cambiantes, que solo los testigos constantes de esas vidas podrían, en todo caso, tener una opinión.

Por otra parte, la reciente historia de España nos muestra una Transición ejemplar, conducida con mano maestra por el rey Juan Carlos. Transición que aportó a nuestro país un largo periodo de desarrollo económico, paz y convivencia.

Los episodios fundamentales narrados en esta crónica intentan contar el origen, la estructura familiar y la formación que llevó a doña Sofía a ser como es: la influencia de su padre, el rey Pablo, un hombre inteligente, serio y reflexivo —a quien las personas que le conocieron dicen que se parece tanto doña Sofía—, que dejó la memoria de su hija repleta de buenos ejemplos y de la energía positiva que produce haber vivido inmersa en un profundo amor familiar. Esos recuerdos otorgan una gran fortaleza ante los vaivenes de la vida.

Y completando la otra cara de la moneda de esta sólida unión de la familia, su madre, la reina Federica, apasionada, tenaz en sus objetivos, ajena a su posición de mujer y la estrechez de miras de su época hacia la condición femenina.

Mi madre, Carmen Petit de Ory, mujer discreta y sumamente prudente, estaba por aquellos años en la región a causa de los destinos de mi padre, en la cercana Rumanía y la fascinante Turquía. Ella me enseñó a admirar a la reina Federica por su laboriosidad y su inteligencia al servicio de su país; y siempre comentaba que fue injusta la opinión pública con una reina enamorada de su país de adopción, al que tanto bien hizo. «La admiración es la gratitud de la inteligencia», Carmen Iglesias *dixit*.

La labor social que doña Sofía ha ejercido de manera brillante y generosa, durante ya casi cuarenta años, es parte fundamental de este libro. La madre Teresa de Calcuta, el padre Ángel García, Mohamad Yunus o Somaly Mam conocieron su tesón en llevar la necesaria ayuda a los más necesitados. Espero sirvan así mismo otros capítulos para comprender el papel de consejera discreta y también la serenidad que mostró siempre en público la reina Sofía en los hechos que zarandearon la ansiada convivencia de los españoles.

He tenido la suerte de coincidir con doña Sofía en varias ocasiones. Pero, en la mayoría de ellas, yo era eso que se llama: «Y acompañantes…».

Lo cual me situaba en una magnífica plataforma de observación.

Pude comprobar entonces, como les relataré a lo largo de este libro, la disponibilidad de la reina, su gentileza, su deseo genuino de aprender y conocer, hasta en los más mínimos detalles, su energía incombustible para permanecer en los actos oficiales el mayor tiempo que le concediera el protocolo, y así permitir que la saludaran todos los asistentes. Y escuchar y absorber de ellos la realidad. Algo tan tangible y a la vez tan escurridizo.

Pero no quisiera que este libro fuera una hagiografía de un personaje de la realeza, sino la crónica de un ser humano con responsabilidades reales que ha tenido siempre presente la importancia del cumplimiento del deber, el servicio a los demás y que ha vivido y sufrido las adversidades de la existencia con entereza y dignidad.

Inicio

«Abrid las puertas a Cristo.
Es más, ¡abridlas de par en par!».
SAN JUAN PABLO II

Plaza de San Pedro
27 de abril de 2014

El sol bañaba de oro las viejas piedras de la basílica de San Pedro. La expectación estaba teñida de una alegría contagiosa, que se extendía como una niebla poderosa, a pesar de la posible Babel en la que se podía convertir aquella maraña de nacionalidades, lenguas y culturas. La corriente de amor y admiración que Juan Pablo II había hecho crecer en los corazones de gentes venidas de lugares recónditos o bien cercanos invadía el espectacular Brazo de Carlomagno en la magnífica plaza.

Ese río de afecto rodeaba a aquellos que le conocieron, y también a quienes tan solo —¡como si no fuera lo más importante!— oyeron su palabra y la siguieron.

Polacos enfundados en gruesos terciopelos y botas de cuero, tocados con turbantes carmesí y ondulantes plumas de faisán, inmersos en la exaltación del momento, observando, comentando de continuo lo que estaba por suceder y levantándose mil veces para comprobar su certera intuición; franceses refinados enarbolando contenida emoción; argentinos vestidos con los protocolarios trajes oscuros y que mostraban legítimo orgullo por «su» papa; alemanes discretos venidos también a ver al «suyo»; norteamericanos recogidos en su profunda fe y con una potente luz en sus pupilas; dulces filipinos que regalaron una multitudinaria recepción al nuevo santo años atrás.

Más allá, italianos y españoles confraternizaban en espontáneo júbilo, con muestras de entendimiento mutuo. Del corazón de África venía una extensa delegación: de Nigeria los valientes cristianos, tan castigados, tan tenaces, y muy visibles con sus suntuosas vestimentas; de Kenia, la de naturaleza poderosa, los habitantes de sus extensas sabanas vestidos con los ropajes de sus míticas tribus: kikuyus, luos, kamba y masái; de Sudáfrica, indios, negros y blancos unidos en la necesaria convivencia y la misma fe; de Benín, de donde surge excelso el arte en terracota y bronce; de Guinea, con su habla de suave cadencia en hermoso español, muchos con trajes tradicionales que llenaban la antigua plaza de color y mostraban la universalidad de la Iglesia católica.

Un misionero que desarrollaba su labor en el Congo, castigado por una vida de penurias y enfermedades endémicas como la malaria, comentaba a su compañero:

—¿Te acuerdas de aquella noche a orillas del río Congo?

—¡Cómo podría olvidarla!

—Juan Pablo II nos regaló con su visita la fuerza que necesitábamos para recomenzar a diario nuestra misión.

¡Cuántas historias de amor y trabajo ocultaban aquellos semblantes tranquilos! Hubiera sido extraordinario poder preguntar a muchos de esos fieles las razones que les habían llevado a estar

allí ese día.

Era una ocasión única. Dos papas, uno en activo y otro emérito, estaban a punto de canonizar a dos papas venerados. La bondad de Juan XXIII había cautivado desde el inicio a los romanos; y la fuerza, cercanía y carisma de Juan Pablo, el Atleta de Dios, habían circunnavegado el mundo, llevando la palabra de Jesús a todos los países y en especial, como él repetía a menudo, «a los más pobres».

Otra sentencia sobrevolaba el recuerdo de muchos: «*Non abbiate paura! Aprite, anzi spalancate le porte a Cristo!*» (¡No tengáis miedo! ¡Abrid, es más, abrid a Cristo las puertas de par en par!).

De Juan XXIII recordaban una curiosa anécdota. Siendo Angelo Roncalli visitador apostólico en Bulgaria,[1] la reina Juana de Bulgaria, italiana de nacimiento y perspicaz conocedora de los ambientes vaticanos, que admiraba profundamente al prelado, cuando este acudió a despedirse, pues había sido nombrado en otro lugar, la soberana le anunció clarividente:

—Excelencia, cuando seáis elegido papa, yo deseo estar en la plaza de San Pedro aclamándoos en la ceremonia de entronización.

Tras unas palabras de cortesía, el visitador marchó a su residencia, y esa noche Roncalli escribió en su diario: «Su majestad es una magnífica dama, pero lo que ha dicho hoy es una fantasía».

Años más tarde, cuando el cardenal Roncalli fue designado para la silla de Pedro, la reina Juana era invitada de honor en la entronización del nuevo papa, y se encontraba en el *sacrato*. El buen pontífice en aquella ocasión había sido menos intuitivo que la perspicaz reina.

Ese 27 de abril de 2014 el rey Simeón había acudido al Vaticano para celebrar la santificación del papa Roncalli.

Comenzaron a llegar los invitados ilustres. Muchos reyes y jefes de estado habían querido estar en Roma, en la basílica de San Pedro, para honrar la memoria de los nuevos santos. La atención de las buenas gentes comenzó a dirigirse hacia los personajes notables. Leves murmullos mostraban el interés hacia uno u otro líder mundial.

En ese momento llegaron al *sacrato*, ante la fachada del templo, los reyes de España, acompañados por dos gentilhombres españoles. La reina, por el «privilegio de blanco»[2] —solo las reinas católicas pueden aparecer vestidas de blanco ante el papa—, iba vestida de largo, de blanco, con airosa peineta que sujetaba la bella mantilla, sobrio collar de perlas, y esbozaba una franca sonrisa al saludar a la multitud allí congregada.

Los españoles que allí estaban pudieron oír los comentarios de todas esas gentes variopintas:

—*La reine, la reine d'Espagne!* —se oía exclamar a los franceses.

—*The queen!* —decían ingleses y norteamericanos.

—¡Miren, no más, es la reina! —repetían los mexicanos.

—¿Qué reina? —preguntó uno que estaba despistado.

—¡Pues cuál va a ser! ¡La de España! —le contestó su amigo.

—*Ecco la regina!* —comentaban los italianos.

Polacos, indios y gentes de otras lenguas reiteraban lo mismo con sincera admiración y respeto. La mujer vestida de blanco lo había ganado con una conducta discreta y generosa. ¿Recordaría en ese momento el beso paternal con el que se despidió de ella Juan Pablo II, en el que sería su último viaje a España? El que iba a ser proclamado santo ese día, ¿había querido reconocer así su labor como madre, como mujer y como reina? En todo caso, la atención de la plaza se centraba sobre ella. Alta, destacaba entre las otras personalidades, pero tal vez lo que imantaba las miradas era esa sonrisa amplia que mostraba su emoción por estar allí para honrar a

ese hombre santo que doña Sofía había tenido el privilegio de conocer de cerca. El pontífice, durante su visita a España, había querido acudir a La Zarzuela a bendecir a la familia real.

Y en ese sentimiento de admiración y gratitud, la reina conectaba con la entera multitud.

Un señor minado por una grave enfermedad acompañaba a los reyes de España. Carlos Abella, embajador de España y gentilhombre de su santidad, realizaba con infinito esfuerzo y coraje el que sería su último servicio a su país y al papa. El ya santo, san Juan Pablo II, le había nombrado gentilhombre unas semanas antes de morir, con exactitud el 21 de enero de 2005. Carlos había recibido la noticia del fallecimiento del pontífice durante una peregrinación a Tierra Santa, recorriendo la vía Dolorosa, el 2 de abril de 2005. El primer servicio que Carlos realizó como gentilhombre fue el de las exequias de tan querido papa. El último, su canonización.

Una vez terminada la ceremonia, los reyes se despidieron de los gentilhombres españoles que les acompañaban: el embajador Abella y el conde de Tepa.

La reina, al ir a entrar en el coche, miró de nuevo a los que habían formado parte de su cortejo, y fuera de todo protocolo, volvió a dirigirse a Carlos y le dijo con dulzura:

—Muchas gracias, Carlos. Nos has atendido muy bien. Cuídate, te deseo una rápida recuperación.

Libro I
EL MAR DE ULISES

«Vamos, famoso Odiseo,
gran honra de los aqueos,
ven aquí y haz detener tu nave
para que puedas oír nuestra voz».
HOMERO, *Odisea*

1

LA GUERRA
1938-1940

Era una mañana soleada de noviembre de 1938 cuando la historia comenzó a tejer con finos hilos la vida de nuestra reina Sofía. Unos padres emocionados, Pablo de Grecia y Federica de Hannover, aguardaban el nacimiento de su primer hijo. Años atrás, en 1863, la familia real danesa había establecido su dinastía en la remota Grecia, tierra de mitos, de héroes y cuna de la filosofía. Pero los espíritus de ambas naciones eran muy distintos, y los soberanos venidos del norte habrían de aprender y entender la idiosincrasia de un pueblo diferente. El príncipe Pablo había forjado su joven carácter en el exilio, circunstancia que aprovechó para seguir estudiando y formarse en varias disciplinas como filosofía, ingeniería y piano. Con este instrumento descubrió otra de sus grandes pasiones, la música que llega directamente al alma durante toda la vida a los afortunados que saben encontrarla. Y esa pasión la inculcaría en el futuro a los hijos que vendrían a dar felicidad al matrimonio real.

El príncipe Pablo, al ser coronado su hermano primogénito como Jorge II, volvió a Atenas. Pero un nuevo exilio le esperaba en 1924. Habían sido años duros, de esfuerzo y escasos recursos económicos. No se achantó, no cayó en estéril tristeza. Don Alfonso de Orleans, su primo y amigo en el triunfo y en la derrota, le escuchó en sus largas conversaciones del exilio en Zúrich. Don Alfonso, alegre, sensible, ocurrente, tenía fama de ser el príncipe más simpático de Europa. El príncipe griego, ayudado por él, había encontrado trabajo en una fábrica de coches y aviones, la Amstrong-Siddeley, en la ciudad inglesa de Coventry. Allí, bajo el nombre de Paul Beck, aprendería el valor del trabajo y la experiencia de la camaradería con todo tipo de personas. Se formó a base de tesón y sentido de la realidad.

Cuando retornó a Grecia en 1935, Pablo era un hombre que conocía el mundo y sus asperezas. Pero también sabía ser sensible a las carencias que sufría la gente corriente, pues las había vivido. Tuvo el tiempo y la decisión para estudiar ingeniería, que conduce al mundo tangible, y filosofía, que nutre el espíritu. Era un hombre guapo, alto, cortés que encandilaba a cualquier persona que él deseara seducir.

Por su parte, Federica pertenecía a la influyente Casa de Hannover, que fue familia reinante en uno de los lugares más amables de Alemania. En ese hogar, en el bello castillo de Blankenburgo, inmerso en un viejo bosque de árboles añosos, rodeado de montañas y junto a un plácido lago y bendecido por el amor auténtico de sus padres, crecería Federica. La propia historia de amor de sus progenitores, Victoria Luisa y Ernesto Augusto, recuerda los míticos amores de Montescos y Capuletos de la Verona del siglo XV. Victoria Luisa era hija del káiser de Alemania, que había anexionado territorio y riquezas pertenecientes a los Hannover. De ahí resultó una enemistad que duró muchos años, hasta que el amor de Ernesto Augusto y Victoria

Luisa desafió los demonios familiares. Se habían enamorado perdidamente el uno del otro, y acabaron por casarse en un matrimonio de amor.

La fortuna y su caprichosa rueda fueron a forjar otro amor sólido y profundo como el que Federica había conocido en su hogar. Y he aquí que la boda del duque de Kent en 1934 y los Juegos Olímpicos en Berlín de 1936 habían propiciado el encuentro entre el atlético príncipe heleno Pablo y la princesa alemana Federica. Esta ocasión sería definitiva, pues el amor fulminó a Pablo y a la princesa alemana. Federica y Pablo serían los protagonistas de una gran historia, que vivirían en la monumental Grecia. Tras el compromiso con el apuesto príncipe Pablo, la princesa alemana, con su habitual tenacidad, se había preparado con entusiasmo para viajar a Grecia. Tenía que conocer todo, aprenderlo todo, para amar con intensidad ese país que Pablo le ofrecía, y que habría de ganarse con inteligencia y corazón. Su entusiasmo hacia su nueva patria era tan intenso, que le hacía declarar: «Soy una bárbara que he llegado a Grecia para civilizarme».

La frase de Goethe «Todos somos Roma», condensa en sí la grandiosa cultura mediterránea, ya que a través de Roma recibimos nosotros también el portentoso legado de la cultura griega.

A su llegada, Atenas desplegaba un imponente panorama de armoniosa luz y aromática vegetación mediterránea. Un paisaje digno de la mejor escenografía rodeaba la ciudad: el mar albergaba blancos edificios que parecían flotar en las quietas aguas y las iglesias elevaban las agujas de sus campanarios hacia el firmamento en poderoso escorzo. Era como si la naturaleza aportara sus buenos augurios a una unión feliz.

El joven matrimonio formado por Pablo de Grecia y Federica de Hannover se había instalado en un barrio residencial de la ciudad, en Psychico, en una alegre casa de dos plantas, de color claro y ondulantes toldos azules que creaban bellos espacios de sol y sombra. Estaba separada de la calle tan solo por una reja, y un vigilante en una pequeña garita era toda la protección otorgada a la pareja real. Los recién casados eran jóvenes y estaban enamorados: podían cambiar el mundo, y durante un tiempo, lo conseguirían. Aunque les aguardaban duras pruebas en el inmediato futuro en la Europa convulsa que les había tocado vivir.

Federica había inspeccionado cada rincón de la casa a la que quería imprimir un aire alegre y confortable. Las dos plantas del edificio se distribuían en un salón, un comedor y un despacho, que, con los años, obtendría gran relevancia familiar; y en el segundo piso estaban los dormitorios y un saloncito. En el sótano se situaban la cocina, el planchero y las habitaciones de los empleados. Y un refugio que, por desgracia, habrían de utilizar en breve.

Pero los instantes de felicidad hay que disfrutarlos como el tesoro evanescente que son. La familia real griega gozaba de la compañía de los suyos, y una irrefrenable alegría inundaba a la joven pareja, que, a pesar de la diferencia de edad, él treinta y siete y ella veinte, se querían de verdad. El propio rey Jorge II estaba satisfecho con esta boda, pues el país de origen de la novia era el mismo que el de su madre adorada, la reina Sofía, que había llegado de la lejana Prusia y acabaría amando profundamente su país de adopción.

Un buen día Federica se sintió diferente. Algo había cambiado en ella. Esperaba un hijo, y además de ser una inmensa alegría personal, el *diadokos* estaba cumpliendo su misión. Iba a tener un heredero. Para la mayoría de las mujeres la noticia de un embarazo suele ser una alegría inolvidable, y para Federica, tan apasionada y tan enamorada de Pablo, supuso la culminación de su felicidad. Era el 2 de noviembre, el día de los difuntos, pero el bebé que estaba a punto de nacer llenaba de luz el saloncito de la segunda planta. Ahí es donde varias damas se apresuraban hacia la cámara de la princesa Federica para preparar el inminente nacimiento. En la chimenea de

mármol rojo, el fuego hacía crepitar los leños en placentera sinfonía para acoger en este mundo a un nuevo ser.

Como en todas las monarquías, la sucesión era un hecho de suma importancia, y el rey Jorge II esperaba el nacimiento del primer hijo del *diadokos*, título del príncipe heredero en Grecia. La claridad entraba decidida en la sala donde el príncipe Pablo entretenía su ansiosa espera, leyendo uno de sus libros favoritos, los poemas de Rudyard Kippling, entre los que *If* era el predilecto de su padre el rey Constantino I.

Tras la agitación, el príncipe Pablo oyó aliviado un fuerte llanto.

En el salón de la primera planta los miembros del Gobierno y los altos funcionarios, como manda el protocolo, aguardaban para dar fe del nacimiento. Los padres habían elegido los nombres. Si era niña se llamaría como la esposa de Jorge I, Olga Constantinovna, bisabuela de la neonata, en recuerdo de la reina ortodoxa que vino de la lejana Rusia y fue tan amada por su pueblo.

La multitud congregada en respetuoso silencio ante la verja de la casa prorrumpió en gritos entusiastas cuando los veinte cañonazos de rigor anunciaron el nacimiento de una niña:

—¡¡Sofía, Sofía!! —clamaban y aclamaban los atenienses a la recién nacida.

La gente repitió el nombre de Sofía, pidiendo con insistencia que la princesa fuera bautizada con el nombre de la reina Sofía, madre de Pablo, siguiendo la tradición griega por la que los nietos llevaban el nombre de los abuelos. En realidad, es una costumbre extendida en todos los países ribereños del Mediterráneo. Así, la princesa tuvo un «bautizo popular».

El acta fue redactada:

> (…). Su esposa la princesa Federica dio a luz en su palacio de Psychico, el 2 de noviembre a las 20.15 horas, a su hija primogénita, hembra, nacida de su alteza real el heredero del trono Pablo, y a la cual se le dio el nombre de Sofía. En fe de lo cual, se redactó la presente acta en presencia de los testigos señores, el jefe de la casa de su majestad el rey, Alejandro Mercatis; el alcalde de Atenas, Ambrosio Plitas; el presidente del Consejo de Ministros, Ioannis Metaxas; y el ministro de Justicia, Agis Tabacopoulos.
>
> Los encargados del registro civil, I. Metaxas y A. Tabacopoulos.[3]

Acaba de nacer una niña, la princesa Sofía, que vivirá bajo el signo de Escorpio, con las cualidades propias de este signo, tenacidad y decisión, que pueden llevar emparejada una cierta tendencia a la testarudez. Pero también su nombre, Sofía, «sabiduría» en griego, la une indefectiblemente a Palas Atenea, que, en la mitología griega, no solo es la diosa de la sabiduría, de las artes y de la justicia, sino asimismo la que favorecía la estrategia y habilidad tanto en la guerra, como en las acciones de paz, cualidades todas ellas que regirán el gusto por la reflexión de la futura reina.

En el bautizo se le impusieron a la neófita los nombres de Sofía Margarita Victoria Federica. El padrino fue el rey Jorge II, hermano del padre, y la madrina la reina Elena de Italia, princesa montenegrina y esposa del rey de Italia, Víctor Manuel III. Esta reina será una presencia constante y cariñosa en la vida de la recién nacida. Otra madrina de importancia fue la reina de Gran Bretaña, Elisabeth Bowes-Lyon, que se ganará el amor y el respeto de sus conciudadanos por su valeroso y compasivo comportamiento durante los bombardeos que asolarían Londres años más tarde.

Esa niña de cara redondita y ojos con el color del mar llenaba de alegría la vida de los padres. Cuando con el transcurso de los años se recuerda la vida pasada es más notorio cuán breve fue la felicidad, pero Pablo y Federica estaban entonces inmersos en ese placentero y cálido magma que llamamos dicha. La ternura flotaba en el ambiente de la acogedora casa de Psychico. El rey Jorge seguía sin descendientes ni muchas probabilidades de tenerlos, pues estaba separado de su

esposa, la princesa Isabel de Rumanía. Por tanto, era hora de que el pueblo conociera a estos jóvenes príncipes destinados al trono. Se sucedieron los viajes a través del país, pues era menester que los herederos al trono entendieran la realidad del mismo y las necesidades de sus habitantes, no en vano el lema de los reyes de los helenos es: «Mi fuerza es el amor de mi pueblo».

Federica, exultante, anunció a su marido que iban a ser padres una vez más. La felicidad entre ambos iba en aumento, mientras Sofía crecía tranquila y sonriente llenando de dicha la casa de Psychico. El nuevo embarazo de su princesa entusiasmó a los griegos. Federica, que intentaba llevar una vida sana, paseaba tranquila por los pueblos que visitaba y en sus estancias en la idílica Corfú. Las mujeres griegas, tan cálidas y expresivas, dotadas de esa proximidad familiar extendida por el Mediterráneo, la paraban por la calle, le tocaban el vientre en un cariñoso gesto y levantaban las manos implorando al cielo que bendijera a la madre. Cuando el príncipe Pablo tenía que viajar y no era aconsejable que Federica le acompañara, dado su estado, él le escribía y sus palabras expresaban la jubilosa confesión de una inmensa felicidad. Pero eran también reveladoras del hondo sentido trascendental de ese amor:

> Aquí yo solo soy una mitad, puesto que mi alma está contigo todo el tiempo (…).
>
> Anhelo tu presencia tanto que me crea dolor (…). No tienes idea de cuánto te amo y cómo te echo de menos (…). Te adoro cada día más y más.[4]

El entusiasmo popular se desbordó el día del nacimiento de Constantino. La algarabía popular llenaba el aire de Atenas. Desde el imponente Partenón al cabo de Sunión, resonaron los ciento un cañonazos que anunciaban el nacimiento del heredero. Este príncipe, destinado al trono como Constantino II, será el gran amigo y compañero de su hermana mayor, en una familia donde la unión y complicidad entre sus miembros será inquebrantable. El carácter efusivo y entusiasta de los griegos desplegaba sus mejores encantos. La ciudad se engalanó con numerosas pintadas, que resultaban un bello homenaje a Federica:

—*Zito, Freideriki!* (¡Bravo, Federica!).[5]

La vida era dulce. Los niños crecían en un ambiente reposado y feliz, cuidados muy de cerca por su madre y por la cariñosa niñera Ypsilanti, que provenía de una familia originaria de Constantinopla, pertenecientes a la nobleza Fanariota, así llamados por venir del antiguo barrio de Phanar. Era una tarde suave de octubre. Una brisa ligera acunaba los toldos de la fachada y el sol del otoño caldeaba la casa creando interesantes dibujos de sombras sutiles.

Parecía que en aquel universo solo tuviera cabida la felicidad. El teléfono sonó estridente, rasgando la placidez de la atmósfera hogareña. El *diadokos*, tras unas breves palabras, se apresuró a acudir a la llamada de su hermano el rey. Federica, intuyendo que algo grave sucedía, se había apresurado a dejar a Sofía y Constantino en las manos de su leal camarera mayor, y estaba ya lista para acompañar a su esposo a palacio cuando este iba a salir.

—No te preocupes, Sofía y Tino están con Messi y con Ypsilanti. Vámonos.

Al acercarse a la entrada de palacio, vieron ambos que entraban varios ministros del gobierno con expresión sombría. Franquearon los príncipes el umbral sin detenerse, para correr al lado del rey. Nada más entrar en la sala, Jorge II les anunció:

—¡Dios proteja a Grecia! ¡Es la guerra!

—¿Cómo puede ser? ¿Qué ha sucedido? —preguntaron varios ministros al unísono.

—A la intempestiva hora de las tres de la madrugada, el embajador de Italia, señor Grazzi, me entregó una nota verbal, en la que exigía la rendición de puntos estratégicos de nuestro suelo griego —contestó apesadumbrado Metaxas, el primer ministro.

Pretendía el italiano que el Gobierno griego diera su consentimiento para que las fuerzas del Eje ocuparan lugares estratégicos del suelo de Grecia para asegurar su ataque a Europa. Un murmullo de indignación recorrió la asamblea. Muchos de los presentes conocían bien al embajador Grazzi, y apreciaban su buen humor y amable disposición. Les asombraba el drástico cambio de actitud del representante italiano. No podían creer semejante dislate. La voz de Metaxas les arrebató toda duda:

—Señor embajador —le dijo—, esto es una declaración de guerra. —Y sin dar tiempo a más comentarios, el primer ministro añadió—: El embajador de Italia me reiteró que, a las seis de la mañana, las tropas italianas cruzarían la frontera albano-griega. Señores, a las cinco y media de esta mañana, media hora antes de lo anunciado, Italia ha invadido Grecia.[6]

La desolación en el ánimo de los allí reunidos se hizo patente en un denso silencio. Más duro, más expresivo, que mil gritos y lamentaciones. Eran conscientes del dolor, el sufrimiento y la miseria que se iban a abatir sobre sus conciudadanos.

Era el 24 de octubre y las puertas del infierno iban a abrirse sobre el pueblo de la filosofía y la democracia. No había tiempo que perder. El príncipe Pablo se ofreció de inmediato para acudir al frente. Era necesario infundir valor a las tropas, y más aún, mostrarles que estaban todos en el mismo barco, que luchaban por la misma causa: defender a su país de la invasión extranjera y proteger a los seres queridos de la manera más eficiente de la que fueran capaces.

Federica, tan valiente, tan tenaz, tomó a su cargo la atención de los enfermos en los hospitales, que enseguida se vieron sobrepasados por el creciente número de heridos en combate. Muy pronto faltaron medicamentos y víveres, y estas carencias hacían sufrir más aún a soldados que ya habían conocido el horror. Doña Federica se multiplicó, habló, escribió, pidió, pero todo el continente se encontraba inmerso en un terrible conflicto. Estas penalidades hicieron reflexionar a la princesa: «Comprendí el significado de “el pan nuestro de cada día…” visitando los hospitales durante la guerra. No son nuestros cuerpos los que padecen hambre. Son nuestras almas las necesitadas de amor y compasión».[7]

La princesa Aspasia y la princesa Catalina ayudaban a su cuñada con admirable eficiencia. La propia Aspasia había sufrido el inmenso dolor de perder a su esposo, el rey Alejandro I, por una septicemia, al ser este mordido por un mono del palacio de Tatoi. El 2 de noviembre, el día que Sofía cumplía dos años, los soldados griegos obtuvieron una sorprendente victoria, al rechazar la invasión obligando a los italianos a retirarse. El arrojo que mostraron en combate los helenos llenó a Federica de admiración y le hizo exclamar: «Grecia no lucha como los héroes. Son los héroes los que luchan como los griegos».[8]

Pero era solo el principio. En los primeros meses del año 1941, los alemanes, contrariados por una batalla que resultaba más difícil de lo que habían imaginado, porque creyeron que las tropas griegas —inferiores en número y equipamiento— serían arrasadas con facilidad, organizaron un ataque simultáneo en varios frentes. Los germanos iniciaron la ofensiva desde las montañas albanesas y los italianos en la frontera búlgara. La situación se tornó desesperada. Metaxas murió en enero y el nuevo primer ministro, Korizis, no parecía estar a la altura de los terribles acontecimientos que había de liderar y, desesperado, se suicidó.

Los bombardeos alemanes se repetían cada vez con más frecuencia y más intensidad, hasta tal punto, que el rey instó a su hermano Pablo que se trasladase con su familia a Tatoi, a unos catorce kilómetros de Atenas, donde el refugio estaba reforzado y por tanto era más seguro.

El 9 de abril de 1941, el ejército alemán recrudeció su ataque y amplió esta vez su ofensiva también desde Yugoslavia. Uno de esos terribles días sonó la alarma más de siete veces en Atenas, y cada una de ellas, los niños corrían aterrorizados al refugio. El aeropuerto, que estaba

muy cerca del palacio, fue bombardeado. El sufrimiento de todos era inmenso, pero Federica, además, tenía que soportar que la agresión procediera de su propio país, de la tierra que la vio nacer. Cada vez que la capital era asediada, cada vez que había de correr al cobijo con sus hijos sobrecogidos, cada vez que oía los lamentos de los heridos en las calles, había de recordar que eran bombas alemanas las que causaban el dolor de su pueblo.

2

EL EXILIO
1940-1946

El rey Jorge II no podía ocultar su preocupación y ordenó a su hermano Pablo la evacuación de su familia, que se decidió fuera el 22 de abril. Era hora. Los alemanes avanzaban a marchas forzadas hacia la capital y ese día de abril estaban a solo un día de Atenas. Habían de moverse con rapidez. Un barco esperaba a la familia del *diadokos* en el puerto, pero un bombardero Stuka de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, destruyó con siniestra eficacia, precisión y celeridad ese barco, y también el destructor que preparaban como sustituto, por si algo fallaba en el anterior. No había más remedio que aplazar la huida para el día siguiente. Por la noche, al amparo de la oscuridad, el príncipe Pablo salió de Tatoi con Federica, que arropaba a Constantino, y con Sofía consolada por Nursie, la dedicada Sheila MacNair, que durante años cuidó a los príncipes griegos.

Les acompañaban para despedirles las princesas Elena, tía del príncipe Pablo, y Alicia de Battenberg, pues ambas habían decidido quedarse.[9] Elena no quería abandonar el país y Alicia no consentía en alejarse de su querido monasterio en el que había ingresado unos años antes.

Cuando llegaron a la bahía de Eleusis, el panorama era desolador. Parecía la trágica representación del pasado, en la que los griegos hicieron de Eleusis el escenario magnífico y terrible de la batalla de Salamina. Una innovadora estrategia naval de sus barcos y los himnos a los dioses cantados por las poderosas voces griegas que animaban a conseguir la victoria les empujaban a la lucha. En la ladera del Egáleo, en el año 480 a.C, Jerjes, rey de los persas, observaba fascinado a los griegos preparándose de esta guisa para el combate.

Pero estamos en el siglo xx y es el presente. Se veían barcos destruidos, piezas de los mismos flotando en el agua; y numerosos heridos alcanzados por los proyectiles y la explosión de las bombas gemían dolientes en las aguas oscurecidas por el polvo y la metralla. En el puerto les aguardaban la princesa Aspasia con la pequeña Alejandra y la hermana de Pablo, la princesa Catalina. Pero incluso en las circunstancias más dramáticas surgen trazos cómicos. El tío Jorge estaba allí también, acompañado de su mujer María Bonaparte, que lucía un coqueto vestido de seda azul estampado con vistosas flores blancas y, para culminar el aderezo, tan propio de una situación de huida dramática, un enorme sombrero y un abrigo de armiño.

Por un instante parece una secuencia de una película de los hermanos Marx, pero la destrucción y el peligro a su alrededor son auténticos. Para acercarles al hidroavión salvador, queda solo una lancha desvencijada. No hay lugar para las dudas. Deben darse prisa. Los alemanes se acercan y la barca habrá de realizar varios viajes para evacuar a los soldados ingleses que permanecen aún en Atenas. El ambiente es inquietante. Los niños Sofía y Constantino, que no entienden lo que sucede pero captan la inquietud de los adultos, miran a sus

padres atemorizados. Surcan el cielo denso de noche negra multitud de aviones que dejan una estela brumosa de luz. Cuando por fin el hidroavión *Sunderland* que envían las fuerzas británicas inicia el vuelo liberador, un suspiro de alivio recorre la aeronave. Los atemorizados pasajeros pueden observar la concentración con la que los pilotos escrutan el radar; la intensidad con la que el navegador estudia atento sus cartas y la inquietud del operador de radio, que recibe información sobre la aproximación de los bombarderos alemanes. En el interior del aparato, el frío muerde con dentelladas rabiosas los miembros ateridos de los viajeros, que se acurrucan unos con otros para sentir un poco de calor, pero sobre todo para infundirse valor. Los niños, vencidos por el cansancio y el sueño, caen en un sopor liberador. Por fin los cuatro motores inician su rugido, que, en estas circunstancias, se le antoja al pasaje un esperanzador ronroneo.

Un velo de luz se avistaba en el horizonte cuando otearon la legendaria isla de Creta. El mar Mediterráneo mecía en suaves mareas las costas isleñas. Pudieron reconocer las alegres casas del puerto de Chania, con sus pinturas multicolores. Ante tanta belleza, era difícil asumir que estaban escapando de una guerra pavorosa.

Apenas amerizados, ya en tierra firme, el cielo se cubrió de nuevo de sombras amenazadoras. Primero oyeron el zumbido de los aviones que se dirigían hacia la isla, a continuación el ruido ensordecedor del veloz descenso de los Stukas que estremecían el espíritu, el ulular de las sirenas de alarma, y por fin los proyectiles al alcanzar su objetivo, que estallaban con un estruendo aterrador. El fuego iluminaba con sus llamas los lugares alcanzados por los proyectiles en macabra danza. Tino y Sofía rompen a llorar, agotados por las emociones y las dificultades. Los aviones vuelan muy bajo y los atacados casi pueden ver los rostros de los pilotos. Federica busca con ansiedad una zanja donde refugiarse en esa peligrosa situación. Protege a sus hijos con su propio cuerpo al tiempo que los mantiene adheridos al suelo como si fuera una tabla de salvación. Pero el estruendo de los impactos suena demasiado cercano. En esos momentos la valiente madre intenta tranquilizar a sus hijos, cantándoles canciones de cuna.

Es una curiosa escena. Una madre intentando acallar con su voz el apocalipsis que se cernía sobre ellos. Se armaba de valor pensando solo en sus hijos, en salvarles de ese infierno de fuego, destrucción y muerte.

Una y otra vez las bombas caen sobre ellos, sin pausa, sin demora. El alba que prometía esperanza se convierte en un apocalipsis.

Doña Sofía era una niña de dos años y medio cuando se vio inmersa en aquellos trágicos momentos. La tía Katherine y Nursie intentaban mostrar calma e infundírsela a la criatura, que sufría con ese peligro que ya conocía de las terribles semanas anteriores.

Parecía que los aviones se alejaban… era una falsa impresión, estaban recomponiendo la ruta para atacar de nuevo con renovada saña. Su mortífero zumbido se aproximaba con tal celeridad que sobrecogía el ánimo… Uno, dos, diez impactos causan de nuevo incendios devastadores que nublan la incipiente mañana de espeso humo negro. El tiempo parece haberse detenido en un mundo de terror. Se oyen ya los lamentos de los heridos y los desgarradores gritos de los que sostienen en apretado abrazo el cuerpo inerte de un ser querido.

Durante treinta minutos de continuo ataque, con el pavor carcomiendo sus pensamientos, se preguntaron la razón de esa animadversión. Era más doloroso aún para una madre, que veía a sus hijos en peligro, y que esa amenaza venía de manos de sus compatriotas. Desde ese momento Federica estará en contra del Gobierno de Berlín.

¿Por qué esa inquina hacia unas cuantas mujeres desarmadas y niños indefensos? ¿Cuál es el objetivo que quieren aniquilar?

Solo años después sabrán que los alemanes creían que el rey Jorge estaba en el grupo que acababa de dejar el hidroavión. La intención era cercenar la cabeza de la nación griega, matar al jefe del Estado.

Los Stukas les dan un respiro, momento que aprovechan para reiniciar su ruta en el *jeep* dispuesto para el grupo, hacia Neápolis, hacia la salvación. Resulta una cruel contradicción pasar por tan bellos parajes, plenos de historia de la civilización, Fodele, Knossos… y sufrir ahora tanta barbarie, tanto afán de destrucción.

De vez en cuando los aviones alemanes sobrevuelan el convoy. Alarma. Tensión. Miedo a revivir lo ya pasado.

La comitiva deja atrás Fodele, el pueblo del pintor genial, que había hecho de España su morada siglos atrás y cuyo taller produjo obras de la mayor importancia artística: El Greco.

Al llegar a Neápolis se instalaron en un hotelito tranquilo y sencillo. El poder de recuperación característico de los niños hizo que Sofía reiniciara sus tranquilos juegos. En esa atmósfera cotidiana y familiar recibieron días después a su padre y marido con especial alegría. El rey Jorge se había visto obligado a marchar con él ante el avance de los alemanes. Atenas cayó el 27 de abril de 1941. La infame bandera con la cruz gamada flameaba en el Partenón, en la tierra que es símbolo de la civilización. Lágrimas de pena y de rabia arrasaban los ojos de los atenienses. Esa mujer, Federica, que sufre la guerra en lo que más le duele, sus hijos, tuvo que soportar verse acusada de germanófila, como también lo fue su predecesora la reina Sofía, esposa del rey Constantino I, por el hecho de ser ambas alemanas. Quienes esto afirmaban no tuvieron en cuenta el sincero amor de estas dos reinas por su patria de adopción.

En ese invierno de 1941, con la ocupación de los nazis, Grecia conoció penalidades sin fin, ya que el desabastecimiento de alimentos causó una feroz hambruna que acabó con la vida de más de cien mil personas.

Los refugiados de Creta aguardaban noticias, pero los informes de los británicos no resultaban alentadores. El refugio de Neápolis no era seguro. El alto mando alemán había decidido la ofensiva contra Creta, y contra esa pacífica isla estaban reuniendo cantidades ingentes de munición, y pertrechando unidades de la temible Luftwaffe, la aviación de guerra alemana, para enviarlas al frente griego.

La decisión de separarse en esas circunstancias era muy dura, pero necesaria.

El 29 de abril se despidieron con una cena que todos deseaban alegre, pero que estaba marcada por la incertidumbre. El rey no quería abandonar a su pueblo y decidió permanecer para organizar una resistencia que aseguraba dolor y requería coraje. El viaje de las mujeres y los niños fue organizado para llevarlo a cabo al día siguiente. En la oscuridad absoluta de ese 30 de abril, una lancha se acercaba al *Sunderland*, que aguardaba en el muelle.

Una vez iniciado el vuelo, nada se percibía del exterior. La puerta y las ventanas estaban cubiertas por espesas cortinas, que no permitían pasar el mínimo resquicio de luz. El silencio era total. La angustia de unas mujeres que calibraban el peligro en el que se hallaban ellas y sus hijos era solo superada por el sentido de supervivencia. Es necesario que oculten su miedo y muestren una expresión serena para tranquilizar a los niños. Tuvieron que navegar sin ser vistos, sin arriesgarse a que les delatara la claridad de la cabina y atrajera nuevos aviones, nuevos ataques. El absoluto silencio se rompe de repente con el llanto de un niño. Constantino llora en brazos de Nursie. Esta mujer, Sheila McNair, tuvo una importancia capital en la vida de los príncipes griegos, pues, como la propia doña Sofía admitirá, fue su segunda madre en las frecuentes y obligadas ausencias de doña Federica. Sería ella también quien les enseñaría a hablar en inglés, idioma que se utilizaba en Sudáfrica, próxima etapa del exilio.

El amerizaje en Alejandría, la fabulosa ciudad fundada por Alejandro el Magno, se presentaba complicado. Infinidad de barcos, barcas pequeñas, embarcaciones varias y lanchas de tropas se afanaban en el puerto en vertiginoso ajetreo. Cuando el atribulado grupo salió a la diáfana luz de Egipto, la esperanza rebrotó en ellos. La flota griega escapada al desastre estaba ante sus ojos, y los acorazados británicos *HSM Valiant* y *HSM Queen Elisabeth* mostraban sus imponentes defensas. El propio rey Faruq les había ofrecido su hospitalidad y también ayuda económica.

¡Parecía por fin todo tan seguro!

Pero la guerra se libraba asimismo en todo el Mediterráneo, y las potencias del Eje sabían de las fuerzas británicas concentradas en Alejandría. Tal era la proliferación de espías, informadores y buscavidas en la región, que esa zona llamada en inglés Middle East, Oriente Medio, fue apodada Muddle East, Embrollado Oriente. Era aconsejable partir hacia El Cairo cuanto antes, pero tuvieron que retrasar la partida, pues Sofía y Tino sufrieron una terrible erupción. El médico les aseguró que no se trataba de ninguna enfermedad peligrosa, sino el desagradable recuerdo del pacífico hotelito de Neápolis. ¡Eran picaduras de chinches!

Les aguardaba una inmensa alegría. El 20 de mayo se reunieron todos de nuevo con el rey Jorge y el *diadokos* en El Cairo. No fue muy larga la estancia en la capital egipcia, pues el rey Faruq, lleno de buenas intenciones al inicio, se vio sometido a las presiones de los ministros proitalianos de su Gobierno y, vencido a sus exigencias, tuvo que pedir a los refugiados reales que abandonaran el país.

El primer ministro sudafricano, general Smuts, extendió una invitación a la familia real griega para que se instalaran en Sudáfrica. Empezaba otra etapa del duro exilio. Durante dos semanas navegaron a través del Canal de Suez en el buque holandés *Nieuw Amsterdam*, que no tenía aire acondicionado, recorriendo una ruta donde el calor era sofocante. Solo la sala de cine estaba refrigerada, y cuando el ambiente se hizo irrespirable, el capitán del navío se compadeció de los exiliados y convirtió esa sala en «comedor real» para la familia griega. Sofía, de tres años, y Constantino, de apenas uno, sufrían los rigores del clima, y su salud preocupaba a su madre, que intentaba distraerlos con juegos y canciones.

Desembarcaron en el puerto de Durban, donde les esperaban otros miembros de la familia, como la princesa Eugenia de Grecia —hija del príncipe Jorge de Grecia y de la princesa María Bonaparte—, aliviada al encontrar a sus padres, que aguardaba con su marido el príncipe Radziwill y su hija Tatiana, una niña observadora, rubia y de ojos muy claros. A ellos se unirían el regente Pablo de Yugoslavia, amante de la belleza en ese mundo dislocado por el horror y la fealdad, y su mujer Olga de Grecia, con sus hijos Alejandro, Elisabeth y Nicolás. Comienza a fraguarse ahí la estrecha amistad entre la princesa Sofía y la princesa Tatiana Radziwill, amistad que ambas conservarán toda la vida. Pasarán las mismas vicisitudes, gozarán de las mismas alegrías y entre ellas surgirá un cariño profundo que las dos mantendrán al abrigo de indiscreciones. Tras la alegría del reencuentro les esperaba una última etapa en ferrocarril hasta Ciudad del Cabo, a la que su posición geográfica situaba lejos del escenario de guerra. Habían salvado la vida, pero les aguardaban numerosas penalidades.

No fue apacible el viaje. Una terrible tormenta de nieve azotó los vagones del tren, haciendo imposible la visibilidad y atenazando a los viajeros con un frío insoportable, después de haber sufrido temperaturas de calor extremo. No hay mayor dolor que recordar los tiempos felices cuando se sufre la desgracia, nos dice Dante. Federica habría de añorar su viaje en tren, en el *Simplon Orient Express*, acompañada por sus padres y sus hermanos cuando se dirigía a Grecia para casarse con el príncipe griego. El trayecto se vio afectado también por unas terribles

tempestades de nieve y viento helador, y para colmo de males, se estropeó la calefacción del tren. Pero en aquella circunstancia se encaminaba hacia la felicidad, y el frío exterior no había conseguido disminuir el calor popular, y una vez en tierra griega, su Pablo estaba allí para recibirla. Rememoró los andenes rebosantes de gente entusiasmada que aclamaba a su princesa:

—*Kalos Orissati!* (¡Bienvenida!).

Y no pudo por menos de reflexionar sobre el adverso destino que, en pocos años, había cambiado su vida de manera drástica.

La visión de Ciudad del Cabo era deslumbrante. ¿Sería posible que en esa activa ciudad encontraran un poco de paz y comodidad?

Un sol esplendoroso iluminaba la metrópoli, anudada como un precioso collar alrededor de los ciclópeos cerros de Table Mountain, y con el vasto horizonte del océano acariciando sus riberas. La acogida fue calurosa y hospitalaria. El gobernador general de Sudáfrica, sir Patrick Duncan, ofreció al grupo de refugiados su propia residencia, Westbrooks. El cielo se abrió para los exiliados. La casa magnífica, de estilo georgiano y victoriano, poseía hasta salón de baile y amplias chimeneas que caldeaban el ambiente. Estaba rodeada por un hermoso y cuidado jardín, que se extendía en amables terrazas hacia el mar y el cielo, y una invitante piscina ideal para los cálidos días que habían de llegar.

Gozaron de un intermedio de tranquilidad, todos juntos, en familia, agradeciendo a la Providencia el estar vivos. ¡Había ya tantos muertos! Pero el rey sabía que la lucha había de continuar, y que en Londres, junto a los mandos aliados, su intervención sería más eficiente. En cuanto al príncipe Pablo, tuvo que viajar entre Londres y Egipto, donde se encontraba el Gobierno griego en el exilio.

Pero antes visitarían algunos lugares de ese portentoso país y sus alrededores. Alguno de esos viajes será inolvidable y hará que el recuerdo de la inmensa África permanezca en sus mentes.

Un día, unos simpáticos monos aparecieron en el jardín, y Federica, alarmada, prohibió a los niños que se acercaran a ellos. Tuvo que explicarles que su tío, el rey Alejandro I, que aguardaba el nacimiento de su primer hijo, murió por la mordedura de un mono, mientras intentaba separarlo de su querido perro Fritz, a quien el simio atacaba sin piedad. La expresión incrédula de Sofía y su compañera de juegos Tatiana hizo insistir a Federica en la prohibición, puesto que tenía muy presente la trágica muerte de su cuñado.

Federica tiene, aunque aún no lo sabe, ante sí cinco largos años fuera de la patria, en los que habrá de enfrentarse a muchas dificultades y carencias. Los niños del grupo, Tino, Sofía, Tatiana, junto a los príncipes de Yugoslavia, Alejandro, Elisabeth y Nicolás, comenzaban a sentir esa casa como su hogar. Pero el destino había de golpearles de nuevo. Un incendio les obligó a dejar la espléndida residencia, de noche, en medio del crepitar de las llamas, que recordaban con excesiva veracidad a los exiliados el terror sufrido por la guerra. Perdieron en el incendio los exiguos recuerdos que habían logrado llevarse de Grecia. Federica tuvo que buscar de nuevo alojamiento para los suyos, pero no era tarea sencilla.

Una de sus residencias fue un bungaló, antigua cuadra, perfumado con el persistente aroma de caballo, y por ende, ocupado por las ratas, que obligaron a Federica a dormir con un garrote y una antorcha al alcance de la mano. Numerosos, demasiados cambios de residencia, una vida agitada. Sofía y Constantino, que sufrían sin quejarse, se dormían abrazando la foto del padre ausente. Llegó la Navidad de 1941 y Federica, a pesar de las dificultades que les rodeaban, decidió poner un árbol y colocar algunos juguetes envueltos en brillantes papeles de regalo. Federica cuenta la escena que tuvo lugar cuando los niños se fueron a la cama:

> No les dije qué regalo era para una y para otro. Y les dejé elegir los que más les gustaron. Sofía se enamoró de un caballo destinado a Tino. Como Tino no protestó, la cosa fue bien. Por su parte, eligió una sartén y una cuchara más apropiadas para Sofía. Cuando se fueron a la cama pensé que tratarían de llevarse los juguetes, pero no ocurrió así. Insistieron, como siempre, en llevarse solo tu fotografía. Esta es la verdad, no creas que es una invención mía para alegrarte.[10]

La situación económica de los desterrados distaba mucho de ser boyante, y la princesa María Bonaparte, abuela de Tatiana, ferviente seguidora de las teorías de Freud, trabajó como psicoanalista para aportar los tan necesitados fondos. Tuvo tiempo incluso para escribir dos libros merecedores de gran prestigio, *Los mitos de la guerra* y *La esencial ambivalencia de Eros*, y dio así un verdadero ejemplo de ánimo recio en la desgracia, venciéndola con el espíritu. Su hija la princesa Eugenia y su nieta Tatiana Radziwill, así como todos los demás componentes del grupo, guardarían siempre el recuerdo del conocimiento psicológico de esa mujer generosa, valiente y un tanto excéntrica. El general Smuts, compadecido ante tantas penurias, invitó a la familia real griega a vivir en la residencia oficial en Pretoria. Llamada también Granja Doorkloof, gozaba de impresionantes vistas de la sabana.

Este matrimonio maduro acogió a los exiliados con sumo afecto. Los Smuts eran personas no solo cariñosas, sino también muy interesantes. El general gozaba de gran predicamento en la esfera política mundial. Era un personaje notable. Ardiente inspirador de los principios de la Sociedad de Naciones, defensor de la comprensión y el diálogo, fue quien vio el entendimiento como elemento de suma necesidad para evitar guerras tan inútiles como crueles. Fue asimismo un firme opositor a la atroz injusticia del *apartheid*. La amistad con este hombre compasivo se hizo entrañable, profunda. En cuanto a su mujer, era una persona adorable, con una imaginación sin límites, que le permitía inventar cuentos interminables para desplegar ante los pequeños desarraigados un mundo mágico sin fronteras donde pululaban hadas y gnomos, que, según ella, poblaban de manera absolutamente verídica su vida cotidiana. Él, por su parte, narraba historias fabulosas del África que conoció, con sus sabanas anchurosas, sus fieros animales y sus tribus míticas. A la hora del almuerzo estaban casi siempre juntos.

La ausencia de su marido era la situación más dolorosa para doña Federica, y para poder verle de vez en cuando, hubo de cruzar África de parte a parte, y pedir medios de transporte para realizar esos arriesgados viajes. En cuanto a su hija, Sofía, añoraba a su padre. El príncipe Pablo, debido a su ocupación y preocupación por la restauración de la monarquía y el regreso a su patria, viajaba constantemente de Londres a El Cairo, donde permanecía el Gobierno griego en el exilio.

Era conveniente recordar los momentos felices, y doña Federica explicaba a Sofía, Tatiana y Constantino, como si fuera su futuro esperanzador, su infancia en los tiempos que Alemania gozaba de la paz.

Y para que no olvidaran su procedencia griega, les contaba la maravillosa familia que reunía el príncipe Pablo en la luminosa Grecia, entonces libre del invasor. Les relataba la alegría de sus abuelos cuando nació su padre, Pablo, el tercer hijo varón de los príncipes herederos. Les narraba cómo Pablo, que había sido un bebé sano y fuerte, se haría con el cariño de todos. Les hablaba Federica de la pasión que su padre sentía por la mar, pasión que nunca le abandonaría. Les entusiasmaba con la descripción del mar de las islas griegas, que los niños, en su imaginación, poblaban de seres fantásticos, acostumbrados a las historias que la señora Smuts les contaba al fulgor de las llamas del confortable fuego de las chimeneas. La madre intentaba infundir ánimo a los niños describiéndoles la infancia de su padre y sus tíos Jorge, Alejandro y Elena —ambos hermanos reinarían como Jorge II y Alejandro I y Elena sería la futura reina de Rumanía—, a la que se añadirían en años sucesivos las dos menores Irene y Catalina. E incluía en esa familia los

numerosos primos que se adherían a esa alegre parentela donde juegos, deporte y música formaban parte de lo cotidiano.

En el horror de la guerra, una bella noticia: Federica estaba de nuevo embarazada. El 11 de mayo nació una niña a la que llamarían Irene, nombre de origen griego, que significa «paz», y para más simbolismo, Irene era el nombre de la finca que les había acogido. El primer ministro, Jan Christian Smuts, con quien habían trabado ya una profunda amistad, sería el padrino. La princesa Federica admiraba a este hombre afectuoso que tanto había contribuido a paliar sus sufrimientos. El general Smuts era una persona de reconocido prestigio internacional, reflexiva y sabia, que se hizo querer por toda la familia en el exilio. Mantendría la relación con la familia real griega y, tras la restauración de la monarquía, viajaría a Grecia. Y allí evocaría junto a los jóvenes príncipes las historias que él les contaba en Sudáfrica. Doña Federica, que le pidió fuera el padrino de bautismo de la princesa Irene, expresaba con admiración: «Quiero creer que el mejor de los regalos recibidos por mi hija pequeña fue el de la grandeza de alma de su padrino».[11]

En este largo exilio, Sofía aprendió la responsabilidad y trabó sólidos lazos de amistad sin fronteras con sus compañeros de juego, mientras que desarrollaba con las dificultades el sentido de compromiso y de servicio a los demás que sería la seña de su carácter. Esta duradera unión se vería cimentada no solo con su compañera de juegos Tatiana, sino con sus dos hermanos Irene y Constantino. A veces no faltaban las lógicas peleas entre niños de la misma edad. Sobre todo cuando Sofía y Tatiana tenían que compartir el mismo cochecito de muñecas.

Doña Federica pudo sentirse de nuevo orgullosa del valor de los griegos. La valiente oposición del general Papagos al dictador germano fue un ejemplo para la nación, que vio con dolor la deportación de Papagos a un campo de concentración en 1943. Ese esforzado país se enfrentó nada menos que al temido Führer.

Cuando en 1944 decidieron el traslado definitivo a El Cairo, parecía que el final de esa traumática contienda se acercaba, pues los alemanes se retiraron el 12 de octubre y los ingleses entrarían en Atenas el 14 de ese mismo mes, tan solo dos días después. No fue así. Todavía sufrirían los coletazos de un siniestro conflicto que podían resultar muy peligrosos.

Los británicos, con Churchill a la cabeza, opinaban que el rey Jorge no podía volver hasta que no se llevara a cabo un plebiscito que aceptara la monarquía.

Mientras tanto, en El Cairo se sucedieron nuevos bombardeos. Sofía, a sus seis años, era consciente del peligro e intentaba siempre proteger a sus hermanos. El ulular atronador de las sirenas angustiaba a los habitantes de la ciudad que, en la profunda oscuridad, veían rasgar el cielo con los focos antiaéreos, para intentar descubrir a los mortíferos visitantes y detenerlos antes de que pudieran culminar su mal. Es frecuente que las grandes turbulencias, como la guerra y el exilio en este caso, vengan acompañadas de otras desgracias menores y cotidianas. La casa que habitaba la familia real griega estaba en estado de ruina, y una noche se despertaron todos sobresaltados, a causa de un gran estruendo: una parte de la galería de precioso mármol se había derrumbado. Otra vez se desprendió un pedazo del techo del cuarto del *diadokos*.

Y por si fuera poco, llegaron las epidemias. La temible peste bubónica hacía estragos en la ciudad. Una anécdota, no por sabida menos terrible, nos describe con sencillas palabras la atroz situación. Sofía y Constantino jugaban alegres en el jardín de la casa que sus padres habían alquilado. Una de sus diversiones favoritas era subirse a un frondoso y robusto árbol, que proporcionaba sombra a la casa. En su escalada, vieron una escena que les llenó de estupor. En la casa de al lado había un hombre muerto sobre el césped. La peste, tan mortífera, tan aterradora, estaba entre ellos.

Y para colmo de males, de nuevo los ataques aéreos horadaban las calles de la ciudad, llenando de terror el sueño de los niños.

Sin embargo, la vida continuaba y los pequeños acudían al colegio inglés por las mañanas. Sofía estudiaba en el colegio de niñas El Nasr, un centro con muy buenas instalaciones deportivas y académicas, amplio gimnasio, buena piscina con sus vestuarios y soleados campos de deporte; y además contaba con laboratorios de biología, física y química, departamento de arte y sección de ciencias del hogar, una buena biblioteca y salón de actos con un hermoso escenario.

La educación de la princesa ya había comenzado. En cuanto a otras relaciones locales, los príncipes griegos jugaban muchas tardes con las hijas de la amable reina Farida, que se llamaban Ferial, Fawzia y Fadia. Cualquier atento observador podía observar la creciente impopularidad de Faruq, cuyos sonoros títulos —su majestad Faruq, por la gracia de Dios, rey de Egipto y de Sudán, soberano de Nubia, Kordofán y Darfur—, a pesar de la responsabilidad implícita, no le producían ninguna reflexión. No escondía sus excéntricos y lujosísimos gustos. Hacía alarde de sus joyas, yates, palacios y tierras, y se ausentaba muy a menudo de su país para realizar costosos viajes, mientras su pueblo sufría angustiosa necesidad. La vida real, cotidiana, que tanto doña Federica como sus hijos conocían bien en su día a día, y que ya Pablo había podido experimentar en su estancia en Coventry, les proporcionaría una valiosa lección para el futuro. Y también la ciudad de El Cairo les aportó una importante enseñanza. Allí convivían en armonía diversos credos y razas. Árabes, judíos, coptos, ortodoxos, protestantes y católicos, coexistían sin problemas en esa ciudad a pesar de las diferencias. Comprensión, tolerancia.

Por las tardes, Sofía, Irene y Constantino, a los que se unía la prima Tatiana, combatían la nostalgia por la ausencia del padre pidiendo a su madre, que era una magnífica narradora, que les contara historias de Grecia o de su familia o del encuentro entre los dos. Como todos los niños, y más aún en una situación de desarraigo, Sofía escuchaba a doña Federica con atención. Les narraba como reencontró, en la boda de la princesa Marina de Grecia con el duque de Kent, a un apuesto príncipe griego. Era guapo, de noble aspecto y elegante monóculo.

Les aseguraba, y ellos estaban encantados al oírlo, que el amor les había fulminado a ambos. Cuando les decía que su padre el duque de Brunswick aconsejaba esperar, pues consideraba que la novia era aún muy joven, sus caritas reflejaban la tristeza que producen las dificultades. Pero esas conversaciones acababan alegremente, cuando la madre contaba el final feliz que tuvieron las historias de amor de sus abuelos Victoria Luisa y Ernesto Augusto, al igual que la de Pablo y Federica. Siempre finalizaba esas historias prometiendo que el anhelado padre llegaría muy pronto.

Y ese reencuentro familiar tendría lugar tras un decisivo encuentro político.

Una importante conferencia, la Cuarta Conferencia de Moscú, había reunido a dos poderosos líderes del momento: Churchill y Stalin. Ambos se habían repartido sus zonas de influencia: Rumanía para la Unión Soviética, Grecia para Gran Bretaña. El acuerdo quedó escrito en una servilleta de papel que les ofreció uno de los camareros. Los comunistas griegos que habían luchado con coraje contra el invasor nazi no recibirían más ayuda de la Unión Soviética.

Por fin tuvo lugar en Grecia el esclarecedor referéndum, el 1 de septiembre de 1946. Los votos en favor de la monarquía fueron abrumadores, un 65 por ciento de la población estaba a favor del regreso del rey. La ruta del retorno se abría ante ellos.

3

LEVANTAR EL PAÍS
1946-1952

28 de septiembre de 1946

La exaltación reinaba en la familia ese 28 de septiembre. El destructor *Mioulis* tendría el honor de devolver al *basileus*, el rey, a su patria. Jorge II, el *diadokos* y la princesa Federica sentían la emoción intensa que trepaba por sus gargantas. La benéfica influencia de Smuts se había hecho sentir de nuevo. Fue él el artífice de la decisión de Churchill. Smuts mantuvo serias conversaciones con el primer ministro británico en las que involucraron al presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, abogando por el retorno de la familia real griega a su patria. El largo y terrible exilio, la inquietud por el país que se debatía inmerso en las penalidades, la lejanía de la familia en condiciones más que precarias, los bombardeos, el terror a la muerte de los seres queridos… todo eso se desvanecería con la luz radiante de Grecia, bañada por el antiguo Mediterráneo en la resplandeciente bahía de Falero.

De nuevo la leyenda se unía al presente. La bahía recibe el nombre de Falero por el héroe homónimo, compañero de Jasón en la búsqueda del vellocino de oro. El antiguo mito de Jasón y los argonautas, muy popular en Grecia, contaba la aventura del rey de Yolcos y sus compañeros que partieron en la nave *Argo* —de ahí el nombre de argonautas— hacia la Cólquide, y tras múltiples avatares, es Jasón el que, al volver a Yolcos con el vellocino, ha de recuperar el trono y expulsar a su tío Pelias que se lo había arrebatado. La simbología es tan fuerte que produce escalofríos. De esa rada partieron también los barcos griegos que iniciaron la guerra de Troya.

Federica y Pablo regresaron a Alejandría, esplendorosa de nuevo sin el horror de la guerra en sus aguas, para recoger a los príncipes. Sofía, que tenía ya ocho años, sentía la emoción que impregnaba el extraordinario momento que estaba viviendo. Era solo una niña pero de manera difusa entendía que algo extraordinario iba a ocurrir. El destructor *Nauvarinon*, engalanado para tan importante ocasión con la bandera de Grecia y el guión de la casa real griega flameando en un mástil, entraba en el puerto de El Pireo. Desde el puente, la joven princesa observaba su tierra que la acogía con su luz cegadora y su mar esplendente, escenario de cultura, civilización e historia. Tenía tan solo dos años cuando partió al exilio y era muy difícil que recordara su patria. Pero la emoción de los mayores se trasmitía a los niños que encaraban ese regreso como el descubrimiento de una tierra mítica de la que tanto habían oído contar.

Los recuerdos de una niña de dos años por fuerza han de ser difusos, pero las historias narradas a la lumbre de la chimenea durante el largo exilio habían servido para mantener viva la esencia de ese país que era el suyo y al que volvían con la esperanza enroscada en el corazón. La nostalgia abría paso al futuro. La niña observadora que ya era doña Sofía se fijaba en todo y quería descubrir los perfiles de su tierra cuanto antes. Los hermanos tan activos, tan unidos en la misma ilusión, competían por ver quién era el primero en divisar la tierra prometida. La luz

creciente del amanecer les desveló poco a poco los perfiles de la costa. Un sol radiante iluminó el mar de color zafiro oscuro. Era Grecia, la amada, la deseada, la soñada en tantas noches de destierro. Cuando los tres príncipes, Sofía, Irene y Constantino oyeron exclamar a sus padres: «¡Ese es nuestro país, esa es nuestra tierra…! ¡Ya estamos, gracias a Dios, ya estamos aquí!», la alegría inundó sus corazones. La población desbordaba entusiasmo. Aclamaban a su rey con sincero sentimiento. Tras las penurias de la guerra, todos querían mirar al futuro con esperanza. Varias filas de personas atestaban las aceras del recorrido triunfal que conducía a la familia real por las calles de Atenas. Un solemne tedeum marcó de manera oficial la incorporación de Jorge II a su reino.

Mas la llegada a la soñada casa de Psychico fue desoladora. El desencanto se leía en los rostros antes expectantes por el regreso a la patria. Sofía, que tantas veces había oído las excelencias de su tierra, contemplaba en su ansiado hogar la suciedad y la destrucción. La ocupación de la misma por soldados alemanes, italianos e ingleses, había dejado un panorama desastroso. Los muebles rotos y desencajados, las maderas de puertas y ventanas arrancadas… todo lo que pudiera servir para nutrir el fuego había sido utilizado; la suciedad se enseñoreaba por los cuatro costados… Y en Tatoi era aún peor. Pintadas obscenas, delatoras de un odio irracional, decoraban las paredes. La inquietud era profunda, pues bajo unos pinos centenarios se yergue la capilla que mandara construir la reina Olga, y a unos pasos de ella, como si la ermita benéfica pudiera protegerlas del mal, las tumbas de sus antepasados. El deseo de tornar a esta tierra que reunía tantos recuerdos y afectos estaba vivo en el corazón de la familia. No pudieron regresar a la atmósfera de dicha que atesoraba el lugar, pues todavía, estando apartado de Atenas, sufría Tatoi ataques de guerrilleros descontrolados.

Los niños que habían escuchado las historias familiares vividas en aquellos hogares dichosos, no podían entender la desolación del mundo que ellos imaginaban feliz y armonioso. Además, a pesar de los esfuerzos de los mayores por mostrar alegría, los más jóvenes percibían la tristeza bajo la fingida felicidad.

El balance que había dejado una contienda que los griegos no habían buscado ni querido era abrumador: cuatrocientos mil muertos, las ciudades arrasadas, las huertas y sembrados yermos, la economía destruida. Miles de niños habían muerto de inanición por falta de los más elementales alimentos. Hacía falta un ingente valor para encarar semejante desastre.

Pero el exilio había aportado una extraña y profunda lección. Habían aprendido con la observación diaria de las realidades y el sufrimiento de la gente corriente. Sofía no lo olvidará jamás. El rey, ayudado por Pablo y Federica, se sumergió en la inmensa tarea. Pablo se presentaba en el frente para animar a las tropas, pues habían de remediar otro problema delicado.

La guerrilla comunista, y su brazo político el Partido Comunista Griego, KKE, seguía muy activa y asolaba los pueblos, torturando a los que no pensaban como ellos y raptando a los niños del lugar, para llevarlos a los países fronterizos, donde les educarían como buenos comunistas. Era una estrategia perfectamente organizada, que recibía el nombre de *Paidomazoma* y cuyo principal objetivo era arrancar de sus hogares a niños entre dos y catorce años, para convertirlos a sus *ideales salvíficos*. Estas historias auténticas y estremecedoras debían de impresionar a Sofía y Constantino, que ya entonces habían construido en la dureza del exilio fuertes lazos familiares.

Federica tomó cartas en el asunto y partió a Macedonia a liberar esos pueblos que veían a sus hijos llevados al «paraíso comunista». Sabían los desdichados padres que si alguien no les ayudaba, si no lograban detener a los captores, pasarían años antes de que pudieran volver a ver a sus hijos. Todo esto en nombre de la libertad.

Apenas habían empezado a recomponer durante unos breves meses sus vidas en Grecia, cuando el destino les impuso mayores responsabilidades. Una llamada a primera hora de la tarde del 1 de abril de 1947, avisó al *diadokos* para que acudiera con prontitud a palacio. El tono era serio y escueto. Al llegar al portón del palacio de Herodes Áticus, creció la inquietud de los príncipes al ver en la puerta al patriarca de Constantinopla. El rey Jorge había muerto durante el sueño, en paz, de una trombosis coronaria.

—¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Con Jorge II en su capilla ardiente, Pablo juró de inmediato como rey ante el primer ministro y el obispo ortodoxo, a la vez que prestó fidelidad a la Constitución. La idea de servicio al país estaba entroncada en su mente y este pensamiento, que enseñaría a sus hijos, iba a guiarle durante su reinado: «Un rey debe saber que solamente actúa como intermediario a quien su pueblo le entrega lo mejor de sí con la esperanza de que se lo devuelva con creces».[12]

El cortejo fúnebre de Jorge II recorrió las calles de Atenas desde el palacio real hasta el panteón de Tatoi, donde fue enterrado según la tradición. Los *evzones* de la Guardia Real,[13] con su vistoso uniforme de tiempos antiguos, consistente en falda plisada y camisa blancas, birrete escarlata, medias blancas con ligas negras, casaca bordada y zuecos de cuero rojo, acompañaban el féretro, y detrás, erguido como un sable, el nuevo rey Pablo, llevando de la mano al joven nuevo *diadokos* Constantino.

Las mujeres de la familia seguían el cortejo enlutadas, las casadas con un luengo velo negro que les cubría el rostro y las solteras con la cara al descubierto. Días más tarde, el monarca juraría como rey de los helenos, según la tradición de la monarquía griega. El lema «Mi fuerza es el amor de mi pueblo» sería una constante en su actividad en favor de su país.

Al recibir Pablo la corona, tras los reinados de sus hermanos Jorge II y Alejandro I, había tenido tiempo de observar y analizar; estudiar errores y pensar en soluciones imaginativas. Sabía de la importancia de tener junto a él a una mujer fuerte, segura y determinada… y ¡leal!

Pensaba que las alianzas con otras familias reales eran fundamentales. Y era consciente de que habría de unir a la firmeza de sus decisiones el valor ante la adversidad y la habilidad en las negociaciones.

Todos tuvieron que preparase para los cambios que se anunciaban.

Uno de los sacrificios para los hijos de los reyes fue dejar la confortable casa de Psychico, su cuarto pintado con personajes de Disney y su existencia familiar serena y sencilla. Una vez que la vida comenzaba a parecerse a aquel sueño largamente acariciado, tenían que cambiar de nuevo. Era necesario trasladarse al palacio real de Herodes Áticus —actualmente residencia del presidente de la república griega—. Es un edificio imponente y solemne. La reina Federica intentó darle un aire más acogedor con telas de colores claros y muebles confortables.

Anhelaban vivir en Tatoi, el palacio que construyera la reina Olga Constantinovna, inspirado en el pabellón de verano del espléndido Peterhoff de su Rusia natal. Tatoi era la residencia ideal para unos niños que adoraban la naturaleza y la libertad. Pero vivir en el palacio de Tatoi con su casa tan acogedora y su aromático jardín era un sueño imposible, pues las incursiones de la guerrilla eran aún frecuentes.

Los desafíos para los reyes eran inconmensurables. El país seguía revuelto con las bandas de guerrilleros comunistas que continuaban atentando contra los principios más básicos del libre albedrío, atacando los pueblos para llevarse a los niños y educarlos en países vecinos de obediencia comunista, como llevaban haciendo desde meses atrás. Toda esta injusticia, todo este desgarro desesperaban a Federica, que reclamaba la ayuda internacional sin obtener resultado. Se exasperaba ante la falta de solidaridad del mundo occidental, ocupado con otras preocupaciones

políticas y sociales. Pero veintiocho mil niños desenraizados, separados de sus padres, clamaban justicia. Los desgraciados padres comprendían que los reyes les iban a defender, y cuando la pareja real visitaba los pueblos les suplicaban: «¡Devuélvanos a nuestros hijos! ¡Usted es madre como nosotras y nos comprende! ¡Usted puede hacerlo! ¡Por caridad, devuélvanos a nuestros hijos! ¡Se han llevado a los chicos, a las chicas e incluso a los bebés! ¡Han dejado vacías las escuelas! ¡Tengan compasión de nosotras!».[14]

Esta tragedia humana, con toda su carga de hiriente dolor, además era peligrosa para el país, pues los chicos eran adoctrinados para que dejaran de lado el provecho de su tierra y prevaleciera un interés supranacional, adicto al comunismo. Para desenredar esta maraña, los reyes determinaron crear una escuela en Leros para jóvenes que hubieran decidido acabar con su desarraigo e incorporarse a la comunidad. El alcalde de esa ciudad reunió al pueblo y, enarbolando la bandera griega, les instó: «Hemos pasado varios siglos esperando esta bandera, que el rey nos entregó el año pasado. Ahora la traemos para vosotros. Sois griegos como nosotros y sabemos que la bandera estará segura en vuestras manos. ¡Tomadla y guardadla!».[15]

Asimismo fundaron una escuela para chicas, en verdad necesaria, pues dada la mentalidad de aquella época y lugar, encima de haber sufrido esas niñas un forzoso secuestro, eran excluidas por haber convivido con sus captores. ¡La tarea era ingente, porque había que llegar a los lugares más remotos para conocer las carencias de los campesinos, que eran muchas! Era menester organizar colegios y escuelas para ofrecer la imprescindible educación. La economía, destrozada por la contienda mundial, había dejado a Grecia exánime, y era urgente inyectar dinero para que el país saliera adelante. Y toda esta acción hubieron de llevarla a cabo en un territorio abrupto y montañoso o diseminado en bellísimas islas de remotos confines.

Pero Federica, con la energía que era proverbial en ella, sostendría siempre a Pablo en la labor social que estaba determinado a seguir. En esa misma senda, había que ayudar a los jóvenes delincuentes a reinsertarse en la sociedad. Con ese espíritu se inauguraría en la isla de Cos un centro de formación para los muchachos apartados de la sociedad. En este lugar también era necesario incluir a los chicos comunistas que, aunque hubieran pertenecido a la guerrilla, ahora, incorporados a Grecia, desearan colaborar en el bien del país. Eran griegos. Tenían derecho a ello. El rey acudió a visitarles al campo de concentración de la isla de Makronisos.

Las palabras que les dirigió fueron sentidas y consiguió emocionar a los jóvenes diciéndoles de manera próxima y natural que había venido a verles porque les echaba de menos. Les pidió que volvieran para defender juntos la patria. Les dijo que les quería y que les esperaba, pues sabía que, cuando estaban lejos, añoraban su país y sus familias, y les prometió estar siempre a su lado.

En el tiempo de hoy, tan descreído, puede parecer un discurso un tanto paternalista, pero hay que pensar lo mucho que ha cambiado en estos años la visión de los ciudadanos hacia las instituciones. El efecto que estas sentidas frases produjo en sus oyentes fue fulminante. Pablo tocó los corazones hasta tal punto que, rompiendo el protocolo y la seguridad, ese pueblo emotivo y generoso tomó en volandas a sus reyes y los paseó a hombros, como si se tratara de dos toreros de postín. Aguardaba a toda la nación una emocionante labor de equipo. Sacar a Grecia del marasmo en el que la habían hundido ideologías y personas sin conciencia, o tal vez equivocadas.

Sofía, una niña despierta, iniciaba al lado de sus padres el aprendizaje como princesa. El ejemplo de los reyes le enseñaba a ser útil.

Doña Federica, además de acometer estos agobiantes problemas, había de recomponer su maltrecha casa, organizar la vida familiar, preocuparse por la educación de sus hijos y la

recuperación social del país. En el propio jardín de Psychico, montó una escuela Arsakion, donde Sofía e Irene recibían sus clases y perfeccionaron el griego aprendido con la dedicada María. Asunto muy importante para completar su unión con su país y su gente. Una compañera del destierro, Tatiana Radziwill, había retornado a Grecia y compartía con Sofía colegio y juegos. Disfrutaba con ella de esa amistad que se iba consolidando y entretejían ambas la complicidad de la verdadera amistad.

En ese colegio una profesora, Theofanos Arvanitopoulos, consiguió transmitir a sus alumnos, a través de los años, su pasión por la historia y la arqueología griegas. Había mucho que aprender de ese conjunto de islas, oreadas por los vientos —el refrescante meltemi del verano; el frío bóreas, que manda el dios del invierno; el noto, suave viento del sur; el euros, o «viento bueno», que caldea el otoño; y el céfiro, que trae la lluvia y por tanto la primavera—. Esas islas, bañadas por el límpido Mediterráneo, el Egeo y el mar Jónico, son acariciadas por el sol y bendecidas por los dioses.

La joven Sofía comenzará, tras el desarraigo del exilio, a conocer su país, a enorgullecerse de su pasado de excelencia en el arte, la filosofía y la democracia. Un antiguo alumno del colegio alemán de Salem, Yocelyn Winthrop-Young, se encargará, años más tarde, en 1949, de organizar la escuela Anavryta, con los mismos principios del colegio de Salem, con el fin de proporcionar la educación apropiada para el *diadokos* Constantino. Los tres hermanos, Sofía, Irene y Constantino, se iban familiarizando con la mar en los maravillosos veranos en la isla de Corfú, donde se reunían con el grupo de primos de la misma edad, entre los que era figura indispensable Miguel de Grecia.

El rey Pablo, con la ayuda eficaz de la reina Federica, consiguió la ayuda del presidente de Estados Unidos, Harry Truman. Contaban también con el apoyo de Winston Churchill, que no olvidaba el alto coste que tuvo para Grecia, el negarse en 1941 a la alianza con Hitler. Tampoco cayó en saco roto la lucha del general Papagos contra Hitler, que le costó la deportación a un campo de concentración en 1943.

La reina Federica, mujer de acción, animosa, decidida y tenaz, no cejaba en sus propósitos. No todos entenderían el magnífico esfuerzo que realizó por su país.

Sin embargo, resultaba una ardua tarea acabar con la guerrilla, pues esta recibía una vez más ayuda militar y estratégica del poderoso mariscal Tito de Yugoslavia. Esta alianza era doblemente peligrosa para Grecia, pues el premio que exigía Tito a cambio era la anexión de Macedonia.

El Telón de Acero no aceptaba la realidad: Stalin y Churchill se habían repartido las áreas de influencia, y Grecia estaba bajo predominio británico. Pero la lucha entre la guerrilla y las tropas gubernamentales griegas continuaría y tendría en jaque al país hasta 1949.

De nuevo en el filo de la navaja. El rey Pablo, apartado del rencor, no olvidaba por prudencia, como un aviso, la turbulenta historia que perseguía a los soberanos griegos: su abuelo Jorge, asesinado; su padre Constantino I, muerto en el destierro en Palermo, y él mismo había vivido con sus hermanos el angustioso exilio tres veces. Era importante recordar, para no repetir errores, para sacar el país adelante. Resultaba un desafío inquietante, azaroso, pero la serenidad del nuevo rey iba a guiar la nación por un buen camino.

Por su parte, Federica comprendía que la razón de la monarquía era servir a su pueblo, y se sumergió en la tarea social y educativa que necesitaba el país. Estos dos ejemplos, la reflexión y prudencia del rey Pablo y la energía inagotable de la reina Federica, unidas al deseo de trabajar para la nación de ambos, serían el espejo en el que se miraría su hija Sofía. Doña Federica creó un fondo que se ocupaba de subsanar tremendas carencias de la población, como cuidados

sanitarios proporcionados por autobuses habilitados como enfermerías ambulantes. La educación necesitaba asimismo su asistencia: bibliotecas móviles recorrían el país para proporcionar lectura a los niños y adultos. Se preocupó también de la fundación de hospitales y guarderías infantiles en ayuda de la mujer trabajadora. El trabajo realizado producía auténticas satisfacciones. La escuela experimental de Leros, donde se educaban mil trescientos muchachos, era un éxito rotundo. No había fugas. Los chicos se quedaban y estudiaban. La reina escribía complacida al general Marshall:

> Fuimos a visitarles y puedo asegurarle a usted que fue algo emocionante vernos rodeados de jóvenes que antes no sabían más que matar, incendiar y saquear y que en unas semanas han vuelto a ser seres humanos. La experiencia es de lo más alentadora.[16]

Por el contrario, la irrupción de la policía secreta griega, instruida y formada a manera de la CIA, produjo hondo desasosiego en la población. A pesar de que Federica se opuso desde el inicio a esta actividad, se le adjudicaría sin motivo la responsabilidad en la misma.

Un matrimonio de amor
20 de noviembre de 1947

Un matrimonio de amor, y matrimonio real, vino a proporcionar a la reina Federica la ocasión de cimentar la estrecha relación que unía a la familia real británica y la familia real griega. En esa ocasión conoció a un personaje que sería crucial para Grecia.

El 20 de noviembre de 1947, se celebraba la boda de la princesa Isabel de Inglaterra con Felipe de Grecia, el apuesto príncipe nacido en Mon Repos, la bella casa de Corfú. Y la reina de Grecia fue invitada a residir en Buckingham. En una de las recepciones tuvo una conversación con Churchill, quien le recomendó hablara con el general Marshall.

—¿Cómo voy a hablar con el general si no le conozco? —preguntó la reina.

—Háblele de soldado a soldado —le respondió con humor el hombre que acuñó tantas frases geniales.

Esa fue la contundente respuesta. El incisivo político podía ser también un ser humano sensible. Durante la guerra, el racionamiento había obligado a los ingleses a hacer largas colas para obtener los alimentos más necesarios. Y Churchill, cuando contemplaba esas largas esperas, mandaba a uno de sus guardaespaldas a preguntar cuál era su urgente necesidad. En una ocasión, la fila daba la vuelta a la manzana, y cuando supo lo que toda esa gente aguardaba, se le saltaron las lágrimas. En el marasmo del horror de la guerra, el hambre nunca saciada, el terror de los bombardeos y la crueldad de las muertes violentas, todos hacían cola para obtener… ¡alpiste para sus canarios!

En el banquete de la boda conoció la reina al general Marshall, secretario de Estado de Estados Unidos, al que puso en antecedentes de la peligrosa situación que vivía Grecia. El estilo vivaz y apasionado de doña Federica impresionó al general. Comenzó entonces, por indicación del propio rey, una nutrida y prolongada relación epistolar entre la reina y el general que daría buenos resultados. El rey Pablo remató la faena y su país participó en el ansiado Plan Marshall.

Era una época de creación, de proyectos, de ilusión. La joven Sofía observó la magnífica lección que le estaban ofreciendo sus padres: la razón de ser de la monarquía es ser útiles a su gente. Trabajar todos juntos para resolver los problemas. La reina Federica continuaba enseñando a sus hijos. Les animaba a superase a sí mismos, a enfrentarse a las dificultades, a

tener altura de miras, a realizar aquello que su responsabilidad les demandaba con alegría y serenidad.

La princesa Sofía, así como sus hermanos Irene y Constantino, empezaba a hacer su aprendizaje práctico, acompañando a sus padres los reyes en sus visitas a pueblos, islas y aldeas en las montañas. Tenían que demostrar a los griegos que se preocupaban por ellos, que, como dijera una vez la reina Federica a su hija Sofía, ellos pertenecían al pueblo. Ser útiles era la razón de su existencia. Les enseñaron en estos viajes los deberes que su posición les exigía. Y ese esfuerzo en el cumplimiento del deber les hacía más fuertes, a la vez que comenzaron a amar esa dedicación a las gentes de Grecia. Era una familia que se quería, que disfrutaban de la mutua compañía y que crearon lazos de amor y estima que resultarían indestructibles. El *diadokos* Constantino desarrolló en aquellos años una profunda admiración por su padre el rey, amor sin fisuras por su madre y total complicidad con sus dos hermanas. Todo ese cariño, toda esa estima entre los diversos miembros de la familia real griega construirán una sólida armazón interior, una seguridad individual de cada uno de los príncipes que será el mejor escudo ante las desgracias de la vida.

Y continuaban las enseñanzas. Para que entendieran el mundo que les rodeaba, para que aprendieran que los privilegios acarrean obligaciones. A la importante escuela de Leros, añadieron los reyes la creación de The Royal Welfare Fund o Fundación Real para el Bienestar, que se ocupaba de acoger a veinticinco mil niños, a los que se les proporcionaba educación, comida y vestido. Pero esos chicos podrían continuar su formación más adelante en la Casa del Niño, donde se les instruía en artes y oficios, para que les permitiera una subsistencia digna el día de mañana. Una vez formados, retornaban a sus familias y a la sociedad.

Estamos en Grecia, el país en donde se instituyeron los Juegos Olímpicos, por tanto, en ese sistema educativo, los deportes eran parte esencial de la instrucción. Sofía, Irene y Constantino eran adiestrados también en los deportes que llegarían a ser, sobre todo la vela, una constante en la familia real griega.

La singular y centenaria artesanía griega se recuperó y se enseñaba en centros especiales, conservando así el patrimonio cultural griego. Resultaban ejemplares los llamados Comités de Autoayuda, cuyos albañiles, carpinteros y herreros recorrían pueblos y aldeas del territorio para rehacer los hogares destruidos durante la guerra y los sucesivos conflictos. A estos comités se unía un nutrido grupo dedicado a la enseñanza de diferentes oficios, que instruían a los jóvenes para obtener una profesión o les ayudaban a establecer un taller.

Siendo un país mediterráneo y con su característica alegría de vivir, cada inauguración en cada pueblo era seguida de una celebración con baile. ¿Cuántos *sirtakis* en cuántos pueblos griegos habrá bailado nuestra reina Sofía? ¿Su declarada afición a la danza tendrá su origen en aquellas soleadas plazas de Grecia donde la música del *sirtaki* alegra el corazón?

En su adolescencia, cuando visitaba las aldeas acompañando a su madre o años más tarde sola, vestía con el traje tradicional de las campesinas griegas y bailaba esa danza que sube lentamente de los pies al corazón. Su cadencia suave, pausada, va tomando ritmo hasta que se acelera embriagando los sentidos, y el corazón late al compás frenético de los pies que parecen poseer alas como el dios Mercurio.

Pero la solución a las disputas internas que sufría Grecia seguía estando lejos todavía. Se produjo un ataque de la guerrilla a Konitsa, en el Epiro, y Federica mostró de nuevo su temple. El rey no pudo desplazarse allí, pues estaba postrado en cama porque sufría unas agudas fiebres tifoideas. La reina se presentó en la zona de conflicto —tras dominar serios inconvenientes, peligros sin fin en carreteras y caminos y la oposición de algunos militares a su presencia—, para

animar a las tropas en nombre de su esposo. Fue recibida por la población con gran entusiasmo, al grito de:

—*Bassilisa, bassilisa!* (¡Reina, reina!)

En uno de esos baños de multitud, la mujer de un preso le increpó:

—La policía ha detenido injustamente a mi marido. ¡Haga que le pongan en libertad!

Poniendo su mano en el hombro de la mujer, Federica respondió:

—¿Sabe lo que pienso, señora? ¡Que es usted una esposa maravillosa, un ejemplo de lo que deben ser las mujeres, creyendo siempre en su marido! ¡Bravo! ¡La felicito![17]

La leal esposa se echó a reír, y así terminó el conflicto. Aguardaba a toda la nación una emocionante labor de equipo.

Sofía comenzó su aprendizaje de servicio a su país de la mejor manera posible: de mano de su madre. Contaba solo diez años, y a pesar de su madurez, la niña que en el fondo era se rebelaba cuando oía a las campesinas y aldeanas llamar a la reina «madrecita», según vieja costumbre del lugar. Y advirtió con toda seriedad en una ocasión: «Tú no eres su madre. Eres la mía».

Los desvelos de la reina obtuvieron satisfacción. Unos meses más tarde, una organización de mujeres griegas la nombraba Primera Madre.

El ejemplo de la reina Federica estaba contribuyendo a formar a la futura reina de España.

Un acontecimiento importante tuvo lugar en el año 1948. Las esplendorosas islas del Dodecaneso, tantos siglos en manos extranjeras, volvieron otra vez al seno de Grecia. Había que celebrar esta unión, visitando todas y cada una de ellas. El día que los reyes llegaron a Rodas, el sol lucía con toda su fuerza y la población entusiasmada les recibió con el inmenso afecto que produce la esperanza de un cambio. El recorrido por Rodas, de belleza recia y fulgurante, se desarrolló en un clima eufórico que sumergió a los reyes en el torbellino del continuo fervor de sus gentes. Un círculo de aguas transparentes, a modo de aguamarinas cuando refulgen al sol, rodea el promontorio, donde se yergue la austera fortaleza de los Caballeros de San Juan. Ascendían los monarcas por las callejuelas estrechas y umbrías, que dividen los barrios de las distintas naciones: Castilla, Aragón… como una premonición para la princesa Sofía. Muros de piedra blasonados con escudos centenarios protegen hermosos patios de enredaderas ondulantes y flores de vibrantes colores.

Una vez en la catedral para una solemne ceremonia de acción de gracias, les recibió el obispo con estas palabras de reminiscencias clásicas o bíblicas: «¡Por fin has venido, oh, rey! Te hemos esperado durante cuatrocientos años. ¡Oídme bien, griegos de estas islas! Podéis ir a las tumbas de vuestros padres y decirles que ya pueden dormir en paz, pues el rey ha vuelto, nuestra tierra es libre y somos desde hoy una nación».[18]

Era imposible no sentir una intensa emoción, y los príncipes Sofía y Constantino, que se encontraban junto a sus padres en esa histórica ocasión, a pesar de su corta edad, habían de sentirla también. Estos reyes venidos del norte han de percibir ya como griegos lo excepcional de la situación. Los ecos del teatro griego, sus amores y sus odios, sus venganzas y sus heroicidades, sus traiciones y sus lealtades, sus pesares y sus alegrías, que desvelan los arquetipos del género humano que describe Aristóteles, rezumaban en las palabras del obispo. La cultura griega permea los tejidos de la sensibilidad y despierta las almas más entumecidas.

La historia habla con voz potente en esta villa, a través de sus piedras y de su mar.

Tatoi, 1949

Y para colmo de felicidad, por fin fueron a vivir a Tatoi, aunque seguían recalando en Herodes Áticus cuando los compromisos de sus padres lo requerían. El hogar soñado, rememorado en tantas noches de invierno, iba a ser suyo. El traslado tuvo aire de descubierta. Apenas se cruza el barrio de Mussuri, se yergue un espléndido bosque de pinos con sus copas acariciadas por el sol. Y enseguida, tras una pronunciada curva, un muro de piedra anuncia la casa. La verja abierta y las personas aguardando su llegada les recibieron en la que había de ser su morada. Subieron Sofía, Irene y Constantino los dos escalones de la entrada, protegida por una marquesina, y entraron en la casa de dos pisos y una buhardilla. La buhardilla, que para los niños es el territorio de la magia, donde todo puede suceder, donde viven seres imaginarios, duendes, hadas y gnomos, de agudo ingenio y bondad asegurada, era un universo que ya conocían de antiguo por los cuentos de la entrañable señora Smuts.

Los tres hermanos atravesaron la casa con afán, decididos a buscar la luz que entraba con fuerza en la fachada que daba al jardín. Una pradera fresca se abría hacia unas bellas escaleras curvas que les condujeron a la alberca. Otro territorio de diversión garantizada. Un toque de brisa les trajo el aroma del bosque que rodea la propiedad. Es el clásico perfume de la zona mediterránea: la fragancia pungente de los pinos se entremezcla con la acidulada de los eucaliptos y el recio y elegante de los cipreses, a los que se añaden en olfativa sinfonía las notas sensuales del romero, la retama y la jara. Las casas, como las personas, tienen su olor propio, característico, que evocan con celeridad asombrosa, periodos de gozo o bien de dolor. Comenzaba una etapa de trasformación, de actividad y de felicidad. Las casas tienen alma. Su espíritu es hosco o acogedor. Este último era el caso de Tatoi, cuyas cuarenta y dos hectáreas encerraban maravillas. Descubrieron Sofía y Constantino, seguidos por Irene, otras zonas del parque. Jorge I había construido un invernadero, donde plantas de todo tipo podían crecer a lo largo del año, protegidas en los meses más fríos de las escasas inclemencias de un clima hospitalario. Una granja donde habitaban felices vacas y gallinas enseñaría a los tres hermanos el respeto a los animales y la responsabilidad de su cuidado. Este amor por los animales y la naturaleza permanecerá siempre entre las prioridades de doña Sofía. Y estaban los establos, con mansos caballos aguardando el paseo cotidiano, afición que doña Sofía mantendrá durante muchos años.

De repente la masa imponente del bosque surge ante la vista. La mancha compacta de los pinos con sus copas rotundas se dulcifica con las ondulantes ramas de los castaños cuya flor enhiesta se yergue orgullosa entre las verdes hojas. Y anhelando el cielo, los cipreses, que alzan su cuerpo, de tan verde casi azul, en irrefrenable vuelo al infinito.

Cuando los príncipes fatigados casi habían finalizado la exploración, se detuvieron. El silencio era total. Solo rasgado de vez en cuando por el susurro de la brisa, que traía consigo, impalpable y poderosa, la esencia de la naturaleza. Sofía pronto descubriría que los animales, con su sentido innato de supervivencia, comprendían que estaban a salvo en esa tierra, que sus moradores respetarían su vida. El rey prohibió la caza en ese territorio feliz. Ese amor a los animales, esa decidida protección de la reina Sofía al mundo animal tiene su origen en ese mundo de Arcadia que vivió en Tatoi.

El príncipe Miguel de Grecia, hijo del príncipe Cristóbal de Grecia y de la princesa Francisca de Orleans, buen cronista de su familia, primo del rey Pablo pero coetáneo de los hijos de este, compartía la complicidad y unión entre esta morada y sus habitantes. Desde el inicio de la restauración de Tatoi, el despacho del rey Pablo era el centro de reunión de jóvenes y mayores de la casa. Era una estancia confortable con una acogedora chimenea y desde las ventanas se entreveía el jardín. Los muebles refinados eran del espléndido Renacimiento florentino, y todo el

ambiente desprendía una serena belleza, aunque la actualidad estaba también muy presente en las numerosas revistas internacionales que informaban del mundo exterior.

Se enamoraron de inmediato de esa casa y ese jardín. Federica, como siempre que tenía un desafío por delante, se entregó a la tarea con determinación. Tatoi sería su hogar. Residencia de reyes, pero sobre todo un hogar. Varias generaciones habían dejado su impronta, pues el artista de la familia, el príncipe Nicolás, hijo del rey Jorge I y la reina Olga Constantinovna, había pintado un realista trampantojo en la puerta del baño en el piso de arriba. Los tejidos de flores con estampados frescos comenzaron a apoderarse de los sofás; mullidos almohadones invitaban al descanso y la conversación relajada; las chimeneas, siempre provistas de leños, caldeaban el ambiente y convertían la estancia en un lugar apetecible; útiles mesitas bajas permitían cenar de manera informal, todos juntos en el despacho alrededor del paterfamilias adorado del que siempre se obtenía una enseñanza de vida. Era además un hombre guapo, con un excelente sentido del humor que hacía las delicias de sus hijos. En esas charlas, donde todos compartían opiniones sobre los temas más variados, Sofía y Constantino escuchaban con atención y el rey aprovechaba para destilar sus enseñanzas, como si intuyera que tenía que entregarles su conocimiento porque su tiempo en la tierra sería breve: «Cuando alguien se ha equivocado y tú has acertado, nunca debes decir: "Ya se lo decía yo", pues nunca te lo perdonará. Dale a entender que la idea brillante fue suya desde el principio y que tú querías decir lo mismo, pero expresado de otra manera».

Todas esas enseñanzas estaban llenas de buen sentido, como cuando el rey les aconsejaba sobre la manera de gestionar el éxito: «Cuando tengas algún éxito da las gracias a la gente por las cosas que probablemente no hicieron. Se considerarán partícipes en el triunfo y no dejadas al margen».[19]

Esta familia unida se reunía en el ambiente acogedor del hogar al calor de la chimenea y Federica les contaba historias de los reyes griegos que les habían precedido. Era importante conocer los hechos y los personajes que los habían llevado a cabo, para imitar los éxitos y evitar los errores. Dos reinas, Olga Constantinovna y Sofía de Prusia, podían servir de claro y estimulante ejemplo. Sofía de Prusia, abuela de las dos jóvenes princesas, mostró siempre auténtica preocupación por la mujer griega, que se plasmó en una activa dedicación a los asuntos sociales. Se adelantaba así a las corrientes que reivindicarían los derechos de la mujer. Su fundación, Unión de Mujeres Griegas, había ayudado a madres solteras, que se hallaban en situación desesperada, pues sus propios padres las habían echado de casa. La memoria de los pueblos es a menudo tornadiza, y por el mero hecho de ser ella hermana del káiser comenzaron las murmuraciones que acusaban al matrimonio real de germanófilo. Ese aprendizaje constituía el ejemplo de aquellos que les habían precedido y que habían sido útiles a su pueblo.

En aquella atmósfera intelectual, artística y cómplice de Tatoi se unían intereses deportivos y del espíritu. Y más importante aún, se trabaron los andamios de una sólida estructura familiar. Los padres se querían y enseñaban a sus hijos a querer.

Y además, el rey les instruía sobre el glorioso pasado de su patria. Doña Sofía nunca lo olvidó y años más tarde recordaría emocionada a unos padres adorados:

> El rey Pablo nos leía en griego leyendas mitológicas, historias bizantinas, sentados junto a la chimenea, después de cenar, en su salón privado. Solía haber música de fondo. Nocturnos de Chopin (…). Sin dudarlo, mi padre era el soporte familiar. Mi madre ponía la alegría. Mi padre la seguridad. Dicen que yo me parezco a él. Y también mi hijo Felipe le sale bastante.[20]

Un buen día en el que la gente arracimada por las calles de Atenas les aclamaba sin cesar, la princesa Sofía preguntó con ingenuidad:

—Mamá, ¿es que toda esa gente nos pertenece?

Recibiría una respuesta aleccionadora:

—No, Sofía, nosotros les pertenecemos a ellos.[21]

En una de esas veladas llenas de encanto, la reina sorprendió a su hija mayor mirando a su padre con arrobo.

—¿Sabes una cosa, mamá? —preguntó Sofía, para a continuación responder rauda ella misma—: ¡Que tenemos el papá más guapo del mundo!

El periódico que estaba leyendo el padre temblaba ligeramente… ¿Era de risa o de emoción?[22]

La infancia de Sofía se desarrollaba feliz junto a sus padres y hermanos. Los tres, Sofía, Irene y Constantino, hacían gala de lógica curiosidad, y pedían a su madre, como hacen casi todos los niños, que les contara su niñez en Alemania, pues querían conocer esa otra parte de su herencia familiar. Federica les hablaba de sus juegos favoritos: montar a caballo atravesando arroyos cristalinos o angostos desfiladeros, inspeccionar las mil maravillas de un hogar de interminables sótanos y desvanes, recorrer los senderos de sombra del jardín y fantasear en la casa de madera encaramada a la copa de un árbol. Reconocía que los prefería a los más propios de otras niñas de su edad como las casitas de muñecas.

Y como muchas hijas, Sofía e Irene preguntaban sobre el inicio de la historia de amor de sus padres, dónde y cómo se habían conocido. Doña Federica revivía aquellos momentos de felicidad, para esas dos niñas que escuchaban entregadas. Les contaba cómo Pablo, en una de sus visitas a Villa Esparta, propiedad que su hermana Irene poseía en Florencia, coincidió con Federica, a quien ya conocía, pues se habían visto en una reunión familiar años atrás en Austria, en el castillo de Gmunden, a orillas de un romántico lago y rodeados de la tímida primavera que empezaba a asomar por doquier en Austria. Les describía el castillo que se alzaba entre el verdeante bosque, con las imponentes montañas como telón de fondo. Esa historia de un amor profundo, que los tres hermanos vivían cotidianamente, calaría muy hondo en las mentes de Sofía, Irene y Constantino. La felicidad en el hogar, el amor familiar.

La música, profunda afición de la familia, se oía por todas las estancias de la casa, gracias a un ingenioso sistema que había ideado la reina Federica. Al atardecer, en la suavidad del crepúsculo, los *Nocturnos* de Chopin, obras de Bach, Mozart y Haendel, sobre todo su incomparable *Mesías,* desgranaban sus geniales composiciones que llegan directamente al alma. ¿Parece el paraíso? Era el paraíso. La felicidad en las yemas de los dedos

Pero aún quedaba mucha tarea por hacer. La repoblación del bosque, que había sufrido los sucesivos incendios de los partisanos sería un empeño apasionante.

Una buena noticia hizo su aparición en el otoño de 1949: el Gobierno provisional para la Grecia libre rindió las armas, terminando así la cruenta guerra civil que asolaba el hermoso país heleno. La aportación de Federica había consistido en una lucha sin descanso para recuperar las criaturas raptadas y entregarlas a sus padres. Los comunistas nunca perdonarían a Federica su osadía.

En 1950 un golpe de suerte vino a dar un empujón definitivo al proyecto de Federica de recuperar los niños griegos arrancados de sus familias. El general Marshall fue nombrado presidente de la Cruz Roja, y trabajó con el secretario general de Naciones Unidas, el noruego Trygve Lie, para convocar una conferencia en Ginebra que pusiera a debate este atroz problema. A esa reunión internacional fueron invitados los países implicados en el conflicto: Yugoslavia, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía.

Pero esta determinación de rescatar niños y su sostenido enfrentamiento con los comunistas serán utilizados para minar lentamente su prestigio, pues aducían que «un soberano lo ha de ser para todos los ciudadanos». Hay que recordar que es también deber del monarca no cerrar los ojos ante las injusticias y desmanes cometidos contra los más débiles.

Comenzaba también el tiempo de afianzar o, en otros casos, abrir la política exterior de la renacida Grecia. Ante Sofía se iba a extender otro campo de enseñanza, otros países, otras culturas, que contribuirían a ampliar su mundo.

4

ABRAMOS LAS PUERTAS AL MUNDO
1952-1954

El rey Pablo opinaba que uno de los primeros viajes oficiales había de ser a Turquía, el antiguo invasor de las islas. El ocupante. El temido turco estaba en el recuerdo popular.

El primer ministro, Venizelos hijo, concordaba con el soberano y así se confirmó la visita de Estado. Atrás quedaban las terribles batallas contra el ejército de Mustafa Kemal, que originaron la abdicación de Constantino I, padre del rey Pablo. Era tiempo de concordia. Navegaron en el destructor griego *Elli* hasta Constantinopla con un tiempo sereno y, en esas condiciones, la llegada por mar a Estambul fue prodigiosa. La ciudad se extiende a orillas del Bósforo en una inaudita placidez de inicio del mundo. Los altos minaretes de las mezquitas bellísimas, antiguos templos ortodoxos, parecían anhelar el cielo con sus afiladas agujas. Las aguas rodeaban la ciudad que se rendía al mar de Mármara con toda su belleza de odalisca.

Casas antiguas de madera, de proporciones elegantes, abrazaban la ribera y extendían estrechos pantalanes de maderas oscuras hacia el reino de Neptuno. Una luz dorada envolvía con sutil velo la villa, y en el cielo veloces pájaros surcaban el firmamento al compás de su extraordinaria danza; girones de nubes en constante movimiento resultaban activos participantes de un escenario perfecto: caicos, chalupas, barcos, lanchas y veleros surcaban el Cuerno de Oro en acoplada armonía, como si un director de escena estuviera programando entradas y salidas del puerto.

Una multitud afanosa se congregaba en sus bazares, guardianes silenciosos de inquietantes secretos. Los contundentes olores de especias, como el azafrán y la pimienta Aleppo, se mezclaban con los frescos del cilantro y la menta y los refinados de la vainilla y el cardamomo, que los vendedores colocaban en artístico despliegue de colores, a modo de la paleta de un pintor. La ciudad embrujaba, y sigue embrujando con su especial cadencia, a sus reales visitantes, que estaban dispuestos a afrontar la dificultad y los retos del encuentro. Pero tuvieron que esperar a gozar de esa espléndida ciudad, pues habían de tomar esa noche el tren *Kemal Ataturk*, que les llevaría a Ankara, donde les recibiría el presidente Menderes.

Los reyes se quedaron desconcertados cuando llegaron a la espaciosa villa de Sankaya que les habían destinado como residencia. Cada uno tenía una *suite* diferente, pues según la costumbre local, no era decoroso que el matrimonio compartiera la misma habitación.

Una de las delicias del refinamiento turco son sus baños, y los ilustres huéspedes gozaban de uno en cada habitación. El sensual vapor aromatizado con eucalipto o menta arropa la piel y relaja suavemente al venturoso que se esconde en el *hammam*. De regreso, permanecieron tres días en Dolmabahçe, donde fueron objeto de la más cálida acogida y donde se entrevistaron con el patriarca ecuménico ortodoxo.

El atardecer en Estambul es especialmente mágico. Un sol deslumbrante, rojo de llama, perfecto en su esfericidad, se sitúa entre dos minaretes de Santa Sofía, mientras que una neblina azulada se funde con las aguas e invade una de las urbes más hermosas del mundo.

Envuelto en esa atmósfera mágica y positiva, el rey usaba palabras sencillas que iban directas al corazón. En uno de los discursos pronunció estas frases de perdón y futuro: «Ha llegado el momento de que los dos países olvidemos para siempre los quinientos años de amarga historia que nos habían dividido».[23]

No eran solo palabras amables, el rey se adentró en el terreno de los hechos y consiguió arreglar el problema pesquero que enfrentaba a los dos países, obtuvo también facilidades aduaneras y, lo que era vital para Grecia, la aquiescencia de Turquía ante un posible referéndum para la incorporación de Chipre a Grecia. Un hombre con visión del mundo y voluntad de cambiarlo estaba escribiendo la historia de su país.

El retorno de los padres al hogar se veía siempre acompañado por efusivos abrazos, y la ilusión de recibir los exóticos regalos que traían consigo los reyes. Sofía, como ya había demostrado desde el exilio en El Cairo, durante las ausencias de sus padres, protegía a sus hermanos y aunque Sofía, Irene y Constantino estaban siempre cuidados con devoción por Nursie, Sofía asumía el papel de hermana mayor y se preocupaba por sus hermanos. El tiempo trascurría veloz en ese hogar dichoso. La formación del príncipe Constantino comenzó en una escuela fundada e inspirada directamente por los reyes Pablo y Federica. Seguía la filosofía de Kurt Hahn, que ya había probado la eficiencia de su sistema educativo en la escuela de Salem y en la de Gordonstoun, en Inglaterra. Su ideario se inspiraba también en la filosofía de Platón, constante fuente en la que bebía el rey Pablo, y en la creación de un «mundo ideal platónico». El colegio en Atenas se llamaba Escuela Nacional de Anavyrta, y su primer director fue Jocelyn Winthrop-Young. Entre sus objetivos principales se distinguía la formación del carácter de unos jóvenes que estaban llamados a ser líderes de su país.

Se hacía hincapié en la responsabilidad, a través del servicio a la comunidad; otra parte importante de su educación era el deporte como competición y fuente del trabajo en equipo; y aprendían también a hablar en público, condición cada vez más necesaria para quienes habrían de entender y convencer al público. El *diadokos* estaba acompañado de hijos de las familias de una cierta élite, pero, ocasionalmente, acudían a este centro estudiantes de talento con pocos recursos económicos. La formación de sus hijos era muy importante para la reina Federica y por este motivo comenzó a acariciar la idea de mandar a Sofía a un internado. Salem, junto al lago Constanza, parecía tener muchas posibilidades.

Además, Sofía estaría allí muy arropada, pues el director del colegio era nada menos que el hermano de Federica, el príncipe Jorge Guillermo de Hannover, casado con Tiny, la princesa Sofía de Grecia.

El colegio había sido fundado por otro príncipe alemán, Max de Baden, cosmopolita y liberal, que abogaba por una formación que preparara a las nuevas generaciones, con el fin de que pudieran hacerse cargo de responsabilidades en sus propios países.

Max de Baden era un príncipe ilustrado, que exponía ideas muy claras en cuanto a la educación. Su objetivo era la formación de la personalidad de los futuros dirigentes que necesitaba Europa, acosada en aquellos años por la locura de algún político o la mezquindad de muchos de ellos. Hablaba con conocimiento de causa, pues había sido el último canciller del imperio alemán, en una época delirante que conduciría a situaciones extremas.

Servicio a la comunidad, distanciamiento tanto del triunfo como de la derrota, avivar la imaginación, defender a los jóvenes de la decadencia de valores que se anunciaba en el viejo

continente, arrancar de los poderosos el despreciable sentido del privilegio fueron los principios que inspiraron la formación de los alumnos de Salem. La preocupación por la mediocridad de la clase dirigente en Alemania había incitado al príncipe Max de Baden, tío de la reina Federica, al estar casado con María Luisa de Hannover, a fundar una escuela en abril de 1920, donde las nuevas generaciones fueran educadas en la exigencia de la excelencia y la responsabilidad frente a los más necesitados. «El poder de pensar y la voluntad de ayudar» era su lema. Según el príncipe, culto y profundamente espiritual, «había que sanar al estado enfermo». Con total lucidez previó el horrendo futuro que aguardaba a muchos alemanes por el mero hecho de ser judíos.

El secretario de Max de Baden era precisamente un judío, Kurt Hahn, perteneciente a una rica familia de industriales, y que tenía amplia experiencia internacional, pues había sido funcionario en el centro de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania. Muy influenciados ambos por la filosofía de Platón, compartían ideales para la formación de los futuros alumnos: iniciativa, compasión en el servicio a los otros, sentido del deber, autocontrol, y por supuesto ejercicio físico y respeto a la naturaleza. De hecho, el príncipe pedirá a su amigo Kurt que asuma la responsabilidad de dirigir el colegio de Salem, del que será su primer director desde 1920 hasta 1933. En 1933 Hahn, perseguido por los nazis, partió hacia Gran Bretaña, donde fundó, con los mismos principios de Salem, el colegio de Gordonstoun, escuela donde se formarán el duque de Edimburgo y, más tarde, el actual príncipe de Gales. Fueron los mismos principios educativos que los que recibió doña Sofía. De esos colegios con ideales exigentes saldrían personajes que habían de liderar u ocupar puestos de relevancia en sus respectivos países, y que lo harían con la seriedad, sentido de la responsabilidad y servicio a los demás que les habían inculcado.

La separación fue dolorosa para Sofía. La vida en Tatoi había sido un sueño, un paréntesis entre la dureza del exilio y los nuevos retos que le aguardaban. Pero su madre sabía bien que, como el corredor de fondo, el entrenamiento debía de comenzar muy pronto. La educación sería el andamio que sostendría la vida de sus hijos.

Un feliz acontecimiento familiar, la boda entre el príncipe Ernesto Augusto de Hannover y la princesa Ortrud de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg, en el castillo de Marienburg, escondía una separación desgarradora para Sofía. No volvería con su madre a Grecia, permanecería en el colegio de Salem. Suponía un cambio drástico que arrancaba a la joven princesa del cálido hogar familiar, de la luz mediterránea y de la alegría de vivir del sur. La despedida entre madre e hija fue desgarradora. Sofía, ya instalada en el coche junto a su tía Tiny, salió del automóvil desesperada, para arrojarse a los brazos de su madre, pidiéndole entre lloros que no la dejara allí. No solo le costaba la separación a Sofía. Doña Federica admite en sus memorias que ella lloraba también a lágrima viva.

Sofía había vivido los últimos años en el ambiente cálido y protector de su familia, en el mágico Tatoi. La unión, la complicidad y el poderoso vínculo fraterno con Irene y Constantino hacían que Sofía sufriera la separación como un desgarro. Ahora se dolía con la despedida, pero ella no conocía aún la fuerza que esos años de formación iban a imprimir en su espíritu. Una infancia dichosa, amada y serena es la garantía de un ánimo fuerte para el porvenir. Pero la sólida educación que iba a recibir sería el armazón que sostendría sus pasos.

El colegio ofrecía una excelente instrucción, ¡pero todo era tan diferente en la fría Alemania! La adaptación a su nueva vida y nuevas obligaciones tuvo lugar en dos fases. El primer año estuvo en régimen mediopensionista y residía en casa de Sofía, la cariñosa tía Tiny, casada en segundas nupcias con Jorge Guillermo de Hannover —con quien tendrá tres hijos—. Los hijos

que Tiny había tenido en su primer matrimonio con el príncipe Cristóbal de Hesse, muerto en accidente de aviación en 1947 —Cristina, Karl, Rainier, Dorothea y Clarissa— se convirtieron también en sus compañeros de juegos en esa casa llena de niños.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, el margrave Bertoldo de Baden había decidido abrir de nuevo la escuela de Salem y que su director fuera Jorge Guillermo de Hannover, hermano de la reina Federica. Bertoldo de Baden nunca ocultó sus diferencias con los nazis y mostró valor y principios firmes al ocultar a judíos perseguidos en su castillo, salvándoles así de una muerte cierta. Culto y liberal como su padre, este príncipe y la tumultuosa época que le tocó vivir fueron descritas con precisión por Golo, el hijo de Thomas Mann:

> Así como hay un tipo de persona que es nazi por naturaleza, y que habría sido nazi por los cuatro costados aunque no hubiera existido Hitler, así hay también un tipo, mucho menos frecuente, que es príncipe por naturaleza, y lo sería sin tener esa categoría y ese rango. Uno de ellos es el margrave de Baden.[24]

Los hijos de Bertoldo de Baden y Theodora de Grecia —hermana de Tiny—, Max, Luis y Margarita de Baden, serían constantes amigos de doña Sofía en los años venideros y completaban esa *tribu* familiar que la reina Sofía frecuentaría con gusto toda su vida.

En cuanto al príncipe Jorge Guillermo de Hannover, hermano de la reina Federica, poseía un gran atractivo. Noble de espíritu, guapo, ingenioso, hacía las delicias de los chicos en casa y sabía ser estricto con su sobrina en el colegio. Tenía sentido del humor y sabía entretener a mayores y a chicos. Pero esta relación distendida y natural en el hogar no se repetía en el colegio, donde el tío-director trataba a doña Sofía con la misma disciplina que a cualquier otro estudiante. Lo cual no significaba que fuera un hombre rígido. Al contrario. Se le veía satisfecho cuando podía alabar a un alumno por la obra bien hecha.

La proximidad de Jorge Guillermo hizo posible que este tuviera una seria influencia sobre la educación de doña Sofía, que con los años sería reina de España en un periodo pleno de interrogantes. Su fuerza, su serenidad, su intuición, su discreción, serían claves en la Historia de España.

Cada vez que doña Sofía volvía a Grecia para disfrutar de las vacaciones, aspiraba el aroma de la flora mediterránea, llenaba sus pulmones del aire de la tierra amada; miraba el mar transparente y luminoso, para guardar en su retina la visión querida y recordarla en los grises días del invierno centroeuropeo. La Pascua ortodoxa, con sus fascinantes ritos, e inmersa en el clima benigno de primavera, era la meta en la que pensaba la joven princesa en el rigor de los meses invernales.

En efecto, las ceremonias religiosas o las tradiciones en tiempo de Semana Santa en Grecia tienen un particular atractivo y un profundo simbolismo. Una de ellas, la pintura del Jueves Santo, consiste en pintar de rojo los huevos cocidos, pues, además de ser ese color portador de suerte, celebra una preciosa tradición cuyo origen es la leyenda de que la mismísima Virgen María los pintó así el día de la resurrección de su hijo para conmemorar su retorno a la vida. Otra costumbre es el *tsoureki*, un bizcocho que parece hecho por manos de ángeles, y las deliciosas *koulourakia*, galletas elaboradas en la imaginación de los niños por diminutas hadas; las procesiones de mujeres con sus hijos portando ramilletes de flores frescas al *Epitafio*, simbólica tumba de Cristo. Es importante también el ritual de la luz, en el que el obispo, revestido con el alba —*stikharion* —, la estola —*epitrakheljon*—, el báculo y la mitra, enciende las velas de los fieles que abarrotan el templo, al tiempo que entona el *Khristós Anésti*, anunciando que Cristo ha resucitado. En la iglesia perfumada con incienso y abarrotada de gente retumban las salutaciones que se dirigen unos a otros el Domingo de Resurrección:

—*Khristós Anésti!*

A lo que se responde:

—*Aliciná Anésti!*

Todas estas tradiciones, amadas y recordadas, todos estos ritos seculares se unían para crear un mundo feliz, vigoroso y colorista, que denotaba el alma de un pueblo, de su gente.

Sin embargo, de vuelta en Salem para completar el trimestre, no había tiempo para la nostalgia. La jornada comenzaba a las seis de la mañana con *footing* y ducha fría, para endurecer el ánimo. Al horario de las clases de griego, matemáticas, geografía, etc., había que añadir la práctica de varios deportes, la vela, el esquí, la equitación y el hockey sobre hierba que Sofía realizaba con el entusiasmo y la seriedad que le caracterizan.

Y estaba la música. Siempre la música, que el rey Pablo le había enseñado a amar y la reina Federica había hecho omnipresente en Tatoi. La clara voz de contralto de doña Sofía le proporcionaba un lugar en el coro, en el que reencontraba a sus amados Mozart y Haendel. Además, en ese colegio habían pensado en todo. Para evitar que los alumnos se encerraran en grupitos y formaran camarillas, las estudiantes habían de cambiar de dormitorio cada trimestre y por tanto se encontrarían con cinco nuevas compañeras de habitación, con las que habría de empezar una armoniosa relación.

Reuniones familiares

Ese año de 1952, Sofía conoció a su tía-abuela la landgravina de Hesse, hija del káiser Federico III, ya que la familia celebraba el ochenta cumpleaños de la anciana dama. Era el inicio de los contactos con la familia extendida por todas las cortes europeas, en ese proyecto de exigente educación, que le haría estar preparada para cualquier encuentro o situación. Era ya una joven madura con trazos de carácter bien definidos. Se parecía mucho a su padre, tranquila y reflexiva, pero admiraba a su madre, la reina Federica, por su indestructible energía, fortaleza, amor por su familia y pasión por su país de adopción, por el que realizó con acierto múltiples gestiones.

Al año siguiente, 1953, asistieron el 2 de junio a la coronación de Isabel II, casada con su primo, el duque de Edimburgo.

Sofía, que tenía quince años, contempló asombrada y con evidente admiración una ceremonia que siguió con fervor el mundo entero gracias a la invención de los hermanos Lumière y a la que fueron invitadas siete mil quinientas personas, entre miembros del Gobierno, gobernadores generales, gobernadores de las colonias de Ultramar, lord Mountbatten y su elegante esposa Edwina, autoridades y representantes de naciones extranjeras y casas reales. Isabel, que realizaba un viaje por la esplendorosa Kenia, estaba en el Sasana Lodge cuando recibió la noticia de la muerte de su padre Jorge VI. El secretario particular de la princesa, Martin Charteris, llevaba siempre el Acta de Adhesión durante el desplazamiento por si el rey, que se encontraba muy enfermo, fallecía durante el viaje oficial de su hija a las colonias. Pero el tiempo apremiaba. ¡Había tanto que organizar! El baile del día 30 en Buckingham, el 1 de junio la fiesta en Hatfield House; los banquetes de estado del 3 y 4 de junio en el State Dinning Room…

El acto más importante tuvo lugar el 2 de junio de 1953, que sería un día largo y de visiones fastuosas. Los numerosos invitados esperaban cada uno en el lugar asignado. La reina Federica había insistido en asistir a la coronación, argumentando que el duque de Edimburgo era primo del rey Pablo, pero el protocolo de la corte británica no permitía la presencia en dicha ceremonia de soberanos extranjeros, por muy parientes que fueran. La joven princesa Sofía, que observaba atentamente, como sería su costumbre durante toda su vida, anotaba en su mente los pormenores

de la coronación para referirlos a sus padres, como cuando creyó reconocer entre los asistentes al prestigioso ministro Winston Churchill, venerado por la nación a causa de su tenaz actuación durante la guerra mundial y bien conocido por los reyes, ya que la restauración de la corona griega se debió en parte a su decisión y al apoyo del general Smuts.

Cuando Isabel II entró en la abadía de Westminster, un gesto de asombro recorrió las tribunas donde aguardaban gentes venidas del Reino Unido y de diversos y numerosos países. Eran personalidades que habían visto mucho mundo, habituadas a los fastos, pero lo que habían de presenciar era la majestad y pompa en su máximo esplendor.

La reina Isabel avanzaba lentamente portando el orbe en su mano izquierda y el cetro en la derecha, con la corona real. Vestía un esplendoroso vestido, creación de Norman Hartnell, modisto favorito de la reina, de raso blanco bordado con los símbolos de los países de la Commonwealth of Nations, la Mancomunidad de Naciones. La rosa Tudor inglesa aparecía junto al cardo escocés; el puerro galés; el *shamrock* o trébol irlandés; el zarzo dorado australiano; la hoja de arce canadiense; el helecho plateado neozelandés; la protea sudafricana; el loto sagrado de India y Ceilán; el trigo, algodón y yute paquistaníes confraternizaban en la suave y refulgente seda. Para propiciar la suerte, Hartnell había bordado un trébol más en la falda, a la izquierda. Seis damas ayudaban a la soberana a llevar la cola de la imponente capa de Estado en terciopelo carmesí, bordada con la corona real y rematada con suave armiño.

A cada lado, una fila de diez guardias reales ataviados con uniforme de gala y altos penachos escoltaba a su reina.

En el lugar de honor que les correspondía, se situaban el duque de Edimburgo, marido de la reina, el duque de Gloucester y el joven duque de Kent.

Cuando llegaron al altar, la reina se sentó en el trono para la unción y detrás de ella se colocaron el lord gran senescal, el lord chambelán y el lord alto condestable de Inglaterra, junto a otros once altos cargos del reino. El arzobispo de Canterbury tomó juramento a la reina con la tradicional frase: «¿Promete y jura gobernar los pueblos del Reino Unido de Gran Bretaña de acuerdo con sus respectivos usos y costumbres?». Se oyó entonces la voz de la soberana, firme y serena: «Lo prometo solemnemente».

La bóveda de Westminster se llenó con las notas heroicas de Haendel, alegres del *Vivat Regina Elizabetha* y música de reconocidos autores ingleses. Entre las personas invitadas a la coronación, estaban el príncipe Jorge de Grecia con su esposa María Bonaparte, que tenía sentado a su lado en Westminster a un joven político francés al que aguardaba un brillante futuro: François Mitterrand. En medio de aquellos fastos, la ilustrada dama aprovechó para ofrecer a Mitterrand una sesión de psicoanálisis.

Tras la ceremonia, Isabel II y el duque de Edimburgo encabezaron un cortejo que asombró a los ingleses. La vistosa reina Salote de Tonga saludaba en su coche descubierto, a pesar de la lluvia y se ganó así el cariño de los ingleses; le seguían los sultanes de Johore, Brunei y de una treintena de lugares de la Mancomunidad, todos con los vistosos atuendos de su tierra. A continuación, tuvo lugar un desfile, que la recién coronada reina contempló con su familia desde el balcón principal de Buckingham.

Los orgullosos regimientos británicos de los alabarderos de la Guardia Real, de rojo bermellón, golilla blanca y negro sombrero, precedían a los de la Mancomunidad que atraían las miradas de los curiosos que observaban el desfile: la policía de las islas Salomón; soldados paquistanís con sus elaborados turbantes que completaban los brillantes uniformes; los malayos, en impolutos uniformes blancos y *sarong* verde; la Policía Montada de Canadá con sus chaquetas

escarlatas, amplios pantalones, montando hermosos caballos; y los neozelandeses y australianos con sombreros de ala ancha.

Cruzaron el cielo los aviones de la Real Fuerza Aérea, en perfecta formación. Todo un despliegue de poderío, variedad y unión. Los presentes seguían atentos esta magna celebración, ansiosos por olvidar las penurias de la guerra. Pompa y circunstancia. Eso es lo que deseaban, y su reina se lo estaba entregando en clara alusión de que nuevos y mejores tiempos habían de venir. Y así concluyeron los fastos destinados a reforzar la imagen de la monarquía, que había sabido estar con su pueblo en los angustiosos días de la guerra. La reina madre fue muy aclamada, pues los ingleses recordaban su valor durante la guerra en sus numerosas visitas para consolar a las víctimas en los barrios de Londres arrasados por las bombas nazis. Tenían presente también la dedicación del rey a su gente, que a pesar de su precaria salud, había cumplido con su deber y se había ganado el respeto de los ciudadanos. Doña Sofía volvía a su país con un conocimiento más amplio del sentido que obligaba a la realeza con sus gentes.

De retorno a Grecia comprendieron que su tierra tenía que abrirse al mundo para que conocieran su prodigiosa geografía, su antigua cultura y el turismo comenzara a producir beneficios para las arcas helenas. Se sucedieron los viajes de los reyes. A Inglaterra siguió la visita de Estado a los Estados Unidos de América en 1953. La reina Federica, amante de las bellas joyas y que poseía una magnífica colección como la *parure* de diamantes y rubíes de la reina Olga o las suntuosas esmeraldas de procedencia también rusa, llamadas «esmeraldas Romanov», obtuvo un éxito notable en el periplo americano. En una de las cenas de gala que se celebraba en la sede de las Naciones Unidas, tuvo lugar una anécdota que inundó las revistas de la época. Federica había decidido usar para la ocasión las famosas «esmeraldas Romanov». El protocolo situó a la reina griega al lado del embajador soviético Vyshinski, decano del cuerpo diplomático, por lo que era inevitable que le sentaran en ese puesto de precedencia. No se le ocurrió al enviado ruso otra cosa mejor que preguntar a la reina por el origen de esas fastuosas gemas. La respuesta parece que surgió veloz, como del látigo: «Pertenecieron a los Romanov, aquellos a quienes ustedes masacraron en 1918».[25]

Ser útil

Una de las enseñanzas que doña Sofía recibió de sus padres fue la obligación de los príncipes de ser útiles a su pueblo. Esa era la razón de ser de la monarquía: defender, impartir justicia y, a cambio de los privilegios que disfrutaban, las personas de estirpe regia habían de mostrar ejemplaridad, para que pudieran ser el espejo en el que se miraran los ciudadanos corrientes. Y así había de seguir siendo. La propia doña Federica había afirmado que solo creía en una aristocracia, la del espíritu, afirmación que correspondía a la perfección con los principios educativos de Salem, y con la magnífica descripción que Golo Mann hacía de su coetáneo, el príncipe de Baden.

Los deberes impuestos por Kurt Hahn iban por ese camino. Exigencia. Excelencia. No solo la que se obtiene por nacimiento, sino sobre todo la que proporciona una conducta ejemplar a lo largo de toda una vida.

Para conseguir estos fines, una de las actividades primordiales consistía en ayuda humanitaria. En 1953, el 9 de junio, un atroz terremoto azotó las ciudades griegas de Cefalonia e Ítaca. Los movimientos sísmicos fueron de tal violencia que destruyeron casas, pueblos y ciudades dejándolos arrasados. Los incendios, producidos por cables e instalaciones dañadas, terminaron la labor infernal del terremoto. Y por si fuera poco, los maremotos resultantes de las

violentas sacudidas inundaron lo poco que quedaba en pie. La gente huía aterrorizada buscando la salvación donde no la había.

Era necesario organizar la ayuda, pero la enorme cantidad de escombros caídos en los puertos dificultaban y hacían muy peligrosa la entrada de los barcos. Los damnificados carecían de agua, luz, alimentos y medicinas. Los helicópteros debían sobrevolar Vathy, capital de Ítaca, y Argóstoli, la de Cefalonia. Otras poblaciones de la misma isla como Agia y Eftimia, que los pilotos apenas podían reconocer, habían sido totalmente destruidas. Pero lanzaron desde el aire los necesarios víveres y medicinas para aliviar el sufrimiento de los habitantes de las islas del mar Jónico. La reina Federica se presentó de inmediato. El rey Pablo, siempre consciente de sus obligaciones para con sus compatriotas, acudió al desolado territorio unos días más tarde y se hizo acompañar por su hijo Constantino para enseñarle los deberes de un rey. El panorama era desolador: veintiséis muertos, ciento setenta heridos y veinte mil personas sin hogar.

El príncipe Jorge de Hannover, hermano de la reina, acudió con estudiantes de Salem, y numerosos voluntarios procedentes de diversos países europeos se unieron a la empresa, trabajando en la reconstrucción de la mítica isla de Ítaca. La propia princesa Sofía pasó parte de sus vacaciones ayudando a su país, con determinación y constancia, en la restauración de los muchos templos que habían sido derruidos.

La cultura occidental compartía el sufrimiento por el desastre de estas islas. Y los jóvenes contribuyeron con energía en labores de albañilería, fontanería y carpintería entre muchas otras a levantar Vathy, en la que tan solo quedaban en pie cincuenta casas, de una población de dos mil. Buen aprendizaje. Ni el tórrido calor de las islas en verano, ni el polvo que producen los derrumbes, ni la precariedad del alojamiento disminuyeron el entusiasmo de la princesa Sofía.

La princesa griega acabó sus estudios en Salem en 1955 y la reina de España dejaría años más tarde esta confesión sobre el colegio: «Teníamos la sensación de movernos con mucha libertad, aunque era obvio que estábamos sometidos a una estricta observación (…). Hoy pienso que aquella rigurosa educación de Salem me ha servido mucho en la vida».[26]

Doña Sofía decidió volver a Grecia en 1954, junto a sus padres, para ser útil, para ayudar. Cuando retornó, era ya una persona madura, culta, dotada de una excelente educación. Era próxima y aborrecía la arrogancia. La reina Federica, con acierto, empujaba a sus hijos a que conocieran el mundo real, que la acompañaran en sus múltiples visitas a pueblos y ciudades para que escucharan de labios de sus compatriotas sus problemas y anhelos, y cavilaran sobre la manera de ayudarles. Para mimetizarse con su pueblo, en las visitas que hacían los reyes acompañados por Sofía a las ciudades y aldeas, se vestían con los trajes regionales, como hacían los campesinos y los marineros en los días de fiesta.

Recorrieron las inhóspitas montañas en incómodas cabalgaduras, azotados por el gélido viento bóreas espoleando sus monturas, y navegaron hacia las apartadas islas que parecían recién surgidas de las aguas en un inicio del mundo.

Los griegos empezaron a conocer a Sofía. Acompañada por Helena Korizi, una de las cuatro damas de la reina Federica, que actuaba como secretaria de la princesa, acudió a las zonas devastadas por los temblores y habló con la gente. Les preguntaba por sus necesidades, les consolaba en su desgracia. Se mostraba cercana con las personas que le contaban sus problemas, y ellos percibían que el interés era auténtico. No fingía. Escuchaba y apuntaba, para transferir los datos a su madre, para que la reina los refiriera en las reuniones de su fundación. En esa nueva etapa de su vida, doña Sofía hubo de poner en práctica todo lo que había aprendido de la cuidada y exigente educación que había recibido, que perseguía inculcar en los estudiantes valores que fuesen el andamio que sostuviera su vida. De su padre el rey Pablo, a quien adoraba, recibió doña

Sofía otras importantes enseñanzas: profundo sentido religioso, amor a la patria y pasión por la música. Esos valores, sentido de servicio, honradez, honestidad, tolerancia, amor al prójimo, solidaridad, son los que guiarán la vida de la reina Sofía. Y la entrega a la música le acompañará siempre.

Su presencia se extendía también a la Asociación de Guías Helenas, de principios y objetivos muy parecidos a los de los *boy scouts*, de la que fue nombrada capitana.

Siguiendo el ejemplo de las mujeres de su casa, que habían servido siempre como enfermeras durante los conflictos bélicos que habían tenido que sufrir, doña Sofía se decidió por la actividad de enfermera y se matriculó en la Escuela de Enfermeras de Grecia, que recibía el nombre de *Mitera*, madre en griego. Esta institución acogía a niños huérfanos y a hijos de madres solteras, que, en aquel país y época, eran rechazadas hasta por sus propios padres. Sus futuras compañeras estaban revolucionadas. No sabían cómo se iba a comportar doña Sofía, la *basileas*, su princesa, a la que imaginaban como un ser inaccesible. Su naturalidad conquistó a todas. Joanna Rabani cuenta sus impresiones de aquel primer día: «Esperábamos a una princesa de cuento (…). Nos llevamos un buen chasco. Vestía como nosotras, y reía como nosotras. Era amigable, sencilla. Comía también con nosotras…».[27]

Cumplía el horario, de seis a doce de la mañana, aunque algunos días tenía que estar también de doce de la mañana a ocho de la tarde. Cuando llegó el momento de hacer las guardias de noche, que llevaban a cabo todas las otras chicas, encontró la oposición de su familia, que no consideraba oportuno que, dada su condición, las hiciera. Se mantuvo firme en su idea, pues insistía en hacer lo que hacían las demás. Y añadía que en el trabajo no debían existir diferencias.

Y tenía razón. Con esa actitud se ganó el respeto de las estudiantes. El príncipe Constantino, cuando recibió la necesaria formación, pasando por las academias militares desde la Marina al Ejército, no gozaría tampoco de ningún privilegio, por expreso deseo de su padre el rey Pablo.

Doña Sofía disfrutaba con su trabajo, y lo completaba siguiendo un curso de psicología infantil, especializándose en niños con deficiencias psíquicas.

Hay una anécdota referida en numerosas ocasiones, pero que es muy descriptiva. El profesor advirtió a las alumnas que los bebés podían presentar impulsos eróticos. Doña Sofía estaba muy al tanto de las diferentes corrientes del psicoanálisis, pues la abuela de Tatiana Radziwill, María Bonaparte, compañera de la familia real en su exilio sudafricano, era una ferviente seguidora de las teorías de Freud y una experta escritora de temas de psicología.[28] Sin embargo, la princesa comentaría en tono bromista a una compañera: «Me gustaría saber qué bebé ha contado ese cuento a nuestro profesor».[29]

Su afán de saber no se limitaba a obtener un título como enfermera. Compartía con su hermana Irene el interés por la arqueología, que tenía a la «puerta de casa». La bisabuela de doña Sofía, la reina Olga, había desarrollado una pasión sincera hacia su país de adopción y el estudio de su arqueología. Cuando llegó la reina de origen ruso a Grecia, la nación donde nació la democracia, de donde bebe la cultura occidental, quedaba mucho por excavar, descubrir y clasificar.

En el recinto de Tatoi se encontraban los restos de la antigua ciudad de Decelia, anterior incluso a la construcción de Atenas. El propio general Alcibíades aconsejó la fortificación de Decelia, en el año 413 a.C. Cada nombre, cada lugar transporta a la historia, a la mitología y a sus héroes.

Trabajaban las dos hermanas con entusiasmo en las excavaciones dirigidas por la profesora Theofanos Arvanitopoulos, que años atrás les había transmitido su pasión por la arqueología y el orgullo por el pasado de Grecia. El resultado de arduas jornadas de trabajo, bajo el calor

agobiante del verano, se plasmó en el libro *Cerámicas de Decelia*, que regalaron para su santo al rey Pablo (San Pablo en el calendario juliano es el 12 de julio, en el gregoriano el 29 de junio), con una dedicatoria que traslucía la admiración y profundo amor por su padre: «Al rey Pablo, como muestra de cariño, devoción y respeto, en el día de su santo».[30] A esa publicación siguió otra sobre el mismo tema titulada *Miscelánea arqueológica.*

No todo era estudio e investigación. Había tiempo también para la diversión. Compartía doña Sofía con un grupo de amigas unas animadas clases de baile que tenían lugar en el propio palacio. Un automóvil con una corona como matrícula recogía a las ilusionadas muchachas, que aprendían a bailar junto a la princesa Sofía, la princesa Irene y la leal compañera Tatiana con un profesor del Teatro Real de Atenas, el *uriki*, y practicaban las cadenciosas y enérgicas danzas griegas, como el *sirtaki.* Otras veces, ese grupo de amigos y amigas asistían a películas en Tatoi, y los príncipes se encargaban de servir las bebidas a sus invitados. Alguna tarde, aparecían también los reyes con ausencia total de protocolo, en un ambiente distendido y amistoso.

Y la mar… pasión de toda la familia. El rey Pablo había inculcado esa pasión al *diadokos* Constantino, que al principio se inclinaba más por la equitación. El príncipe Constantino, siguiendo los consejos de su padre, decidió entregarse a la vela. Es muy posible que a esa preferencia contribuyera su deseo de disfrutar esas jornadas marineras junto a su padre y sus hermanas, que adoraban la mar. Los príncipes participaban en competiciones y regatas en el Club Náutico de Atenas, en el cercano puerto de El Pireo. Se daba la circunstancia de que Constantino tenía que cumplir sus obligaciones como *diadokos*, que empezaban por la mañana muy temprano, así que instituyeron un premio para una regata que rebosaba sentido del humor: «Premio de la Desesperación Matutina», que comenzaba a… las seis de la mañana.

El *Agamenón*

Corría el año de 1954 y la reina Federica tuvo una espléndida idea para unir lo útil a lo agradable. El naviero Eugenides pidió a la reina que amadrinara un barco. La costumbre quería que el armador regalara un broche de brillantes a la madrina. En su lugar, doña Federica pidió que le ofreciera un crucero por la islas griegas, al que acudirían miembros de la realeza europea. El *Agamenón* pertenecía a la familia Nomikos, poderosos armadores griegos, que pusieron el barco a disposición de la reina, mientras que Eugenides financiaría el viaje. Este último había coincidido con la reina y sus hijos en el exilio en Sudáfrica.

Resultó un eficiente reclamo para el turismo de Grecia y, al mismo tiempo, una ocasión magnífica para que se reunieran las familias reales, que no se habían visto desde hacía años a causa de los conflictos bélicos que había sufrido el continente. De las ciento veintiuna invitaciones cursadas, noventa y una fueron aceptadas. La política sería la responsable de la ausencia de los británicos, ya que el Gobierno británico estaba en desacuerdo sobre la voluntad griega de anexionar Chipre.

Jorge de Grecia, el mayor de todo el grupo, que contaba por entonces ochenta y tres años, comentaba con humor negro: «Maravillosa idea, nos reuniremos muchos más que en los entierros».[31]

El 24 de agosto, en el esplendor del Mediterráneo, zarpaba el *Agamenón* del puerto italiano de Nápoles con numerosas testas coronadas a bordo, como Juliana de Holanda con su marido el elegante príncipe Bernardo; la reina madre Helena de Rumanía; los condes de Barcelona y los condes de París; la reina Juana de Bulgaria; y muchos jóvenes casaderos: Astrid de Noruega; Ana, Enrique y François de Orleans; Margarita de Suecia, con sus luminosos ojos claros, y

Simeón de Bulgaria, en quien ya entonces empezaba a ponerse de relieve la certera inteligencia y sentido de la realidad que le conducirían a un extraordinario destino, a la vez que su distinguida figura le hacía destacar sin proponérselo lo más mínimo. No podían faltar la compañera y amiga de la infancia Tatiana Radziwill, el príncipe Miguel de Grecia de la misma edad que el *diadokos*, y los primos alemanes Hesse y Baden. La princesa Sofía, que tenía entonces dieciséis años, inició el viaje con la ilusión propia de su edad. ¿Pensaría en las muchas parejas de baile que tendría en esas noches mágicas a bordo del *Agamenón*?

El príncipe español don Juan Carlos atraía a unos y otros, incluso a los mayores, con su sentido del humor y risa espontánea. La condesa de Barcelona en sus memorias refería las insólitas amistades que se formaron en ese viaje. Relataba la amistad del más anciano del grupo, el príncipe Jorge de Grecia, con uno de los más jóvenes, el príncipe Juan Carlos. El príncipe griego destacaba por su altura, su aspecto de marcada distinción y unos impresionantes bigotes blancos que le daban un aire notable.

Una vez que la nave hubo salido de las aguas italianas, embarcaron también los reyes de Italia, Humberto y María José, con sus hijos María Pía, la bella e inteligente María Gabriela y Víctor Manuel.

Acudieron asimismo todo un grupo de jóvenes princesas y príncipes venidos de Alemania, entre los que estaba Karl de Hesse, tan ligado a Grecia por su madre y por su tía, la reina Federica. Doña Sofía reencontraba en ese crucero extraordinario a sus primos y compañeros de estudios del año anterior. En ese ambiente familiar de amistad, los recuerdos permanecerían imborrables. La regia organizadora pensó que en esta convivencia los jóvenes tendrían la ocasión de conocerse y… ¿de enamorarse? Toda Grecia es un esplendor en verano, pero la isla de Corfú es singularmente romántica. Además, el periplo organizado por los reyes de Grecia era magnífico y es el que hoy realizan los cruceros turísticos.

Solo una sombra en este idílico viaje. Los parientes ingleses, Marina, icono de la elegancia, y su hija Alejandra de Kent, habían declinado la invitación a causa del conflicto greco-británico sobre la isla de Chipre.

Las noches a bordo eran animadísimas. Se comenzaba siempre con un clásico vals, pero a lo largo del festejo, otras danzas más vivaces tomaban su lugar. La reina Federica era una consumada bailarina que bordaba las rumbas. Doña Sofía, tan aficionada al baile, seguro que participó activamente, pero durante todas esas veladas el príncipe español no sacó a bailar a Sofía ni una sola vez. Probablemente, como suele suceder, él se fijaría en las chicas mayores y doña Sofía era de las más jóvenes. Lo cierto es que se vieron constantemente durante varios días. El grupo real visitó Olimpia, Creta, Rodas, Santorini, Mykonos para recalar de nuevo en Corfú. Durante una semana recorrieron uno de los mares más bellos del mundo, en un ambiente relajado, incluso en la indumentaria, aunque en las playas y el barco no era «aconsejable» el uso de bikinis. Navegaron esas aguas enriquecidas por la historia y la mitología, y con un guía de excepción, el rey Pablo, que ofrecía a sus admirados invitados sus explicaciones en tres de los idiomas reunidos en el barco: inglés, francés y alemán. La princesa Sofía escuchaba a su padre con veneración. El rey Pablo unía a su sentido amor por Grecia un conocimiento profundo sobre su pasado, que exponía de manera amena e interesante.

El ambiente era natural, como había de ser entre pares. No había lugares determinados para comidas y cenas, lo cual era un descanso para personas tan sujetas al protocolo en su vida cotidiana. A una testa coronada en ejercicio le podía tocar al lado un chico de quince años. La reina Federica confiaba el *placement* al azar. De un precioso cuenco, mediante una papeleta, saldría el acompañante de la noche. Una sola regla de etiqueta: los *shorts* no estaban bien vistos.

Una de las pasiones de doña Sofía era la mar y el Mediterráneo en particular. La mar transparente, azul turquesa, límpida y colmada de fauna marina como las tímidas tortugas; los soberbios farallones de piedra que caen a pico sobre las aguas o las playas de suave arena; los blancos pueblos arracimados en las laderas de las montañas; la amabilidad de sus habitantes siempre dispuestos a invitar a un extranjero a bailar un cadencioso *sirtaki* hicieron las delicias de ese grupo de animados primos, entre los que destacaban Tatiana, Miguel de Grecia y Karl de Hesse que, con doña Sofía a la cabeza, estaban descubriendo un mundo mítico, inundado de resonancias históricas donde encontraron días de esplendor y noches de magia. En algunos lugares del Dodecaneso, el agua tiene color de esmeralda intensa como en la mínima cala de Strogili, o de azul intenso de zafiro en la gruta de Spilo.

El crucero terminó con un broche de oro: con la representación del *Hipólito* de Eurípides en el teatro de Epidauro. La visión que les aguardaba era imponente. Las gradas se elevaban majestuosas en el inmenso teatro. Una densa vegetación mediterránea, de la que sobresalían esbeltos cipreses, abrazaba la cumbre del anfiteatro. Los asientos de piedra, en semicírculo casi perfecto, conducían la mirada hacia el somero escenario que tenía por telón de fondo la poderosa naturaleza de elevadas montañas. Las luces titilantes de los muchos velones hacían de la noche oscura un mágico universo.

Siguieron enmudecidos por la emoción de tocar con los dedos del espíritu las aventuras del héroe cazador, sus conversaciones con los filósofos y sus victorias atléticas.

De ese crucero nacieron tres matrimonios: María Pía de Saboya con Alejandro de Yugoslavia; María Teresa de Wurtemberg con Enrique de Francia; e Isabel de Wurtemberg con Antonio de Borbón Dos Sicilias.

En 1956 la joven princesa Sofía celebró su puesta de largo que tuvo lugar en verano y acudieron de nuevo los queridos primos Tatiana Radziwill, Miguel de Grecia y muchos primos alemanes, que se reunieron en la romántica isla de Corfú, en cuya esplendorosa bahía estaba atracado el barco *Aquiles*, donde festejaron el baile de debutante. Los reyes acababan de recuperar Mon Repos, la idílica casa en la isla de Corfú.

La princesa era alta, y cuando su rostro se iluminaba con una sonrisa, le brillaban los ojos azules. Había tenido una infancia dura en el exilio, pero colmada de amor de sus padres y hermanos, y ese amor construye una fuerza interior que será utilísima en la existencia. Todos los miembros de la familia se llevaban bien, compartían aficiones y siempre podían contar los unos con los otros. Usaba la debutante un vestido de tul blanco, «tul ilusión» se llamaba en aquella época. Un príncipe español, don Juan Carlos, faltaba a la cita. ¿Echaba de menos la joven princesa a ese chico divertido y alegre? Un desgraciado accidente había acabado con la vida de su hermano Alfonso de Borbón y Borbón, el 29 de marzo de 1956 en Villa Giralda, en la portuguesa ciudad de Estoril.

Jugando los dos hermanos, a Juan Carlos se le disparó el arma que mató de un tiro en la frente a don Alfonsito. La muerte del hijo pequeño enloqueció de dolor a ambos padres, don Juan y doña María. El hijo lleno de vida, alegre, dispuesto había desaparecido de manera trágica. Fueron meses de intenso penar para todos los miembros de esa familia. Don Juan intentó romper con la angustia cotidiana de aquella casa haciéndose a la mar —esa gran sanadora— en *El Saltillo* y costeando Portugal, Marruecos e Italia, donde visitaría a su hermana la infanta doña Cristina, condesa de Marone, en la espléndida ciudad de Rapallo. La reina Federica, compadecida por la situación atroz que sufrían los condes de Barcelona, les invitó a visitarles ese

verano en Corfú. La amistad entre la familia de los condes de Barcelona y la familia real griega comenzaba a trabarse sólidamente.

La princesa Sofía empezaba a salir al extranjero, acompañando a sus padres en los viajes oficiales, en un útil aprendizaje de las variadas y necesarias relaciones internacionales. En aquella época París se erigía aún como capital de la elegancia y el refinamiento. Además, los franceses amaban los fastos, la *grandeur de la France*, por tanto esa visita oficial había de mostrar la cara más hermosa de esa espléndida ciudad. El presidente Coty, hombre de aspecto bonachón, corpulento, entrañable y ya viudo, les recibió con el afecto que le era característico. Para que la joven *basileas* encontrara gente de su edad, el presidente galo hizo que sus dos nietas, Beatrice y Hélene Egloff, acompañaran a Sofía. Las tres jóvenes vestían, muy al gusto de la época, vaporosos trajes de noche de muselina o de tul.

La ciudad del Sena es una villa romántica, capaz de sorprender a la más viajada de las chicas jóvenes. El paseo por el río impresionó tanto a doña Sofía que años después recordaría el nombre del barco que se deslizaba por las quietas aguas aquella noche: *Borde-Fretigny*. Además, el programa incluía un concierto, afición favorita de la familia, en la Sainte Chapelle, que ofrecía en su programa obras de Leclerc, Albinoni y Vivaldi.

Empezaban ya los rumores sobre posibles romances de la princesa. Un viaje oficial de los reyes de Grecia a Noruega dio pie a intenciones de boda. ¿Es cierto que la cuestión económica malogró el compromiso? ¿O nunca existió el amor entre la princesa griega y el príncipe noruego?

Dicen también que en aquella época, Harald conocía a Sonia, de quien estaba enamorado y con la que acabaría casándose en otro auténtico matrimonio de amor.

Otra boda trajo el reencuentro de doña Sofía y don Juan Carlos. Elisabeth de Wurtemberg tomaba como esposo a Antonio de Borbón Dos Sicilias, en el castillo de Althaussen, el 19 de julio de 1958. Este romance había tenido su comienzo en el crucero del *Agamenón*. Sofía y Juan Carlos cenaron juntos, bailaron y charlaron en inglés. Pero Sofía descubrió entonces en el príncipe español otra persona muy distinta al divertido y despreocupado joven que acudió al crucero *Agamenón.* A pesar de lo guapo que estaba con su uniforme de gala de la Marina, algo había cambiado en él. La tragedia del mes de marzo de dos años atrás había impreso un velo de tristeza en su mirada.

La comarca cerca de Stuttgart es de singular belleza. En cada plácido pueblo, se eleva el alto campanario de una iglesia, corre rumoroso un río y colinas verdes y ondulantes rodean las villas. El castillo de arquitectura de cálidos colores acogía a estos jóvenes de familias reales que se encontraban en un lugar romántico que disponía al amor. Al regresar de Althaussen, el príncipe comentó: «¡Ah, sí, la princesa Sofía de Grecia me ha hechizado!».[32]

Viaje a Estados Unidos

Ese año de 1958 proporcionó a doña Sofía un interesantísimo viaje de seis semanas a Estados Unidos. Era una magnífica manera de inaugurar sus veinte años. Una princesa despierta, con una inagotable curiosidad, iba a contemplar un mundo muy diverso. Doña Federica había sido invitada por la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, pues allí conocían el interés de la reina por la ciencia, y, en concreto, por la física nuclear. Viajó acompañada por sus hijos Sofía y Constantino, y la visita alcanzó tal importancia mediática que la revista *Time* dedicó su portada a la reina de Grecia.

En la primera semana visitaron el centro de Brookhaven, y los jóvenes príncipes iniciaron la magnífica enseñanza que iban a disfrutar en tierras americanas. Una puerta importante del

mundo se abría para Sofía y Constantino. El país más avanzado en ciencia y tecnología les mostraba sus últimos avances.

En el campo de la medicina, tuvieron el placer, y el orgullo, de conversar con un médico griego, el doctor Kotzias, que estaba investigando con éxito un fármaco que mitigaba el sufrimiento de los enfermos de Parkinson, una de las necesidades sociales que llamaría la atención de doña Sofía en los años venideros. Un momento esperado era el de conocer al almirante Rickover, padre de los submarinos nucleares. Este les brindó un privilegio extraordinario: una cena a bordo del primer submarino atómico, llamado *Nautilus*, en honor del visionario Julio Verne. Este submarino retornaba de realizar una proeza singular: navegar bajo el casco de hielo del Polo Norte. La realización de un sueño, el que Julio Verne describía en sus fantásticos relatos, había sido posible gracias a hombres de acción. Los dos hermanos, a quienes unía una gran complicidad, tenían que experimentar todavía situaciones extraordinarias. Gracias a la tenacidad de Federica, y a pesar de las estrictas medidas de seguridad en torno a Cabo Cañaveral, consiguieron asistir al lanzamiento del primer cohete espacial. Con el alba, salieron los príncipes Sofía y Constantino junto a su madre hacia el lugar donde se elevaba la rampa de despegue. Observaron el acontecimiento histórico desde una posición elevada. No estaban lejos de la rampa, a poco más de un kilómetro, por tanto la sensación de estar inmersos en las operaciones les produjo intensa emoción. La reina Federica comentaba a este propósito: «Su despegue cortaba la respiración».[33]

En Washington tuvieron singulares encuentros con el presidente Eisenhower y Allan Dulles, director de la CIA.

El objetivo de la reina era informarse sobre los adelantos de ese país en materia de energía nuclear, que doña Federica consideraba imprescindible para el desarrollo. Por tanto, los días en Nueva York los dedicaron a conocer el Laboratorio Nacional de Brookhaven, el Departamento de Energía de los Estados Unidos y a su director, Leland Haworth. Federica recibió en su *suite* del Waldorf Astoria la visita del presidente de la Comisión de Energía Atómica, John McCone, y del profesor Merril Eisenbud, que quedó muy impresionado con la reina: «Federica era una mujer particularmente atractiva e inteligente, una nieta de la reina Victoria y una mística que andaba en busca de respuestas a los misterios de la vida a través de la energía atómica. Por otra parte, no está sujeta a las formalidades que se esperaban de una reina».[34]

El brillante científico no podía creer lo que veían sus ojos, cuando fue invitado por la reina al Waldorf Astoria, donde doña Federica había organizado un recital para su amiga y célebre concertista, Gina Bachauer. El profesor Einsenbud se quedó atónito cuando llegó a la *suite* del Waldorf y encontró a la reina Federica empujando ella misma el piano hasta hallar el lugar idóneo para obtener la mejor sonoridad y visibilidad.[35]

La reina había comprendido, y los príncipes Sofía y Constantino no lo olvidarían, la pujanza de la sociedad estadounidense, entendimiento que originó la sentida admiración de la reina. Convenía reflexionar y reconocer el papel decisivo que jugó ese gran país en el pasado reciente. Sus impuestos sufragaron los elevados gastos, y las vidas de sus soldados contribuyeron a conquistar, junto a los aliados, la libertad de Europa.

Esos viajes serían importantísimos para la formación de doña Sofía, ya que como había dicho Miguel de Cervantes: «El leer mucho y viajar mucho avivan el ingenio de las gentes».

Este aprendizaje de sociedades más activas y avanzadas, unido a su interés por la filosofía y la cultura de países tan espirituales como la India, sería fundamental para el conocimiento del mundo que atesora doña Sofía.

5

LOS TRIUNFOS
1954-1962

La afición a la vela es imprescindible cuando se vive junto a un mar como el de Grecia. Sensual, invitante, límpido, omnipresente. En la familia real griega esa inclinación se convertía en auténtica pasión. Doña Sofía ganó una medalla en bronce como suplente, el rey Pablo era campeón de Grecia en la clase Star y cada miembro de la familia contaba con un velero. El del rey era blanco, el de la princesa Irene estaba pintado de azul y el pueblo griego regaló a su *diadokos* uno azul oscuro al cumplir este los dieciocho años. Por su parte, la reina navegaba en un balandro escarlata que ella había nominado con humor *Bounatsa* —por su afición a atraer la calma chicha— que hacía llegar a doña Federica en último lugar. La princesa Sofía navegaba en uno rojo vibrante que se llamaba *Laser*, un barco duro de manejar, en el que doña Sofía se formó para los nuevos retos que le aguardaban en breve. Su afición por la mar, que despuntó en su infancia y adolescencia en el mítico Egeo, continuaría toda su vida y ella reconocería al cabo de los años: «Echo de menos el mar. Todos los días del año. El agua es mi elemento vital… Cuando miro hacia atrás, veo mi vida como una estela entre dos mares. Una estela muy rica, muy viva…». Y como lógica conclusión atesora entre sus joyas más preciadas las perlas, el espléndido regalo de la mar: «Las perlas son parte de mis alhajas preferidas. Destacaría quizás el collar de treinta y siete perlas grandes heredado de la reina Victoria Eugenia».[36]

Compartían esa pasión con algunos de sus mejores amigos y parientes como el príncipe don Álvaro de Orleans-Borbón, que acostumbraba a navegar por estas costas. La reina Federica, tan intelectual, tan curiosa por todo lo místico y de vanguardia, se ocupaba también con asiduidad del bienestar de sus invitados, incluso en aspectos tan cotidianos como la cocina. Beatriz de Orleans- Borbón, que acudía a las míticas islas con su padre y se ocupaba de los menús de su barco, apreciaba en especial una deliciosa gelatina de *champagne rosé* que ofrecía la reina Federica en Mon Repos y quiso repetir el sorprendente postre. Probó numerosas veces, pero por más que ponía toda su atención, nunca salía igual al sofisticado dulce de aquellos veranos de sol y alegría. Decidió Beatriz pedir la receta a doña Federica, y la reina le contó el misterioso secreto: además de hacer una gelatina con el burbujeante líquido, había que añadirle en el momento de servir un buen chorrito del citado *champagne*, con lo que se obtenía ese eufórico y ligero efecto espumoso. Y la reina tuvo el detalle de pedir a su chef que escribiera la fórmula en papel del palacio de Corfú para dársela a Beatriz.

Esos veranos estaban dedicados al deporte durante el día, y los baños en las calas magníficas y solitarias que abundan en esos mares de Grecia eran bendecidos por aguas transparentes y luz fulgurante. La hora de la cena era el momento de reunirse todos en Mon Repos, y para esa ocasión los vestidos largos eran aconsejables para las señoras y un extraordinario traje informal

de verano para los señores: pantalón negro o marino, camisa blanca con sus correspondientes pliegues o jaretas, pajarita y… sin chaqueta. Uno de los huéspedes se presentó una noche con un traje de etiqueta poco convencional. Usaba un perfecto esmoquin de manga corta, con una chaqueta impecable que le sentaba como un guante. Asombrada, una de las chicas más jóvenes le preguntó donde había encontrado esa inusual indumentaria, y él contestó con humor: «Muy sencillo. A mi esmoquin de Savile Row le he cortado las mangas».

Esas reuniones de los mayores y gente joven eran muy estimulantes, pues entre deportistas, intelectuales e intérpretes de música, los reyes de Grecia reunían mucho talento en aquellos veranos de Corfú. A los miembros de la numerosa familia de primos y tíos se unían visitantes de rango, extranjeros que tenían relación con Grecia por parentesco, o simplemente porque amaban las islas. A las regatas en la mar, seguían las interpretaciones psicológicas de María Bonaparte y sucedían las veladas musicales donde la princesa Irene comenzaba su creativa relación con el piano. Y siempre el baile con rumbas, chachachás propios de aquella época. Mientras tanto, el príncipe Constantino se estaba convirtiendo en un gran regatista y, por consejo del rey Pablo, tenía puesta su ilusión y esfuerzo en participar en los próximos Juegos Olímpicos de Roma. Durante el año de 1959, cada mañana, aunque arreciara la lluvia, el cielo se deshiciera en estruendosos truenos que retumbaban en el firmamento o el sol cayera implacable, los dos hermanos, Sofía y Constantino, salían a entrenar. No había distracción, amigo o entretenimiento que les impidiera surcar las aguas en pos de la victoria. Exigencia, disciplina, excelencia.

Y, por fin, llegó el momento de competir. La antorcha olímpica con su llama siempre encendida como un vigía, fue llevada, siguiendo la antigua tradición, al templo de Hera, y atravesó los pueblos de Grecia y llegó a Atenas, donde la recibió el *diadokos* Constantino. El hachón siguió su camino por la Magna Grecia, como hicieron sus antepasados, sin dejar jamás apagar el fuego de la noble competición. La inauguración tuvo lugar el 5 de agosto en Roma. La emoción de doña Sofía al ver a su hermano como portaestandarte de la bandera de su país se vería solo acrecentada al contemplar a su hijo portando orgulloso la bandera de España en los Juegos Olímpicos de Barcelona. Son distintos personajes, pero la misma situación emotiva.

Las competiciones de vela se desarrollaron en la magnífica ciudad de Nápoles. Su bahía resplandecía bajo un imponente sol, y hacía reverberar las aguas azules, tras las que se alzaba poderoso el Vesubio, acariciado por las nubes. En la lontananza se adivinaba la ciudad de Pompeya, donde villas y habitantes dormían un sueño eterno desde que la erupción del volcán les sorprendió en sus quehaceres cotidianos. Y se vislumbraban también en la neblina azul de la mañana los pueblos de la costa amalfitana, Castellammare, Sorrento, Positano, que eran una promesa de belleza, gozo y amor en ese golfo del mar Tirreno.

Sofía seguía desde otra embarcación las peripecias de su hermano. La unión tenaz de esos dos hermanos iba a ser coronada en breve por el éxito. Años de entendimiento y esfuerzo en los objetivos comunes iban a dar su fruto. Constantino peleó con su barco, el *Nereus*, durante varias jornadas. El primer día llegó el décimo, al siguiente en el tercer puesto, y al tercer día, el segundo. Por fin, el *Nereus* se alzó con el trofeo de vela de la categoría Dragón, y el príncipe Constantino se convirtió en *olympionikis*. Su primo Karl de Hesse, compañero de estudios y celebraciones familiares y gran amigo, se lanzó vestido al agua con unas copas y una botella de champán y nadó raudo hacia la embarcación para celebrarlo con el vencedor. De inmediato, Sofía, que había tenido una participación directa en el triunfo de su hermano, debía de vibrar con esta limpia victoria. Sus ojos reían con entusiasmo cuando recibió al campeón con… ¡una rociada de agua de una manguera!

La ciudad rumorosa, alegre y festiva que es Nápoles festejó el acontecimiento con entusiasmo mediterráneo: atronaron las sirenas de todos los barcos en el puerto y los napolitanos, junto a todos los venidos de fuera, aclamaron al héroe de la jornada.

Entre los espectadores de tan vibrante acontecimiento estaban los condes de Barcelona con su hijo Juan Carlos, que habían navegado hasta Nápoles en *El Saltillo*. En ese crucero estaba invitada también la hermosa y elegante Ella, María Gabriela de Saboya. A su estilizada figura, alta y delgada, une unos preciosos ojos azules, un pelo rubio esplendente y una forma encantadora de hablar y, sobre todo, escuchar. La antigua amistad de los condes de Barcelona con el rey Humberto de Italia había propiciado una sentida amistad entre los hijos de ambas familias. Vivían todos en el acogedor Portugal, entre las localidades de Estoril y Cascais. Pasaban sus días junto a otros reyes destronados o príncipes de real casa, que atesoraban la determinación de restaurar la monarquía en sus respectivos países. Idénticos afanes, problemas similares e hijos de la misma edad unen para siempre. Esa amistad de juventud entre don Juan Carlos y la bella María Gabriela duraría toda la vida.

Los reyes de Grecia les invitaron a comer en su barco, el *Polemistis*, y extendieron a los condes de Barcelona otra invitación para las Navidades de ese año en la isla de Corfú. En la entrega de los trofeos, la expectación era intensa. El estadio, repleto de espectadores, esperaba en respetuoso silencio el momento de la entrega de las medallas. Bronce, plata… y por fin el oro para el *diadokos,* que portaba el triunfo a su tierra, la nación en donde se habían iniciado los juegos olímpicos. Era una victoria para la familia real, pero era asimismo un orgullo para todos los griegos: su *diadokos* devolvía a Atenas el ansiado y antiguo galardón. Una intensa emoción se apoderó de la familia real de Grecia. Sofía y Juan Carlos se encontraron en muchas ocasiones, y también en el baile que ofrecieron los duques Serra di Cassano en su palacio de vía Monte di Dio.

Todo el esplendor napolitano estaba concentrado en ese palacio, construido en 1725 por el escenógrafo y arquitecto Ferdinando Sanfelice, y que actualmente alberga la sede del Instituto Italiano de Estudios Filosóficos. Sufrió una terrible devastación durante la guerra, pero el cuidado y esfuerzo de sus propietarios le había devuelto su antiguo lustre. La realeza europea, reunida para los Juegos Olímpicos en esa seductora ciudad, los reyes de Grecia con el triunfador Constantino y la princesa Sofía, la bella Birgitta de Suecia, las princesas holandesas admiraron la suntuosa escalera curva y el armonioso *cortile*, el patio octogonal. Los príncipes y princesas asistentes, así como las bellezas locales, como Doris Pignatelli, o celebridades internacionales como María Callas bailaron en los impresionantes salones decorados con pinturas rococó e iluminados por centelleantes arañas de cristal.

Cuando la familia real griega regresó a la capital, las gentes enfervorecidas les recibieron con entusiasmo. A las aclamaciones de: *«Zito o vasilefs»* se unieron clamorosas las que gritaban con ardor: *«Zito diadokos»*. Grecia volvía así a la gloria de los Juegos Olímpicos de la época clásica, a la noble competición y al seductor sabor del triunfo.

Al año siguiente otro feliz acontecimiento volvió a reunir a doña Sofía y don Juan Carlos. El 8 de junio de 1961 tuvo lugar en York la boda del duque de Kent, hijo de la elegante Marina de Grecia. Curiosamente, don Juan Carlos comentaba que no tenía muchas ganas de abandonar Madrid en ese momento. Y lo mismo le sucedía a doña Sofía, pero consintió en acompañar a su hermano representando a sus padres los reyes. Quiso la buena estrella de ambos que, como sucediera con Federica y Pablo, otra pareja real hallara el amor en la boda de un duque de Kent. Años atrás, la boda del anterior duque de Kent y la refinada Marina de Grecia había servido para el encuentro de los padres de Sofía, el príncipe Pablo y la princesa Federica.

En la ceremonia de la boda, el protocolo había situado en la abadía de Westminster al *diadokos* entre Juan Carlos y Sofía. ¿Habría sido una sugerencia de la reina Victoria Eugenia a lord Mountbatten, entonces jefe del Alto Estado Mayor de la Defensa para facilitar el encuentro de los jóvenes?

Coincidieron también en el hotel Claridge, preferido por la familia real griega. Al llegar la princesa al hotel, miró el libro de huéspedes y percibió que conocía a casi todo el mundo, salvo al duque de Gerona, y preguntó a su hermano:

—¿Quién es?

El *diadokos* no tuvo tiempo de contestar.

—Soy yo —respondió una voz varonil. Era don Juan Carlos.[37]

Lo cierto es que los dos príncipes no se separaron durante las distintas celebraciones que tuvieron lugar en Londres: el baile que ofrecieron los padres de la novia, sir William y lady Worsley, en su residencia de Hovingham, en una cena informal en el club Annabel's, de moda entonces, la cena de gala en el Dorchester, visitas en solitario a los lugares emblemáticos de la ciudad… La propia reina de España confesaría posteriormente: «Fue en la boda del duque de Kent donde, por primera vez, el protocolo hizo bien las cosas, pues me asignó a Juan Carlos como caballero acompañante».[38]

El *diadokos*, que bien conocía a su hermana, se dio cuenta enseguida de lo que estaba sucediendo, o tal vez, dada la compenetración de los dos hermanos, había recibido alguna confidencia o incluso el encargo de ir preparando a sus padres. De hecho, Constantino avisó a los reyes de Grecia: «Estad preparados para una gran sorpresa».

Federica, rápida y deseosa de la felicidad de su hija, invitó de nuevo a los condes de Barcelona, para que pasaran el mes de julio en Mon Repos, en la isla de Corfú. Dominada por el monte Pantocrátoras, la sensual isla goza de valles plateados por los olivos; pequeñas y ocultas calas guardadas por imponentes farallones calcinados por el sol; islas mínimas donde se alza una ermita solitaria y esplendorosas bahías de aguas transparentes.

El halo romántico que envuelve la isla se ve incrementado por las historias de amor que allí tuvieron lugar o por los personajes míticos que la escogieron como puerto de refugio. La excéntrica y novelesca emperatriz Sissi había construido un palacete, Achilleion, que más tarde compraría el káiser Guillermo II y que hoy ha sido convertido en museo gestionado por la Organización de Turismo Helénico.

La ascensión a Mon Repos se realiza a través de una sinuosa carretera, flanqueada por campos de árboles mediterráneos que la suave brisa acaricia con un susurro. Un pequeño pueblo, Gastouri, cuajado de casas con florecientes jardines, anuncia ya la extraordinaria belleza y armonía del lugar. Llegados a la cumbre, la imponente verja de hierro forjado permite adivinar la mansión que se yergue sobre la colina, entre palmeras cimbreantes, perfumados naranjos y enhiestos cipreses. Los aromas, incentivados por el calor del sol, emborrachan los sentidos.

El paraíso. Y en ese paraíso se encontraron doña Sofía y don Juan Carlos, en la espléndida villa de estilo georgiano Mon Repos, bañada por el mítico mar Jónico. Este palacio fue creado, como otros edificios en la historia, por amor. Sus soleadas piedras encierran una historia de amor. El alto comisario británico, lo construyó para su segunda mujer, Diamantina Palatino —con ese nombre…¡así cualquiera!—, que era natural de Corfú. En esa casa había nacido Felipe de Grecia, futuro duque de Edimburgo, cuando la propiedad ya pertenecía a la familia real griega, a su padre, el príncipe Andrés casado con la excéntrica princesa Alicia de Battenberg. Y ese hogar fue siempre un centro de reunión de los primos jóvenes, amigos y algunos políticos importantes europeos que recalaban en Grecia.

En la juventud de doña Sofía, todo aquel que visitaba Mon Repos se sentía invadido por una intensa energía positiva, y el recibimiento acogedor que les dispensaban sus dueños hacía de esos días de vacaciones una estancia inolvidable. El grupo de primos que lideraban Sofía y Constantino, con la curiosidad propia de la edad, deseaba conocer la vida de la gente, abrir puertas a otras formas de existencia y entender ese país vital y mediterráneo, y para ello no dudaban en asistir de incógnito a discotecas y a fiestas populares, donde bailaban disfrutando de verbenas y bailes en las plazas. El buen humor y las bromas estaban a la orden del día en ese grupo alegre de príncipes, entre los que destacaba el amigo de la infancia Karl de Hesse, y por supuesto Tatiana, la amiga leal. El primo Miguel, el príncipe Miguel de Grecia, mostraba su felicidad de manera vívida al compartir aquellos años irrepetibles en la esplendorosa casa de Corfú y entonces se consolidará esa amistad de infancia que le une a doña Sofía.

En una ocasión, los invitados de los reyes en Corfú comprobaron perplejos que nadie había acudido a recibirlos. Tomaron un taxi, cuyo conductor era un hombre un tanto extraño, no muy despierto, y con frondosos mostachos y pelo hirsuto que sobresalía bajo la gorra, que les llevaba por innumerables vericuetos. A pesar de las explicaciones con las que en diferentes idiomas los confundidos visitantes intentaban indicarle su destino, parecía que el buen hombre les había conducido a un interminable laberinto. El extraño taxista resultó ser… el primo Constantino. ¡El *diadokos*!

Nadie se libraba de las alegres inocentadas. Unos años atrás, en 1949, lord Mountbatten, que ostentaba el cargo de almirante en jefe de la flota del Mediterráneo, atracó en el puerto de Navarino. La reina Federica, siguiendo la costumbre de las bromas familiares, mientras los señores se habían retirado a fumar, «preparó» la litera del almirante. El barco zarpó con el alba, y de mañana temprano los reyes enviaron un cable a su primo: «De la reina al almirante Mountbatten. ¿Qué tal durmió el almirante?». A lo que el primo Dickie respondió con humor inglés: «Del almirante Mountbatten a la reina. Gracias a su fiel camarero, que no tenía confianza en las reinas, el almirante durmió muy bien».[39]

El jardín era el sueño de un arqueólogo, pues en él se situaba la antigua acrópolis, y todavía se hallaban los restos de los templos de Apolo, muy cerca de la ribera; y los de Hera y el de Poseidón enseñoreándose de su reino, la mar. Un bosque aromático de pinos, magnolios, limoneros, naranjos e higueras, variedad de árboles frutales y arbustos de flor abrazaban la propiedad. Y siempre los misteriosos y espirituales cipreses. Esa casa exhalaba el aroma de la felicidad y la convivencia. Y esa convivencia era una tradición. En tiempos de Jorge I, el rey recibía allí a toda la población el día de su cumpleaños, ofreciéndoles una comida mediterránea: cordero asado y vino de Tatoi.

En Mon Repos, la música gozaba de su hora de privilegio. Cuando las chicharras habían cesado su canto y la luna rielaba sobre la placidez de las aguas, Haendel, Bach, Mozart y Beethoven envolvían la noche con las notas tiernas o inquietantes, suaves o broncas, temerosas o eufóricas de sus magistrales composiciones. A la vera del rey Pablo y de la reina Federica, acudían, como atraídos por un imán, los jóvenes que disfrutaban de la hospitalidad de Corfú, para compartir la magia de la luna llena y la música que llega directamente al alma.

Ese año, la princesa Sofía disfrutaba con mayor intensidad de ese ambiente único, pues navegando en ese mar mítico, recorriendo las espléndidas islas Jónicas, aspirando el aroma mediterráneo del jardín y escuchando a sus compositores favoritos, tenía a su lado a quien empezaba a amar profundamente. Todo es más hermoso e intenso cuando se tiene al lado al ser querido.

Doña Sofía y don Juan Carlos habían de resistir a las presiones de ambos padres, que estaban encantados con la noticia, e insistían para que el matrimonio se celebrara ese mismo año. Pero doña Sofía tiene una fuerte voluntad y, cuando ha tomado una decisión, es muy difícil que alguien consiga cambiar su determinación. Sobre todo cuando esa resolución va a ser una de las más importantes de su existencia: elegir al hombre que será su compañero durante su vida. Los enamorados deseaban tomarse un poco más de tiempo. Mientras tanto el amor iluminaba sus días. Navegaban en el dragón rojo escarlata de doña Sofía, se bañaban en calas recónditas e iban a cenar a merenderos del seductor pueblo de Akihilon desde donde disfrutaban de fabulosas puestas de sol.

A menudo remaban hasta el islote de Ulises, que encierra una romántica historia, pues era frecuentado por el archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía, antes de su trágico asesinato en Sarajevo.

El anuncio del compromiso tuvo lugar en septiembre, en Vieille Fontaine, la residencia de la reina Victoria Eugenia en Lausana.

Las tensiones habituales entre el conde de Barcelona y Franco se repitieron también en esta ocasión festiva. Don Juan negaba repetidamente al embajador español en Lisboa que existiera ningún compromiso. El objetivo era mostrar *urbi et orbi* que se trataba de un asunto familiar y que al dictador no le correspondía ningún protagonismo. Pero Franco estaba muy bien enterado de todo lo que se preparaba. Conocía hasta el nombre de la joyería de Lisboa que elaboraba la sortija que entregaría en breve don Juan Carlos a su novia. El conde de Barcelona, que partía para Ginebra, afirmó el 12 de septiembre al embajador Ibáñez Martín en el aeropuerto de Lisboa: «Nada, embajador, nada de nada. Todo lo que digan es pura fantasía».[40]

Los reyes de Grecia estaban en Suiza para inaugurar el pabellón griego en la Feria Universal de Lausana. Y don Juan Carlos, ¡oh, casualidad!, se hallaba en casa de su abuela, la reina Victoria Eugenia. La ciudad engalanada para la Feria Universal lucía un esplendoroso cielo de etéreas nubes blancas, que se reflejaban en las quietas aguas del lago Leman. Esa misma noche, 12 de septiembre, la familia real griega, don Juan y don Juan Carlos, cenaron en el hotel Beau Rivage de Lausana. La velada trascurría animada y agradable, cuando de repente, don Juan Carlos le dijo a doña Sofía:

—¡Sofi…! ¡Cógelo!

Parece ser que doña Sofía cogió al vuelo un hermoso estuche. Al abrirlo, descubrió un anillo con dos rubís, protectores del amor, y una barrita de brillantes. Según contó después doña Sofía, ella no se lo esperaba y no tenía nada preparado para su novio.

¿Estaban todos sorprendidos? No tanto. El príncipe se levantó con parsimonia y pidió al rey Pablo la mano de su hija. La alegría invadió primero a la novia y a continuación a los padres respectivos. El rey griego abrazó emocionado a su futuro yerno.

El entusiasmo del príncipe se manifestó de manera inequívoca pues declaraba: «Amo a la princesa Sofía desde el día que la vi. Es una de las pocas mujeres jóvenes que conozco capaz de llevar una corona con perfecta dignidad».[41]

En el amor del príncipe a doña Sofía había dos componentes importantes, la admiración y el respeto. Con los años, y las dificultades por llegar, habrán de crear entre los dos otros elementos esenciales, complicidad, amistad, que completaría el amor que en ese momento les unía.

Pasará el tiempo y don Juan Carlos seguirá diciendo de la reina: «Sofía tiene un temperamento igual al fuego, un fuerte sentido de la responsabilidad y perseverancia». Y añadía: «Lo mejor de la princesa es el sentido del deber que tiene muy inculcado».[42]

Mientras tanto en Atenas, el *diadokos* convocaba a los directores de los periódicos griegos. Se les adelantó que el príncipe Constantino tenía que hacer un anuncio importante. ¡Por fin!, repetían. Era algo ya sabido y esperado. El comunicado oficial fue escueto, pero no omitía nada importante:

> Su majestad el rey y su alteza real el conde de Barcelona tienen la excepcional dicha de anunciar el feliz acontecimiento del compromiso de sus amados hijos, su alteza real la princesa Sofía de Grecia y su alteza real el Príncipe de Asturias, heredero del trono de España.

Los atenienses tuvieron la confirmación de la esperada noticia, al oír ciento un cañonazos que retumbaban desde el monte Licabeto.

Se había de informar a Franco del asunto. No era nada fácil, pues a la situación ya delicada, se unía la dificultad de conexión, ya que el caudillo estaba embarcado en el *Azor*. Se produjeron varios intentos, entrecortadas conversaciones y frases que parecían volar con el viento norteño. Y finalmente el general felicitó a la real pareja.

Este tira y afloja entre Franco y don Juan se repitió en sucesivas ocasiones y contrastaba con la actitud deferente hacia el general que mantenía la familia real griega. Ya habían comprendido que el futuro del joven príncipe y su esposa pasaba por las manos del caudillo.

El almuerzo del compromiso se celebró en Vieille Fontaine, la casa de la reina Victoria Eugenia, que estaba encantada con la elección de su nieto. Antes del ágape, los novios y sus familias salieron al jardín para encontrarse con la prensa. Hacía de telón de fondo a la escena del compromiso la entrada del hermoso palacete de dos plantas y buhardilla, rodeado de un parque con frondosos árboles y muchísimas flores, cuidadas con esmero por la reina de origen inglés. Los periodistas presentes eran de diversos medios y países, pero de España no acudieron tantos, por el secreto con que fue guardado el noviazgo. Cuando los príncipes se aproximaron para saludar a los periodistas y se dirigieron hacia la verja de entrada, doña Sofía saludó amable a todos y don Juan Carlos bromeó con los reporteros.

Doña Sofía vestía un dos piezas elegante pero sobrio, y se adornaba con un sencillo collar y dos broches, uno en cada solapa de la chaqueta.

Su rostro, que había heredado la vivacidad de la reina Federica, pero con una mirada observadora y atenta, denotaba felicidad. Se presentaba, como lo haría siempre, cuidada y refinada, pero mesurada. Acompañaban a los novios doña Victoria Eugenia, los reyes de Grecia con la princesa Irene y don Juan, padre del novio. Ambas familias parecían relajadas y mostraban su alegría.

Presidieron el almuerzo doña Victoria Eugenia y su hijo don Juan. La reina expresó en repetidas ocasiones su entusiasmo. Curiosamente, ella, que tuvo una vida difícil en España, le confesó a la princesa griega que había sido muy feliz en su país de adopción. La actitud reservada, tímida y dulce de doña Sofía hacía pensar a algunos que la princesa sería una buena consorte, sumisa como muchas mujeres en España en aquella época, pero en absoluto sobresaliente. Nada de esto confundía a la anciana reina Victoria, que añadió profética: «Esa muchachita tímida es todo un personaje… ¡Ya lo veréis! Y si algún día tuviera que ser reina de España, lo haría perfectamente».[43]

Y no es fácil serlo. Ella bien lo sabía.

¿Por qué no estaba presente la condesa de Barcelona? Hubo quien dijo que su ausencia se debía a la intención de dar la impresión de que era un acontecimiento inesperado, que todo se había precipitado, que los padres de la novia habían decidido anunciar el compromiso antes de lo previsto. Parece ser, sin embargo, que el primer ministro Karamanlis, conocedor de los planes de

la pareja real, sugirió al rey Pablo que se adelantara el anuncio para que fuera público antes de que él hubiera de presentar su dimisión y formar gobierno.

El caso es que doña María viajó, a pesar de su indisimulada fobia al avión, a la ciudad suiza el 14 de septiembre, y ese mismo día las dos familias reales volaron hacia Atenas, donde fueron recibidos por el primer ministro Karamanlis con todo el Gobierno, el príncipe Constantino y su primo Miguel de Grecia, el alcalde de Atenas y el embajador español. Apenas aterrizados, los novios comprobaron que el pueblo abarrotaba las calles de la capital, desde el aeropuerto a la céntrica plaza Sintagma. El despliegue de banderas de España y Grecia, guirnaldas, cadenetas festivas y oriflamas estaba presente en todo el recorrido que realizaron los novios en un coche descapotable, sentados sobre la capota plegada. Para que les vieran, para responder con efusivo agradecimiento a esa cálida bienvenida. El príncipe estaba extasiado.

De la austeridad de su vida cotidiana y el secretismo que nublaba su actividad, se veía envuelto en una brillante aureola de luz. De las dudas e inseguridades que vivía en España, pasó al entusiasmo popular más entregado. Un pueblo mediterráneo en su máxima expresión de fervor. Era la primera vez que se veía aclamado, admirado, querido con esa intensidad.

Don Juan Carlos lo expresaba con sincera emoción: «Jamás olvidaré el recibimiento que me hicieron en Atenas. No podía ni imaginarme una cosa parecida. Las banderas de España y Grecia entrelazadas y los gritos de la muchedumbre me hicieron llorar».[44]

Una vez en el idílico Tatoi, dos familias dichosas posaban de nuevo para la prensa. Los reyes Federica y Pablo, los condes de Barcelona, el *diadokos*, la princesa Irene y los novios formaban una sola familia entusiasmada, gozosa. El ambiente político parecía inmejorable, pues el Partido Unión de Centro del primer ministro Karamanlis iba viento en popa. Perfecto.

Pero un error —¿o cuidado plan?— cometido por Karamanlis unos meses antes tendría consecuencias muy graves en el futuro. Alentó el retorno del brillante y trotskista Andreas Papandreu, que no se había moderado en sus años de Harvard. Por el contrario, una vez en Grecia, incitó a su padre George a posiciones más radicales y utilizó los rumores e invenciones que minaban el país como un río subterráneo, que no se veía pero que erosionaba la opinión del pueblo griego, para lo que sería con el tiempo eficacísimo instrumento para demoler la monarquía.

De momento otros problemas estaban cercanos e iban a ocupar a la real familia.

Estos conflictos surgieron por la diferencia de religión. ¡Qué lástima! ¡Dos religiones tan similares y casi dan al traste con la boda! ¡Qué útil es la comprensión de la diversidad! Es de reseñar que todo esto sucedía en un momento en el que el Vaticano aspiraba a que ese año fuera el año del entendimiento entre hermanos que profesaban religiones muy similares, el año ecuménico.

Pero todavía no había llegado esa situación.

El rey Pablo hizo obsequio a los novios de un sencillo pero simbólico regalo, pues se trataba de unas sortijas que databan del siglo IV a.C. Para doña Sofía, un azabache, poderoso protector contra el mal de ojo. Para don Juan Carlos, un rubí que induce a quien lo porta al amor físico y espiritual.

Los novios, entregados a sus ilusiones, descansaron primero de tantas emociones en la isla de Spetsopoula, paraíso verde anclado en un mar turquesa, que acababa de comprar el naviero Niarchos; recorrieron Decelia, el Ática, el Peloponeso y las diversas islas. Cada valle, montaña o archipiélago nos habla de un héroe, una batalla o un pensamiento que había iluminado la cultura universal. La potencia evocativa del mundo clásico aparecía en mítica sucesión. Poetas y políticos, inventores de la democracia; escultores y arquitectos que habían dejado una estela de

belleza insuperable; guerreros y argonautas que llenaron de leyendas esas aguas se unían en torbellino de arte e historia para mostrar el origen de nuestra común cultura occidental.

La princesa, muy enamorada, presentaba a su pueblo al hombre que había elegido para compartir su vida, y a él le mostraba los lugares donde había sido feliz: su taller de investigación arqueológica, su escuela de enfermería, el ensueño de una familia dichosa en Tatoi. Las veladas eran informales e interesantes. A la familia real se unían en un vaivén de afecto los parientes más queridos, como Miguel de Grecia y Tatiana Radziwill. Ese alegre grupo se congregaba alrededor de un bufé servido en el gran comedor y luego las conversaciones recorrían los temas más variados, pues comentaban las noticias internacionales que leían en las diversas revistas o escuchaban la omnipresente música.

Pero faltaban cada vez menos semanas para la boda y en cuanto la princesa regresó a Atenas, comenzó a dar clases de español con Julia Bustinduy, hija de un violinista vasco y una señora griega.

Las invitaciones a la boda representaban una parte importante de su tarea. Nadie podía ser olvidado. Pero sí había un personaje femenino que no acudiría a la boda, pues no había sido invitada. La duquesa de Brunswick, madre de Federica, y por peleas en cuestiones de dinero.

La felicidad de la que gozaban los novios estaba a punto de verse empañada por las diferencias religiosas, que comenzadas en sordina, se iban afianzando con terquedad y amenazaban en el horizonte. El patriarca de Atenas exigía que la celebración ortodoxa fuera el verdadero matrimonio. Por su parte, el obispo católico Printesi, en quien la familia real tenía plena confianza, pues el actual monseñor había servido como soldado en la Guardia Real griega, demandaba que el único sacramento fuera el católico. Otro punto era innegociable: que los hijos de ese matrimonio habían de ser educados en la fe católica.

Así las cosas, el conde de Barcelona y el príncipe fueron convocados para un audiencia con el Santo Padre. Era el 15 de enero y parecía que la disposición de la Santa Sede para encontrar una solución era inmejorable. Don Juan hubiera deseado que el papa bendijera esa unión, pero la negociación con la posición de la inflexible Iglesia ortodoxa hacía temer una negociación espinosa. La ceremonia había de tener lugar en Grecia. La audiencia papal tuvo lugar en la biblioteca privada del pontífice, y se desarrolló con suma cordialidad. Juan XXIII, el Papa Bueno, conocía muy bien la mentalidad de las autoridades de la Iglesia ortodoxa, pues había sido visitador en Bulgaria, y quería que los jóvenes pudieran casarse sin ulteriores problemas, y concedió el permiso para la doble ceremonia. Parecía que la vía estaba libre. Al despedirse les dijo conciliador: «Váyanse tranquilos».[45]

Pero las dificultades no habían hecho más que empezar. Los diplomáticos se afanaban en suavizar tensiones y aunar voluntades.

El asesor jurídico de la parte griega, el señor Pesmazoglou, exministro de Asuntos Exteriores, representaba las exigencias de monseñor Teoklitos, que detentaba un gran poder, ya que en Grecia la religión ortodoxa era la oficial del Estado. La princesa Alicia de Grecia, madre del duque de Edimburgo, sostenía las posiciones más intransigentes.

Además la Iglesia ortodoxa apoyaba tradicionalmente a la monarquía, sostén que resultaba muy necesario para la familia real, que sufría los ataques de la oposición de izquierdas. Con la disculpa del reducido tamaño de la catedral católica, se había invitado a dicha ceremonia tan solo a los miembros de la embajada de España. Pero los embajadores católicos en Atenas se rebelaron e hicieron saber su descontento.

El embajador español, marqués de Luca de Tena, y el enviado especial y exembajador ante la Santa Sede, Yanguas Messía, intentaron calmar la furia del embajador francés que se convirtió

en el abanderado del disgusto general. El enviado galo argumentaba que no podía entender que no se invitara a la catedral católica a los embajadores de dicha confesión. El representante español estaba en comunicación constante con el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María de Castiella, para intentar llevar a buen puerto unas negociaciones que se presentaban cada día más arduas. El duque de Frías, jefe de la casa del príncipe, posiblemente con instrucciones muy duras y precisas, como las que suelen tener que lidiar los consejeros de los príncipes, se atrajo el enfado de la reina Federica que le espetó: «Doy la mano, pero me gustaría dar una bofetada».[46]

Pero hubo otros momentos más pacíficos. Doña Sofía con la reina Federica y su hermana Irene se trasladaron a Estoril en visita de cortesía, pero con una intención bien clara: la cuestión religiosa estaba al rojo vivo y había que tranquilizar a los consejeros del conde de Barcelona, asunto que doña Federica trató con su habitual energía. El príncipe enseñó a su prometida el país que había acogido a su familia en los difíciles tiempos del exilio. Portugal, con sus hermosas ciudades, Évora, Cascáis, Lisboa, Coímbra y el sentido de hospitalidad que caracteriza al pueblo portugués era un bálsamo para doña Sofía y don Juan Carlos que disfrutaban del amor que envolvía sus vidas. La reina Federica se ocupaba de ocultar a su hija los contratiempos sufridos. Era el 24 de enero del año 1962, y todavía quedaban muchos asuntos que resolver.

El 31, los novios viajaron a Londres para que doña Sofía pudiera preparar su ajuar. En el aeropuerto, el comité de bienvenida estaba formado por su madre Federica, Irene, las primas del rey de Grecia, Marina de Kent y Olga de Yugoslavia, y la hermana del rey Pablo, Catherine.

Fueron recibidos por su prima Lilibeth para un almuerzo en Buckingham, en el que reunió la reina de Inglaterra a todos esos parientes griegos tan animados e interesantes. Doña Sofía acudió a la Cámara de los Lores, donde la cercanía de las bancadas hace que los debates entre los diputados sean próximos y envolventes. El aprendizaje de la política internacional que la princesa había comenzado con sus padres seguía su curso.

Una vez de vuelta a Atenas, doña Sofía iniciaba sus clases sobre la religión católica con monseñor Printesi, que le haría ahondar en la profundidad y belleza de esa religión, que la princesa ya conocía. En España, algunos desinformados, o malintencionados, la llamaban la Hereje. Si se hubieran molestado en informarse, base de toda opinión, conocerían que la princesa era persona religiosa y con tendencia a un acendrado misticismo, que será un importante sostén en su vida.

Retornada a Atenas, asistía y gozaba con los ensayos de La Capella, la nueva coral, dirigida por Athina Spanoudi, que ensayaba para interpretar *El Mesías* de Haendel en la ceremonia de la boda.

La promesa solemne de matrimonio se celebró el 14 de diciembre, que hicieron coincidir con el sesenta cumpleaños del rey Pablo, y a estas celebraciones acudieron príncipes de media Europa. Se comprometieron doña Sofía y don Juan Carlos ante el archimandrita Ganos. Esa noche, los reyes recibieron a quinientos invitados en una grandiosa recepción, a la que siguió un animado baile. Y la felicidad continuaba.

En Madrid, el 2 de marzo de 1962, don Juan Carlos acudió a una audiencia con el Generalísimo en el palacio de El Pardo. En esa visita, el príncipe invitó formalmente a la boda al general y, aunque Franco rehusó el convite, anunció que mandaría una representación oficial del Estado español. Pero al mismo tiempo que se deshacía en amabilidades, le dijo esta frase sibilina: «Os aseguro, alteza, que tenéis muchas más probabilidades de ser rey de España que vuestro padre».[47]

Pero no concretó fecha, calendario o certeza.

Mientras el príncipe se ocupaba de ese frente, otro no tan peliagudo, pero sí inminente, se produjo en Grecia. Negros nubarrones se acercaban por Oriente.

¿Qué había sucedido para que se originara este viraje?

La corte griega, bajo la presión constante de su propia Iglesia ortodoxa, había cedido a sus exigencias y exigía que la ceremonia ortodoxa fuera el verdadero sacramento. Este papel secundario adjudicado a la Iglesia católica era inaceptable y Yanguas Messía era el encargado de mediar en tan enrevesado como incomprensible argumento. En una discusión plenamente bizantina, desde el palacio de Atenas se hizo saber que no se trataba en absoluto de un cambio de parecer. Afirmaban con la sutileza del lenguaje diplomático que era una leve y diversa interpretación de lo pactado.

Monseñor Teoklitos se había enrocado y no admitía otra posibilidad que el matrimonio se realizara durante la ceremonia ortodoxa y que la conversión de doña Sofía tuviera lugar fuera del territorio griego.

Había otra cuestión que preocupaba a la anciana reina de España. Doña Victoria Eugenia estaba disgustada por el trato al que parecían destinados los muchos españoles que se aprestaban a asistir a Atenas, y no estaba dispuesta a consentirlo. Y llegó el día que había de ser feliz: aguardaban al novio en el aeropuerto de Atenas la reina Federica, la princesa Sofía, el mariscal de la corte griega Levidis acompañado de su hermosa y joven esposa que había sido miss Grecia, el embajador de España marqués de Luca de Tena, y el ministro de la embajada Gonzalo Fernández de la Mora. La novia iba a sufrir una inesperada decepción. Al entrar el avión en el espacio aéreo griego, tuvo la idea de dar la bienvenida a su novio por radio, pero el capitán de la nave respondió asegurando que don Juan Carlos no viajaba en ese vuelo. Ante las lágrimas de su hija, la reina Federica se envaró y se despidió de manera hosca y seca de los miembros de la legación española.

La madre disgustada mantuvo por teléfono una dura conversación con la reina Victoria Eugenia. Parece ser que la soberana griega se obcecó y no cejaba en sus posiciones inquebrantables.

¿Asistió a esa conversación desagradable el novio? ¿Se trataba de un aviso? Gangan, como llamaban los nietos a la abuela queridísima, era una señora con gran mundo y probada bondad, y tuvo que sentar a todos bastante mal que alguien, aunque fuera otra reina, le hablara de esa manera. Era muy respetada, pues había observado una exquisita discreción en su exilio, al tiempo que su casa era el puerto de refugio para todos esos niños, algunos con historias familiares muy complicadas. En ella hallaron siempre una confidente fiable, un consejo reflexivo y algún mimo cariñoso.

Además, acababa de subastar un aderezo de anillo, broche y collar de brillantes con nueve magníficas esmeraldas, para contribuir a los gastos de la boda. No tuvo que ser fácil para la anciana reina desprenderse de esas alhajas, pues eran un regalo de su madrina, la emperatriz Eugenia de Montijo, a quien le unía un cálido afecto. El aderezo de brillantes y esmeraldas había sido creado para la emperatriz Eugenia de Montijo en una espléndida tiara por el orfebre parisino Fontena; la emperatriz de los franceses lo regaló a doña Victoria Eugenia y, al subastarlo la reina en Berna, fue adquirido por Cartier, el joyero parisino, para su museo.

Al socaire de esa tempestad familiar, se produjo otra tensa conversación entre don Juan Carlos y la madre de la novia. Mientras tanto, continuaban las negociaciones diplomáticas y la información acerca de las mismas llegaba puntualmente a Madrid. El embajador Luca de Tena mandó una carta al ministro de Asuntos Exteriores, Castiella, en la que contaba que sus suposiciones, que ya le había referido en una carta anterior, habían resultado ciertas. El malestar

creado por la redacción de las invitaciones y la discusión telefónica de doña Federica y la reina Victoria habían decidido al príncipe Juan Carlos a demorar su viaje a Atenas. Para alivio del ministro, el embajador informaba a continuación de que don Juan Carlos había llegado finalmente a la capital griega el sábado anterior, y había sido recibido con todas las consideraciones. La recepción había sido triunfal. En el aeropuerto esperaban al príncipe la familia real griega al completo, acompañada por altos dignatarios de la corte. Destacaba el marqués de Luca de Tena la marcialidad de don Juan Carlos al pasar revista a la compañía de guardia que le rendía honores. La paz volvía a reinar. Curiosamente, una reina de origen anglicano había sido una de las personalidades que defendía con mayor vigor las posiciones católicas.

El conde de Barcelona, entre tanto sobresalto, se embarcaba la segunda semana de abril en *El Saltillo*, ponía rumbo a El Pireo y se internaba en la mar que tanto amaba y que tanto consuelo le había ofrecido a lo largo de su vida.

Mientras tanto en Madrid, otro Luca de Tena, Torcuato, brillante y atractivo director del periódico *ABC* e hijo del embajador en Atenas, intentaba compensar con buena información sobre los preparativos de la boda el velo de silencio con el que la cubrían los otros diarios.

En la capital griega, los liberales monárquicos Víctor Salmador y Pedro Sainz Rodríguez publicaban, financiado por el naviero Aristóteles Onassis, el periódico *Diario de Atenas* que vertía sonadas críticas contra Franco. Este acababa de conceder a don Juan Carlos el collar de la Orden de Carlos III y a doña Sofía la Gran Cruz, que fue entregada el día anterior a la boda a la princesa por un joven diplomático, Antonio de Oyarzábal, que formaba parte de la delegación española. La princesa agradeció la concesión y expresó su admiración hacia la condecoración-joya. Como especial deferencia, Franco enviaba el crucero *Canarias*, al mando del almirante Abárzuza, en representación del Gobierno. Dentro de España no faltaban las críticas a esta decisión, pero el general estaba resuelto a actuar de esa manera. Comentaba su visión a este respecto con su primo Pacón:

> El *Canarias* lo mismo podría ir si la princesa de Grecia se casara con otra persona y su Gobierno no fuera español. Claro es que, siendo el novio un príncipe de la dinastía española, se justifica más aún que se mande un barco de guerra, que ya se había mandado anteriormente a Buenos Aires en la toma de posesión del presidente Frondizi…[48]

Demasiadas opiniones contrapuestas. Afortunadamente, Juan XXIII pertenecía a esa raza de hombres que buscaban siempre una solución a cada problema, y la halló autorizando una doble ceremonia. Pero todavía quedaban dudas.

¿Qué sucedería? ¿Se solventarían las dificultades o la intransigencia de algunos comprometería el buen fin?

6

BODA EN ATENAS
1962-1963

14 de mayo de 1962

Los regalos, algunos espléndidos, otros refinados, iban llegando al palacio real donde eran expuestos en toda su diversidad y magnificencia a lo largo de tres salones. En primer lugar, se exhibían los presentes de la familia: de la reina Federica había un cofre de caoba que contenía una cubertería de plata y la diadema de la Casa de Brunswick que la novia luciría en la boda. Esa diadema, llamada también la Prusiana, fue el regalo del káiser Guillermo II a su hija Victoria Luisa de Prusia, de ella la recibió la reina Federica y ahora la entregaba a su hija.

El rey Pablo, una carabela de Vermeil del siglo XVIII; los hermanos de la novia, tres pulseras de zafiros, rubís y esmeraldas. La reina Victoria Eugenia, un esplendoroso brazalete de zafiros y rubís, y los condes de Barcelona la diadema de la Chata, regalo que Isabel II de España había hecho a su hija, la infanta Isabel, apodada la Chata, por su boda. Había sido elaborada en París en 1868 por el famoso joyero Mellerio. Doña Sofía la lució con elegancia en el baile de gala la víspera de la boda.

Los gobiernos de ambos países se mostraron rumbosos. La futura princesa de Asturias recibió del Gobierno español un espléndido broche de brillantes, y Franco, a título personal, envió a doña Sofía una preciosa diadema, que podía convertirse en collar o en dos broches, y una escribanía de plata para el príncipe. El Gobierno griego regaló a su *basilópes* un collar de perlas y la ciudad de Atenas, un busto del siglo II a.C. Doña Sofía se preparaba con la mayor ilusión a la ceremonia esplendorosa que había de ser su boda. Su felicidad no se había visto enturbiada en ningún momento, pues los problemas inherentes a la diferencia de religión los habían manejado tanto la reina Federica y sus ayudantes, como el conde de Barcelona y don Juan Carlos en el lado español. Habían decidido evitarle cualquier disgusto que empañara su emoción. Doña Sofía sentiría seguramente separarse de su hermana y confidente, la princesa Irene, y alejarse de la complicidad con su hermano Constantino, de las regatas en el espléndido mar griego. Tenía que ser consciente de la incertidumbre que le aguardaba en España, pero el amor, pensaría, supera todas las dificultades. Ahora que admiraba los suntuosos regalos, ¿los imaginaba en la casa que iba a ser su hogar en su nuevo país? Sintió el abrazo lleno de afecto de su madre y juntas continuaron recorriendo la exposición de esas maravillas.

Algún presente de los invitados tenía interés histórico, como el aderezo de rubís que perteneció a la emperatriz Eugenia de Montijo y que provenía de la colección de alhajas de la duquesa de Angulema, hija de María Antonieta. Stavros Niarchos y su mujer, Eugenia Livanos, habían comprado este regalo en una subasta y encargaron al joyero Van Cleef & Arpels que trasformara la joya de rubís y brillantes de la emperatriz francesa en un obsequio soberbio.

Y la lista seguía interminable e impresionante: los príncipes de Mónaco, sabedores de su pasión por la mar, un balandro; los duques de Alba, una pitillera de oro y jade, que porta consigo la suerte; la reina de Inglaterra, una vajilla de porcelana blanca y dorada, y el general De Gaulle, un servicio de Sèvres.

De los invitados españoles recibieron una importante colección de pintura que reunía las diversas escuelas artísticas del país: Vázquez Díaz, autor de los espléndidos murales del *Descubrimiento* en La Rábida; Cossío y Esplandiú, ambos pertenecientes al grupo de París; el vasco Echevarría, con su recia pintura; el refinado Macarrón, autor de numerosos retratos de la familia real; Gregorio Prieto, creador del Postismo junto al poeta Carlos Edmundo de Ory; Grandío, de paleta cromática armoniosa y refinada; Benedito, de colores sombríos; y del grupo de Cuenca, los abstractos Zóbel y Rueda, de sutiles grises y negros. Una magnífica representación de las mejores corrientes pictóricas nacionales.

Tres decisivos sucesos prepararon el acontecimiento que iba a tener lugar unos días después. Tras un turbulento debate, el Parlamento griego acordó conceder a su *basilópes* una dote de nueve millones de dracmas, unos dieciocho millones de pesetas. A continuación, doña Sofía renunció de manera formal a sus derechos al trono griego. Y por último, el rey Pablo dio su consentimiento para el matrimonio de su hija. Los necesarios trámites se habían realizado.

Los invitados reales iban llegando poco a poco en dos aviones alquilados por el rey Pablo o en los que Onassis había puesto a su disposición pertenecientes a su flota de la Olympic Airways. Primos, tíos y sobrinos se volvían a encontrar en una ocasión festiva. El infante don Alfonso de Orleans fue recibido por una compañía de guardias con bellos uniformes blancos y azules, los colores de Grecia, y al saludarle, el oficial al mando le dijo: *«Je suis Michel, mon oncle»*. Era Miguel de Grecia, primo, en realidad tío y compañero de infancia de doña Sofía y sobrino del infante don Alfonso. Los grandes hoteles como el Grande Bretagne y el King George se aprestaban a recibir a los ilustres huéspedes, en un revuelo de flores, cestas de frutas y cubos de champán. Las playas cercanas a la capital, como la de Glyfada, estaban preparadas para almuerzos informales con comida mediterránea: pescado frito, cordero, esa delicia griega que son los pámpanos rellenos, fresas de Corfú y vino de Rodas. El *Canarias*, que ostentaba la representación oficial española, atracó el 10 de mayo en el puerto de El Pireo, en medio de la festiva algarabía formada por los españoles que llegaban y los que les recibían. Los barcos *Cabo San Vicente* y *Villa de Madrid*, en el que navegaban los numerosos españoles que acudían al enlace, llegaron también a Atenas.

La vitalidad española se dejaba sentir en las calles de la ciudad. Cinco mil compatriotas aclamaban con entusiasmo a su príncipe y resultaba tanto más euforizante, porque les era vetado hacerlo en España. Al despegar los aviones que partían de Barajas en dirección a Atenas, un clamor se elevaba en el interior: «¡¡Viva el rey!!».

Para caldear la atmósfera, el marqués de San Román de Ayala escribía en el polémico *Diario de Atenas* sobre el sentir monárquico de los españoles allí congregados. Pensaban que no solo ellos, sino muchos españoles anhelaban el restablecimiento de los derechos y libertades, que volverían con los reyes a nuestro país. De ahí que exclamaran con tanto entusiasmo y convicción «¡Viva el rey!». Y aseguraban que habían tenido que salir de su país para proferir ese clamor inocuo.

Ese grito no resultaba tan inofensivo para el embajador de España, que había de lidiar con las suspicacias de El Pardo, las reticencias por parte de la Iglesia ortodoxa y el profundo y auténtico sentimiento monárquico que el enviado español atesoraba. Era un personaje elegido con mucho tino, pues pocos gozaban del poder que él poseía ante Franco. Su fuerza tenía su origen en la

ayuda que el marqués proporcionó al general en los inicios del alzamiento, cuando Luca de Tena participó en la organización del vuelo del *Dragon Rapide* hacia la península. La diplomacia y saber hacer de dos personajes, Luca de Tena, ayudado por todo el personal de la embajada, y Yanguas Messía, consiguieron lo que en algunos momentos se presentaba como imposible.

Entre todos estos conflictos, llegó el primer acontecimiento, una cena ofrecida por el príncipe Constantino en el hotel Grande Bretagne, a la que seguiría un ágape formal en palacio al día siguiente. El gran baile de gala tuvo lugar el día 12 en el palacio real. Fue un desfile de elegancia y poderío. La noche se prestaba para lucir las joyas más espectaculares que poseían las damas reales. La paleta de colores elegida por las invitadas era en general suave y delicada, salvo algunos tonos anaranjados, tan favorecedores en el verano. La distinguidísima Marina de Kent escogió un blanco plateado e iba acompañada de su hermana la princesa Olga de Yugoslavia, que lucía un espléndida diadema de estilo ruso.

Victoria Eugenia y su pareja en el cortejo, la reina Ingrid de Dinamarca, se decantaron por un sedoso lamé de oro, que resaltaba los rubís de la última y el magnífico collar de chatones de la reina de España. Ambas portaban tiaras espléndidas. La reina española, la diadema *art decó* de Cartier, esta vez con perlas aunque podían ser sustituidas por esmeraldas; la reina danesa Ingrid, la fastuosa tiara de diamantes y rubís, enriquecida por el aderezo también de rubís, que se dice perteneció a la primera reina de la dinastía Bernadotte, Desirée Clary. En azules se adornaba la reina de Holanda que, del brazo del rey Olav de Noruega, bajaba la escalera con un vestido de seda claro, luciendo el espléndido aderezo de zafiros y la fabulosa tiara de la Casa de Orange. Deslumbrante estaba María José de Italia, con un traje azul mar y con la tiara de flores de diamantes de los Saboya y collar de zafiros, acompañada por el rey Humberto. La princesa María Gabriela, su hija, era un auténtico esplendor: alta y esbelta como un junco, sus rientes ojos azules expresaban una potente energía, que emanaba de todo su ser. Muy bella Grace de Mónaco, también en lamé dorado y alhajas discretas pero hermosas.

Y no podía faltar el amigo leal desde los tiempos del exilio, el infante don Alfonso de Orleans, con sus hijos, Álvaro y Ataúlfo, y sus nietos, Beatriz y Alonso. El infante había decidido que su nieta usaría las maravillosas joyas de familia, pues su nuera Carla no asistiría al matrimonio. Beatriz era tan parecida a su padre que procuraba desfilar en todo momento del brazo de su progenitor, pues así los invitados a la ceremonia podían reconocerla de inmediato.

Por fin bajaron las escaleras los principales personajes de esas jornadas. La reina Federica, del brazo del gallardo conde de Barcelona, usaba un vestido blanco plata y esplendorosos rubís y diamantes en tiara y collar, las fastuosas joyas de la corona griega, heredadas de la reina Olga Constantinovna. En cuanto a la condesa de Barcelona, acompañada por el rey Pablo, endosaba un vestido de brocado y la famosa tiara de la reina María Cristina, de diamantes formando unas estilizadas gotas persas y, coronándola, sedosas y enhiestas perlas. Sobre la banda de María Luisa, el antiguo y rutilante Broche de la Gobernadora.

Y cerrando la comitiva, los novios, Sofía y Juan Carlos. La novia lucía la tiara de la Chata. Felicidad, sonrisas. Hasta el último momento, la reina Federica había sorteado muchos problemas, y nada había trasmitido a su hija para que ninguna dificultad empañara su felicidad, y lo había conseguido. El día anterior al enlace se celebró una multitudinaria recepción en los jardines de palacio, donde los españoles pudieron saludar a los novios y mostrarles su afecto. Tarde de calor, meteorológico y humano. Muchos vestidos de gasa claros y sutiles, abanicos que se movían como etéreas mariposas, y los señores, con serios chaqués o estelados uniformes. En una de esas recepciones un importante miembro de la corte helena le comentaba al embajador

Luca de Tena: «Se llevan ustedes lo mejor que tenemos. La princesa Sofía tiene todas las virtudes de su madre y todas las de su padre reunidas en su persona».[49]

Era cierto lo que afirmaba el funcionario. Doña Sofía había heredado la amabilidad y diplomacia de su padre y la fuerza y tesón de su madre. La clásica fórmula de mano de hierro en guante de terciopelo. Don Juan Carlos había de comprobar muy pronto cuán útil era tenerla de consejera y compañera, en las muchas tensiones y problemas que les aguardaban. Ella, ¿organiza y aconseja? En ese momento… ¿es Sofía la líder del matrimonio?

Y en un alarde de singular orgullo nacional, otro funcionario comentaba que la boda de doña Sofía suponía una victoria aplastante para Grecia sobre las otras casas reales que tenían hijas casaderas.

Pero tal vez lo que los muchos españoles que habían viajado desde España para asistir a la boda de su príncipe ansiaban presenciar era la ceremonia de matrimonio que tendría lugar el lunes 14 de mayo.

Amaneció un día esplendoroso, como suele darse en el Mediterráneo en esa época. El sol brillaba con intensidad y se anunciaba una jornada calurosa. La multitud se apiñaba desde el alba en los alrededores de la catedral de San Dionisio Areopagita, santo patrón de Atenas, para ver aparecer a sus personajes favoritos. El ambiente festivo era magnificado por los cañonazos desde el monte Licabeto, el repicar de campanas y la lluvia de pétalos que desde un avión cayó sobre la ciudad.

Desde muy temprano, estaban ya dispuestos en las tribunas los invitados que no habían podido ser incluidos en la basílica. En los estrados donde estaban los españoles, se podían apreciar chaqués y uniformes militares, hasta algún despistado usaba la pajarita blanca de frac. Los colores claros de los vestidos de las señoras armonizaban con amplias pamelas y refinados tocados. La duquesa de Alba apareció elegantísima con un vestido de Lanvin Castillo, de amplia falda y un tocado de encajes, acompañada de su gallardo marido, Luis Martínez de Irujo, duque de Alba, jefe de la casa de doña Victoria Eugenia.

Entre los convidados reales, de nuevo la princesa de Mónaco destacaba con un espléndido traje de Laroche; oleadas de comentarios levantaron dos señoras elegantísimas: María José de Italia, en Balmain, y la condesa de París, que se protegía del ardiente sol con un espectacular sombrero, vestida con un precioso modelo de Jacques Heim. Entre los señores sobresalía el distinguidísimo almirante Mountbatten, el tío Dickie.

Cinco sonoros cañonazos anunciaron la salida del cortejo del palacio.

Iniciaba la comitiva el Séquito Rojo, así llamado por las coronas rojas que identificaban la matrícula, en lugar de los números habituales. Componían esta comitiva los ocho automóviles de los soberanos asistentes a la boda, a los que seguían los cuatro coches de las damas de honor. Cinco minutos más tarde aparecieron seis cornetas a caballo que escoltaban a la reina Federica, que estaba deslumbrante en un vestido de raso claro con abrigo del mismo tejido, bordeado de suave visón, y las espectaculares esmeraldas Romanov, acompañada por el conde de Barcelona, que recibía complacido los vítores de los españoles; de inmediato apareció el automóvil de la condesa de Barcelona, con un vestido azul y un casquete del mismo tono, con el novio que endosaba el uniforme de teniente de Infantería.

Un nuevo alegre repicar de las campanas a las diez menos diez confirmaba que la novia se dirigía a la iglesia. En el recorrido, la escultura en honor del último emperador de Bizancio, Constantino XI, recordaba las glorias pasadas del gran imperio de Oriente.

Y cerrando la comitiva, la carroza del conde de Chambord, que portaba a la novia acompañada de su padre el rey. Esta carroza había sido construida para la coronación de Enrique

V de Francia, que nunca llegó a producirse a causa de los acontecimientos revolucionarios de la Comuna de 1870. Se pintaron las armas de Grecia sobre las de los Borbones y se tapizó para esta ocasión en seda blanca con los emblemas de la casa real griega. Iba tirada por seis espléndidos equinos blancos y escoltada por el *diadokos*, con uniforme de húsar y montado sobre un airoso caballo pardo. Acompañaban a la novia veintiséis granaderos de la Guardia Real.

En el interior de la carroza, al abrigo de miradas indiscretas, se desarrollaba una sentida escena. El rey Pablo, espejo de toda la familia, al ver a su hija adorada vestida de novia, no pudo evitar unas lágrimas emocionadas. Doña Sofía, tan unida a su padre, tuvo que sentir ya la dentellada de la separación y comprender el sacrificio que verla marchar representaba para él. Se le veía emocionado tras los cristales de la carroza.

Un murmullo de expectación surgió de la gente cuando vieron aparecer el carruaje real en la avenida Venizelou. Las ocho damas de honor se prepararon para ayudar a doña Sofía: Irene de Grecia, Alejandra de Kent, Benedicta y Ana María de Dinamarca, Tatiana Radziwill, Irene de los Países Bajos, Pilar de Borbón y la bella y discreta Ana de Orleans.

Las notas de los himnos de España y Grecia, interpretados por la banda de música del *Canarias*, acompañaron a la novia mientras subía la escalinata de la basílica de San Dionisio Aeropagita, el mayor templo católico de Grecia, de estilo renacentista, construido gracias a la aportación económica de los fieles católicos y cuyo interior fue un presente del emperador Francisco José y de Sissi, prima del entonces rey de Grecia, Otto I. Llegada a la entrada del templo, doña Sofía se detuvo y saludó a todos los presentes. Estaba espectacular con su vestido de Jean Dessés, el modisto griego afincado en París. El traje de novia estaba realizado en lamé plateado con una capa de tul y encaje antiguo y rematado con encaje de bolillos, que completaba una cola de seis metros y medio.

El velo de Bruselas con encajes de Gante era el mismo que había usado la reina Federica en el día de su boda, y estaba sujeto por la diadema Brunswick, de estilo Imperio, regalo de su madre. Entonces la gente allí congregada comenzó a gritar: *«Na Zisete! Na Zisete!»*, deseando larga vida a los contrayentes.

Cuando la novia, del brazo del rey Pablo, atravesó el umbral de la iglesia, las trescientas voces del coro, acompañadas por el órgano, inundaron las naves de la catedral con el magnífico *Aleluya* y el sonoro *Amén* de Haendel, uno de los compositores favoritos de doña Sofía. Una profusión de claveles rojos y amarillos adornaba la iglesia. Los cuarenta y cinco mil claveles habían sido enviados desde Cataluña y Valencia, para que la tierra española estuviera también presente en la ceremonia. El novio esperaba a su prometida al pie del altar, vistiendo el uniforme de teniente de infantería, con los collares del Toisón de Oro —llegado a la corona española tras el matrimonio de Juana de Castilla con Felipe el Hermoso, que lo heredó de su madre María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, duque de Borgoña— y el recién otorgado de Carlos III.

Estaban presentes como testigos del enlace el infante Alfonso de Orleans y Alfonso de Borbón, tío y primo del contrayente respectivamente. El duque de Aosta y el *diadokos* testimoniaron por parte de doña Sofía.

Tras proferir el novio el «Sí, quiero», la novia asintió con el ritual *Malissa*, el «Sí» en griego, ante el arzobispo Printesi. Se le saltaron las lágrimas a doña Sofía: había olvidado pedir el consentimiento a su padre, como exigía el protocolo. Y esa fue una de las ocasiones en las que doña Sofía, emocionada, tuvo que recurrir al pañuelo de don Juan Carlos.

Años más tarde, le sucederá lo mismo a su hija, la infanta Elena en su boda de Sevilla.

Al salir de la catedral católica, ciento veinte oficiales de Marina del *Canarias* les rindieron honores con la bandera, mientras los novios atravesaban el arco formado por los sables de los

marinos españoles y la banda del buque español entonaba la *Marcha real* para la reina Victoria Eugenia, visiblemente conmovida.

Mas había que templar el ánimo, pues todavía quedaba una ceremonia importante. La ortodoxa en la Anunciación de Santa María, pues para los griegos el matrimonio aún no había tenido lugar.

Tras el breve descanso en el palacio real y firmar el acta de matrimonio para el Registro Civil español, iniciaron la marcha hacia la catedral. Ciento veinte infantes de Marina montaban guardia de honor, durante el recorrido de don Juan Carlos y doña María en el coche descapotable, y de la princesa y su padre el rey en el carruaje.

La catedral metropolitana, situada en el corazón de la ciudad, en pleno centro histórico, esperaba a la princesa, que subiría las breves gradas que conducen al pórtico. Eran las doce en punto —la puntualidad es la cualidad de los reyes— y el primado Chrysóstomos, resplandeciente en blanco y oro, aguardaba en el atrio la llegada de doña Sofía. Unos minutos antes había ya dado a besar los Evangelios al novio, que esperaba ante el altar. La princesa repitió el ritual y, tras cruzar la puerta central velada por una cortina azul, entró en la iglesia.

El interior estaba sumergido en una atmósfera umbría y misteriosa, en la que resaltaban los esplendorosos oros de los iconos y del suntuoso iconostasio. El fastuoso rito ortodoxo se veía realzado con las treinta y cinco mil rosas rojas, las favoritas de doña Sofía, que adornaban el templo. Los numerosos celebrantes vestían casullas bordadas de impactante belleza; el primado, de blanco y oro con refinados bordados en azules y verdes y su mitra oriental y sus luengas barbas blancas, imponente en su aspecto, parecía salido de una escena bíblica; doce religiosos del sínodo en bermellón y oro, con sus característicos capelos negros, más otros doce obispos con sus vistosas mitras concelebraban con el patriarca.

Varias anécdotas jalonaron la ceremonia: resultaba difícil para algunos invitados persignarse según el rito ortodoxo, y lo hicieron al revés y el *diadokos* pisó, espoleado por la premura, la larga cola del vestido de novia de su hermana.

Los sensuales aromas del incienso y el sándalo comenzaron a inundar el recinto, mientras el rey Pablo como *koumbori*, que hace las veces de padrino en las bodas ortodoxas, trazaba en el aire las tres señales de la cruz sobre las cabezas de los esposos. Las habituales coronas de azahar habían sido sustituidas por las de oro que trajera la reina Olga, bisabuela de Sofía, de su Rusia natal. Una voz profunda se alzó potente: «Señor, elevadlas tan alto como los cedros del Líbano y hacedlas tan prósperas como las más ricas viñas».

El celebrante entonó el salmo 127, y las voces profundas de los bajos cantaron esas simbólicas melodías que emocionaban a quien las escuchaba. Ocho príncipes, dirigidos por el rey Pablo, el *koumbori*, tenían el encargo de sostener las coronas: el *diadoko* Constantino, Carlos de Borbón Dos Sicilias, Amadeo de Aosta, Víctor Manuel de Saboya, Miguel de Grecia, Christian de Hannover, Marino Torlonia y Luis de Baden.

El primado de Grecia Chrysóstomos bendijo el cáliz e hizo beber a los contrayentes de él. El vino que bebían los novios simbolizaba la alegría y la tristeza que habrían de compartir durante la existencia y el apoyo que deberían darse mutuamente.

Y comenzó la danza de Isaías, en la que los esposos, acompañados de los padrinos, caminaron alrededor del altar por tres veces. En el ara reposaba una bandeja con *kufeta*, deliciosas almendras dulces que los novios deberían tirar a los presentes y estos, a su vez, lanzarles pétalos de rosa y granos de arroz.

Una ausencia notoria: ningún miembro de la oposición asistió a la ceremonia, para mostrar su disgusto con la aprobación de la dote de doña Sofía.

Al salir de la catedral, en las gradas de la misma, a la reina Federica le asaltó la misma pena que a muchas madres en la boda de sus hijas. No pudo ocultar las lágrimas que preceden a la forzosa separación. A la alegría de la futura felicidad de su hija, se unía, se confundía, se entreveraba el dolor de la despedida.

Había sido una larga mañana, repleta de emociones contenidas. ¿Asaltaron a la princesa los sentimientos tan frecuentes en las novias? Junto a la felicidad del matrimonio con la persona amada, se unía el sentimiento claro de abandono, de lejanía de la propia tierra. De su luz, de su calor, del amor inmutable de los suyos, del hogar que arropa con su abrazo cálido…

Un país desconocido era ahora el suyo. Un idioma diverso habría de convertirse en propio. Un futuro incierto se abría para ella. Pero habían llegado a palacio donde tendría lugar el banquete de boda, y era preciso ocuparse de los ciento cincuenta invitados que asistían al ágape.

Paseaban por los hermosos jardines de palacio durante la recepción su profesora Joana Ravanni y todas sus antiguas compañeras de *Mitera*, la escuela de enfermería, a las que saludó una a una; estaba también la antigua dama de su madre, Helena Korizi, con quien compartió tantas horas dichosas. No había olvidado a nadie, como no olvidará a quien le haya hecho un bien.

El menú consistía en cóctel de bogavante, suprema de ave a la manera del chef, legumbres, *foie*, ensalada, helado de moka, frutas y la tradicional tarta de boda, que porta la suerte a quien la prueba.

Terminados los postres, los novios partieron en un coche adornado con las usuales y ruidosas latas hacia el cercano puerto de Torcolimanos, para embarcar en el *Eros*, tan elegante con su casco negro y tres mástiles, como de nombre apropiado para la circunstancia. La tripulación en pleno les esperaba para darles la bienvenida. El barco parecía un sueño: estaba adornado con muchos de los ramos de flores que doña Sofía había recibido, y en sus paredes colgaban maestros de la pintura como Picasso, Utrillo, Matisse y el fauvista Rouault. Navegaron hacia la isla de Spetsopoula, en el archipiélago de las Sarónicas, para iniciar la luna de miel.

Sin embargo, quedaba por completar un trámite necesario: la conversión.

Era necesario llevarla a cabo, pues ya corrían voces en España que se atrevían a llamar a doña Sofía la Hereje. Habrían de escuchar al sacerdote don Basilio Garabase, que comentaba a quien le quisiera oír los profundos conocimientos de teología que poseía doña Sofía. Absolutamente creíble en la reina Sofía, que siempre estudiaba con seriedad los temas que despertaban su interés. En ambas religiones se agitaban personas tan intransigentes como la alta jerarquía ortodoxa, que puso el grito en el cielo cuando se habló de conversión y que no consintieron que dicha conversión se celebrara en suelo griego, de ahí que hubiera de hacerse en alta mar, fuera de la jurisdicción de las aguas griegas.

Un discreto clérigo tomaba en Atenas el avión que le llevaría a la isla de Corfú. Un no menos circunspecto conductor le condujo hacia el embarcadero de Mon Repos, donde le esperaba la lancha que le acompañó hasta el *Eros* que se adivinaba en la lontananza. Durante su peripecia, nadie reconoció a monseñor Printesi, a pesar de estar la isla repleta de periodistas. La isla de Corfú es la zona de Grecia que cuenta con más católicos, por tanto imaginaba la gente que la «conversión» tendría lugar allí.

Pasados unos días, los reyes de Grecia y los condes de Barcelona les visitaron con la intención de despedirse. Los primeros, tristes por ver partir a una hija adorada, y los segundos ansiosos de verlos instalarse en Estoril, junto a ellos. En buena medida por afecto y, sin duda alguna, con el fin de mostrar al general un frente familiar unido y sin fisuras, que aclarara de una vez por todas que el único heredero legítimo era el conde de Barcelona. Por el contrario, los

reyes Pablo y Federica, como lo habían probado con anterioridad por medio de gestos muy medidos, mantuvieron un exquisito cuidado en su relación con Franco.

En esos días, aconsejada por su marido, escribió doña Sofía una meditada carta al general para agradecer su magnífico regalo y anunciarle que harían escala en Madrid, pues deseaba saludarles, y que esa visita tendría lugar tras la audiencia en Roma con el papa.

> La preciosa joya que el general y doña Carmen me han regalado, así como la alta condecoración recibida, hacen ya que me sienta muy unida a mi nueva patria y ardo en deseos de conocerla y servirla.[50]

Otro de los pasos importantes a dar era la visita a su santidad, que tan comprensivo había sido con las tensiones entre religiones. El *Eros*, con sus enamorados pasajeros, navegaba por el mágico Mediterráneo, con las velas hinchadas por la suave brisa y deslizando su elegante casco negro por las calmas aguas en un soleado mes de junio. Todo les sonreía, el mundo era hermoso, el amor llenaba los días y, aunque el futuro era incierto, estaba cuajado también de posibles esperanzas.

El barco atracó el 3 de junio en el puerto de Anzio, a pocos kilómetros de Roma. La infanta Beatriz, dama de inagotable bondad y permanente sonrisa, les recibió en su soleado palacio de Bocca di Leone, que don Juan Carlos conocía bien, pues lo había visitado con mucha frecuencia durante su infancia romana. No había señora en Roma que llevara la mantilla con la elegancia de la princesa de Civitella-Cesi, el título que ostentaba el príncipe Torlonia, marido de doña Beatriz. Fue ella quien ayudó y aconsejó a doña Sofía cómo había de colocarse la mantilla y la peineta sobre el largo vestido negro y le explicó el protocolo con las tres reverencias que todavía perduraba en esos años.

Con el tiempo, la rigurosa etiqueta vaticana se iría simplificando, pero, por entonces, el ceremonial era aún bastante estricto.

Les recibió monseñor Cicognani, cuyo hermano había sido nuncio en Madrid, y tantas y buenas amistades había dejado en nuestro país. Juan XXIII les acogió con sincero afecto en su biblioteca y tras conversar con la pareja real, regaló a doña Sofía el tradicional rosario, pero esta vez era de oro, dada la personalidad de la visitante. La audiencia se había producido en un ambiente cordial, que quitaba un poco el mal sabor de boca de algunos comentarios retrógrados, que habían molestado a la nueva católica, como el que la tachaba de Hereje.

Se produjo un gran revuelo entre las calles que van de la piazza di Spagna a Mario de'Fiori y Bocca di Leone, donde se encuentra el palazzo Torlonia. Periodistas de medios españoles e internacionales acudían para inmortalizar el posado que tendría lugar en el *cortile* del bello palacio. Sus muros destellantes de luz estaban pintados en uno de esos colores henchidos de sol propios de la Ciudad Eterna. Una inmensa terraza, donde crecen en bellos maceteros de terracota limoneros y naranjos, se asoma al patio donde tendría lugar el encuentro con la prensa.

Doña Sofía repetía con habilidad la actitud que sus padres los reyes habían mantenido con Franco, y en esa línea decidieron los reales esposos visitar al general para agradecerle todos sus gestos para el buen desarrollo de la boda. Un DC 8, pilotado por el coronel Arancibia, experto piloto y hombre de confianza de don Juan Carlos, llevó a doña Sofía a su encuentro con tierra española.

Acompañaban a los príncipes el duque de Frías, que tanto tuvo que bregar ante las intransigencias de unos y otros, y a quien esta visita al caudillo le costaría el puesto, ya que fue destituido pocos días después por don Juan; el teniente general de aviación Emilio García Conde, que, tras el paso de don Juan Carlos por la Academia General del Aire, se había convertido en su preceptor; y alguien que con los años será capital en la vida del príncipe y futuro rey, el marqués

de Mondéjar. En el aeródromo de Getafe fueron recibidos por el ministro del Aire, general Lacalle, y su esposa; los marqueses de Villaverde; el conde de Casa Loja, general de caballería y prestigioso jinete olímpico, jefe de la casa civil del jefe del Estado.

La entrevista fue cordial y doña Sofía, según lo cuenta ella misma, halló un hombre muy diverso al que había imaginado: «Encontré a un hombre sencillo, con ganas de agradar y muy tímido». A su vez, el general comentará a su primo Pacón: «Es muy agradable, y parece inteligente y muy culta. Después de visitar a su santidad Juan XXIII, se vinieron a España a verme. Dicen que fue la reina Victoria la que aconsejó este viaje».[51]

Es muy posible que así fuera, y que doña Victoria Eugenia con su pragmatismo británico y su agudo sentido de la realidad percibiera la oportunidad del mismo.

Medida y prudencia, una de las características que mantendrá doña Sofía durante el importante papel que va a jugar en la vida española.

El viaje de novios

Una vez cumplidas estas dos cortesías necesarias, el fabuloso viaje de novios podía comenzar. Antes de partir hicieron también una breve visita a La Zarzuela para conocer la que sería su residencia. Era un edificio austero como muchos en aquellos tiempos en la sobria España. Toda una época de posibilidades, esperanzas e ilusiones iba a tener esta casa como escenario, casa que doña Sofía se aseguraría de convertir en un hogar.

El antiguo pabellón de caza, de ladrillo y piedra con tejado de negra pizarra, gustó de inmediato a la princesa. Además, su origen musical tuvo que agradar a la melómana. Allí se celebraban en el siglo XVII representaciones teatrales de las admiradas obras de Calderón de la Barca con acompañamiento de música, que dieron en llamar zarzuela, pues el lugar donde estaba enclavado este pabellón era rico en zarzas.

El amor por la naturaleza de doña Sofía le hizo amar ese entorno donde habitan en paz ciervos y jabalíes, y que puede recordar de alguna manera la apacible vida en Tatoi, la casa querida, la de los días felices. Los espléndidos cielos velazqueños que coronan las estribaciones azuladas del Guadarrama, las suaves colinas pobladas de grisáceas encinas y los gamos y corzos triscando en libertad, es el lugar ideal para formar una familia. Con el tiempo, cuando el mundo comprenda la importancia de cuidar el planeta, y de ahorrar energía, doña Sofía instalaría placas solares. Y con los años, se aficionaría a la comida sana, vino tinto con mesura; infusiones y cereales integrales serían de rigor en su dieta. Pero entonces era momento de disfrutar de su amor.

En Anzio embarcaron de nuevo en el *Eros*, que les llevó a Montecarlo navegando por una de las costas más románticas del mundo. La desenfadada, refinada y alegre costa italiana alberga deslumbrantes puertos como Rapallo y Portofino, que sirvieron de escala para el desembarco en el sofisticado principado de Mónaco.

Una gran fiesta organizada por Grace Kelly, que bien conocía ese mundo, les aguardaba en el Sporting Club de Mónaco. Estaban presentes algunos de los rostros más populares del mítico cine de Hollywood, Frank Sinatra, Yul Brynner, Glenn Ford, Robert Wagner, de quien doña Sofía se declaró platónicamente enamorada en la adolescencia. Los príncipes sintieron el deseo de hacer escala en ese puerto, pues tenían que agradecer a los príncipes soberanos su magnífico regalo de boda, que animaba su afición común, la mar. El velero regalo de Rainiero y Grace era ligero, deportivo y hermoso.

Tras varias escalas del idílico viaje, una de sus primeras etapas fue la India, donde doña Sofía tomó contacto con un país, una cultura, una filosofía que estarían muy presentes en su vida. Eran meses de intensa felicidad, aunque no faltó algún inconveniente: fue difícil que los policías de la aduana india entendieran los muchos nombres que mostraban los pasaportes de los regios viajeros: «Duque de Gerona, princesa de Asturias, Sofía de Grecia…». Se armaron un lío y los novios, con buen humor, hubieron de esperar mucho tiempo a que se aclarara el embrollo… sentados sobre sus maletas.

La fascinación de la familia real griega por la India viene de antiguo y por diversas vías. Misteriosos son los caminos del Señor. Pero por numerosas ramas de ambas familias, esos caminos desembocaban en la India. Lord Mountbatten, el tío Dickie, ese personaje interesante, ácido y tierno, elegante y vital, hombre de mundo y que conocía el mundo, y de enorme influencia en su entorno familiar, había sido el último y mítico virrey de una tierra no menos legendaria. A petición del entonces primer ministro Nehru, permaneció en la India ya independiente, como gobernador general hasta 1948. Luis Mountbatten era hermano de la princesa Alicia de Battenberg, casada con el príncipe Andrés de Grecia —hermano de Constantino I—, padres de Felipe de Grecia, futuro duque de Edimburgo. La princesa Alicia de Battenberg mantenía intensa relación con los santones hindús, en busca de la espiritualidad y la luz. Las hermanas de Felipe de Edimburgo —Cecilia, casada con Jorge de Hesse; Margarita, esposa de Gottfried de Hohenloe-Langenburg; Teodora, casada con Bertoldo de Baden y Sofía, esposa de Jorge de Hannover y, a su vez, cuñada de la reina Federica—, años después de terminada la Segunda Guerra Mundial retomaron una relación estrecha con su hermano y formaron la «conexión griega», que tanta influencia mantendría en la corte británica.

Durante su época en la India, lord Mountbatten de Burma había desarrollado una profunda admiración hacia el Mahatma Gandhi y trabado una relación de sincera y estimulante amistad con el astuto Pandit Neruh. Por otra parte, el hermano de Federica, Jorge Guillermo de Hannover y su esposa Sofía de Grecia habían viajado a la India en compañía del filósofo inglés Paul Brunton, estudioso y entusiasta conocedor de la filosofía hindú y de sus sabios maestros. Esas visitas se repitieron con frecuencia a lo largo de los años cincuenta y sesenta, alguna vez acompañando a la reina Federica, que desde el primer momento sintió un vivo interés por el misticismo hindú. Como mujer culta de su tiempo y dotada de una sincera curiosidad por otras religiones y otros mundos, estudió la incipiente filosofía *New Age*. Sus palabras sobre la religiosidad encierran una gran belleza:

> Hablando en términos religiosos: si conozco a Dios en mí, conozco a Dios en el universo y en los demás. El propósito de la vida es identificar lo Divino Invisible en nosotros mismos y en los demás. Entonces sabremos que somos verdaderos hermanos. Uno en Todos y Todos en el Uno.[52]

Doña Sofía se había formado en ese mundo variado, intelectualmente rico, abierto a otros pensamientos y culturas y atraído por los nuevos descubrimientos. La influencia que doña Sofía recibió a través de esas numerosas conexiones familiares hizo que esa etapa del viaje de novios aportara un interés más intenso a la felicidad que estaba viviendo. Otro amigo de siempre de la familia real griega y que tanto había contribuido a completar la pasión de doña Sofía y su hermana doña Irene por la música era el genial intérprete Yehudi Menuhin. Este viajaba a la India en 1952, con la intención de conocer y estudiar la música del famoso intérprete de sitar Ravi Shankar.

La amistad que surgió entre los dos músicos les llevaría a componer un álbum brillante que se llamó *Occidente se encuentra con Oriente*, y que resume de manera melódica lo que el rey

Pablo había querido iniciar con sus Conferencias Internacionales de Atenas, donde la filosofía oriental versus la occidental eran estudiadas con profundo interés. Para comprender. Para enriquecerse mutuamente. Doña Sofía se encontraba en la plenitud de su amor, en un país de reminiscencias felices. No es de extrañar entonces, con todos estos antecedentes, el interés de doña Sofía por una cultura que colma su aspiración de espiritualidad y una filosofía que tiende a crear su propio mundo interior, a construir una defensa individual ante la adversidad de la vida. Pero también encontramos los ecos de otro distinguido orientalista y profundo conocedor de la India: Kippling y su famoso poema *If* que atesora sabiduría: «El triunfo y el fracaso, esos dos impostores, trátalos siempre con igual indiferencia».

De alguna manera, se cierra el círculo.

Fueron recibidos en Delhi por el carismático Pandit Nehru, muñidor con Gandhi de la independencia de ese país continental. En aquel momento era presidente, y con su hija Indira, de brillante y trágico futuro, acogió a los príncipes y al embajador español García Olay con visible simpatía. Indira, mujer de enorme personalidad, era en ese momento jefa del Partido del Congreso, y con el tiempo sería una de las primeras mujeres en alcanzar la presidencia del Gobierno, convirtiéndose así en una de las mujeres más influyentes del planeta. Comenzaban entonces los portentosos cambios que tendrían lugar en ese país.

Los numerosos lazos filosóficos, espirituales y familiares continuarían urdiendo ese entramado de admiración y respeto que une la familia griega a ese fascinante país. Es curioso recordar que la renta per cápita de la India en el siglo XVII creció de manera vertiginosa, hasta convertirla en una de las más elevadas del mundo. Doña Sofía observaba con interés todo ese mundo, para guardar en la retina la cultura de ese país milenario, que había de suscitar tanta atracción en ella. Los maharajás construían monumentos imposibles, unos perpetuando el amor de la amada perdida como el Taj Mahal; otros para que las mujeres pudieran contemplar la vida cotidiana que les era imposible compartir, como el palacio de los Vientos de Jaipur, enjambre de ventanas, balcones y miradores, en una ciudad ya extraordinaria. Este frenesí de hermosura y lujo hizo necesaria la proliferación de artistas y artesanos precisos y exquisitos, que, a través de los siglos, dejaron un poso indeleble de sentido de la belleza que permea todas las capas de la sociedad. Arquitectos, escultores, pintores, ebanistas, miniaturistas, jardineros, orfebres, tejedores dejaron su talento en obras imperecederas de casacas, túnicas y saris; de turbantes, penachos y tocados; joyas esplendorosas que sirvieron de inspiración durante siglos; jardines rectilíneos, fragantes, con fuentes susurrantes y parques misteriosos; libros excelentes que describían con una miríada de colores refinados una época irrepetible; muebles de maderas preciosas tachonadas de bronces cincelados con extraordinaria finura o con incrustaciones de nácar tornasolado; frescos en las portadas de los patios, con delicados símbolos vegetales, animales de la tierra o de la mar; figuras divinas o humanas que tornaban la piedra en piel, carne y sangre; y fortalezas defensivas, mansiones y pabellones, donde la piedra arenisca o el mármol trabajados en arabescos interminables se entrelazaban con las piedras duras, como el cristal de roca, el cuarzo rosa y amatista o las más preciosas, esmeraldas, zafiros y rubís.

Y en esa tierra de fábula, con todos los antecedentes familiares, disfrutan del viaje de novios don Juan Carlos y doña Sofía. La reina no olvidaría esas semanas felices.

Tras pasar por Nepal, recalaron en Tailandia. En Bangkok hicieron turismo y visitaron las tiendas de la ciudad, que escondían en pequeños espacios maravillosas gemas. Entre todas ellas, destacaba un soberbio zafiro, que tenía, por desgracia, un precio adecuado a su belleza.

El joven marido no contaba con la suma requerida, y hubieron de irse sin la preciosa piedra. Después de Hong Kong, aterrizaron en Filipinas, país de tan hondas raíces hispanas y que, en

aquella época, todavía conservaba el español entre las lenguas habladas por un número importante de la sociedad. Fueron recibidos por el presidente Diosdado Macapagal, quien, más adelante, sería vencido en las urnas por un joven y popular Ferdinand Marcos. El viejo presidente habría de dejar su lugar al emergente político, Marcos, que se vería arropado por el entusiasmo nacional, y acompañado por la hermosa Imelda. Esta bella mujer visitaría España en numerosas ocasiones, en los años venideros. Un atrevido obispo español, monseñor Velasco, expulsado en esos años de China por el gobierno comunista y desde entonces residente en Manila, aclaró al recién elegido presidente Marcos cuando fue a cumplimentarle:

—Presidente, usted ha sido elegido a causa de dos mujeres.

—¿Qué quiere decir, monseñor? —preguntó Marcos, alarmado por la posible intención del prelado.

—Por la belleza de la señora Marcos, y la antipatía de la señora Macapagal —contestó veloz monseñor Velasco.

Filipinas, un país con el sentido de la estética impreso en el alma, recibió con la ilusión de todos los inicios a Ferdinand Marcos y a la bella Imelda.

Tras Filipinas marcharon al país del sol naciente y después de conocer Japón, empezaba una parte fundamental del periplo: los Estados Unidos. En uno de los enclaves más bellos de ese país, Honolulu, se produjo una anécdota que tuvo en vilo durante dos días a la reina Federica. Doña Sofía había quedado en llamar a su madre a su llegada a San Francisco. La suavidad de la isla o la dulzura del amor que vivía la pareja hizo que decidieran prolongar su estancia allí dos días. Pero sin avisar de sus intenciones a su madre, que como todas las madres, se alarmó al no recibir la llamada prevista. Pero toda preocupación se desvaneció cuando llegó la ansiada comunicación desde San Francisco. Allí admiraron las históricas misiones californianas, donde tantos esforzados españoles dejaron su trabajo y la huella de saber. En San Francisco realizaron dos visitas de suma importancia: al submarino atómico *Nautilus*, visita de la que doña Sofía había ya disfrutado en 1958, y al portaviones *Coral Sea*. Una vez en Los Ángeles, el mundialmente famoso pianista y compositor español José Iturbi, que había triunfado en Hollywood, les ofreció una magnífica fiesta con luminarias de la meca del cine. El mundo era un lugar magnífico, doña Sofía y don Juan Carlos tenían la vida por delante y se amaban. Y de Los Ángeles a la costa este, donde les aguardaban Ruth y Wiley Buchanan en su esplendorosa casa de Newport, llamada Beaulieu. Wiley, que había sido jefe de protocolo con el presidente Eisenhower, era un hombre refinado y había comprado esa casa para su mujer, la menuda y listísima Ruth, a la que no se le escapaba no ya la intención de una frase, sino el objetivo de una simple mirada.

En Washington se decidió una importante audiencia con decisivo valor visual. Aunque era una visita privada, la *foto-oportunidad* con el carismático y popularísimo presidente Kennedy era de rigor. Todavía se sabía poco sobre su azarosa vida personal, y las airadas protestas contra la guerra de Vietnam estaban aún por llegar.

Debido a la foto en cuestión, hubo de nuevo tira y afloja entre el Gobierno de Franco y el embajador Antonio Garrigues, con excelentes relaciones con la administración Kennedy, que hizo todo lo posible para que ese encuentro se produjera. Pero Madrid, ante sus reiteradas preguntas sobre la oportunidad del encuentro, daba la callada por respuesta. Como sucede a menudo cuando el tema es delicado y nadie quiere pillarse los dedos. «Entre dos piedras molares nunca pongas los pulgares», sentencia el refrán popular.

Finalmente, el 30 de agosto tuvo lugar la visita, en la que los príncipes estaban acompañados por el jefe de protocolo estadounidense Angier Biddle Duke y el embajador de España Antonio Garrigues. Esa noche, don Juan Carlos y doña Sofía ofrecieron una cena en la residencia de la

embajada de España. Doña Sofía recordará siempre la extraordinaria felicidad de aquellos meses: «El viaje fue una maravilla, un sueño».[53]

Concluida ya la luna de miel, don Juan Carlos y doña Sofía llegaron a Estoril, con la intención de hacer entender a don Juan que era conveniente que ellos residieran en Madrid. La boda con doña Sofía había cambiado la situación de don Juan Carlos. Constituía un paso más que le aproximaba al trono. Los reyes de Grecia, que no veían claro el desenlace, les ofrecieron la casa de Psychico, donde se alojaban los príncipes cuando acudían a las ceremonias o conmemoraciones de la familia reinante griega. Doña Sofía estaba muy enamorada, pero la vida sobria que llevaba en Estoril o en Madrid distaba mucho de la brillante actividad de la que gozaba en la corte de los reyes Pablo y Federica.

Una noticia trágica les sorprendió mientras pasaban esa temporada en Villa Giralda. Unas devastadoras inundaciones habían destruido las ciudades de Tarrasa, Rubí, Sabadell y Montcada, dejando un pavoroso balance de muerte y desolación: ochocientos quince fallecidos. Sin dudarlo, como sería su actitud en situaciones similares en el futuro, doña Sofía decidió acudir al lugar del siniestro. Entregaron al vicepresidente del Gobierno, general Muñoz Grandes, y al ministro de la Gobernación, Camilo Alonso Vega, en Capitanía, un millón de pesetas que habían sido enviadas por don Juan para socorrer a los damnificados. La atención a los que padecen por parte de doña Sofía será una constante de su comportamiento.

Con el soberbio viaje de novios, se cerraba una de las etapas más felices de la vida de doña Sofía y se abría una época de incertidumbre en la que la habilidad, observación, tenacidad y paciencia podían cambiar el curso de la historia. Nuestra historia.

Libro II
NO ÉRAMOS NADIE

«*Non potest cum timore*».
SÉNECA, *Carta a Lucilio*

7

AÑOS DE SILENCIO
1963-1974

Entre sus muchas preocupaciones, un problema iba a adquirir creciente importancia en la vida de don Juan Carlos y doña Sofía: don Juan no terminaba de aceptar que la pareja real se instalara en Madrid, pero Franco comenzaba a cansarse de la indecisión del príncipe y comentó a su primo Pacón: «No comprendo por qué el infante don Juan Carlos continúa supeditado a la política de su padre… Con la ausencia del príncipe, nadie le conocerá y será considerado como muchos de su alcurnia que viven en el extranjero y nadie les conoce en sus países de origen… Quedan otros príncipes, como el infante don Alfonso de Borbón Dampierre, que es culto, patriota y que podría ser una solución si no se arregla lo de don Juan Carlos».[54]

Pesaban sobre el ánimo del general unas declaraciones efectuadas a *Il Giornale d'Italia* por el conde de Barcelona unos años antes, que mucho contrariaron a Franco, en las que don Juan aseguraba al periodista que él sería el futuro rey de España porque existía un compromiso entre padre e hijo, que apoyaban todos los miembros de la familia real.

Enterados de ello los que velaban por los intereses de don Juan Carlos, le instaron a que tomara una decisión. Doña Sofía entendió que había de hacerse sin demora, y pidió al rey Pablo que interviniera y hablara con don Juan para convencerle de la conveniencia de su traslado a Madrid.

Por fin, los príncipes se instalaron en La Zarzuela en febrero de 1963. Comenzaba una etapa de incertidumbre, pero también repleta de ilusión, pues como todo matrimonio recién casado, instalar su primer hogar les llenaba de alegría. La austeridad reinaba en La Zarzuela, como en muchas de las casas españolas de aquella época, todavía muy afectadas por la posguerra. La reina encontraría un palacio casi vacío, muy poco acogedor, y casi de atmósfera monacal. Acostumbrada al hogar de Tatoi, tomaría las medidas para hacer de aquel convento su casa.

De la villa de Psychico llegaron muebles, lámparas y cortinas, así como numerosos regalos de boda, vajillas, cuadros de reconocidos pintores españoles, objetos de arte y tapices. Y el ajuar, preparado con mimo y cuidado.

El resultado fue una casa como la que había albergado la venturosa vida familiar en Tatoi: confortable gracias a las cálidas maderas, cargada de arte con los espléndidos cuadros y esculturas de artistas españoles, culto por los numerosos libros. Era su hogar. Doña Sofía instalará, con el tiempo, un sistema parecido al que había ideado la reina Federica en Tatoi, para que la música inundara todos los espacios de la casa. La princesa declaró en una entrevista: «La música es la poesía del alma. No podría vivir sin ella. Es mi cura de reposo. Poseo una instalación bastante sofisticada en mi habitación, que me permite escuchar mis discos favoritos

en todo el palacio y hasta en el borde de la piscina. Mis preferencias van a los grandes clásicos, pero también a la música barroca, a la música árabe de los siglos XII y XIII».[55]

Aunque es un poco anterior, del XI, ¿es *El collar de la paloma*, el fascinante canto a la amada de Al-Ándalus, una de las preferidas entre las composiciones árabes?

El hermoso parque circundante se vio enriquecido con diversas variedades de árboles, frondosos olmos, elegantes abetos, sólidos robles, oscuras encinas y elegantes cedros del Líbano, que servían de cobijo a las palomas que realizan su largo viaje desde Escandinavia hasta Andalucía.

El príncipe había de aprender el silencio, tenía que agudizar su sentido político para distinguir entre la adulación y el consejo leal. Y sobre todo, debía mantener el sentido de la realidad en un país donde a menudo la opinión pública internacional llegaba camuflada.

Pero para ello contaba con una consejera de excepción. Doña Sofía estaba siempre dispuesta a analizar las noticias de los periódicos, a estar al tanto de los acontecimientos tanto nacionales como extranjeros, y en un futuro próximo, comentar los debates parlamentarios. Siempre con afecto y lealtad. Era una princesa, sí, pero que había sufrido el exilio, que había experimentado el lado duro de la vida y que había conocido después los halagos inherentes al poder. Sabía discernir cuándo convenía callar y cuándo era menester actuar. A lo largo de su existencia, se observa en doña Sofía un patrón de comportamiento: servir, ser útil, pensar en los demás, pero a diferencia de su madre, siempre instalada en la discreción. Mujer prudente, tuvo presente asimismo el magnífico papel que desarrolló su madre la reina Federica, en favor de su país, pero también las muchas críticas que suscitó al llevar a cabo estas acciones de manera demasiado evidente para la época.

Doña Sofía era consciente de la importancia de su situación, como parte del Estado, pero con mesura. Era tiempo, por tanto, de observar y reflexionar. Todo había de ser pensado, medido y sopesado, lo que coincidía plenamente con los rasgos de su carácter. Ni una palabra de más; ni un gesto desmedido, ni una iniciativa imprudente. Era preciso analizar los pasos a dar, con frialdad y templanza. Estaba en juego la Corona y la estabilidad de la nación.

Aires de cambio sobrevolaban el país. Los príncipes invitaban a pequeños grupos de jóvenes parejas, unas veinte personas de diversos ámbitos de la sociedad, a La Zarzuela para mantener conversaciones que reflejaban la situación. Hubo quien dijo que esas reuniones estaban incentivadas por el Gobierno a través del ministro de Exteriores, Fernando María de Castiella, para que don Juan Carlos estuviera al tanto de la realidad que le rodeaba. Eran charlas informales donde se hablaba de todo con total sinceridad. Doña Sofía se mostraba interesada y siempre cariñosa, sobre todo con la mujer de uno de ellos, Beatriz Lodge, hija de un antiguo y muy querido embajador de Estados Unidos en Madrid, tal vez porque las dos estaban aprendiendo a hablar español y su lengua común era el inglés.

Los reyes de Grecia habían celebrado sus bodas de plata el 9 de enero de 1963, y doña Sofía y don Juan Carlos acudieron a las celebraciones, encontrando de nuevo ese cálido ambiente familiar, intelectual y artístico que caracterizaba a la familia real griega. Para doña Sofía significaba disfrutar de la complicidad y entendimiento con su hermano Constantino y su hermana Irene, a quienes echaba de menos en su nueva vida. Los gastos de los recientes fastos habían aconsejado discreción y sobriedad. Una entrañable alegría y una gran pérdida aguardaban a la ya princesa española. Su hermano, el príncipe Constantino se había enamorado de una de las damas de honor de Sofía, la dulce Ana María de Dinamarca, y durante la boda se había consolidado el idilio. Pero la madre de Ana María, la reina Ingrid, nacida princesa de Suecia, opinaba que su hija era aún muy joven —solo tenía diecisiete años— y que era preciso terminara

sus estudios. Doña Sofía, tan unida a su hermano, se llenó de alegría al ver la felicidad de Constantino. La ocasión elegida para anunciar el compromiso matrimonial de Constantino y Ana María fue una visita oficial de los reyes de Grecia a Copenhague, el 23 de enero de 1963. La felicidad de los novios y padres de ambos parecía eterna.

Unos meses después de la visita a la India que hicieron don Juan Carlos y doña Sofía durante su luna de miel, los reyes de Grecia realizaron un viaje oficial a ese país, que comenzó el 2 de febrero, y que estuvo plagado de anécdotas. Nehru era el primer ministro, y en calidad de tal ofreció un almuerzo en su residencia oficial, Teen Murti Bhavan, al que acudieron los suntuosos maharajás, destacando entre todos ellos el de Jaipur. El maharajá podía estar orgulloso de su reino-estado. Jaipur aunaba la belleza de toda la nación en su territorio. La llegada a la capital con sus esplendorosos palacios rosas, color de la bienvenida en ese país, cortaba la respiración. La presencia de un arte singular hecho piedra en numerosos edificios, contaba de la estratégica posición de sus emplazamientos, de su glorioso pasado y de la importancia de su historia. El City Palace o palacio de la ciudad recibía a los visitantes que atravesaban su puerta de entrada pintada con maravillosos arabescos en colores vainilla, ocre rojo, canela, azul y verde botella. Era tan solo un anticipo de lo que iban a admirar en el primer patio de los muchos que conformaban el palacio. Unos soldados de piel oscura realzaban sus fuertes rasgos con cabellera y grandes bigotes blanco puro, enarcados como alas de golondrina en airoso vuelo. Doña Sofía recibía cumplidas noticias de esta visita de Estado. Recordaba así su propio viaje a la India durante la luna de miel, que le traía tan buenos recuerdos. En ese país experimentaría vivencias decisivas para su existencia.

Y en esa misma cena donde resplandecían los maharajás, dominaba el prestigio y autoridad del presidente de la India que era en aquel momento el profesor, catedrático y filósofo Sarvepalli Radhakrishnan, autor de numerosos libros en los que instaba al respeto de las diversas religiones y al entendimiento entre Oriente y Occidente. El rey Pablo hizo gala de un fino sentido del humor, pues en el discurso de llegada dijo: «Me satisface ser el primer rey de Grecia que llega a la India como invitado. Alejandro Magno llegó sin ser esperado».[56]

Una de las visitas con mayor significado fue a la tumba de Gandhi, donde depositaron una corona de flores en señal de recuerdo, admiración y respeto. Siguió un encuentro con los estudiantes, que de acuerdo con las dimensiones del país, tuvo lugar en un estadio. No fue un viaje de descanso para los reyes de Grecia, pues el recorrido incluía la academia militar; Fatehpur, la antigua ciudad creada por el rey mogol Akbar con sus rojos edificios coronados por esbeltos miradores. Muy cerca se hallaba un edificio singular que deseaban visitar, un monumento al amor: el Taj Mahal, tumba de la amada fallecida prematuramente. En esa sugerente atmósfera, inspirada por la magia del lugar la reina preguntó a su marido: «¿Serías capaz de levantar un monumento como este el día que yo me muera?». La respuesta adquiriría su pleno sentido en los años venideros: «¡Por supuesto que no! Por hermoso que esto sea, yo prefiero que descansemos bajo el cielo abierto de Tatoi, y que los ciervos pasen por encima de nosotros, y que broten flores silvestres cerca de nuestras tumbas cada primavera».[57]

En Bombay les aguardaba el gobernador de Bombay y su esposa Pandit que era hermana de Nehru. Se conocían desde hacía muchos años, pues el rey Pablo los había encontrado en una sesión de Naciones Unidas. La felicidad era plena en este matrimonio real que tanto se había amado.

Desde la entrada de España en las Naciones Unidas, la curiosidad internacional hacia nuestra tierra había ido en aumento. La celebración del aniversario de Lorca llamó la atención del mundo entero sobre una nación de fuerte personalidad. España comenzaba a abrirse al extranjero y a marcarse metas decisivas: sus prioridades eran la entrada en el Mercado Común, en pie de igualdad con el resto de Europa, y estrechar lazos con la comunidad hispana. Fuerzas de innegable energía concurrían para iniciar un futuro prometedor. Y libre.

Además, doña Sofía seguía atentamente lo que sucedía en Grecia y sus relaciones exteriores. En junio de 1963 un muy deseado viaje de Estado de los reyes Pablo y Federica a Londres se convirtió poco a poco en una pesadilla, que anunciaba la azarosa tormenta que se iba a cernir sobre la casa real griega.

El primer ministro griego, Karamanlis, antes de dejar su cargo, había aconsejado con insistencia suspender, o por lo menos aplazar, esa visita. Sin embargo, el recién elegido primer ministro Pipinelis consideró la ocasión como una adecuada oportunidad para conseguir publicidad para Grecia y su Corona. Ya en el mes de abril anterior, cuando la reina Federica había acudido a la boda de Alejandra de Kent acompañada por la princesa Irene, había experimentado un muy desagradable incidente en las calles de Londres, a manos de la mujer de un activista griego que estaba encarcelado. La izquierda, con el respetado Bertrand Russel a la cabeza, se puso en acción y consiguieron organizar manifestaciones contrarias a la monarquía griega.

El Foreign Office temía esta reacción, pues conocían la opinión adversa hacia esa visita que circulaba por el país. Habían llegado incluso a difundir un comunicado en el que afirmaban:

> Lo que estamos organizando para el rey de Grecia va a resultar bastante caro… pero somos conscientes de este argumento y estamos decididos a mantener los gastos dentro de lo razonable.[58]

Para compensar esta hostilidad, la soberana británica prodigó a sus huéspedes constantes detalles de amabilidad. Para comenzar les recibió vestida de azul y blanco, los colores nacionales griegos. En un momento determinado dio la sensación de que la opinión pública estaba cambiando, ya que en un almuerzo en el Guildhall la pareja real fue acogida con un estruendoso aplauso. No era prudente confiarse. Esa misma noche, cuando llegaron los reyes de Grecia acompañados por la reina Isabel al teatro Aldwych para una representación de la obra de Shakespeare *El sueño de una noche de verano*, un nutrido grupo les esperaba para «darles la bienvenida» con pancartas y consignas hostiles. La soberana inglesa no daba crédito, y se la veía afectada, pues en los once años de reinado, nunca se había encontrado en una situación semejante. El ministro del Interior británico estaba fuera de sí cuando realizó unas declaraciones que revelaban su disgusto: «*The queen of England was booed tonight and I am furious… I was shocked and furious. This is the work of a handfull of comunists and anarchists*» («La reina de Inglaterra fue abucheada esta noche y yo estoy furioso… Estoy escandalizado y furioso. Esta acción es obra de unos cuantos comunistas y anarquistas»).[59]

Por desgracia, se sucedieron numerosos comentarios negativos enviados por los lectores a los periódicos y al Foreing Office por ingleses turbados por la visita y la propaganda negativa que la acompañó.

Doña Sofía había seguido con sumo interés las incidencias del viaje de sus padres, pues la incertidumbre en la que vivían ellos en España le hacía estar atenta a los acontecimientos de los

que pudiera sacar alguna enseñanza. Podía intuir que la opinión pública inglesa se tornaba cada día más adversa. Mientras tanto en España, los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía recorrían el país, para conocerlo y para que les conocieran. En algunos lugares, les recibieron con cierto desapego, en otros con franca hostilidad. En varias ocasiones, los tomates les dieron la bienvenida. No se desanimaron. No torcieron el gesto. Al contrario. De la necesidad, virtud.

Un día en Madrid, doña Sofía al salir de una iglesia fue reconocida por una mujer que comenzó, solitaria, ante el asombro de las demás, a vitorearla. La princesa retornó al interior del templo. ¿Se trataba de una estrategia? ¿O había olvidado algo? El caso es que, en el tiempo en el que doña Sofía permaneció dentro, la avispada señora que la reconoció había tenido tiempo para instruir a las otras viandantes sobre la identidad de la visitante. La curiosidad, unida a la alegría de un acontecimiento inusual, tan propia del carácter español siempre dispuesto para una fiesta, entusiasmaron a las expectantes mujeres. Cuando salió doña Sofía de nuevo, un nutrido grupo la esperaba para aclamarla. Los aplausos atrajeron a más curiosos, que, al saber la personalidad de la señora, se unieron a la celebración. Cuando doña Sofía se metió en el coche que la aguardaba, la calle era un clamor. Se lo había ganado. ¿Estrategia o azar?

Franco, que unía a su observación personal de la pareja la mejor información, declaraba con contundencia: «Es infundado el rumor que han hecho correr los enemigos de que es poco inteligente; no hay tal cosa, ya que se trata de un muchacho que discurre muy bien y que piensa por cuenta propia. Doña Sofía estuvo a saludar a Carmen y permaneció con ella casi dos horas… La princesa es sumamente inteligente y simpática».[60]

Y por fin llegó el acontecimiento que iba a llenar de alegría a don Juan Carlos y a doña Sofía: la princesa descubrió que estaba embarazada. Su profundo sentido de la familia se iba a ver bendecido con un hijo. Doña Sofía aguardaba llena de ilusión, para inicios de diciembre de 1963, ese nacimiento trascendental para cualquier pareja, pero de suma importancia cuando se trata de un heredero. Se sucedieron los meses de espera sin conocer si sería un varón. Durante el embarazo, camino de Canarias para unas breves vacaciones, los príncipes habían descansado un día en El Botánico, la preciosa propiedad del infante don Alfonso de Orleans en Sanlúcar de Barrameda. Desde su lugar de reposo escribió doña Sofía una carta de agradecimiento a don Alfonso y doña Beatriz:

> *You don't know how I enjoyed being with you those 24 hours, it was a tremendous rest for me as I love being with family, just as uncle Ali says «Familien Lieb».*
>
> No puedes imaginar lo que he disfrutado al estar con vosotros esas veinticuatro horas, ha sido un gran descanso para mí pues me encanta estar con la familia, como dice el tío Ali, «amor a la familia».[61]

El rey Pablo, que tanto y tan bien quería a su hija, viajó a Madrid para estar presente en el nacimiento, pero como sucede a tantas primerizas, el bebé se retrasó y el monarca tuvo que volver a Atenas para el inicio del Parlamento. Quedaron al lado de doña Sofía su madre la reina Federica, su hermana la princesa Irene y la compañera de siempre, su prima la princesa Tatiana Radziwill. Por fin, nació Elena, así llamada en recuerdo de la adorada madrina, la reina Helena de Italia. Por eso y por otra razón consistente: les gustaba. El 20 de diciembre, asistida doña Sofía por un médico español, el doctor Mendizábal, y por uno griego, el doctor Dióxades, en la clínica de Nuestra Señora del Loreto, vio la luz de Madrid, en la habitación 604, una infanta que sería tan querida y castiza como su antepasada la Chata.

Doña Elena María de las Mercedes Isabel Dominica de Silos fue bautizada por el nuncio de su santidad monseñor Riberi, y apadrinada por su abuela, la condesa de Barcelona y don Alfonso de Orleans. El sentido familiar de doña Sofía se extendía también a primos y tíos, como era el caso del querido tío Ali, el padrino del aquel día, el infante don Alfonso de Orleans.

Se palpaba una gran expectación ante la ceremonia del bautizo. Todos deseaban ver cómo sería el encuentro entre don Juan y el general. Intercambiaron frases corteses… Fuese… y no hubo nada.

La princesa había tenido el detalle de lucir el magnífico broche de brillantes, regalo del Gobierno con ocasión de su boda. A menudo la princesa Irene acompañaba a su hermana, a quien le une una estrecha relación. Doña Irene asistió a varios bailes y puestas de largo en Madrid, en los que los jóvenes admiraban su estilizada figura, su rostro amable y su encantadora sonrisa. La unión de las dos hermanas a lo largo de la vida será una de las piedras angulares de la existencia de la reina. El carácter discreto y alegre de la princesa Irene hace de ella una magnífica compañera.

¿Es posible que un acontecimiento tan deseado pueda ser ensombrecido? Los gozos y las sombras se entreveran en el camino de los mortales, como si los dioses quisieran recordarles de continuo su extrema fragilidad.

Apenas comenzado el año 1964, los príncipes Juan Carlos y Sofía decidieron viajar a Atenas, pero antes harían una breve etapa en Suiza para que Gangan, la reina Victoria Eugenia, conociera a su bisnieta. Iban a ser unos días de vacaciones y descanso, pero estando en St. Moritz, recibieron una noticia preocupante: el rey Pablo iba a ser sometido a una operación para curar una úlcera gástrica. Organizaron la marcha a toda velocidad para estar junto al padre adorado, pero cuando llegaron a casa, a aquel Tatoi escenario de tanta felicidad pasada, el diagnóstico resultó devastador. No era una úlcera. Se trataba de un cáncer. La posibilidad de perder al amado padre, consejero inteligente y amigo constante, causó un profundo impacto en doña Sofía que estaba a punto de sufrir uno de los dolores más graves de su vida.

El rey Pablo llevó su enfermedad, que sabía incurable, con ejemplar estoicismo. Le reconfortaban sus acendradas creencias religiosas y su profunda pasión por la música.

Gina Bachauer, la extraordinaria pianista y fiel amiga, que conocían desde el exilio en El Cairo, se encontraba en aquellos terribles días en Atenas. Desde una habitación adyacente, Gina tocaba al piano las composiciones favoritas del enfermo, que realmente mejoraba al gozar la música que se convertía en eficaz remedio terapéutico.

Tanto doña Sofía como el *diadokos* y la princesa Irene habían empezado su combate contra la muerte, y acompañaban al padre y le mostraban su profundo cariño luchando por retenerlo a su lado. El sentido espiritual de la vida ayudaba al rey Pablo a trascender los dolores del cuerpo y la aflicción de la despedida. Sacaba fuerzas de su debilidad para animar a su familia y comenzaba a despedirse poco a poco. Les dijo frases que recordarían toda su vida. La reina Federica lo contaría años después en sus *Memorias*:

> La tarde del 4 de marzo de 1964 entré en su dormitorio y le encontré tendido en el lecho con una expresión radiante en su rostro.
>
> —¿Cómo te encuentras? —le pregunté.
>
> —Creí que me había ido ya…—respondió suavemente—. Todavía me siento muy lejos. Cuesta acostumbrarse… Debo haber estado completamente al otro lado.
>
> Volví a preguntarle:
>
> —¿Cómo es?
>
> —Increíble. He tenido la visión de un camino largo y oscuro, al final del cual brillaba una luz resplandeciente. Da una maravillosa sensación de paz y bienestar. Es una gran elevación espiritual, como acercarse mucho al cielo. Esa es la

verdadera Sagrada Comunión.[62]

La reina le preguntó si deseaba que pusiera música, él aceptó, y durante las horas que siguieron sonaron las notas de su composición preferida, *La pasión según San Mateo*, de Bach.

Rechazaba los calmantes, pues quería conservarse lúcido para el paso trascendental que estaba a punto de dar. Exhortaba a su familia para que no se sintieran solos, les repetía que no se trataba de una despedida, y a su compañera de tantos años le avisó: «Te llevo en mi corazón para la eternidad. Siempre estaremos juntos. No hay separación. No hay más que un camino que tú y yo conocemos», repetía.[63]

Se extinguían las últimas notas del *Mesías* de Haendel cuando el rey expiró. Una lamparita de aceite que alumbraba la estancia con su tímido fulgor se apagó.

Voló a la casa del Padre el 6 de marzo de 1964 dejando sumidos en profundo dolor a su mujer y a sus hijos. Doña Sofía describe así la traumática separación: «He querido mucho, muchísimo a mi padre. El rey Pablo me dejó un gran vacío. Pero más que notar la orfandad, noté la ausencia del buen compañero, del amigo seguro y leal que siempre aconseja lo mejor. ¡Tantas veces habría acudido a él! ¡Le echo tanto de menos!».[64]

De manera triste y nostálgica, con el corazón en duelo, la vida sigue. Hay que continuar respirando, dormir y despertar. Parece que todo trascurre igual que antes. Pero no es así. Al volver a la realidad, tras el benévolo sopor del sueño, el dolor nos dejará sin aire y la desesperación se apoderará de todas las fibras de nuestro ser. Hay personas que, al partir, dejan una herida que permanecerá abierta el resto de nuestros días. Fue el caso del rey Pablo. La esposa que había perdido a su compañero de toda una existencia estaba destrozada. No sentía ya interés por la vida. La visión que esa mujer extrovertida y dinámica había tenido de su andadura por el mundo cambió de forma radical. Su innata curiosidad por todo lo que le rodeaba se había extinguido. Es como si parte de sí misma hubiera muerto con Pablo. Doña Sofía describía esta reacción años más tarde. La separación de su amado Palo, como le llamaban en la intimidad, dejó a la reina Federica sin aliento, «Como si le hubiera caído un rayo», fue la expresión de doña Sofía, al intentar describir la desolación que se apoderó de su madre al sentirse sola, incompleta. Y una de las consecuencias de ese estado de ánimo fue que la sociedad dejó de tener aliciente para doña Federica, que acabó apartándose de toda actividad social.

Doña Sofía sentiría el resto de su vida la ausencia de ese padre venerado, al que le unían trazos de carácter muy delimitados. Se compenetraban, se entendían, se amaban. Esa relación del padre y la hija era intensa, pues además del profundo cariño, había en doña Sofía un componente de admiración hacia el hombre reflexivo, que estudiaba los asuntos de gobierno con seriedad, practicaba su religión con devoción y rodeaba a los suyos de belleza y bondad.

Esa misma tarde, apenas una hora después del fallecimiento de su padre, el *diadokos* juró la Constitución en el palacio de Herodes Áticus ante el arzobispo de Atenas. El funeral por el rey Pablo reunió a todas aquellas testas coronadas, que hacía tan solo unos meses celebraban con él la boda de su hija primogénita. La vida está entretejida de felicidad y de dolor, ya que hacía pocos años disfrutaban todos juntos en el *Agamenón*, en aquel mítico crucero. En el funeral, la expresión de esos poderosos de la tierra que acudieron a acompañar a la familia, reflejaba dolor auténtico. El féretro, cubierto por las armas reales de Grecia, y con la corona sobre él, fue portado por ocho *ezvones* seguidos por la reina Federica de luto riguroso y cubierto el rostro por

el «velo de pena». Le acompañaba, con la cara devastada por la tristeza, su hijo, el joven rey Constantino, en uniforme de gala.

Unos pasos detrás, la princesa Sofía, también velada, y doña Irene. Con uniforme y condecoraciones, el príncipe Pedro, el príncipe Miguel de Grecia y el príncipe Juan Carlos. Tras ellos, los reyes asistentes al sepelio, la reina Juliana de Holanda, los reyes Balduino y Fabiola de Bélgica, Federico IX de Dinamarca, Gustavo Adolfo de Suecia, Olav de Noruega, el rey Simeón de Bulgaria, Umberto de Italia, el duque de Edimburgo, el conde de Barcelona, el infante Alfonso de Orleans y un cortejo numeroso que recorrió a pie las calles de Atenas. Los amigos de infancia de doña Sofía, Tatiana Radziwill, Miguel de Grecia o Karl de Hesse, intentaban consolarla en tan terrible pesar. Doña Sofía estaba consumida por la pena y le rondaba una seria preocupación por su madre, pero siguió el cortejo fúnebre con impresionante entereza.

En las aceras abarrotadas de gente, muchos lloraban o murmuraban oraciones con la cabeza gacha; los balcones y terrazas estaban engalanados con la bandera griega azul y blanca —cuyos colores proceden de los de la casa real de Baviera y del primer rey de Grecia, Otto I, perteneciente a esa dinastía— con crespones negros. Un respetuoso silencio acompañó a la luctuosa comitiva. A todo lo largo del recorrido, la multitud despidió al buen rey, para que durmiera en paz su sueño eterno, entre los pinos rumorosos del cementerio de Tatoi. Su tumba quedó como él había pedido a su esposa en el reciente viaje a la India «Bajo el cielo abierto de Tatoi, y que los ciervos pasen por encima y que broten flores silvestres cerca de nuestras tumbas cada primavera».

El 22 de marzo, Constantino II juró de nuevo, esta vez en el Parlamento, ante el primer ministro Papandreu. Acompañaba al nuevo rey su hermana Irene, que desde ese momento sería princesa heredera o *basileas.*

En la mente de la reina Federica, de doña Sofía y doña Irene y del joven rey Constantino, resonaban aún las enseñanzas que el rey Pablo les había dejado. El hombre bueno, reflexivo estaría siempre en sus corazones y sus palabras les sostendrían en los amargos trances de la existencia.

Boda del rey Constantino
18 de septiembre de 1964

El futuro iba a deparar todavía entrañables vivencias a la familia real griega. El 7 de septiembre de ese mismo año, acudieron todos a Dinamarca a pedir la mano de la princesa Ana María al rey Federico IX. Una recepción en el palacio real y otra en el ayuntamiento precedieron a las cenas de gala y los bailes. La monarquía en Dinamarca era, y sigue siendo, sumamente popular, pues en los tiempos difíciles había sabido estar a la altura de las circunstancias. Christian X, padre del entonces soberano, afirmó que si los nazis imponían a los judíos daneses portar la estrella de David, él la usaría en público, para unirse así a sus súbditos hebreos.

El día 10, el rey Constantino II regresó a Atenas, para aguardar la llegada de su prometida, que se embarcaría el día 11 en el puerto de Bríndisi en el yate real danés. El *Danneborg* navegaba por el Mediterráneo, y Ana María estaba acompañada por sus padres y su hermana, la princesa Benedicta. El enamorado rey Constantino voló en helicóptero sobre la nave, para saludar a su novia. Una muchedumbre esperaba en el puerto de El Pireo al barco que parecía deslizarse sobre las aguas, con los pabellones de Grecia y Dinamarca flameando en los mástiles.

Una lancha rápida salió a buscar a la novia al *Danneborg*, que había anclado en la mítica bahía de Falero. La princesa danesa desembarcó en suelo griego y, al son de veintiún cañonazos,

saludó a la que en breve sería su suegra con una profunda reverencia.

La futura reina cumplimentaba a la reina madre. La belleza de la novia, la dulzura de su expresión y su juventud iban a conquistar en esos días al pueblo griego. La satisfacción era patente en la expresión de doña Sofía, que veía a su hermano querido, uniéndose a la compañera que haría todo lo posible por hacerle feliz.

A continuación, los novios recorrieron Atenas. La capital estaba entregada al entusiasmo. Constantino y Ana María atravesaron las calles en coche descubierto entre música de trompetas, clamor de la población y alegres fanfarrias. La boda del rey de los helenos volvía a convocar a una pléyade de miembros de la realeza: siete reyes y reinas, tres reyes exilados, cuarenta y tres príncipes. Destacaban los padres de la novia, el rey Federico y la reina Ingrid de Dinamarca, elegantísima con un tocado de plumas en la cabeza, y un collar de perlas de fastuoso Oriente; el anciano y muy querido rey de Suecia, Gustavo Adolfo; el valiente Hussein de Jordania, Olav de Noruega, Balduino de Bélgica, Juliana y Bernardo de Holanda, los condes de Barcelona, Simeón y Margarita de Bulgaria, la princesa heredera Margarita de Dinamarca, Bhumibol y la hermosa Sirikit de Tailandia, lord Mountbatten y la duquesa Victoria Luisa de Brunswick.

El tío Dickie, fino observador y admirador de la belleza en general y femenina en particular, comentaba: «La catedral estaba decorada de forma incluso más suntuosa que para la boda de Sofía, y, por supuesto, había más reyes y reinas e importantes miembros de la familia».[65]

El día de la boda la ciudad congregó, desde el amanecer, de nuevo a una muchedumbre, esta vez enfervorizada por el matrimonio de su rey con la que sería en unas horas la reina más joven del mundo. La catedral metropolitana estaba adornada con multitud de gladiolos, enhiestos como flechas o curvados como varas de junco; miles de velas titilaban con su luz sugerente; tapices y suntuosos tejidos de terciopelo rojo, el color de Bizancio, cubrían las paredes de austera piedra.

Cuando apareció la novia en el umbral, un murmullo de admiración recorrió las naves del templo. Llevaba un vestido sobrio de satén blanco, de corte clásico, creado por el modisto danés Holger Blomm acompañado del velo que había usado en su boda la reina Ingrid. Adornaba su cuello con una sencilla cruz de diamantes, y coronaba su cabeza, la magnífica tiara de Cartier de espirales de diamantes y perlas —diadema regalada por el khedive de Egipto a la princesa Margarita de Connaught con ocasión de su boda con Gustavo Adolfo VI de Suecia—, que sujetaba el cumplido velo. El ramo de novia lo componía una cascada de deliciosos muguetes, lirios de los valles que portan la suerte en sus pequeñas y aromáticas corolas blancas. Las seis damas de honor, Cristina de Suecia —que ocuparía con inteligencia un puesto de relevancia al morir su madre, la princesa Sybila, y convertirse en primera dama del reino—, Irene de Grecia, Tatiana Radziwill, Ana de Inglaterra, Margarita de Rumanía y Clarisa de Hesse, ayudaban a colocar el vestido para que Ana María se deslizara como una mariposa sobre la alfombra. La nueva reina poseía un estilo grácil y etéreo de moverse. Parecía como si apenas posara los pies en el suelo. Caminaba de forma alada. Luego los testigos, Miguel de Grecia, Carlos Gustavo de Suecia, Carlos de Inglaterra y Alejandro de Yugoslavia, siguieron atentamente y con mucha seriedad el rito de la ceremonia.

Doña Sofía, con toda la alegría por la felicidad de su hermano, había de sentir una punzada de pena al recordar su propia boda con la presencia del rey Pablo a su lado, sonriéndole, acariciando su mano, emocionado al verla partir. Cuando el arzobispo Chrysóstomos pronunció la fórmula ortodoxa de matrimonio: «El servidor de Dios, Constantino, se desposa con la servidora de Dios, Ana María, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», los contrayentes habían ya unido sus vidas, para amarse en el bien y confortarse en el mal. Será un matrimonio que gozará de una sólida armonía conyugal, a pesar de los avatares que les iban a

deparar muy pronto acontecimientos desgraciados. Tras la bendición de las coronas, comenzó la danza de Isaías y las tres vueltas al altar, para finalizar la ceremonia en una cascada de arroz y pétalos de rosa. Desde el monte Licabeto ciento un cañonazos advirtieron a los helenos que Ana María era ya su reina. Todas las campanas de Grecia llenaron el aire con su alborozado repicar y las salvas de tierra, así como las marineras, añadían magnificencia al acontecimiento. El recorrido de los novios por las calles de la capital fue apoteósico. Aparecían como héroes antiguos en un carruaje, tirado por seis caballos blancos. El evento sería la primera boda real televisada, que fue contemplada por miles de personas en todo el mundo.

Tanto entusiasmo, tanta euforia difícilmente podían hacer prever los tristes hechos de unos años más tarde.

Sin embargo, ya entonces comenzaban en sordina los dimes y diretes sobre la conveniencia de haber elegido esposa en los lejanos países del norte. Vuelve a surgir el nombre de la actriz Aliki Vougiouklaki, antiguo amor de Constantino, que algunos opinaban hubiera sido capital para trasformar la monarquía en una dinastía griega. Una vez más, la responsabilidad de la decisión danesa se adjudicó a Federica. Lo cierto es que los príncipes se enamoraron y ellos decidieron su destino. No parece haberse equivocado el rey Constantino en la elección de su compañera, pues la reina Ana María siempre sería la compañera fuerte y leal en todas las circunstancias.

Conferencia de Atenas

En el mismo emplazamiento en el que se reunían los antiguos griegos, en la colina de la Esfinge, tuvo lugar la segunda Conferencia de Atenas. El rey Constantino la inauguró el 29 de mayo en el templo de Atenea. Era un deseado proyecto del rey Pablo, que no alcanzó a ver su ansiado sueño hecho realidad, pero sí llegó a imaginarla para su realización futura. La primera reunión de este anhelado encuentro se desarrolló en 1964, cuando él ya había muerto. Pero su espíritu y los ideales socráticos que este impulsaba se hacían presentes con la frase del famoso filósofo: «Llamamos helenos a todos aquellos que comparten nuestra cultura».

El objetivo de la conferencia era reunir a pensadores venidos de cualquier nación, que pudieran mostrar los ideales y las aspiraciones del hombre actual, teniendo presente el conocimiento y la tecnología del siglo XX. En el esplendoroso atardecer del 1 de junio, el cielo cárdeno arropaba la arrogante belleza del Partenón, creando una atmósfera mágica en torno al orador que hablaría sobre «La herencia de la India».

El conferenciante era el profesor Mahadevan, que había de ejercer, a través de los años, una positiva influencia sobre la familia real griega. Ya entonces la reina Federica había expresado su interés por volver a la India y visitar a Sri Sankaracharya de Kanchi (1894-1994), un hombre santo y maestro de filosofía hindú con numerosos seguidores tanto hindús como musulmanes, asiáticos y europeos. Ese deseo se haría realidad en noviembre de 1966, cuando la princesa Irene y su madre viajaron para aprender de la sabiduría del santón indio, y con él se entrevistaron el 4 y 5 de diciembre en Kalahasti. Tras hacerles numerosas preguntas sobre la meditación y la influencia de esta en el sueño, la reina manifestó: «No olvidaremos jamás los dos días que pasamos en su (Sri Sankaracharya) compañía. Fueron de pura espiritualidad. ¡Qué extraño sino nos condujo hacia él!».[66]

Resulta arduo entender, en esta sociedad materialista, la pasión con la que estas dos mujeres buscaban la verdad y la espiritualidad. Pero quien haya recorrido la India, y haya querido ver,

habrá podido observar que, incluso hoy en día, siendo un país que navega hacia el progreso, mantiene la espiritualidad y la meditación como un hecho cotidiano.

En su disertación en la Conferencia de Atenas, Mahadevan afirmaba que el sabio Sri Sankaracharya de Kanchi, conocido por su vida ascética, había sido clarísimo en cuanto a tradición versus innovación:

> Ningún mal sufrirá el alma de la India. En todo caso, la ciencia moderna y el conocimiento tecnológico irán a borrar las supersticiones lastrantes y las ciegas creencias. La cultura de la India ha pasado por muchos desafíos y ha salido siempre victoriosa. La herencia de la India no pertenece tan solo a la India sino a toda la humanidad.[67]

Doña Sofía mostrará en el futuro el mismo interés que su padre por el entendimiento entre Oriente y Occidente, el estudio de las religiones y la comprensión de las mismas, y la creciente necesidad de espiritualidad en un mundo cada vez más materialista.

El horizonte se abre para una casa real y se oscurece para otra. Tras el entusiasmo mostrado durante la boda de su rey, los griegos comenzaron a escuchar críticas, cada vez menos veladas, hacia Constantino II. El viejo rencor de los comunistas, a los que Federica había dado un golpe de gracia, recuperando a los niños que raptaban para educarlos en los ideales comunistas, no se había apagado. Al contrario, una vez desaparecido el rey Pablo, que era popular y respetado, se hacía necesario aprovechar las circunstancias que condujeran al derrocamiento de la monarquía.

La campaña iniciada *sotto voce* hacía años seguía su curso, esta vez con creciente energía.

Utilizaban varios argumentos: dispendios excesivos en bodas reales, vida de lujo en yates y palacios, y por último, que la monarquía era extranjera, que no era genuinamente griega. Añadieron a esto la supuesta, y falsa, tendencia filo-nazi de la reina Federica, y los ánimos se fueron caldeando.

Al otro lado del Mediterráneo, en España, los príncipes continuaban la ardua tarea de darse a conocer a un pueblo que desconocía ya el sentimiento monárquico y el sentido de la Corona. Doña Sofía se entregó de lleno a ayudar a su esposo. Las mujeres de esa generación tenían como primera meta la familia y el apoyo a su marido, pero la princesa tenía un objetivo complejo ante sí: hacerse conocer y respetar en un país que había olvidado a sus reyes. No faltaron los episodios desagradables. Cuando los príncipes acudieron a una representación teatral en el teatro María Guerrero, los partidarios del carlismo les recibieron con ensordecedores gritos de:

—¡Viva el rey Javier!

Y en otros lugares de España les daban la bienvenida arrojándoles tomates, huevos, pero tal vez lo más dañino eran las octavillas, con propaganda muy negativa para ambos. Algunos creían detectar en el general Franco signos evidentes de su decisión por una restauración monárquica en la persona de don Juan Carlos. Pero la confusión estaba servida al residir el pretendiente carlista en Madrid. Don Carlos Hugo había interesado vivamente a los españoles tras su romántico noviazgo con la princesa Irene de Holanda. En este compromiso entraban todos los elementos novelescos que entusiasman a la gente: princesa protestante que desafía a su reina, su madre Juliana de Holanda, convirtiéndose al catolicismo; visitas frecuentes de dicha princesa a lugares emblemáticos de España, el Pilar, el Museo del Prado, corridas de toros, los sanfermines el 7 de julio, y numerosas actuaciones que les presentaban de manera favorable para la opinión de entonces. La oposición frontal a la boda por parte de los padres de la novia, que no cejaron en su empeño hasta casi el día anterior a la ceremonia, terminó de aureolar a la pareja con un toque romántico. Las reuniones secretas entre diplomáticos holandeses, los enamorados y los padres

del novio contribuyeron a una intriga muy popular. Hasta que finalmente pudieron cumplir su deseo y Carlos Hugo e Irene se desposaron en la espléndida basílica española de Santa María la Mayor situada en Roma, ciudad que se vio inundada por fervientes seguidores carlistas, apasionados y leales, que dejaron una estela de boinas rojas por las artísticas calles de la Ciudad Eterna. Estaba muy sola la novia, pues como única compañía de compatriotas llegó desde Holanda solo una gran amiga de la princesa. Sus padres no acudieron.

Otros movían sus peones en favor de don Alfonso de Borbón. Pero este, que intuía que Franco no se volvería atrás en lo que tenía ya determinado, sabía que el elegido sería su primo. Los primos se llevaban bien y se querían. Era lógico, habían sido compañeros de juegos desde niños y habían conocido los mismos avatares del exilio. El 13 de junio de 1965 nacía la segunda hija de los príncipes, en la clínica de Nuestra Señora del Loreto, y en la misma habitación, la 604, que tuvo su hermana Elena.

Fue bautizada con los nombres de Cristina Federica Victoria y Antonia por el arzobispo de Madrid, y la madrina fue la infanta Cristina de Borbón y Battenberg y… don Alfonso de Borbón. Este hombre inteligente y guapo había de sufrir en los años venideros acontecimientos de honda tragedia.

Y así se acercó el año 1966, que sería importante para los príncipes, pero también para el futuro del país, pues en el mes de diciembre se anunció un referéndum que establecería si los españoles deseaban la monarquía. La participación fue masiva y el resultado no ofrecía dudas. El 14 de diciembre, con el 85 por ciento a favor de la monarquía, iniciaban doña Sofía y don Juan Carlos el arduo sendero que iba a convertir a España en un reino.

Sin embargo, el jefe del Estado no se reunía a menudo con el príncipe. Parecía como si quisiera tenerle apartado de la gobernación, para que cuando le tocara el turno de dirigir la nación, fuera con la libertad de no haber participado en las decisiones del régimen anterior. La opinión de Franco sobre ellos, buena desde el inicio, había ido mejorando con los años. El general repetía a sus más próximos colaboradores: «Son muy buenos, tanto él como la princesa. A pesar de su juventud, reflejan una gran madurez de espíritu. Son inteligentes, serios, sensatísimos».[68]

Una importante ocasión aglutinó a la real familia. La reina Victoria Eugenia reunía a todos sus seres queridos para celebrar su ochenta cumpleaños en Vieille Fontaine. El resultado del referéndum había abierto una ventana a la esperanza. Las fotos de la efemérides nos muestran una familia contenta, unida y en la que los nubarrones del pasado estaban desapareciendo. La anciana dama seguía aunando voluntades.

En Grecia sucedía justo lo contrario. El ambiente político, ya enrarecido desde hacía meses, se encaminaba sin pausa a una situación peligrosa. Desde 1961 la oposición de la izquierda, liderada por George Papandreu, había resuelto atacar a la monarquía de manera virulenta. Aducían los constantes contactos de la reina Federica con sus parientes alemanes, «los extranjeros», o su relación con los fastuosos navieros y famosos artistas, que la inducían a gastar sumas excesivas para agasajar a tanto visitante importante; se repetían frases dañinas que acabarían convenciendo al pueblo sobre «el carácter parasitario de la monarquía que devora el dinero de los contribuyentes».

No reconocían el trabajo realizado por Federica para obtener para Grecia la considerable ayuda del Plan Marshall, no querían recordar sus gestiones para poner el prístino mar heleno en las rutas turísticas y habían olvidado la presencia de la reina cada vez que una desgracia asolaba

la bella tierra griega. Esas visitas no se limitaban a su mera presencia, sino que acababan en ayudas concretas para las víctimas de desastres y ataques terroristas. Y más grave aún, no tuvieron en cuenta la decidida postura contra el régimen nazi de la reina, que se consideró, desde el primer día en suelo heleno, griega por los cuatro costados.

El propio padre de Federica, el duque de Brunswick, no ocultó jamás su anglofilia y el káiser Guillermo II, abuelo de Federica, prohibió en su testamento de manera tajante que se desplegaran signos nazis en su funeral de Estado. Pero las calumnias no se comprueban, se creen.

Reconociendo el peligro que la acechaba, Federica agradeció la pensión que le concedió el Parlamento tras la muerte del rey Pablo, pero la rechazó y recluyó su tristeza y nostalgia de su marido en la casa de Psychico. No fue suficiente. La maquinaria se había puesto en marcha y sería necesario un milagro para pararla. Poco a poco, lentamente, las murmuraciones, falsedades y calumnias, sustentadas por errores, encontraron eco en la gente.

Y esta aceptación, sin comprobar ni indagar los hechos, contribuyó a la demolición de la monarquía. Eminentes personajes de la izquierda, que, con los años y su talento, se habían convertido en iconos internacionales, se adhirieron a esa corriente de opinión. Fue el caso de Mikis Theodorakis, compositor de prestigio popularísimo en Grecia, y deportado durante años a las islas de Ikaria y Makrónisos. Su lucha era la lucha por la libertad, y el pueblo griego comenzaba a asociar libertad con república.

Años después, tendría lugar un encuentro señalado entre el republicano Theodorakis y la reina de España, que denota el buen hacer de la reina. Doña Sofía, apasionada de la excelente música del compositor griego, quiso asistir al concierto que este daba en Bilbao. Allí se fue en compañía de su hermana la princesa Irene, y fueron recibidas con asombro por el lendakari Ardanza:

—Señora, ¿cómo es que viene a ver a un republicano?

—No he venido a ver a un republicano; he venido a ver a un genio musical —contestó la reina.

No solo escucharon el concierto, sino que doña Sofía y doña Irene fueron luego a felicitar al músico al camerino. Como es natural, un enormemente afable Theodorakis las recibió como es conveniente saludar a dos damas: con los brazos abiertos y una franca sonrisa:

—¿Qué tal? ¡Qué alegría verlas! ¡Qué detalle tan gentil haber venido! —Y con toda naturalidad añadió—: ¿Cómo está su hermano el rey? ¡Lástima que no haya podido venir![69]

La reina, gran amante de la cultura, había derribado con sutileza una barrera de pasada incomprensión. Mikis Theodorakis, hombre de mente abierta, acabaría aceptando el cargo de ministro de Cultura en un gobierno conservador.

En 1967 la situación se había deteriorado muy velozmente en su Grecia del alma, pues la inestabilidad era notable tras cinco gobiernos minoritarios. Un grupo de tres coroneles, Papadópoulos, Pattakós y Makarezos, bajo el pretexto del inminente peligro de una conspiración comunista, tomó el poder. El panorama mundial con los graves conflictos entre la Unión Soviética, Cuba y los Estados Unidos, y además la desastrosa intervención de Washington en Vietnam, era explosivo. Grecia no podía recibir mucha atención.

Era el 21 de abril de 1967 y, unos días antes, la familia real había celebrado el cincuenta aniversario de la reina Federica, razón por la cual don Juan Carlos y doña Sofía se encontraban en Atenas cuando tuvo lugar el golpe. Doña Federica despertó a los príncipes alarmada: «¡Eh, levantaos, que está ocurriendo algo importante… y no sé qué es!».[70]

El príncipe volvió de inmediato a Madrid, pero doña Sofía permaneció junto a su madre, con sus hijas Elena y Cristina. Todo resultaba muy confuso, nada estaba claro, pues los tanques rodeaban la pequeña casa de Psychico, y los militares habían cortado las comunicaciones. En consecuencia, el rey Constantino estaba solo en el palacio y muy aislado.

La princesa tomó el avión el día 23 para regresar a España y, mujer inteligente y observadora, lo hizo llevando consigo un importante bagaje: había presenciado hechos determinantes y oído muchas opiniones, que seguro conservó en su memoria y que le serían de utilidad para cuando hubo de enfrentarse a una intentona parecida.

El clima se enrarecía cada vez más, la monarquía parecía ser culpable de todos los problemas que sufría Grecia y la campaña de descrédito provenía tanto desde la derecha como de la izquierda.

La reina Federica, con la experiencia acumulada, aconsejó a su hijo: «Márchate, hijo, que un rey de Grecia siempre vuelve». Pero permaneció en el país. El corresponsal de *La Vanguardia* en Atenas escribía: «De haber hecho caso a su madre estaría en el exilio como un nuevo campeón olímpico de la Antigüedad democrática y constitucional».[71]

Consciente de la situación, el joven rey apareció en televisión y se dirigió al país. La gente escuchaba atenta y observaba a su soberano. El resultado fue una reacción positiva de la población. Pero los opositores no soltaban la presa. Arreciaron las críticas y de nuevo volvió Constantino II a dirigirse a su pueblo por televisión. Esta vez no convenció. Se le veía más dubitativo, menos espontáneo. El 13 de diciembre, Constantino intentaba dar un golpe de timón con militares de la Aviación y la Marina afectos a su causa y restituir la democracia, pero para entonces estaba ya muy aislado y fracasó en su propósito. Al día siguiente, los reyes con sus hijos tuvieron que marchar al exilio. Les acompañaban la reina Federica y la princesa Irene.

Villa Polissena, Roma

Cuando la familia real griega llegó desolada a Roma, en 1967, Enrico de Assia, Enrich von Hesse, el cariñoso y sensible primo Enrico, les recibió con los brazos abiertos en su esplendorosa Villa Polissena, que se yergue con su color de fuego, rojo pompeyano, entre las oscuras encinas y los místicos cipreses. Enrico era hijo del landgrave de Hesse y de la princesa Mafalda de Saboya, que por su franca oposición al nazismo fue recluida y murió en el campo de concentración de Büchenwald. Enrico, que era un niño en aquel momento, guardó siempre un profundo y tierno recuerdo de su madre.

El primo Hesse, con su fino sentido de la estética, había creado, sobre el refinado legado Saboya, un ambiente mágico. Los mosaicos del siglo I se alternaban con antiguos mármoles que cubrían mesas y cómodas, y las grandiosas chimeneas crepitaban con alegre fuego en los días invernales. La luz de Roma entraba límpida y centelleante por los ventanales amplios de esa casa extraordinaria, templo de la belleza. El jardín, restallante de vida, estaba amorosamente cuidado por su propietario, que todos los días iniciaba con entusiasmo la tarea de podar, nutrir, plantar las diversísimas variedades que crecían en ese paraíso en el corazón de Roma. Enrico era también un gran pintor, y su actividad como escenógrafo y figurinista de bellísimas óperas en la Scala de Milán le convertía en un magnífico contertulio de Moravia, Visconti, Forqué, entre otros artistas de su época. Su exposición «A Room with a View» exhibía unos cuadros llenos de colores mediterráneos, pero tratados con una pincelada sutil y con gran fuerza evocadora. Representaban vistas intimistas con habitaciones inundadas por el sol de la mañana, o bien la nostálgica luz del crepúsculo.

Ni la delicada y cálida hospitalidad de Enrico conseguía aliviar la tristeza de los exiliados. El dolor por la pérdida del reino. De la patria. Las fiestas navideñas, tan hermosas, tan refinadas en Roma, resultaron difíciles para la familia real griega.

Muchas fueron las visitas que recibieron en casa de Enrico, entre ellas la de los duques de Aosta. La duquesa, Claude de Orleans, había conocido también el exilio con sus padres los condes de París y podía comprender el terrible trance por el que estaban pasando los exiliados. Su humor siempre agudo asomaba en los preciosos ojos claros, rasgados como es frecuente en los Orleans. A pesar de todo, el depuesto rey multiplicaba su actividad y sus contactos con griegos de relevancia: Niarchos, el mariscal Potamianos, el arzobispo de Atenas Ieronimos y con el ministro de Asuntos Exteriores, Panagiotis Pipinelis, que intentaron ser sus mediadores.

Permanecieron en Roma acunando la esperanza de recuperar la patria perdida, hasta que en 1974 se trasladaron a Londres. Finalizado el destierro italiano, empezó una peregrinación de la reina Federica entre la India, Londres y Madrid, donde algunos consejeros de don Juan no vieron con buenos ojos sus frecuentes visitas. El gran escritor gaditano y miembro del consejo de don Juan, José María Pemán, diría preocupado: «No puede estarse quieta. Manda siempre. De ahí el recelo de algunos que creen que intrigó para saltarse al padre y coronar a Sofía».[72]

Es curioso, pero los coroneles, cada vez que habían de sacar un decreto, tenían que acudir al rey Constantino para que lo firmara, pues según la ley solo él podía refrendarlo. Tal vez la reina Federica, que ya había vivido la gloria y el destierro, recordara en aquellos tiempos los versos de Kipling:

> *If you can meet with Triumph and Disaster,*
> *and treat those two impostors just the same.*
>
> El triunfo y el fracaso, esos dos impostores,
> trátalos siempre con igual indiferencia.

Cuando se produjo el doloroso exilio, doña Federica tornó a la India en busca de paz y serenidad y se entrevistó con el maestro Sri Sankaracharya el 7, 8 y 9 de diciembre de 1968 en Masulipatnam. A ese viaje se unieron también Sofía y Jorge Guillermo de Hannover, hermano de la reina Federica, grandes conocedores y expertos en los misterios de ese fabuloso país. La dieta vegetariana, la práctica del yoga y la meditación, y también la música, ayudaron a los interesados viajeros a conseguir el ansiado sosiego para sus atribuladas almas. Como pudo hacerlo doña Sofía en las crisis que hubo de vivir.

A raíz del derrocamiento de la monarquía en Grecia, la reina Federica, acompañada de la princesa Irene, se instaló de manera más o menos permanente en una villa puesta a su disposición por un amigo Luki Ralli en Madrás.

Desde allí viajó por el inmenso país, que en realidad es un continente, y cuya milenaria cultura asombra al visitante dispuesto a dejarse seducir ante tanta belleza, nimbada siempre de profunda espiritualidad y rodeada en algunos lugares de la miseria más absoluta.

La reina doña Federica había hallado en esa tierra mística y antigua una cierta paz para su espíritu, pero, por supuesto, viajaba a Europa para ver a sus hijos y nietos. Los duros comentarios que recorrieron Grecia sobre la supuesta intromisión de la reina madre llevaron a doña Federica a hacer esta dolorosa confesión, para una mujer que vivía por y para sus hijos: «Tenía que alejarme de mi hijo para complacer a ciertos políticos, que me acusaban de ser una influencia perniciosa».[73]

Entretanto, el profesor Mahadevan, aquel hombre sabio que se había convertido en el tenaz difusor de las ideas del hombre santo Sri Sankaracharya, invitó a las reales damas para que se incorporaran a la universidad para seguir cursos sobre filosofía hindú. La reina Federica y la princesa Irene se dedicaron a estudiar aquellos temas que siempre les habían atraído, la filosofía, la conexión entre las diferentes religiones y la relación entre ellas y el profundo significado de la vida. Mientras tanto, doña Sofía encaraba, preocupada pero serena, el desafío que habían emprendido.

La fortuna y su caprichosa rueda habían querido que aquella familia real griega, dichosa y bendecida con todos los bienes espirituales y materiales hasta tan solo unos meses atrás, se encontrara en el exilio. Sin embargo, la familia española, que durante años aspiraba a tornar al trono de sus mayores, y que mucho hubo de esforzarse para ello, estaba en aquel momento a punto de conseguirlo, iniciando uno de los periodos de progreso más dilatados de nuestra historia.

El profesor Mahadevan, antiguo conocido de la familia real griega, guió a doña Federica y doña Irene en su sendero hacia la meditación. En esa época en la que vivieron en Madrás, ahora Chenai, en la costa este ocupaban un piso en la tercera planta de un modesto edificio de apartamentos.

En España, corrientes encontradas se enfrentaban para discernir el futuro que había de tener el país. Los príncipes, de manera discreta y en continua observación, se preparaban para el decisivo papel que habrían de jugar. Uno de los aspectos importantes eran las relaciones internacionales, y conocer a los dirigentes con los que habría de entenderse don Juan Carlos. El sha de Persia había invitado a don Juan Carlos y doña Sofía, y hacia ese país salieron acompañados por los marqueses de Mondéjar, el ayudante de órdenes Santos Suárez y Antonio y Beatriz de Oyarzábal. El viaje incluía una escala en Roma, donde la reina Federica, que continuaba en el exilio, les recibió para un almuerzo donde coincidieron con lord Mountbatten. La comida discurría animada, pero tras los postres, don Juan Carlos hizo un aparte con el antiguo virrey de la India, y estuvieron los dos paseando por el jardín muy enfrascados en su conversación. Mountbatten, que era amigo del conde de Barcelona, probablemente estuvo mediando entre padre e hijo, para ayudarles a hallar un punto de encuentro, tras un tiempo de desencuentro a causa de la posible elección de Franco.

La siguiente etapa del recorrido era Ankara, donde, a la salida del avión, comenzaron a recibir el tratamiento imperial que les ofrecía el sha. Entre otras esplendorosas atenciones el famoso «caviar del sha».

Un detalle enternecedor impresionó a todos: por las noches, después de cada largo y completo día, don Juan Carlos se despedía del marqués de Mondéjar con un beso en la frente. Le trataba como a un padre.

El sol de mis ojos
1968

Entre tantos sinsabores, había tiempo también para la alegría y el amor. A veces es necesario alejarse del lugar donde se desarrollan hechos que acaparan el interés y la atención. Para reflexionar, para ver más claro. Los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía realizaron un viaje

con unos amigos a Tailandia y la India. Llegados a Bangkok, doña Sofía recordaba la esplendente gema que encontró en su viaje de novios y que no pudo comprar. Llevada por la ilusión de adquirirlo, fue a la joyería de años atrás, pensando que era casi imposible que el zafiro estuviera esperándola. Grande fue su sorpresa cuando el joyero le dijo que el famoso zafiro había permanecido allí durante cinco años, hasta que hacía unos días, tan solo unos días, había sido vendido. Regresó al hotel mohína, pero no contó nada a su esposo. Ya en Bombay, fueron a cenar a un maravilloso restaurante. La cena trascurría amable y divertida, y a los postres don Juan Carlos ofreció a doña Sofía un estuche que ella aceptó intrigada. Al abrirlo, la sorpresa fue mayúscula. La bellísima piedra refulgía a la luz de las velas de la mesa, enviando sus misteriosos destellos a una mujer enamorada y sorprendida. El detallista marido había acudido a la tienda y había comprado el anhelado zafiro. La gema en cuestión era de por sí un magnífico regalo, pero el pensamiento, la ternura con la que había sido preparado el regalo eran el mejor presente.

El año 1968 iba procurar honda felicidad a la familia de los príncipes. El 30 de enero, nacía el príncipe Felipe. Verá la luz en la misma clínica, Nuestra Señora de Loreto, y la misma habitación, la 604, que tuvieron sus hermanas. Franco, cuando felicitó al príncipe, preguntó a don Juan Carlos si era un *machote.*

—¡Sí, mucho, mi general, como su padre! —dijo el feliz padre con inmensa alegría y bastante alivio.[74]

Faltaban muchos años para que las leyes colocaran en pie de igualdad a mujeres y hombres. Por tanto, el nacimiento de un varón producía benéfico sosiego a don Juan Carlos. El ansiado príncipe heredero había llegado. El bautizo del recién nacido fue un acontecimiento familiar, pero también un acontecimiento político. Desde el primer momento, Franco se interesó por el recién nacido. Comentaba con interés que prefería que al recién nacido le bautizaran con el nombre de Felipe. Añadía el general que, si era cierto que pensaron en algún momento en ponerle el nombre de Fernando, no le parecía adecuado, pues en la mente de la gente estaba aún presente el mal recuerdo que dejara Fernando VII.

Lo cierto fue que el recién nacido recibió el nombre de Felipe, como el primer rey de la dinastía borbónica. La madrina sería la reina Victoria Eugenia, que acababa de celebrar su ochenta cumpleaños el otoño anterior en Vieille Fontaine rodeada de toda su familia. El entusiasmo de la muchedumbre que la recibió a su llegada a Barajas el 7 de febrero rayó en el delirio.

Acompañaba en el vuelo a la anciana reina el jefe de su casa, el duque de Alba, en cuyo palacio de Liria se hospedó doña Victoria Eugenia. Luis Martínez de Irujo estaba entusiasmado oyendo los vítores y aplausos incontenibles. Cuando don Juan, que había acudido a buscarla al aeropuerto, se acercó a saludarla, la soberana le hizo una profunda reverencia. Quería marcar quién era el heredero. Varios ministros le fueron a recibir para darle la bienvenida en nombre del general Franco: Fernando María Castiella, ministro de Exteriores, y también los de Justicia, Hacienda, Educación y del Aire.

El conde de Barcelona residía en La Zarzuela en aquellos días, pero sus audiencias tendrían lugar en la morada del duque de Alburquerque, jefe de su casa. Al día siguiente, 8 de febrero, se celebró el bautizo en La Zarzuela, con toda pompa y con los detalles cuidados con el esmero y la organización propios de doña Sofía, unidos a la elegante tradición española.

La pila bautismal de piedra y plata había sido utilizada para cristianar a Santo Domingo de Guzmán, y era tradicionalmente usada en el bautismo de los herederos de la Corona desde la época de Felipe IV; el agua provenía del río Jordán donde fue bautizado el mismísimo Jesús, y el bello faldón que vestía al infante había sido utilizado por don Juan Carlos en su bautizo. La

expectación política era máxima. Don Juan fue el padrino, y se encontró con Franco en una situación decisiva. Era una ocasión única para olvidar viejas reticencias y aclarar el futuro. El general conversaba con la anciana soberana, pues esta, aprovechando un instante de privacidad, decidió jugarse el todo por el todo. Siempre había sido una dama prudente, pero también sabía que el momento era crítico, y hay quien aseguraba que tomó la oportunidad que le ofrecía la ceremonia para hablar con Franco de manera decidida.

Recordó al general que, dada su edad, era muy posible que no se volvieran a ver, y que ya que él había hecho tanto por España, que completara su dedicación a nuestro país con la restauración de la monarquía. Parece ser que añadió que en ese momento preciso tenía ante sí a tres generaciones para poder elegir. Y de manera tan franca como dramática, la reina aseguró a Franco que era la única petición que le había hecho en su vida, pero que también sería la última. El general, convencido por estos argumentos, le aseguró que cumpliría sus deseos.

Esta interpretación de la conversación mantenida entre la reina Victoria Eugenia y Franco aparece en varios libros, como el de Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la monarquía*, pero la realidad es que nadie estaba presente para corroborarla, y Luis María Anson, buen conocedor de lo que concierne a la monarquía, la niega. Lo que sí es verídico es que doña Sofía afirmaría a una periodista española años más tarde que la presencia de doña Victoria Eugenia en el bautizo respaldaba la vida, formación y actividad política en España.

Era difícil interpretar los silencios de Franco. Hablaba poco y habitualmente no hacía confidencias. Pero, parece ser que, después de esos acontecimientos, insinuó a su amigo y colaborador Camilo Alonso Vega su predilección por don Juan Carlos.

Para confirmar estas manifestaciones, a mediados de diciembre de ese mismo año, Carlos Hugo de Borbón-Parma fue expulsado de España. En los años precedentes, sus hermanas habían desarrollado una intensa actividad a favor de la victoria del candidato carlista. María Teresa, que cumplía el Servicio Social, que era entonces obligatorio, con otras chicas en La Quinta de El Pardo, aprovechaba cada conversación, cada reunión para convencer a sus compañeras sobre las bondades del carlismo. Era una mujer atractiva, con una mandíbula cuadrada que revelaba su fuerte carácter y unos ojos marrones de mirada intensa, que sostenían la de su interlocutor. Simpática y accesible, era apreciada por estas jóvenes de su entorno que procedían de todas las clases sociales. Pero la resolución estaba tomada.

Tras la decisión de Franco, don Juan Carlos estaba más cerca del trono. Para que no hubiera dudas sobre su disponibilidad, en enero de 1969 el príncipe declaraba: «He dicho varias veces que el día que juré bandera prometí entregarme al servicio de España con todas mis fuerzas. Cumpliré la promesa de servicio en el puesto que pueda ser más útil al país, aunque esto pueda costarme sacrificios».[75]

¿Este sacrificio pasaba por sufrir la incomprensión paterna?

Don Juan, que había organizado su vida esperando el momento de ocupar el trono de sus ancestros, percibió el peligro y pensaba que su obligación era alertar a su hijo de las celadas que le aguardaban. El 12 de octubre de 1968 había escrito una cumplida carta a don Juan Carlos en la que le aconsejaba:

> Traicionaríamos nuestro deber si desaprovecháramos cuanto la providencia nos ha concedido para que esa síntesis política tenga en nosotros la garantía viva y humana de una estrecha cooperación entre padre e hijo (…).
>
> Como jefe de la dinastía española, me creo en la grave obligación de hacerte llegar esos pensamientos, que reflejan simplemente lo que me dicta mi deber para con la nación a la que pertenecemos, y lo que me exige mi lealtad hacia el

pueblo español, cuya voluntad habremos en último término de acatar.[76]

El conde de Barcelona intentaba convencer a su hijo de que, si llegaba el momento, rehusara la designación. Y el príncipe afirmaba que era insostenible permanecer en España sin aceptar la Corona.

Pero don Juan Carlos tenía a su lado una mujer observadora y con un agudo sentido de la realidad, que comprendía que un rechazo por no adelantar al progenitor podía echar todo a rodar. Desde su llegada a España, el consejo de doña Sofía había sido fundamental para el príncipe. Ella había vivido un ambiente político inestable, situaciones complejas, halagos entreverados de traiciones y tenía por tanto experiencia. Y entendía el anhelo popular de la mayoría de que la transición se hiciera sin revancha ni violencia. Pero nadie sabía en verdad lo que podía ocurrir. La situación era en extremo delicada. Y otra gran señora, en Estoril, prometía amansar la furia lógica de aquel que había dedicado toda su vida a un proyecto que, para su persona, se iba a desvanecer como el humo.

Es notable que la reina Federica, que pasaba muchas temporadas en España, y que en alguna ocasión se alojaba en el palacio de La Moncloa, fuera una visitante frecuente de El Pardo, y que su amistad con doña Carmen se afianzara de manera singular. Su clara inteligencia le señalaba dónde residía el auténtico poder y procuraba suavizar las relaciones para que este fuera favorable a su hija y su yerno. Es probable también que doña Sofía comentara a su madre el apoteósico recibimiento que Barcelona hizo al caudillo en 1962, pues allí estaba ella y fue testigo del entusiasmo popular. Es muy posible que reflexionara sobre la adhesión que había presenciado, aunque bien sabía la princesa lo efímero que puede ser ese entusiasmo. Ante los comentarios más o menos malévolos sobre su proximidad a El Pardo, doña Federica aducía que nadie podía impedir a una madre desear lo mejor para sus hijos y ayudarlos con la experiencia que daban los años. Además, la acción de la reina Federica había sido notable, pues tuvo que enfrentarse a numerosos y difíciles problemas al encontrar su país destrozado por la guerra.

Unos meses más tarde, el 15 de abril de 1969, moría la reina Victoria Eugenia en Lausana. El general, que siempre había sido generoso y respetuoso con ella, declaró luto nacional durante tres días. Contra todo pronóstico, a lo largo y ancho del país, muchas personas colgaron de balcones y ventanas la enseña nacional con un crespón negro, como señal de luto. La familia debía reunirse de nuevo. Era el momento del reencuentro entre padre e hijo. Para restañar las heridas de los meses pasados. Era tiempo de confortarse y estar unidos en el pesar. La expresión de dolor de sus nietos, que portaban el féretro de la soberana, era prueba palpable del amor que esta señora había derramado sobre su familia. Pidió que la vistieran para su postrer viaje con un largo vestido azul, que velara su rostro una mantilla blanca y que envolvieran su cuerpo en la bandera española. Con el pasar de los años sería enterrada en El Escorial.

Una fecha histórica

22 de julio de 1969

Llegó el mes de junio y don Juan Carlos deseaba ir a Estoril, junto a don Juan, para celebrar el santo de ambos. En poco más de un mes, se iba a producir un extraordinario acontecimiento. En una de sus visitas a Franco, el príncipe informó al general de su intención. Este le apremió para que, a su regreso, «a finales de junio o primeros de julio», precisó, acudiera a verle, pues tenía que comunicarle una cuestión de importancia. El fino olfato político de don Juan Carlos le avisó de que la hora había llegado. Doña Sofía y él mismo se prepararon para unas «vacaciones» que

se anunciaban conflictivas. La princesa intentaría limar asperezas, pero el encuentro entre dos hombres de fuerte personalidad iba a generar chispas. Laureano López Rodó nos cuenta en sus memorias la tensa conversación que se produjo entre padre e hijo:

—Si tú me prohíbes que acepte, hago las maletas, cojo a Sofi y a los niños y me voy. No puedo seguir en La Zarzuela si en el momento decisivo se me llama y no acepto. Estoy de acuerdo en que sería mejor que el rey fueras tú, pero la decisión está tomada… ¡Qué le vamos a hacer!

—Puedes hacer mucho, lograr que ahora no se haga nada, que todo se aplace —contestó don Juan.

—Eso no está en mi mano —respondió el príncipe—, y si, como yo creo, se me invita a aceptar, ¿qué harás tú?[77]

La pregunta quedó sin respuesta. La incógnita estaba en el aire, pero había que actuar.

En efecto, nada más llegar a Madrid, don Juan Carlos se acercó a El Pardo a saludar al general. Este le dijo impertérrito:

—Tengo que anunciaros algo. El próximo día 22 de julio voy a nombraros sucesor a título de rey.

El príncipe se quedó estupefacto. Tras un momento de desconcierto debido al impacto que le produjo la noticia, recuperó su sentido de la realidad y acertó a preguntar:

—Pero, mi general, ¿por qué no me dijo nada cuando le vine a ver antes de irme a Estoril?

—No quería que lo supierais antes de ver a vuestra familia —respondió Franco con total aplomo.

—Mi general, de todas formas, ahora debo poner a mi padre al corriente de sus intenciones.

—Preferiría que no lo hicierais —fue la desconcertante respuesta de Franco.

—Mi general, yo no puedo mentir a mi padre y menos todavía ocultarle una noticia tan importante —insistió don Juan Carlos con desasosiego.

Cuando el general volvió a preguntar a don Juan Carlos, Franco, fiel a sí mismo, no dejó traslucir ni un gesto, ni un leve movimiento de las manos o los ojos que denotara la más mínima emoción:

—Entonces, ¿qué decidís, alteza?

Al hijo le costaba tomar una decisión tan grave. Pero era consciente de la realidad. Conocía el país y lo que estaba pasando. No era momento de vacilaciones.

—De acuerdo, general. Acepto.[78]

De vuelta a La Zarzuela, encontró, como siempre lo había tenido, el apoyo de dos mujeres. Doña Sofía, que había entendido con gran sentido común lo que sucedía y lo que podía suceder, apoyaba a su marido con su constante presencia y le animaba a recoger el triunfo por el que tanto habían luchado. Y por teléfono, el de doña María, su madre, que hizo lo imposible por calmar los ánimos y aminorar enfrentamientos, ante la conversación telefónica que habría de producirse inevitablemente entre padre e hijo. Era la hora de la decisión, el objetivo por el que todo el esfuerzo habría valido la pena. En Portugal, don Juan recibía dos cartas, que muchos consideraron históricas. La primera era de su hijo y la entregó al conde de Barcelona el marqués de Mondéjar, llegado a Estoril con ese penoso encargo. Don Juan apostrofó al jefe de la casa del príncipe con unas frases que revelan su profundo enfado en ese momento, pero también su noble reacción, no exenta de sentido del humor: «Te iba a enviar a hacer puñetas, pero como es la Virgen del Carmen, vayámonos a misa».[79]

La emoción del conde de Barcelona al leer la misiva fue inmensa. Aunque el documento contenía un gran significado histórico y político, don Juan Carlos intentaba paliar el dolor de la

noticia:

> Me resulta muy difícil expresarte la preocupación que siento en estos momentos. Te quiero enormemente y he recibido de ti las mejores lecciones de servicio y de amor a España. Esas lecciones son las que me obligan, como español y como miembro de la dinastía, a hacer el mayor sacrificio de mi vida y, cumpliendo un deber de conciencia y realizando lo que creo que es un servicio a la patria, aceptar la nominación para la vuelta de la monarquía a España, para que puedan ser garantías para el futuro, a nuestro pueblo, con la ayuda de Dios, de numerosos años de paz y prosperidad. En esta hora tan emocionante y trascendental para mí, deseo reiterarte mi devoción filial y mi inmensa ternura.[80]

El segundo mensaje venía de parte de Franco, y ahondaba en la herida. Lo entregó el embajador de España en Lisboa, José Antonio Jiménez Arnau, de magnífica planta, muy simpático y de grandes dotes para la diplomacia, pero que tenía una difícil misión. El conde de Barcelona despidió al embajador sin leer la carta. Esperaba a estar solo para encarar las razones que le explicaba su eterno rival, a quien podía imaginar dichoso con su victoria. Porque victoria era para el general que el hijo hubiera aceptado lo que él había negado al padre. Y era victoria también porque lo que Franco proyectó a tantos años vista estaba a punto de hacerse realidad. Había cumplido además la promesa que le hizo a la admirada y respetada reina Victoria Eugenia, que, por pocos meses, no había visto realizado su anhelo. ¡Qué inmensa alegría le hubiera producido ver restaurado el trono!

La lectura de la carta se le hizo cuesta arriba al conde de Barcelona, pues aunque esta fuera elogiosa en algunos párrafos, rezumaba contento y satisfacción, y el general se permitía asimismo indicar cuál había de ser la reacción de don Juan:

> En el momento en que, de acuerdo con al artículo VI de la Ley de Sucesión, he tomado la decisión de proponer a las Cortes mi sucesor en la cabeza del Estado en favor de su hijo don Juan Carlos, deseo hacerle partícipe y expresarle mis condolencias por la desilusión que puede ocasionarle, y mi confianza en que sabrá aceptarlo con la grandeza de espíritu heredada de su augusto padre Alfonso XIII. Imagino los sentimientos contradictorios que esta carta despertará en usted; pero la grandeza de la monarquía es precisamente que es un camino de sacrificio de las personas reales a la institución.[81]

Curiosamente, las últimas líneas son el *leitmotiv*, el espíritu en el que se había basado la educación que tanto doña Sofía recibió de su padre el rey Pablo, como don Juan Carlos de don Juan.

Cuando por fin hablaron padre e hijo, la tensión reprimida durante semanas irrumpió como unas aguas que pugnan por liberar un caudal incontenible. Se dijeron muchas cosas y la relación quedó dañada, herida, tanto que no tuvieron comunicación alguna en los meses siguientes.

Se cerraba así una época esperanzada, alternativamente difícil, incierta, hostil y amigable, en la que un hombre, don Juan, zarandeado por sus circunstancias, terminaba con derrota un desafío que le había mantenido activo en pos de un anhelado objetivo. El conde de Motrico, hábil observador de la época y sus personajes, describía la reacción de este hombre noble, que vio truncado su acceso al trono de sus mayores. Don Juan pidió a Areilza que estuviera disponible, pues, si los acontecimientos previstos se hicieran realidad, quería contar con su consejo. Al día siguiente, el conde de Motrico fue llamado de urgencia. Halló a don Juan triste, pero decidido a difundir un comunicado que aclarara su postura. En él se expresaba en los siguientes términos:

> En 1947, al hacerse público el texto de la llamada Ley de Sucesión, expresé mis reservas y salvedades sobre el contenido de esta ordenación legal, en lo que tenía de contraria a la tradición histórica de España. Aquellas previsiones se han visto confirmadas ahora, cuando, al cabo de veinte años, se anuncia la aplicación de esa ley. Para llevar a cabo esta operación no

se ha contado conmigo ni con la voluntad libremente expresada del pueblo español. Soy, pues, un espectador de las decisiones que se hayan de tomar en la materia, y ninguna responsabilidad me cabe en esta instauración.[82]

Es admirable la serenidad y dignidad con las que el perdedor afrontó su derrota. Deseaba contemplar la sesión de las Cortes, y lo hizo desde la televisión de un bar en un pueblecito portugués. Luego se embarcó y se adentró en la mar. Su gran amor. La otra señora que velaba para que el enfrentamiento fuera lo menos dañino posible, la condesa de Barcelona, llamó al marqués de Mondéjar ese día para pedirle trasmitiera el siguiente mensaje: «Dile a Juanito que estoy muy contenta, felicítale. Y que sepa que yo me ocupo de que aquí no se haga ninguna tontería».[83]

Doña Sofía y la condesa de Barcelona templaron ánimos y aunaron voluntades. Dos damas que, a ejemplo de sus antepasadas en la historia, trataron de que el desgaste producido por el desencuentro no separara a la familia. La condesa de Barcelona escribió una carta que consolaba la inquietud del hijo: «Tu padre es bueno y acabará por comprender. Y yo, como española y como madre, estoy orgullosa de ti».

Un denso silencio que duró meses se estableció entre padre e hijo. Pero doña Sofía afirmaba que existía una alianza entre los dos, que el compromiso entre padre e hijo para restaurar el trono en España era sólido. Era casi imposible que, ante las circunstancias tan enrevesadas, no se produjera un enfrentamiento entre dos personalidades tan acusadas. Pero prevalecía el buen sentido y el acuerdo común.

Pasarán ocho años antes de que don Juan decida entregar a su hijo los derechos que había custodiado durante años complejos, desgarrados.

Por los mentideros de la villa circulaban todo tipo de comentarios; era un hervidero de noticias y suposiciones y, muchas veces, el que más sabía era el que más callaba. Por fin, el 17 de julio se anunció la sucesión a la jefatura del Estado, y se convocó para el pleno del 22 de julio en el que se votaría la elección «a título de rey» a favor de don Juan Carlos.

El comunicado causó un fuerte impacto en la sociedad española. El futuro de todos estaba en juego. En los días siguientes, la gente vivió pendiente de la radio y de la naciente televisión, para saber qué clase de gobierno iba a tener.

Un dato significativo: los príncipes no acudieron ese año a la celebración del 18 de julio en La Granja. Estaban solos en La Zarzuela. La compañía y perspicacia de doña Sofía sostenían a su marido en los momentos de incertidumbre.

En Madrid, el presidente del Consejo del Reino, Antonio de Iturmendi, reunió a sus miembros para escuchar una importante comunicación del jefe del Estado. Mientras tanto, los rumores y conciliábulos en la Villa y Corte se dispararon y el gracejo natural, y un tanto inocente, de los ciudadanos madrileños elaboró innumerables chistes, entre ellos uno que explicaba la razón de la fecha escogida: «Porque ese día los españoles están en la luna».

¡Y vaya que si estaban en la luna! El 21 de julio los astronautas americanos aterrizaron en la luna, realizando una de las hazañas más portentosas del hombre y llevaron a cabo una de las ideas imposibles del visionario escritor Julio Verne. Siglos atrás y espoleado por una mujer, Isabel, reina de Castilla, un marino, Cristóbal Colón había ensanchado de manera prodigiosa los límites del mundo conocido. De nuevo el hombre traspasaba lo que, de momento, era la última frontera.

Ese 22 de julio de 1969 hacía calor y los ánimos de algunos estaban muy alterados. En la votación que se llevó cabo en las Cortes, hubo diecinueve votos en contra y nueve abstenciones

que mostraban que subsistían algunas lealtades al régimen y algunas dudas. Hubo algún caso curioso: Torcuato Luca de Tena, director de *ABC*, votó negativamente, con el pensamiento puesto en don Juan. El futuro rey, en un acto reflexivo, se lo agradecería días después. El general, en su discurso a los procuradores, fue claro. Se expresó con unas palabras que no dejaban lugar a la duda:

> Creo necesario recordarles que la monarquía que hemos establecido, con la aprobación de la nación, nada debe al pasado: ha nacido el 18 de julio de 1936 y constituye un hecho histórico trascendental, sin admitir pactos ni condiciones. La forma política del Estado nacional, establecida por el séptimo principio del Movimiento, aprobada por unanimidad por los españoles, es la monarquía tradicional, católica, social y representativa.

La ley fue aprobada, y don Juan Carlos recibió el título de príncipe de España.

A la mañana siguiente, en La Zarzuela, don Juan Carlos, acompañado de doña Sofía y sus hijos, firmaba el acta de aceptación de la ley que había sido aprobada en las Cortes. La mujer que con toda paciencia había primero estudiado y analizado los personajes que ostentaban el poder y luego consolidado una red de respeto y admiración hacia ella estaba radiante. Doña Sofía recogía el fruto de tantos años de incertidumbre, algún desprecio y muchos sinsabores. El ministro de Justicia, Antonio de Oriol, tomaba constancia del trascendental acto y como testigos estaban presentes sus primos don Alfonso y don Gonzalo de Borbón y el infante Luis Alfonso de Baviera.

Esa misma tarde tuvo lugar la jura ante Franco y los diputados a Cortes. Un cierto halo de soledad acompañaba a los príncipes cuando llegaron a las Cortes. Para empezar, las hermanas del candidato no asistieron al nombramiento de su hermano. ¿Había órdenes de Estoril? El caso es que, en la tribuna de invitados, solo estaban junto a doña Sofía de nuevo el infante don Luis Alfonso de Baviera, don Alfonso y don Gonzalo de Borbón, dando todos ellos patente testimonio de su acatamiento a la designación de don Juan Carlos.

Hay ciertas similitudes entre la abdicación de Leopoldo de Bélgica por supuestas deficiencias políticas y la ascensión al trono de su hijo Balduino y la situación entre don Juan Carlos y el conde de Barcelona. Una de las razones por las que don Juan no llegó a acceder al trono fue su oposición política al general, que era quien detentaba el poder. Pero así como a Balduino le fue dado pronunciar un emocionado y agradecido discurso a su padre el rey saliente, don Juan Carlos conseguiría obtener el permiso para realizar solo un breve recuerdo a don Juan.

Se abría en esta sesión un periodo esperanzador para el país. La estabilidad parecía asegurada, pero se trataba solo del comienzo de un largo recorrido, que estaría erizado de dificultades, pero que desembocaría en el extraordinario proyecto de la convivencia entre los españoles que se dio en llamar la Transición y que sería estudiado en numerosas universidades del mundo entero como un ejemplo de convivencia y de actuación política. En ese camino de construcción de la democracia no faltaron momentos de total incerteza, en los que doña Sofía se preguntaba si seguiría viviendo en esa casa que ya consideraban hogar.

Era arriesgado confiar en personas que tenían diversos intereses, ya que estos podían variar a velocidad de vértigo, y no era prudente creer a los aduladores poco fiables que buscaban medrar. La izquierda, la mayoría en el exilio o la clandestinidad, se mostró feroz con el príncipe. Santiago Carrillo pronunció una frase terrible que él creía profética, y que, por fortuna, resultó equivocada: «Juan Carlos se ha desacreditado a sí mismo ante el pueblo español porque ha vendido a su padre por una corona, y ni siquiera los monárquicos se lo perdonarán».[84]

Unos meses más tarde, en octubre de 1971, viajaban los príncipes a Irán para festejar los dos mil quinientos años del imperio persa. Con extraordinaria habilidad política, hicieron caso omiso

de dimes y diretes, y decidieron pagar mal con bien. Allí encontraron al dictador Ceaucescu, muy aficionado a los fastos, y gran amigo de Carrillo. Don Juan Carlos mandó un mensaje al político comunista a través del dictador rumano: le anunciaba que, cuando fuera rey, legalizaría el Partido Comunista, una de las «grandes bestias negras» del Ejército, que contaba aún con muchos mandos que habían vivido las sangrientas jornadas de la Guerra Civil.

La experiencia familiar y política de doña Sofía fue la piedra angular en la que se apoyó el príncipe. En ella creía. Gran lectora de periódicos, analizaba y desmenuzaba las noticias que luego comentaba con su marido. Se convirtió en «la mejor consejera», afirmaba el príncipe. Hasta tal punto, que doña Sofía comenzó a asistir a las reuniones que celebraba don Juan Carlos con altos cargos de la nación, políticos varios y personajes influyentes de la sociedad española. No intervenía. Escuchaba y tomaba notas. Su discreción y prudencia resultaban admirables. Pero estaba presente con un agudo sentido de la oportunidad. Uno de esos personajes, Manuel Jiménez de Parga, hombre de gran prestigio y sólida cultura, de noble cabeza de senador romano, recordaba una de sus primeras audiencias. Afirmaba que el matrimonio del príncipe había sido un gran acierto, pues era difícil encontrar en aquellos años una señora tan culta y conocedora del mundo político, ya que la princesa reunía una experiencia valiosa con la historia de Grecia y los sucesivos gobiernos y derrocamientos que habían tenido lugar en ese país. Reconocía don Manuel que estaba gratamente impresionado por los conocimientos de la filosofía aristotélica de doña Sofía y la manera en que la princesa los aplicaba al mundo de hoy. Comentaba que la princesa tenía un nivel político y cultural, una curiosidad, un interés difícil de hallar en las esposas de los dignatarios españoles de entonces. Estaba claro que doña Sofía había aprendido tanto del primer exilio sufrido en su niñez, como de los avatares de la política de su país.

Era muy complicado que en un país donde la mujer para abrir una cuenta en un banco y extender un cheque necesitaba el permiso del marido, las féminas tuvieran muchas inquietudes intelectuales y criterio propio. Y si las tenían, no contaban con muchas oportunidades para ejercerlas. Cuando en breve los políticos necesiten el voto de las mujeres, habrán de atraerlas políticamente y comenzará una época de mayores libertades.

Una mujer de cabellos grises, mirada despierta y porte decidido escuchaba en la lejanía las noticias que venían de España. Federica estaba radiante. Sofía sería reina.

Era el año 1970 y la familia real tenía que asistir al reparto de la herencia de la difunta reina Victoria Eugenia, y para ello habían de reunirse en Lausana. Allí tendría lugar la reconciliación entre padre e hijo, que no se hablaban desde hacía meses. Con su forma directa de hacer, el conde de Barcelona le dijo a don Juan Carlos:

—Oye, vámonos a tomar el té tú y yo solos.

Y en una cafetería de Lausana tuvo lugar una larga conversación en la que pudieron aclarar sus respectivas posiciones. Entonces, cuando don Juan estuvo en disposición de escuchar, el hijo le contó la entrevista que había tenido en julio del año anterior al volver de Villa Giralda, cuando el general le confirmó su designación.

—Mi general, ¿por qué no me lo dijo usted antes de marcharme a Estoril? Ahora mi padre no va a creer que yo no lo supiera.

A lo que Franco respondió con total claridad:

—Yo no podía pedirle a vuestra alteza que estuviera allí con ese peso en la conciencia, junto a su padre, y callando. En cambio, ahora que no están ustedes juntos, sí puedo pedirle que no diga nada. Ya seré yo quien se lo comunique a don Juan.

El príncipe aseguró:

—Papá, lo mío es consecuencia de tu decisión. Yo he sido siempre un mandado…

Y tras una larga y sincera explicación, don Juan no pudo evitar una sombra de duda:

—Me cuesta creerte.

Siguió un diálogo en el que el padre contrapuso sus impresiones a los datos que el hijo le refirió. Como era habitual en él, el conde de Barcelona acabó teniendo una reacción noble de hombre de la mar:

—Venga, prefiero creerte… ¡Dame un abrazo![85]

El rey admitió muchas veces la importancia de esa conversación con su padre, que había devuelto la paz a la familia. Las tensiones que sufrieron don Juan Carlos y doña Sofía como consecuencia de estos enfrentamientos familiares les habían causado evidente malestar. Se cerraba así uno de los frentes que les acechaban de continuo.

Desde el año anterior se venía rumoreando que podían destinar a don Alfonso de Borbón a una embajada. Resultó ser la de Suecia, y bien elegida, pues la sueca era y es, una ejemplar monarquía parlamentaria, y don Alfonso estaba muy bien preparado para ser allí un buen embajador. Además, aquellos años, en el país nórdico, le depararon una de las etapas más felices de su vida. La familia real sueca, con el anciano y queridísimo rey Gustavo Adolfo a la cabeza, recibió con los brazos abiertos a este joven embajador al que trataban con gran familiaridad y llamaban *mon cousin*, como es costumbre en las familias reales. La princesa Cristina, mujer inteligente y culta, frecuentaba a menudo la embajada y sentía una sincera amistad por don Alfonso de Bombón, que era el apelativo por el que fue conocido entre las decididas muchachas suecas.

La residencia española en Estocolmo es la preciosa y romántica residencia del príncipe Karl, en Djugärden. Situada en un altozano, por sus numerosos ventanales y miradores se desvela una ciudad que se enrosca en los meandros del río, y, tanto en invierno con el fulgor del hielo, como en verano con el ondular de sus plácidas aguas, es una villa abrazada por las aguas que finalmente encuentran la mar.

Así en el invierno, con el jardín cubierto de nieve y los árboles de ramas desnudas a modo de esculturas, como en el verano, con el fulgor de su luz perpetua y las lilas introduciendo su aroma por las ventanas abiertas, la casa tiene magia. En uno de los cristales de una ventana del piso superior, sus habitantes, los príncipes de Suecia, escribieron con un diamante los acontecimientos y las fechas dichosas. Cuando marcharon del palacio, en 1923, en ese mismo cristal, dejaron constancia de sus buenos deseos para con los próximos ocupantes: «Ojalá que los que vengan a vivir en nuestro querido, hermoso hogar sean siempre tan felices como nosotros lo hemos sido».

En efecto, esa casa será escenario de una futura historia de amor, pero que, como tantas, acabó mal.

Ese mismo año acudieron los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía, en el mes de junio, a la fiesta que conmemoraba el setenta cumpleaños del tío Dickie, lord Mountbatten de Burma. Los príncipes de España asistieron en parte para agradecer al almirante sus muchas gestiones internacionales y familiares en favor de la restauración, la armonía familiar y la naciente democracia española. Lord Mountbatten llevaba a cabo con magistral diplomacia esas misiones

que requerían singular sutileza y que a menudo coronaba con éxito. Por otra parte, fueron a dicho encuentro por el interés que significaban esas reuniones con los primos de toda Europa. Se congregaron más de ochocientos invitados, que disfrutaron el fin de semana en la verde campiña inglesa, con un tiempo espléndido. Coincidió la celebración con el cumpleaños de la reina madre, que había sido siempre tan cariñosa con sus parientes españoles. También fueron el rey Constantino y la reina Ana María de Grecia, Carlos Gustavo de Suecia, la princesa Irene de Grecia y Jorge Guillermo de Hannover con su esposa Sofía de Grecia, entre otros muchos primos alemanes. La princesa de España se mostraba siempre encantada de estar con sus muchos parientes, pues el sentido familiar estaba muy arraigado en ella.

Mas los problemas internos españoles habían de preocupar profundamente a doña Sofía. En diciembre de 1971 tuvieron lugar hechos de enorme trascendencia para el futuro de España. El 2 de diciembre fue secuestrado el cónsul alemán en San Sebastián, lo que proporcionó una inmensa publicidad a la naciente organización terrorista ETA. La convulsión en el antaño jovial País Vasco fue desoladora. El miedo azotó la hermosa región que vio amenazadas a miles de personas y el terror forzó al exilio, en un primer momento, a más de trescientos ciudadanos vascos, que posteriormente sumarían doscientos mil más.

Asimismo, tuvo lugar en Burgos una causa contra dieciséis acusados, y este juicio se desarrolló a lo largo del mes, con insistentes peticiones de clemencia de numerosos organismos, desde el papa a infinidad de voces respetadas de la Europa democrática. Doña Sofía veía con preocupación estos acontecimientos, que todos sabían daban poca credibilidad a una posible democracia en nuestro país.

La resolución fue aterradora: nueve sentencias de muerte y quinientos años de cárcel. Esta sentencia desató una virulenta reacción en los países democráticos europeos. Entre ellos, Suecia, cuyo primer ministro, Olof Palme, era ferviente opositor a Franco. La capital, Estocolmo, se convirtió en un hervidero de feroces críticas al Gobierno franquista, y esto trajo consigo un serio deterioro de la imagen de España.

Alfonso de Borbón, embajador de España en Suecia, que era contrario a la pena de muerte, como todos sus colaboradores, estaba preparándose para recibir a la importante manifestación que estaba congregando a sus participantes en Strandvägen, a la orilla del río.

Era ya de noche, la temprana noche nórdica aunque fuera mediodía, y una columna portadora de antorchas serpenteaba por la empinada cuesta que subía a la embajada, donde los entristecidos y conturbados españoles esperaban a la columna de fuego que se aproximaba a la legación diplomática. Otro país, la Unión Soviética, verificaba en los mismos días un juicio sumarísimo en el que juzgaban a cinco disidentes, opositores al régimen soviético, que fueron condenados a la pena de muerte.

Ese 30 de noviembre y tras la reunión del Consejo del Reino el 29 y la del Consejo de Ministros esa misma mañana, se recibió un telegrama en la embajada española: «El indulto a las penas de muerte».

Se había conmutado la pena capital a los presos por absoluta unanimidad. La manifestación entraba ya por las abiertas rejas del jardín y una delegación de la misma franqueó la puerta de la casa para expresar su repulsa al embajador. Este les recibió con su habitual cortesía y escuchó su parlamento en un respetuoso silencio.

El encargado de leer el manifiesto estaba nervioso. Tal vez se sentía desconcertado ante la amabilidad del embajador y le temblaban ligeramente las manos que sostenían el papel que había de leer. Don Alfonso le ofreció beber algo, lo cual rechazó el sueco. Cuando terminó su lectura, el embajador le tendió la copia del indulto y añadió: «Ahora pueden ustedes ir a la embajada de

la Unión Soviética, que creo no ha concedido el indulto a los cinco opositores políticos que serán ejecutados en breve».

A los disidentes rusos se les perdonó la pena de muerte, pero les condenaron, con Vladimir Bukovski a la cabeza, a siete años de cárcel. Lo cierto es que fueron sometidos a toda clase de torturas tanto físicas como mentales y, para rematar la faena, les internaron en un hospital psiquiátrico. Bukovski, poseedor de una fuerza de espíritu indomable, aprovechó ese internamiento para redactar un informe con todos los abusos contra los derechos humanos de los que había sido testigo. Y para vergüenza del régimen soviético, logró enviar a Occidente este dramático escrito.

La publicidad, nacional e internacional, obtenida por ETA durante estos acontecimientos sirvió para afianzar su cohesión interna y promocionar una falsa imagen en el extranjero. Una catástrofe para aquellos que deseaban una evolución pacífica en el país, que eran muchos. Los cambios habían de ser aplazados.

Educación del príncipe y las infantas

Entre todos estos conflictos, doña Sofía había de ocuparse de un asunto de suma importancia: la educación de sus hijos. Al inicio, la reina se decidió por el colegio de Los Rosales, de ideario bien definido. Su objetivo era procurar a los alumnos una cultura y educación que contribuyeran al bienestar del país y de su sociedad, poniendo énfasis en el servicio a los demás. Todo ello sostenido por principios y valores de raigambre cristiana.

Más tarde, las infantas acudieron al colegio Santa María del Camino, cuyo lema era *Viam Veritatis Elegi*, y que dirigía Maruja Espinosa con mano maestra, *«a regola d'arte»*, como dicen los italianos. No se basaba en numerosas prohibiciones, sino en la enseñanza de la libertad de elección. Las alumnas gozaban de libre albedrío, con el fin de inculcarles la responsabilidad de sus actos. El objetivo era incentivar el criterio de las chicas para que aprendieran a tomar decisiones correctas. En una ocasión, Maruja llamó a una alumna venida de otra institución, que no había entendido muy bien la libertad otorgada, y le aclaró: «A mayor libertad, mayor responsabilidad».

De nuevo los principios que habían dirigido a doña Sofía en Salem. Disciplina, responsabilidad, dentro de una cierta libertad de opciones.

La propia princesa acompañaba a sus hijos al colegio, conduciendo ella el coche; seguía muy de cerca la educación de los príncipes y se mantenía informada de sus progresos. Recordaba siempre con infinita ternura al rey Pablo, de quien comenzaba a atisbar brotes de semejanza en don Felipe. Las cualidades e intereses que la adornan, perseverancia, curiosidad por el mundo que la rodea, el sentido del deber, la necesidad imperiosa de ser útil y el respeto a la naturaleza, que ella heredó de su padre, empezaban a aflorar en el hijo adorado. El príncipe apuntaba también aplomo y algo esencial para recorrer el camino de la existencia, el sentido del humor. Asimismo, el ejemplo de su padre y el talento del buen hacer del rey Pablo fluían en el recuerdo como un río que manaba de continuo: «Era una persona excepcional, de carácter ponderado, profundo, tranquilo y sabio en sus consejos. Tenía un gran calado popular. Aunque hayan pasado tantos años desde su muerte, sigo echándole de menos. Habría disfrutado mucho de sus nietos, me da pena que mis hijos no le conocieran».[86]

Para completar la formación de las infantas, las inscribió en la academia de ballet de Mercedes Hielscher, mujer de apariencia delicada, con una fortaleza de titán en sus pasos de danza y aleteo de plumas ingrávidas en los elegantes brazos. Otra magnífica profesora enseñaba

a las alumnas. Se trataba de Conchita Huarte-Mendicoa, una navarra bien plantada, severa en las clases y adorable como amiga leal. Quien allí no aprendiera un poco de gracia en los movimientos no tenía remedio.

Al mismo tiempo, la reina Federica, tan inclinada al mundo anglosajón, aconsejó a su hija que contratara una institutriz inglesa, que pudiera enseñar la necesaria disciplina. Pero quien se ocupaba de la dirección de la educación de los príncipes era la propia doña Sofía. Se levantaba temprano y se acostaba tarde. Su sentido de la responsabilidad le llevaba a ocuparse sin distracciones de aquello que requería su atención. La educación que ella recibió de sus padres, la formación que experimentó en Salem, disciplina, trabajo y respeto al prójimo, la aplicó a sus hijos.

Estaba siempre atenta al desarrollo de las personalidades de sus pequeños y dialogaba con ellos para estimular su ansia de conocimiento e infundirles la confianza necesaria para su armónico crecimiento como personas.

Existe una anécdota que, a pesar de ser conocida, resulta sumamente ilustrativa del talante de doña Sofía y de su concepción de cómo habían de ser las relaciones de sus hijos con el mundo exterior. Ocurría en el año 1976.

Un compañero de colegio organizaba una fiesta de cumpleaños y el príncipe Felipe no había sido invitado. Don Felipe parecía mohíno y la reina quiso resolver el problema de manera natural y directa. Telefoneó a la madre del festejado y preguntó:

—Verá, mi hijo Felipe está muy triste porque no le han invitado a la fiesta de cumpleaños. ¿A usted le importaría que asistiera?

—Perdón, señora. Pero ¿de qué Felipe se trata? —quiso saber la madre, inquieta.

—Pues de Felipe, el príncipe —fue la insólita respuesta.

Silencio absoluto al otro lado del teléfono. La confusión de la señora debía de ser total. ¿Sería verdad? ¿Se trataría de una broma?

Una voz masculina se oyó de nuevo en el auricular:

—No hemos invitado al príncipe porque desconocíamos el protocolo a seguir.

El asombro de los padres fue mayúsculo cuando oyeron la contestación:

—No hay ningún protocolo. Felipe está verdaderamente disgustado. Si a ustedes no les importa, le llevaremos ahora a su casa.

Existe una diferencia en esta anécdota: unos dicen que fue la reina, otros afirman que el rey, quien llevó a don Felipe al cumpleaños. Pero participó en la fiesta de su compañero.

La preocupación social de doña Sofía, adquirida ya en su juventud, se manifestaba en las audiencias concedidas a las personas que atendían a los más débiles y necesitados. Los príncipes recibían un día de 1972 a un joven sacerdote asturiano que revolucionaría el mundo de la asistencia social. Había fundado Mensajeros de la Paz, que, con el tiempo, se convertiría en un ejemplo de buen hacer. Llegó a La Zarzuela con nueve criaturas acogidas en uno de sus centros, y entre los chiquillos destacaba el más pequeño, un niño gordito, rubio, vestido con pantalón corto y mejillas como manzanas. Los príncipes hicieron carantoñas a todos ellos y escucharon al mayor, que les dedicó una canción acompañándose con la guitarra. Doña Sofía habló con todos, preguntándoles por sus colegios y cómo llevaban sus estudios, interesándose por sus vidas. El príncipe tuvo el afectuoso gesto de coger en brazos al más pequeño y, ni corto ni perezoso, lo puso en sus hombros y comenzó a pasearlo de un lado a otro.

Entre el regocijo de los otros chicos, se oyó la voz de la princesa que decía divertida:

—¡Ya podías jugar así con tus hijos!

La audiencia siguió en el mismo tono disentido y afectuoso, y tras la foto que muestra claramente la alegría de los chavales, se marcharon a su hogar, la casa de acogida organizada con eficiencia, pero sobre todo con amor por el padre Ángel. Al día siguiente, los compañeros de la escuela o la guardería no podían creer que Pablito hubiera estado a caballito en los hombros del don Juan Carlos, «el de la tele».

Boda en El Pardo

8 de marzo de 1972

En esa fecha cristalizó un hecho que había comenzado meses atrás. Los marqueses de Villaverde habían acudido a una visita al hospital Carolinska de Estocolmo, verdadera vanguardia de la medicina en aquellos años. Con ellos viajaba su hija mayor, Carmen. Los Villaverde residían en la embajada, y el embajador, Alfonso de Borbón, organizó una cena de bienvenida para sus ilustres huéspedes. Esa noche, Carmen, alta, esbelta, con el pelo suelto, vestida con un traje negro en el que destacaba un aderezo de turquesas, estaba resplandeciente. El embajador se enamoró de ella perdidamente. Alfonso la miraba embobado mientras ella descendía paso a paso la escalera de la romántica residencia.

Contaba el embajador con excelsos invitados y habitualmente se demoraba en interesantes coloquios con aquellos personajes estrechamente ligados a la Academia Sueca de los premios Nobel, cuya conversación era constante fuente de aprendizaje. Pero, en esa ocasión, quien bien le conocía podía apreciar un velado deseo de que la recepción acabara. Al terminar la cena, Carmen y él se escaparon con otra pareja a Alexandra's, el local de moda en Estocolmo. Mientras la gente bailaba o escuchaba el mágico son de Santana, *Abraxas*, tan de moda entonces y que no ha perdido un ápice de su magia, Alfonso parecía tener ojos solo para Carmen. Estaba hechizado. Unos meses más tarde decidieron casarse.

La madre de don Alfonso, Emanuela de Dampierre, había de ser la madrina, pero su situación de divorciada del infante don Jaime, según la ley italiana, planteaba serios problemas en España, donde no existía el divorcio. Además, Alfonso temía que ese protagonismo de Emanuela desatara la furia de don Jaime, con quien Emanuela tenía unas relaciones muy tensas, y que el infante armara uno de sus conocidos alborotos. Entonces don Alfonso pensó en una personalidad cuya elección apaciguara a ambos belicosos progenitores y pidió a doña Sofía que fuera la madrina. Pero ella no lo consideró conveniente y declinó.

La boda de Carmen y Alfonso se celebró con gran pompa en el palacio de El Pardo, con la asistencia de los príncipes Juan Carlos y Sofía. Ni don Alfonso ni Franco lucieron el Toisón de Oro que les había otorgado don Jaime unas horas antes. Aquel 8 de marzo se presentó soleado y templado. Los numerosos invitados estaban acomodados entre el piso superior y una inmensa carpa colocada a nivel de jardín. Cuando los príncipes de España aparecieron, una vez terminada la comida, a saludar a los convidados que estaban en el piso de abajo, se produjo un movimiento de curiosidad entre las señoras, pues muchas de ellas no conocían a doña Sofía. Entraba seria, pero al ir acercándose a las diferentes personas que deseaban saludarlos, la expresión de su rostro cambiaba completamente. Al esbozar una amable sonrisa, sus ojos claros se llenaban de luz y trasmitían sincera cordialidad. Sabía ganarse a la gente. Era sencilla y accesible, muy distinta a cómo la imaginaban. Ese fue el comentario general.

A raíz de la boda de la nieta del general con don Alfonso, iniciaron los rumores de conjura sobre unas supuestas pretensiones de don Alfonso. Este conocía al caudillo y sabía que el general

jamás se prestaría a semejante dislate. La propia Carmen Franco, marquesa de Villaverde, afirmaría años más tarde en sus memorias, refiriéndose a la posibilidad de que su padre hubiera pensado en cambiar al candidato: «Eso ni se le pasó por la cabeza. Nada. Ni tampoco decir algo así como "Qué pena que no…", aparte de que no consideraba que te pueda dar la felicidad ser rey o reina, sino todo lo contrario: es una carga, una carga difícil de sobrellevar. No, eso nunca. Él era muy consciente de ello, mucho».[87]

Un buen amigo de España, cazador empedernido, el príncipe Sforza Rúspoli, Lillio, era asiduo a las cacerías en nuestro país. En una ocasión, al finalizar la jornada cinegética, cuando Franco se retiraba a descansar, este mandó al oficial de guardia que se fuera a reposar. A la mañana siguiente Lillio, que estaba presente cuando el general dio esa orden, se levantó muy temprano y vio que el oficial seguía en su puesto de vela. Y preguntó asombrado:

—¿No le había dicho el caudillo que se retirara a reposar?

—Yo no duermo cuando el general duerme —fue la respuesta.

Era el hijo del general Moscardó.

El príncipe romano mantuvo en aquellos meses alguna conversación con Franco, y en una de ellas, Lillio, que era pariente de Alfonso, a quien estimaba mucho, preguntó a Franco:

—¿Por qué ha elegido a don Juan Carlos en vez de a Alfonso de Borbón, hijo de don Jaime, que es mayor que don Juan?

—¡Qué ignorante eres, Lillio! —le espetó el general, mirándole imperturbable—. Don Jaime renunció a sus derechos ante su padre, el rey Alfonso XIII, y la corona le corresponde a don Juan Carlos.

—¿Y no cambiará de candidato, ahora que se casa con su nieta? —insistió el príncipe Rúspoli, que no podía desperdiciar esa oportunidad única.

—Don Juan Carlos es la mejor opción para España —replicó Franco—. La monarquía es algo demasiado serio para cambiar de opinión por motivos personales.

El príncipe Rúspoli hubiera querido preguntar por qué entonces no nombraba a don Juan, pero pensó que ya había tirado bastante de la cuerda, y que lo que a Franco apetecía en ese momento era cazar y conseguir un buen trofeo.

Mariano Calviño, que junto con Samaranch era uno de los amigos de don Alfonso, propusieron una visita de los ya duques de Cádiz a don Juan en Estoril, para limar asperezas y tender puentes. Pero ese viaje nunca se llegó a realizar.

La inquietud persistía, pues algunos que hacían de su inclinación de correveidile una profesión con la intención de medrar, repitiendo y tergiversando lo que oían, y también lo que nunca fue siquiera proferido, enredaban aún más el ovillo. Por otra parte, si le ocurriera algo a don Juan Carlos, el príncipe Felipe, que solamente tenía cinco años, quedaría desasistido, ya que, según la ley vigente entonces, doña Sofía no podría ocupar la regencia, solo admitida en varón. Tanto era el camino que los derechos de la mujer, la mitad de la población, habían de recorrer.

En el mes de julio un feliz acontecimiento, la boda de doña María da Gloria de Orleans-Braganza con don Alejandro de Yugoslavia, trajo para doña Sofía uno de esos momentos con los que ella tanto disfruta: la reunión de la familia y el encuentro con primos muy queridos provenientes de toda Europa. Además el novio, príncipe de Yugoslavia y jefe de la casa real de Serbia, era hijo de Pedro II de Yugoslavia —el último rey de aquel país, depuesto en 1945 por el Parlamento socialista que tomó el poder— y de la princesa Alejandra de Grecia —hija del infortunado rey Alejandro I de Grecia y de la bella griega Aspasia Manos—. Se trataba, pues, de

un primo muy querido, con quien tenía mucha relación desde niña. Había mucha expectación en el pueblo de Villamanrique de la Condesa, donde tendría lugar la ceremonia, pues había trascendido que asistiría, entre otros numerosos personajes reales, la princesa Ana de Inglaterra, y que el matrimonio se efectuaría según el rito ortodoxo. Dos días antes, la elegante y bella Crista de Baviera organizó junto a su marido, Juan Manuel de Urquijo, una maravillosa cena en el granero de su esplendorosa casa-palacio, San Juan del Hornillo, situada en el pueblo de Los Palacios. Llegado el día de la boda, el 1 de julio, los asistentes acudieron a Villamanrique de la Condesa y el desfile de las personalidades hizo las delicias de los curiosos que se agolpaban en las inmediaciones de la finca.

Los padres de la novia recibieron a los invitados con su acostumbrada amabilidad. Eran don Pedro de Orleans y Braganza —pretendiente al trono imperial del Brasil, que no ganó por un puñado de votos— y doña Esperanza de Borbón y Orleans —hija del infante don Carlos de Borbón Dos Sicilias y de su segunda esposa, la princesa Luisa Francisca de Orleans—, hermana de doña María de las Mercedes, condesa de Barcelona. Doña Esperanza, nacida y criada en Sevilla, era muy querida en esa ciudad. A ella y a su hermana el pueblo las apodaba las Infantitas.

Los príncipes de España llegaron con sus tres hijos. Doña Sofía estaba muy elegante con un vestido de talle largo de cuadros rojos y blancos y zapatos también de cuadros. Se adornaba con bellos rubís y acompañaba el atuendo con un espléndido mantón de Manila de sedosos flecos. Se la veía feliz de encontrar a su familia y llevaba al príncipe Felipe cogido de su mano, que iba muy serio observándolo todo. La capacidad de trasmitir sincero afecto de doña Sofía se hizo patente cuando saludó a la infanta doña Isabel Alfonsa, nieta de Alfonso XII. En un gesto muy tierno, doña Sofía cogió la mano de la anciana señora y la besó con una amplia sonrisa. Muy cerca de ellas, la condesa de París, tía de la novia por parte de padre, estaba fastuosa en un vestido rojo de mangas medievales. Se acercaba ya el novio, Alejandro de Yugoslavia, que tenía una personalidad que ganaba a las personas, pues era abierto, simpático, de sonrisa agradable y muy amable con todos. Daba el brazo a su tía, la princesa Olga de Grecia, una de las tías Fabergé, y casi de inmediato, apareció la novia del brazo del elegante padrino, don Pedro. Estaba preciosa, parecía la encarnación de la primavera con su vestido de muselina blanca, tan etéreo, y de un marcado estilo andaluz con su gran volante en el bajo y el pelo sembrado de aromáticos jazmines, como estrellas brotadas de la tierra. También ella enarbolaba una amplia sonrisa, que le era habitual, y hablaba el español con esa dulce cadencia de las tierras brasileñas donde tenía su hogar. El rito ortodoxo, tan profundo y simbólico, se celebró con la mayor normalidad. Habían pasado tan solo unos años y no surgieron los inconvenientes sufridos en la boda de Atenas. ¿Pensaba doña Sofía en su propia boda, en la ilusión de aquel día, con la incertidumbre de una situación difícil en un nuevo país, pero con la fuerza de los retos? Durante toda la celebración, doña Sofía estuvo pendiente de sus hijos y de saludar y acompañar a sus parientes con su habitual afecto. Fue una boda alegre, donde las dos familias veían a sus jóvenes casarse con todo el futuro por delante. La música, tan importante para doña Sofía, estuvo presente de manos de los Tamborileros del Rocío, que interpretaron el himno nacional, y la ceremonia acabó con la festiva *Salve rociera* en la parroquia del pueblo.

Y el 13 de septiembre de ese mismo año 1972, se reunía toda la familia de la duquesa Victoria Luisa de Brusnwick, abuela de doña Sofía, para festejar su ochenta cumpleaños. La celebración tuvo lugar en Brunswick, donde la anciana dama era muy popular. La historia de amor que había

protagonizado en su juventud había sido muy comentada en Europa. Ella sintió un flechazo por el apuesto príncipe de Hannover y no consintió que las malas relaciones entre los Hannover y su padre el emperador, muy al estilo de Montescos y Capuletos, dinamitaran su amor. ¿Rememoraría la anciana dama cuando declaraba con pasión: «Para mí fue el flechazo del amor. De repente, me sentí fuego y llama»?[88]

La princesa Sofía acudió con sus hijos, pues siempre procuraba que mantuvieran los lazos familiares, al tiempo que atesoraban el conocimiento de otras culturas. Estaban también presentes la reina Federica, el rey Constantino con la reina Ana María y todo el nutrido grupo de nietos de la duquesa. Se despejaban así los nubarrones que ensombrecieron las relaciones con esa parte de la familia. En el propio centro de la ciudad hubo una recepción para dos mil personas, en la que no podía faltar un concierto, a la que siguió una cena familiar. Doña Sofía disfrutaba en esas reuniones donde encontraba a tantos amigos de su infancia y parientes que habían sido sus compañeros en Salem. Se encontraba feliz y distendida y su buen humor contagiaba a todos. Su abuela Victoria Luisa sentía por ella una especial admiración, y admitía que tenía en alta estima las virtudes de su nieta entre las que destacaba la modestia, comprensión y bondad, realzadas por el sentido de la realidad y un sutil sentido del humor.

No todo fueron acontecimientos felices. Aún quedaban espinosos tramos que superar, en aquellos años en que España estuvo al borde del abismo.

El almirante Carrero Blanco había sido nombrado vicepresidente del Gobierno unos meses antes, con la esperanza de que él ayudaría a realizar una transición pacífica. El 19 de diciembre el vicepresidente Carrero recibía al secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger, a quien expuso esta escalofriante premonición: «No sabemos aunar esfuerzos frente a la acción subversiva, que es la principal arma del comunismo».[89]

Al día siguiente, 20 de diciembre de 1973, se produjo un atentado de ETA en el que asesinaron al almirante y a uno de sus escoltas.

El país entero se conmovió ante la brutalidad del acto terrorista y sintió una inquietante incredulidad por la manera en que había sido perpetrado. La princesa seguía los acontecimientos con profunda preocupación, pues imaginaba el peligro que corría el príncipe. Si los terroristas habían conseguido atentar contra el vice presidente del Gobierno, en un lugar tan cercano a la embajada de Estados Unidos, podían tener preparados otros atentados de magnitud.

De nuevo el aplomo de doña Sofía, que conocía bien la turbulenta historia de la monarquía griega, fue el apoyo decisivo para el hombre que caminaba solo, tras el armón de artillería que portaba el féretro del asesinado vicepresidente del Gobierno.

8

INMENSO HORIZONTE
1974-1977

Ese año 1974 iba a traer para doña Sofía la confirmación de un doloroso hecho, que era ya temido desde hacía tiempo, pero que entonces fue ratificado por los políticos griegos con rotundidad. Konstantinos Karamanlis, viejo zorro de la política, convocó un referéndum sobre la monarquía. La Metapolítefsi o cambio de régimen ganó la votación y la república fue proclamada en el país heleno. Si quedaba alguna esperanza de retorno, esta se derrumbó estrepitosamente. Las propiedades que contenían en sus muros los días felices, Mon Repos, Tatoi, el palacio de Herodes Áticus, fueron confiscadas. Aguardaba a la familia real griega una larga y penosa batalla legal, en la que doña Sofía no quiso participar. Tenía la princesa una fecha importante que celebrar, el décimo aniversario de su boda, que con tantos sobresaltos podía parecer muy lejana. En esa época comenzaron las obras de ampliación de La Zarzuela, que preveían durarían un año y medio. Aunque esta construcción apuntalaba la teoría de que la maquinaria para el cambio seguía su curso, doña Sofía estaba preocupada y le dijo a su marido a propósito de la duración de los trabajos en su residencia:

—Pero ¿estaremos en España para entonces?[90]

Entretanto la salud del caudillo se iba deteriorando. En julio de 1974, dos hemorragias hicieron temer lo peor. Y don Juan Carlos aceptó la jefatura del Estado en funciones. Pero tras recuperarse el general en el pazo de Meirás, avisó de manera imprevista al príncipe y a Arias Navarro de su decisión de retomar el mando.

En una situación tan volátil, las intrigas se multiplicaban. El que era acendrado franquista pero comenzaba a pensar que el fin del régimen se aproximaba se convertía por arte de birlibirloque en monárquico de toda la vida.

Los que opinaban que había Generalísimo para rato, o que sus fervientes seguidores permanecerían en el poder, hacían chistes jocosos sobre «el Borbón». El príncipe era consciente de que tenía que moverse rápido, que los contactos con la izquierda se habían de realizar ya, que no se podía esperar a tener el poder en las manos, que era necesario infundir esperanza en aquellos que estaban contra el régimen. Garantizarles que él, don Juan Carlos, sería rey de todos los españoles.

Pero se había de hacer con suma discreción. No había que herir susceptibilidades ni provocar desconfianza en los adeptos del franquismo. Grupos de personas responsables que sabían que había que preparar el país para evitar el conflicto que muchos temían emergían como las flores silvestres en primavera, despaciosas pero imparables. La ilusión del cambio parecía flotar en el aire. Pero tal vez, la incertidumbre era lo más difícil de soportar. También don Juan consideró que tenía una responsabilidad política y, el 14 de julio del año siguiente, proclamaba en Estoril:

«Concibo la monarquía como salvaguarda de los derechos humanos y de las libertades políticas y sociales fundamentales, como instrumento de concordia entre todos los españoles y como vehículo para nuestra plena integración en la Comunidad Europea».[91]

Las posiciones se enrocaron: al conde de Barcelona le prohibieron pisar suelo español.

Ese año trajo consigo, además de las tribulaciones políticas, una profunda tristeza. Murió en el mes de agosto don Alfonso de Orleans, el amigo leal y de contagiosa simpatía, que había iluminado con su leal amistad la vida de sus parientes. El funeral del infante tuvo lugar en los Capuchinos de Sanlúcar y los príncipes acudieron a la despedida. Beatriz, nieta de don Alfonso, estaba muy afectada, pero atesoraría toda su vida el amor que ese abuelo extraordinario le había regalado. Ese afecto era tan profundo que años atrás paseando por la tibia arena de una playa, en una mañana de brisa marinera y sol con aromas de sur, ella sintió la felicidad de su maestro, compañero, abuelo, pues era todo para ella. Don Alfonso percibió la emoción de Beatriz y para que no existiera duda alguna le dijo: «Cuando camino contigo, camino tan a gusto como conmigo mismo».

La comunicación, los sentimientos habían sido profundos entre el abuelo y la nieta durante toda su existencia. En el funeral, doña Sofía se aproximó a esa nieta que había sufrido tan dolorosa pérdida y trató de consolarla con sus ojos llenos de lágrimas:

—*We loved him so much!* (¡Le queríamos tanto!).

Beatriz, para esconder la angustiosa emoción que le cortaba la respiración y se le enroscaba en la garganta, temió ceder a la turbación del momento y cambió de tercio, expresando así una instantánea impresión:

—*Sophie! You should cry more often because your eyes became so beautiful!* (¡Sofía, deberías llorar más a menudo porque tus ojos se tornan tan hermosos!).

La empatía natural que es propia de doña Sofía le llevó a comprender que esa salida había sido casi un regate que permitía a Beatriz mantenerse firme, sin flaquear, sin desmoronarse. Y entonces, para ayudarla a conservar su serenidad y mostrarle su apoyo, la estrechó en un cálido abrazo y una luminosa sonrisa. Era el amor familiar que tantas veces había tenido presente la princesa.

Unos meses más tarde, en octubre, una gripe y el párkinson minaron la salud del caudillo. Por segunda vez, el príncipe hubo de asumir la jefatura del Estado, pero muchos sospechaban que esta vez no habría vuelta atrás. En esos días, un nuevo juicio sentenciaba a la pena de muerte a tres terroristas del FRAP y a dos miembros de ETA. En esta ocasión no hubo clemencia y fueron ejecutados. Es curiosa la anécdota que tuvo lugar en esos días turbulentos. Iba a comenzar el Consejo de Ministros, y el presidente Arias llamó a Antonio de Oyarzábal y le dijo en voz baja:

—Vamos a almorzar juntos. Pero sin estos.

«Estos» eran los ministros de su gabinete. En el restaurante Horcher les esperaban Luis Jaúdenes y su mujer Lucila. Les dieron un apartado sin la privacidad necesaria, pues no tenía puertas. Después de un whisky y pensando que tras esa copa el presidente del Gobierno estaría relajado, Antonio le preguntó a Carlos Arias:

—¿Has visto el artículo de Antonio Garrigues?

En ese espléndido escrito, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate abogaba por la retirada a tiempo de los grandes hombres de la política, como el general De Gaulle.

—¡Nada, nada! —irrumpió Arias con énfasis y brío—. Seré yo quien entre en el despacho y le diga: «¡General, váyase!». Idolatro a Franco, pero por encima está España.

Antonio miraba alrededor para ver si esas palabras pronunciadas con voz potente habían sido escuchadas por otros comensales. ¿Se inspiraba el presidente en el Marco Antonio de Shakespeare, cuando declara su amor a César: «Yo amaba a César, pero amo aún más a Roma»?

Mientras tanto, Santiago Carrillo caldeaba el ambiente en unas declaraciones a Oriana Fallaci en las que amenazaba: «Una huelga paralizará de improviso al país entero, de la fábrica a la universidad, del comercio a las comunicaciones. Una huelga que bloquee todo el mecanismo del Estado y contra la que el régimen no podrá hacer nada».[92]

Mientras tanto, las sentencias de muerte de los terroristas del FRAP y de ETA originaron reacciones contra las representaciones de España, que surgieron instantáneas: los embajadores de Alemania, Dinamarca, Noruega, Holanda y Reino Unido en Madrid serían «llamados a consultas», lo que en el lenguaje diplomático es el paso anterior a retirar los enviados diplomáticos. Se produjeron algunas situaciones de extrema violencia, como la que tuvo lugar en Lisboa el 25 de septiembre, cuando la sede de la embajada de España fue saqueada e incendiada. Entre los atacantes se encontraba un portugués que llegaría a ser un alto cargo de su país y de la Unión Europea y que lideraba en ese momento el sector estudiantil del movimiento maoísta Reorganización del Partido del Proletariado.

Ni la inmunidad diplomática ni las peticiones del embajador Antonio Poch detuvieron a los asaltantes. El embajador y el personal de la embajada con sus familias hubieron de marchar ante la inseguridad reinante. La llegada de los funcionarios de nuestra legación al aeropuerto de Barajas resultó patética. Una madre daba la mano a su hijo y en la otra sostenía una pequeña jaula con un pájaro silencioso, con la cabeza escondida bajo el plumaje. Una niña se aferraba a su gato, como si temiera que le fuera arrancado por las llamas. Todos mostraban en sus rostros el pánico sufrido.

Y en esa delicada situación, el 18 de octubre, Hassan II anunciaba la Marcha Verde. El príncipe no dudó. El lugar de un jefe estaba al frente de sus tropas, como hiciera su antepasado Felipe V, el primer Borbón, quien fue llamado el Animoso por su valor al liderar las tropas en la batalla. El propio rey de Marruecos Hassan II llamó a don Juan Carlos para felicitarle por la decisión tomada y le auguró un mayor entendimiento y unas relaciones entre ambos países más serenas.

Don Juan Carlos pensaba que el puesto del comandante en jefe estaba al lado de sus soldados, decisión que sería respaldada por doña Sofía, que al ser consultada respondió: «Pienso que el lugar de los generales está donde están sus tropas».

Hay algo de Federica en esta sentencia firme. El propio rey de Marruecos mostrará admiración por la actitud de su colega español. Doña Sofía lo comentaría pasado el tiempo: «Como militar sabía que las tropas lo que necesitaban era ver al gran jefe al frente de ellos. Y, como hombre con olfato, adivinó que a Hassan le agradaría este gesto y disolvería la Marcha Verde, que era una peligrosa provocación para nuestros soldados».[93]

Aunque el resultado final fue la renuncia al Sahara español. La salud de Franco empeoraba día a día y, tras muchos sufrimientos, murió el 20 de noviembre. La sensación de vacío de poder acongojaba a muchos españoles, que ignoraban si el cambio se iba a producir de manera pacífica e impecable o si la violencia y la incomprensión de algunos harían zozobrar las esperanzas de la mayoría. Pero venció la cordura y el afán de convivencia, de forma que la Transición serviría de ejemplo para impulsar el ocaso de otros regímenes.

La imagen de los numerosos españoles que, en largas colas, incluso de madrugada, esperaban dar su último adiós al caudillo asombró a los extranjeros que no esperaban esa reacción de multitudinario homenaje.

Pero muchos españoles habían comprendido que estaban viviendo el fin de una era y querían ser testigos de momentos históricos que quedarían impresos en sus retinas y en sus memorias. El documento mediante el cual el rey hacía entrega de los restos mortales del anterior jefe del Estado, el 23 de noviembre, al abad de la basílica del Valle de los Caídos fue un buen ejemplo:

> … Habiéndose Dios servido llevarse para Sí a su excelencia el jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos de España, don Francisco Franco Bahamonde (q.e.p.d.) el pasado jueves día 20 del corriente (…). Y así os encarezco los recibáis y los coloquéis en el sepulcro destinado al efecto, sito en el presbiterio entre el altar mayor y el coro de la basílica, encomendando al Exmo. señor ministro de Justicia y notario mayor del reino, don José María Sánchez-Ventura y Pascual, que levante el acta correspondiente a tan solemne ceremonia.
>
> Palacio de La Zarzuela, a las dieciséis horas del 22 de noviembre de mil novecientos setenta y cinco.
>
> Firmado: Yo, el rey.
>
> Al Exmo. y Rvdmo. padre abad mitrado de la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, don Luis María de Lojendio e Irure.[94]

Jura en las Cortes
22 de noviembre de 1975

Resulta curioso que la entronización tuviera lugar el 22 de noviembre, día de Santa Cecilia patrona de la música, afición queridísima de la reina. Era un buen augurio.

Llegó la familia real en medio del entusiasmo popular. La exaltación planeaba sobre las cabezas de los asistentes. Eran conscientes de vivir una ocasión irrepetible. Había que templar el ánimo, pues la ceremonia que aguardaba a los todavía príncipes en las Cortes estaría teñida de emoción. El edificio construido por orden de Isabel II en 1850 lucía sus mejores galas, colgaduras, reposteros… hasta los leones de bronce —realizados al fundir los cañones capturados al enemigo en la batalla de Wad-Ras, durante la guerra de África— parecían más fieros. En el exterior, una considerable multitud aguardaba jaranera y alegre, agitando banderas y haciendo comentarios. Al bajar la familia real del Rolls-Royce, fueron aclamados con vítores interminables. Doña Sofía vestía para esta ceremonia un modelo sobrio de línea, pero en un tono muy español, un carmesí claro, similar al tradicional de los capotes de los toreros. Un color de vida, de energía positiva. Un breve collar y pendientes de perlas, la banda azulada de la Orden de María Luisa —una orden creada por Carlos IV en 1792 y privativa de las señoras— en bella armonía de color completaban su elegante atuendo.

Don Felipe iba de oscuro y las infantas de terciopelo en un intenso verde oliva, muy goyesco. Se pararon en el umbral, saludaron sonrientes a la gente congregada en el exterior y prosiguieron hacia el salón de sesiones. Una vez allí, la ovación fue estrepitosa. Muchos de los procuradores sentían que estaban participando en un momento histórico. Sabían que no sería como en *El Gatopardo:* «Cambiar algo para que todo siga igual». El sistema tendría que transformarse para albergar todas las tendencias del país, a todos los españoles.

Las tribunas en derredor del hemiciclo estaban abarrotadas de invitados ilustres. La familia del rey, por supuesto, pero también la de Franco y los reyes de Grecia con la princesa Irene. Por cierto, el rey Constantino no pudo reprimir unas silenciosas lágrimas. Asistían también los duques de Calabria y de Cádiz, la duquesa de Alba y la de Carrero Blanco, José María Pemán que tanta lealtad atesoraba; la bella Imelda Marcos, el rey Hussein de Jordania, y numerosos representantes de las naciones hermanas: Costa Rica, República Dominicana, Argentina, Colombia, Paraguay y el nuncio de su santidad, monseñor Luigi Dadaglio, de aguda inteligencia y con su distinguido perfil de medalla romana. No eran muchos. El estrado que ocupaba el lugar

habitual de la tribuna de oradores estaba cubierto por mullidas alfombras y de las paredes colgaban hermosos tapices. En el centro del estrado, ligeramente elevado para dar mayor visibilidad a la familia real, estaban preparados dos hermosos sillones de ceremonia, en un brillante damasco rojo, y los asientos donde se colocarían el príncipe y las infantas. Los miembros de la casa del rey se situaron detrás. Los representantes de las instituciones, el presidente de las Cortes Alejandro Rodríguez de Valcárcel y el ministro de Justicia José María Sánchez-Ventura, como notario mayor del reino, ocuparon sus lugares preferentes y flanqueaban a don Juan Carlos, que vestía el uniforme de capitán general y lucía el Toisón de Oro en su cuello. Resulta notable, porque trae reminiscencias de la antigua Grecia, que en ese acto el rey luciera esa máxima y antigua distinción. El Toisón de Oro representa el vellocino de oro. Nada se había dejado al azar. Simbología y conocimiento histórico en el momento crucial que estaba viviendo la real pareja.

La corona real y el cetro, emblemas de la monarquía, descansaban junto a una discreta cruz sobre un cojín bermellón. Era la hora del secular juramento de sus príncipes a los españoles. Doña Sofía estaba en todo momento pendiente de las infantas y del príncipe Felipe, que a pesar de su corta edad, asistieron a la ceremonia con una seriedad ejemplar, como si entendieran que participaban en una solemnidad excepcional.

El presidente de las Cortes y del Consejo de Regencia ofreció a don Juan Carlos los Santos Evangelios sobre los que debería jurar:

—Señor, ¿juráis por Dios y sobre los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir las leyes fundamentales del reino y guardar lealtad a los principios que informan el Movimiento Nacional?

Don Juan Carlos, con la mano derecha sobre el Evangelio, contestó al requerimiento del presidente:

—Juro por Dios y sobre los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir las leyes fundamentales del reino, así como guardar lealtad a los principios que informan el Movimiento Nacional.

Era hora de que Rodríguez de Valcárcel pronunciara la antigua y tradicional frase:

—Si así lo hiciereis, que Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

La voz clara y poderosa del presidente del Consejo de Regencia pronunció una frase histórica:

—En nombre de las Cortes españolas y del Consejo del Reino, manifestamos a la nación española que queda proclamado rey de España don Juan Carlos de Borbón y Borbón, que reinará con el nombre de Juan Carlos I. Señores procuradores, señores consejeros, desde la emoción en el recuerdo de Franco, ¡viva el rey! ¡Viva España![95]

El entusiasmo general se desbordó en aplausos, y en sentidas lágrimas en algunos que habían soñado durante años con este instante, entre ellos, el marqués de Mondéjar. La mirada de la reina recorrió las tribunas a su alrededor. ¿Valoraba a esas personalidades que les aclamaban y que se tendrían que ganar de verdad? ¿Pensaba en ese pueblo difícil, pero generoso que cuando ama da todo? ¿O recordaba aquella frase del embajador D'Harcourt sobre el orgullo de los españoles?

Doña Sofía había acompañado y aconsejado con prudencia, tesón y habilidad durante los años difíciles, y ahora ese esfuerzo daba su fruto. La reina hizo una profunda venia al rey, y los vítores redoblaron con entusiasmo. Una señora, de negro riguroso por su reciente luto, aplaudía con el vigor de la convicción. Carmen Franco recordaba así la presencia de su padre al hemiciclo. Y la voluntad del general de coronar con éxito un demorado proyecto.

Las palabras del discurso del rey resonaron en el salón de sesiones, mientras miles de españoles y millones de hispanohablantes seguían con intensa atención la ceremonia, por televisión o por radio:

> Es de pueblos grandes y nobles el saber recordar a quienes dedicaron su vida al servicio de un ideal. España nunca podrá olvidar a quien, como soldado y estadista, ha consagrado toda la existencia a su servicio (…).
>
> La monarquía será fiel guardián de esa herencia y procurará en todo momento mantener la más estrecha relación con el pueblo (…).
>
> Todo mi tiempo y todas las acciones de mi voluntad estarán dirigidos a cumplir con mi deber (…).
>
> Guardaré y haré guardar las leyes, teniendo por norte la justicia y sabiendo que el servicio del pueblo es el fin que justifica toda mi función (…).

Al salir al exterior, al reconfortante son de nuevas aclamaciones y vítores, el cortejo inició su andadura, siendo escoltados los reyes por lanceros de caballería con sus vistosos uniformes de capas rojas y bruñidos cascos.

En la plaza de Oriente les esperaba un gentío emocionado que les aclamaba sin cesar. Tal vez fueran los mismos que hicieron colas interminables, en el mordiente frío de la madrugada, para despedir al caudillo. Intuían que acababan de participar en dos momentos históricos y muchos habían llevado a sus hijos para que no lo olvidaran jamás. El triunfo y la derrota… Y la prudente distancia que es conveniente guardar ante ambos. El político republicano Miguel Maura dejó escritos unos realistas consejos para el que ocupara algún día el trono vacante:

> No fíe mucho V.M. en eso que está viendo. El pueblo de Madrid es así y así ha sido siempre. Hace eso mismo que V.M. está viendo cuando destrona a los reyes y cuando los recibe, cuando proclama la república y cuando celebra el aniversario del alzamiento militar que acabó con ella. Siempre, siempre ha sido así. El día que Alfonso XII, tras el golpe de Sagunto, hizo su primera entrada en Madrid, montado en un soberbio caballo blanco, un robusto y joven madrileño, entusiasmado, iba dando gritos estentóreos al pie del soberano. Este le dijo:
>
> —Muchacho, qué entusiasmado estás y cómo gritas.
>
> —¡Anda! Pues esto no es nada para lo que gritamos hace seis años cuando echamos a la p… de la reina —contestó el castizo, refiriéndose a la madre del regio jinete.[96]

La mirada inteligente y prudente de doña Sofía observaba el fervor popular. ¿Recordaba los vítores arrebatados el día que su hermano ganó la medalla olímpica? ¿O el delirio popular el día de su propia boda en Atenas? El derrocamiento del rey Constantino le había enseñado a reflexionar. El nuevo rey contaba con una gran consejera. Sabían ambos que era solo el comienzo. Que cada día tendría su afán. Y que ganarse a la gente de verdad no era tarea sencilla. Que era menester construir un sólido edificio de convivencia y justicia. Pequeños errores podían tener un alto coste. Era conveniente practicar las cuatro virtudes cardinales: prudencia, fortaleza, templanza y justicia.

Atesoraba doña Sofía los consejos que le diera en su momento su inteligente madre y que podían ser muy útiles en esa situación. La reina Federica le había aconsejado que no guardara rencor, que aprendiera a perdonar, que diera oportunidad de excusarse a las personas que le hubieran hecho un daño y que no tuviera enemigos. ¡Allá con aquel que quisiera tenerlos!

Seguro que la reina Victoria Eugenia había compartido en años pasados con doña Sofía muchos recuerdos que podrían ser útiles a la joven reina que iniciaba su andadura.

En cuanto al rey, se le veía exultante. El pueblo miraba a este hombre que durante muchos años había tenido una vida llena de inquietud, insegura, de costumbres austeras, observado y analizado tanto por los que eran afectos en distintos grados al franquismo como por los que pertenecían a las fuerzas de izquierda. Por fin era dueño de sí mismo. Pero la tarea a acometer

era ingente. ¿Recordaba la reina la experiencia de sus padres los reyes de Grecia, cuando volvieron del exilio y se enfrentaron a un desafío semejante?

Partieron los reyes hacia el palacio de Oriente, saludando a la multitud que abarrotaba las calles que componían el festivo recorrido: Carrera de San Jerónimo, plaza de Neptuno, paseo del Prado, plaza de Cibeles, avenida José Antonio —hoy Gran Vía—, plaza de España y calle de Bailén. Al descender la reina del coche, su alegre vestido estaba cubierto por un largo abrigo negro. Los reyes deseaban mostrar su duelo al presentar sus últimos respetos al difunto general. La plaza de Oriente con sus mudos testigos de la historia, los legendarios reyes godos, estaba repleta de entusiasmo. Las gentes se agolpaban para ver algo que los pueblos adoran: la novedad, pues con ella viene casi siempre la esperanza. Los niños observaban a esos reyes en piedra, cuyos nombres habían de aprender en interminable lista, y se preguntaban cómo sería ese rey de carne y hueso al que sus padres decían que había que aclamar.

Tras el entierro de Franco, el 23 de noviembre, en el Valle de los Caídos, en un curioso «el rey ha muerto, viva el rey», tuvo lugar, el 27 de noviembre, la misa del Espíritu Santo, que, esta vez sí, congregó a numerosos dignatarios extranjeros que deseaban resaltar su apoyo a la naciente democracia española. Cuando los reyes llegaron a la entrada de los Jerónimos, la simpatía de la muchedumbre hacia esta joven familia que parecía encarnar la ilusión de un futuro se desbocó.

Doña Sofía salió lentamente del automóvil. Parecía disfrutar de cada instante después del largo camino que habían tenido que recorrer hasta llegar a ese día. Vestía un abrigo de seda largo en un sutil color verde claro, que se abría sobre un vestido del mismo tono. No en vano el verde es el color de la esperanza. El pelo recogido para dar realce a la mantilla negra enlazada en una alta peineta, ponía de relieve su ya esbelta figura. En el cuello, el espléndido collar de brillantes y rubís, con los pendientes a juego, regalo de boda de Stavros Niarchos. Elegante y regia. El príncipe Felipe y las infantas, los tres de oscuro, formaban junto a sus padres un cuadro velazqueño. El rey saludaba a la buena gente y cumplimentó a las autoridades religiosas, con el cardenal Tarancón al frente, que se aprestaron a hacerles besar el *lignum crucis*, y acto seguido entraron bajo palio en la basílica. Doña Sofía estaba acompañada por su familia, los reyes Constantino y Ana María, que podían estar pensando en la caprichosa rueda de la fortuna y recordando la famosa frase romana: *«La vita è fatta a scale. C'è chi scende e c'è chi sale»* («La vida es una escalera. Unos suben y otros bajan»). En su rostro se podían adivinar dos intensas emociones, la primera, satisfacción por el triunfo de doña Sofía, y la segunda diversa, como él mismo reconoció a una periodista: «Es cierto, sí, me emocioné, lloré… ¿Y usted me vio? No sé si solo fue la alegría por lo de ellos, o también el desgarro por la patria mía».[97]

Estaba también su hermana, la princesa Irene. Pero algunos notaron una ausencia llamativa, la reina Federica. Ella que tanto luchó por su país y su gente y vio desaparecer en unos pocos años a su marido y a su reino, hubiera disfrutado al ver a su hija ya reina, aclamada y respetada por la multitud congregada alrededor de los Jerónimos y, más tarde, a todo lo largo de las calles de Madrid, hasta el palacio de Oriente. Ese año la salud de la soberana empezaba a declinar y sus visitas para ver a su hija y sus nietos se harían más frecuentes, pero en esa importante ocasión no estaba. Asistía asimismo la familia del rey, sus hermanas y cuñados, sus primos los duques de Calabria y de Cádiz. Pero faltaban sus padres, los condes de Barcelona.

Del extranjero habían acudido los príncipes Felipe de Edimburgo —se dice que había venido por expresa petición del conde de Barcelona a sus parientes británicos—, Bertil de Suecia y Alberto de Lieja, que lucían esplendorosos uniformes militares. Los príncipes Ibn Hassan de Marruecos, Abdor Reza Palhevi de Irán, Abdallah Ben Abdul Aziz de Arabia Saudita, con sus

indumentarias tradicionales eran un claro contrapunto, diverso a los austeros chaqués de los presidentes de Francia y de Alemania, Giscard d'Estaing y Walter Scheel, y del vicepresidente de los Estados Unidos, Nelson Rockefeller. En lugar preeminente, a la derecha, el Gobierno de España y el Consejo del Reino.

Era evidente la ausencia de los representantes de dos monarquías nórdicas, Noruega y Dinamarca. La reina, emparentada con la familia real danesa, comentaría meses después a López Rodó con un deje de tristeza: «¡Qué confuso está el mundo! Los reyes de Dinamarca no quieren saber nada de nosotros porque dicen que somos una dictadura, y en cambio van a Rusia en viaje oficial. De otra parte, nos han recibido muy bien en un país socialista como Finlandia».[98]

La iglesia estaba abarrotada de invitados, incluida la familia de Franco, de riguroso luto, que admiraron el interior refulgente de luz, con las lámparas y velas encendidas, y adornada por miles de flores blancas, camelias, claveles, gladiolos y aromáticos nardos. Un hombre de Iglesia, que concitaba la admiración rendida de unos y el desprecio apenas contenido de otros, resumió en su reveladora homilía el cambio que se estaba ya produciendo. El cardenal Tarancón, además de invocar el consejo del Espíritu Santo y la necesidad de la ayuda de Dios para la ardua tarea que le esperaba como rey: «… Tras el tránsito, después de muchos años en que una figura excepcional, ya histórica, asumió el poder de forma y en circunstancias extraordinarias…», insistió sobre la necesidad de que reinara para todos los españoles: «Pido para vos, señor, un amor entrañable y apasionado a España. Pido que seáis el rey de todos los españoles, de todos los que se sienten hijos de la madre patria, de todos cuantos desean convivir, sin privilegios ni distinciones, en el mutuo respeto y amor…».[99]

Como en la ceremonia de las Cortes, la reina Sofía estaba seria y observaba al príncipe y las infantas, que tuvieron de nuevo un comportamiento perfecto. Serios, atentos, causaron admiración entre los espectadores que se arracimaban frente a la televisión. ¿Qué pensaría doña Sofía en esos momentos? ¿Añoraría la presencia de su madre la reina Federica, que se encontraba tan lejos? ¿Recordaría las enseñanzas de su padre el rey Pablo, el arte de la prudencia? Tras tantos años de incertidumbre, dificultades y hasta desplantes, ¿pensaría que era solo el inicio, que tenían que ganarse a la gente día a día?

Las ceremonias no habían sido del agrado del *Daily Express* británico, al que, tal vez acostumbrado a los fastos de la Corona inglesa, el ceremonial español le pareció en exceso austero: «La entronización tuvo menos ceremonia que la del alcalde de Londres».

Sin embargo, para la opinión pública española, las celebraciones fueron correctas, elegantes, dignas y poco llamativas. Era el momento de la reflexión, del análisis, del compromiso, del entendimiento, de consolidar, de dar paso a paso, y no del relumbrón y el oropel.

Palacio de Oriente
27 de noviembre de 1975

De nuevo miles de personas colmaban la hermosa plaza de Oriente en ese 27 de noviembre de 1975, y las calles adyacentes hervían de entusiasmo. La comitiva que acompañaba a los reyes se vislumbraba ya en la calle de Bailén. La chiquillería miraba asombrada a los lanceros de la guardia, con sus blancas capas de ceremonia que acariciaban las grupas de sus caballos. El jardín frente a palacio mostraba los mudos testigos de la historia. Ondeaban al viento de la sierra banderas y pañuelos con los colores nacionales, y entre las muchas pancartas, una proclamaba una gran verdad y el deseo que unía a todo un pueblo: «Al servicio de esta comunidad que es España debemos de estar todos». De alguna manera recordaba aquella frase magnífica del

presidente Kennedy: «No preguntes qué puede hacer tu país por ti. Pregúntate qué puedes hacer tú por tu país».

Don Juan Carlos pasó revista a las tropas desde un podio en la plaza de la Armería, acompañado por el ministro de Defensa. Antes de comenzar la recepción a dignatarios y autoridades, y posterior almuerzo, tuvo lugar un desfile que rindió honores al rey. Salieron los monarcas al balcón para agradecer a la multitud su entusiasta presencia, y entonces la gente aumentó las aclamaciones:

—¡Viva el rey! ¡Vivan los reyes!

Era el mismo balcón en el que, solo unas semanas atrás, los españoles vitoreaban a Franco y su régimen. Un pueblo que reconocía su historia reciente se embarcaba hacia el prometedor futuro con el mismo entusiasmo.

Un magnífico menú aguardaba a los invitados: consomé de tortuga, timbal de langostinos al jerez, costillar de ternera asada y crema de helado de moka.

Una vez acabadas estas ceremonias, los reyes volvieron a La Zarzuela. Es muy posible que la opinión de doña Sofía, tan apegada a la naturaleza y con los recuerdos vividos en Tatoi, aconsejara permanecer en La Zarzuela, que seguirá siendo su hogar. El hermoso palacio de Oriente se dedicaría a las ocasiones oficiales y de representación. Esa decisión buscaba marcar con precisión cómo había de ser el estilo del reinado de Juan Carlos I.

Primera visita de los reyes al Pilar
1975

Desde ahora, la atención de muchas mujeres españolas se centraría en esta reina discreta, que gustaba vestirse con colores claros, blanco, rosa y rojo y que elegiría a menudo a modistos españoles como Pertegaz, Elio Bernhayer y Pedro Rodríguez. Los gestos adquirieron suma importancia. Los primeros años de reinado serían capitales. Cada viaje, fuera en territorio nacional o en el extranjero, había de ser medido y pensado. Las decisiones se tomarían con la voluntad expresa de mandar un mensaje a sectores de la población, o a creadores de opinión en el mundo entero. Y lo hicieron con valentía, con acierto.

La primera visita en España, no podía ser de otro modo, fue para la Pilarica. Zaragoza se preparaba para la visita de los reyes, con ese entusiasmo enérgico del que son capaces los aragoneses. Allí estaba la familia real al completo, reyes, príncipe e infantas en aquella lluviosa jornada. Las autoridades, que en consonancia con el clima usaban abrigo o gabardina, quedaron atónitas al ver aparecer a don Juan Carlos a cuerpo. Pero reaccionaron de inmediato, quitándose todos ellos las salvadoras prendas. Había de ser emocionante para el rey volver a la ciudad que conoció tanto y tan bien como alumno de la Academia Militar. La plaza de la basílica estaba repleta de gentes de la región y de otras partes del país. A las once y media de la mañana, un frenesí recorrió la amplia explanada que rodea el templo. Se oyó un murmullo que iba in crescendo por momentos:

—¡Ya llegan! ¡Ya están ahí!

Los reyes, junto al príncipe y las infantas hicieron una entrada apoteósica al son de la «Marcha real», y fueron conducidos a la santa capilla para besar el manto de la Virgen. Los detalles habían sido cuidados al máximo: el manto que cubría la imagen de Nuestra Señora era el que bordó la reina María Cristina, bisabuela de don Juan Carlos. El Pilar, joya del barroco, mostraba su grandeza en sus cúpulas pintadas por Montañés, Bayeu o Goya y lucía el ladrillo rojo de su antigua tradición mudéjar, que en Aragón cuenta con tantos monumentos excelsos. La

antigua historia de España estaba representada en todo su esplendor. Himnos, coros, velas encendidas, incienso, el correr rumoroso de las aguas del Ebro, tan cercano, tan potente, el calor y afecto de los asistentes marcaron una jornada de hondo significado. A la salida les aclamaban, les piropeaban. El entusiasmo popular les rodeaba como un abrazo de amor.

¿Cómo reaccionó doña Sofía ante las grandiosas ceremonias y los muchos halagos, vítores y aclamaciones que recibió en esos días? Con toda normalidad. «El triunfo y el fracaso, esos dos impostores», de los que nos advierte Kipling. La reina acudió a las lecciones del curso de humanidades contemporáneas en la Universidad Autónoma, donde sus compañeros la recibieron con un ramo de orquídeas. Su profesor, José de Solas, consideraba importante que la ya reina decidiera estar al tanto de los cambios y de las razones que los impulsaban en la sociedad en la que participaba. Y recordaba la importancia de la preparación que se va adquiriendo a lo largo de la vida, aprendiendo lo que la humanidad ha ido descubriendo en el transcurso de los siglos. Esos amigos que enseñan desde los libros serán los mejores compañeros para alcanzar un humanismo que interprete la civilización actual. Animaba el profesor De Solas a no cejar en el empeño de aprender.

Sus compañeros, gente joven de todos los estratos sociales, tenían una visión de la realidad pegada a la calle, y fue una de las fuentes que buscó la reina para conocer esa realidad, que a veces se oculta a las personas situadas en la cumbre. Doña Sofía acostumbraba a llegar siempre con puntualidad, y ahora que era reina, continuaba con el mismo uso. Su relación con sus compañeros de clase revestía total normalidad. Intercambiaba los apuntes como hacen los estudiantes, sobre todo con otra alumna, Nati Díaz Menaya, que trasmitía su opinión directa sobre la reina: «El consejo de alumnos del departamento de humanidades decidió, por votación, que otra alumna y yo nos sentásemos al principio junto a ella, para que “fuese tomándonos confianza”. Un día se perdió en los apuntes y me los pidió para confrontarlos. Todos los sábados se los dejo. Me los devuelve el sábado siguiente. Y al revés también, porque a veces me he perdido yo, y ella misma me rellena lo que me falta».[100]

De nuevo, como sucediera con sus compañeras de la Escuela Mitera en Atenas, los estudiantes encontraban una persona con curiosidad intelectual, que buscaba el conocimiento y que trataba a todos con afabilidad y deseaba relacionarse con naturalidad.

Los periodistas acudieron a cubrir la noticia. No todos los días una reina de España se sentaba como alumna en los bancos de la universidad. El profesor De Solas preguntó asombrado a la reportera de *ABC*:

—¿Y cómo se han enterado los periodistas de *ABC*?

—Los periodistas se enteran de todo. Es su obligación; es su oficio —respondió rauda doña Sofía.

Además, tal vez porque recordaba el ejemplo de su madre, la reina Federica, que trabajó activamente en la ayuda a su país pero fue muy criticada por ello, doña Sofía se mantuvo siempre en segundo plano, con absoluta discreción. El propio rey declaraba su admiración a doña Sofía, una reina que no se metía en política y era muy respetuosa en cuanto al papel que ella debía jugar. Y no era fácil, porque en ningún lugar estaba escrito lo que tenía que hacer. Pero la reina sabía bien lo que se esperaba de ella. Observación certera, consejo acertado y prudencia discreta.

En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se organizaban unos seminarios donde la reina podía documentarse en diversos temas de su interés, y en los que participaban expertos de las materias tratadas y estudiantes de las mismas. El rey Pablo tenía profunda inclinación por el estudio de las diversas religiones, y esto era lo que doña Sofía había aprendido en su casa. Por

tanto, ese sería uno de sus constantes focos de atención. Resultaba curioso por lo menos que a una persona con esas inquietudes se la apodara en sus primeros años en España «la Hereje».

Continuaría estudiando y aprendiendo siempre, y ese afán de saber la llevaría a declarar, años más tarde, en 1985, en un homenaje a Haendel, Scarlatti y Bach —uno de sus compositores favoritos—: «Estamos aprendiendo siempre, nada está concluido».

12 de enero de 1976

Un rumor corrió por los mentideros de la Villa y Corte el 12 de enero del recién inaugurado 1976.

—¡No es posible! —dijeron unos.

—¡Que sé de lo que hablo! —afirmaron los enterados.

Estupefacción. Asombro. Dos meses después de la solemne proclamación como reyes, doña Sofía se había ido de viaje a la India, pero no sola sino acompañada por el príncipe de Asturias, heredero del trono, y por las dos infantas. Las opiniones se dividieron, y las razones exhibidas por algunos no convencieron a la mayoría. Cada vez que un rumor se extiende, las mentes más calenturientas comienzan a fantasear, si no a inventar, lo cual es grave, pues es raro que ese tipo de personas sujeten la imaginación, «la loca de la casa», como la llamaba Santa Teresa.

Muchas mujeres han encarado esa situación. La reina no sería la primera ni será la última. Lo importante es cómo se comportó. Con dignidad. Y coraje. Y entereza. Cuando marchó a la India de repente, con su hijo el príncipe, actuó como una mujer dolida. Algunos criticaron esa reacción. Otros pensaron que la humanizaba. Sufrió pero supo sobreponerse. Ese es su gran valor. Seguramente al cobijarse bajo el profundo cariño de su madre, encontró también el consejo acertado de doña Federica, que era reina también, y sabía de responsabilidades y renuncias.

En esta situación, la revista *España* dilucidó y aclaró el asunto:

> Nada más normal ni más legítimo por parte de una hija solícita y preocupada por el estado de salud de su madre que desplazarse a su lado. No ha sido el viaje en sí lo que ha dado lugar a comentarios entre ciertos sectores de la vida política, sino el hecho de que su majestad se haya llevado a su hijo consigo. Un gesto tan común y tan corriente como este —el que un nieto acuda a visitar a su abuela enferma— ha suscitado, sin embargo, una serie de peregrinas lucubraciones, carentes de fundamento, y preguntas de esta índole: ¿con qué derecho la reina se ha llevado al príncipe fuera del país? ¿Puede legalmente el heredero de la Corona abandonar España sin que se rindan cuentas al Gobierno contrariamente a lo que sucede en las restantes monarquías del mundo?

¿Qué ocurrió realmente? ¿Fue una visita inocente a una abuela cuya salud flaqueaba? ¿Tomó doña Sofía esa determinación sin reparar en las preguntas que se haría la gente? ¿O fue una reacción muy humana de una mujer que era una reina? Comprobará el rey que, como toda mujer enamorada, siente celos cuando otras mujeres están al retortero.

La sagaz inteligencia de doña Federica, su conocimiento del mundo y del complejo entramado de las relaciones humanas, tuvo que consolar y aconsejar a la hija que también era reina y a quien aguardaba un papel fundamental en la consolidación de la monarquía.

El viaje tendría un importante resultado para la familia real. Doña Sofía encontró a su madre vestida con sari, sandalias doradas y viviendo en un inmueble de Madrás, hoy Chenai. La princesa Irene, que la acompañaba en su retiro de India, iba también ataviada a la usanza del país y seguía con su madre las enseñanzas de un respetado santón, el profesor Mahadevan.

La pasión por la India existía en esta familia desde hacía muchos años, y el profesor indio era un viejo conocido desde los tiempos en que defendía la oportunidad del avance tecnológico en la India en el Congreso de Atenas de 1967. Mahadevan tomaba sus enseñanzas de la fusión de ideas del Mathama Gandhi, que luchó por una India libre del poder colonizador, sin discriminación de castas y con un profundo sentido religioso.

De la visión de Nehru recogía asimismo la idea de una India independiente, pero liberada también de sus mitos que lastraban el progreso y de la miseria que sería combatida gracias a la ciencia, la tecnología y la industria. El profesor Mahadevan aunaba lo mejor de ambos proyectos y defendía su propia opinión. Y lo hacía con extraordinaria lucidez, apuntando el camino que llevaría años después a la India a convertirse en una de las potencias mundiales: «Ningún mal sufrirá el alma de la India. En todo caso, la ciencia moderna y el conocimiento tecnológico ayudarán a borrar las supersticiones lastrantes y las ciegas creencias. La cultura de la India ha pasado por muchos desafíos, y ha salido siempre victoriosa. La herencia de la India no pertenece tan solo a la India, sino a toda la humanidad».[101]

Aunque doña Sofía comprendía que la muerte del rey Pablo había dejado a doña Federica desarbolada, no estimaba conveniente que permaneciera con la princesa Irene por más tiempo en Madrás. La India es fascinante, su filosofía de la vida es sumamente atractiva para los ajetreados occidentales y más aún para personajes que han conocido existencias turbulentas. Tal vez doña Sofía pensaba que había llegado el momento de que sus nietos disfrutaran de su abuela. Ese fue uno de los argumentos que ella empleó, era el que mejor podía llegar directamente al corazón de una abuela: los suyos le necesitaban, los nietos tenían que recibir sus enseñanzas y su cariño.

Cataluña

Febrero de 1976

La primera visita a una región española fue a Cataluña. Era una idea muy afianzada en el espíritu del rey que esa primera visita había de desarrollarse en las cuatro provincias catalanas: Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona. Un cierto revuelo se hizo sentir en los ámbitos intelectuales y sociales de esa laboriosa tierra. La pregunta «¿A qué viene el rey a Cataluña?» se oía en diversos ambientes, tanto que Wifredo Espina escribió una «Carta al rey» en *El Correo Catalán*, el 15 de febrero de 1976, en la que, entre otras cosas, apuntaba:

> Por eso os hablarán, señor, con esta lengua nuestra que esperamos que pronto sea oficial (…). En el fondo de todo esto hay un grito unánime: ¡personalidad y autonomía! Y quienes os digan, señor, que esto es separatismo o se equivocan o mienten.[102]

Durante los días anteriores flotaba en el ambiente una clara frialdad. El gobernador Salvador Sánchez-Terán consideraba que los tiempos de las «adhesiones inquebrantables», conseguidas a base de autobús y almuerzo gratis, no casaban con la nueva democracia que se quería alcanzar. En Barcelona los reyes residían en el palacio Albéniz y allí fueron a buscar a don Juan Carlos y a doña Sofía el gobernador Salvador Sánchez-Terán y su mujer, Pilar. Ese primer día les recibía Barcelona con una gran recepción en el espléndido marco de estilo gótico-mediterráneo del Tinell, lugar de profunda simbología histórica, ya que allí acogieron Isabel y Fernando al almirante de la mar océana, Cristóbal Colón, cuando este tornó de su primer viaje a Indias. Las altas bóvedas del Tinell quedarían para siempre impregnadas de los aromas de aquellas lejanas tierras que Colón ganó para la Corona, ampliando así el mundo conocido.

El rey vestía uniforme de capitán general y, como todos esperaban, pronunció un decisivo discurso:

> Llego con emoción a Cataluña (…). El rey que quiere ser de todos los ciudadanos y de todos los pueblos que constituyen la sagrada realidad de nuestra patria… Quisiera hoy reafirmaros la importancia excepcional que atribuyo a Cataluña y a la personalidad catalana en el conjunto de las tierras de España.[103]

Pero el entusiasmo comenzó a brotar cuando don Juan Carlos habló en catalán:

> *Catalunya pot aportar a aquesta gran tasca comuna una contribució essencial que no té preu…*

Y continuó hablando de la mujer catalana:

> *… La dona catalana, exemple de finor, de cultura i d'espiritualitat.*

Una potente ovación retumbó en el Tinell. El rey había hablado en catalán. Los asistentes estaban encantados con el gesto del monarca. Poco a poco la frialdad inicial se iba caldeando.

Tras los reiterados aplausos, el gobernador se acercó al monarca para felicitarle y consultarle si podían ya pasar las autoridades a saludarles. Pero el rey le apuntó:

—Las autoridades solo no. Todos.

—¡Pero majestad, si aquí hay más de mil personas! —indicó Salvador Sánchez-Terán.

En ese momento la reina, que había estado atenta en todo momento, intervino con una sonrisa:

—Sí, sí, queremos saludar a todos.[104]

El segundo día, después de recibir los reyes al cardenal Jubany, fueron al monasterio de Montserrat, donde el abad repitió varias veces la palabra amnistía. No era fortuito.

Otro lugar que concitaba el interés real era la zona de Cornellá, pues faltaba en ese recorrido un encuentro con la clase trabajadora. Por otra parte, las frecuentes manifestaciones y huelgas que se producían lo desaconsejaban. Representaba una difícil apuesta, porque las alteraciones del orden público habían sido reiteradas y ruidosas. A final del mes anterior, los encrespados ánimos se habían ido calmando y, con reservas y prudencia, el gobernador sugirió una visita al Bajo Llobregat. La acogida en general en ese viaje había sido fría y expectante. El presidente Arias se había quejado al gobernador sobre su falta de acción y de que no hubiera organizado los autobuses y las gentes que arroparan las distintas apariciones de los reyes, como era usual en el régimen anterior.

El gobernador tenía otro criterio: se trataba de comenzar una nueva etapa, donde «se convenciera», no «se ordenara». El rey tenía que hacer su trabajo, tenía que ganarse a la gente. Y en ese espíritu de libertad, don Juan Carlos aceptó la sugerencia de acudir a Llobregat. Fue para todos una agradable sorpresa ver la plaza Mayor de Cornellá repleta de asistentes, que aguardaban con curiosidad lo que el soberano deseaba trasmitirles. Don Juan Carlos, decidido, dijo a las personas que habían acudido a escucharle:

> Hemos venido, la reina y yo, a Cornellá, al Bajo Llobregat, a conoceros y a que nos conozcáis. Quiero que sepáis que el rey siente como propios los problemas del mundo del trabajo. Y esto no son palabras fáciles.[105]

El tono sincero y las ideas claras y directas tuvieron el efecto deseado. El rey sintonizaba con la gente. Las expectativas sobre el buen desarrollo del encuentro habían sido superadas. Y tuvo

además un resultado concreto: de ese encuentro salió el Plan de Urgencia Social del Bajo Llobregat.

Los reyes, entre idas y venidas, recepciones, encuentros y visitas, no dormían más de cinco horas diarias, pero en el programa no podía faltar una sesión del Liceo. La ópera que se representaba el día designado era *Los maestros cantores de Núremberg*, una de las obras más dilatadas de Wagner. Don Juan Carlos, que estaba muy cansado, le dijo con sentido del humor al gobernador: «Nunca te perdonaré esta faena. Me has traído a la ópera más larga de la temporada».

A pesar de la intensidad del programa oficial, la reina, al enterarse de que en aquellos días el maestro argentino Daniel Barenboim dirigía un concierto en Barcelona, decidió no perderse esa ocasión y, superando el cansancio de la dura jornada, acudió a escucharlo al Palau de la Música. Iba doña Sofía acompañada por la mujer del gobernador Pilar Sánchez-Arjona, con la que fue comentando las jornadas en Cataluña. Su afición a la música le había proporcionado energía. Cada vez que la vida exija a doña Sofía un esfuerzo añadido, cada vez que se vea empujada a un reto superior, hallará en su decidida voluntad el empuje para acometerlo. Y la música será su serena compañera.

Al final de la semana de visita oficial, el viernes por la tarde, al acabar sus clases, llegaron el príncipe Felipe y las infantas. Cuando el gobernador, con su mujer, fue a buscar a los reyes, don Juan Carlos le dijo enseguida:

—Anoche tuvimos una conversación la reina, Mondéjar y yo, porque juega en Atlético de Madrid contra el Barça y al príncipe le gustaría mucho asistir al partido.

—Ni hablar, majestad, porque como pierda el Barça, se armará jaleo, puede haber gritos y existe la posibilidad que se produzcan situaciones embarazosas —contestó raudo Sánchez-Terán.

Consultado el jefe superior de Policía, Apéstegui, reafirmó el criterio del gobernador. En ese momento entró la reina que, dirigiéndose a Salvador, sugirió:

—¿Podría el príncipe ver el partido Barça-Atlético de Madrid?

—Que no, Sofi, que ya se lo he preguntado y me ha dicho que no —aclaró el rey.

Se dejaban aconsejar.

El inicio de la visita se había caracterizado por una cierta frialdad, pero doña Sofía iba pronto a recoger los frutos de la paciencia y el saber escuchar. El azar o una estrategia preparada con máximo acierto les concedió una despedida que acabó con un baño de multitudes. Los reyes acudieron a oír misa en la iglesia de la Merced. Era una esplendorosa mañana de domingo y, al salir, el rey sugirió al gobernador dar un paseo. Al ser día de fiesta había muchas personas en la plaza y sus aledaños. Un grupo de paseantes reconoció a los reyes y comenzaron a vitorearles. Ahí acudieron otros a ver qué sucedía y, al comprobar que se trataba de la familia real, todos querían acercarse y estrecharles la mano. El número de personas en torno a ellos aumentó por momentos y llegó a ser una multitud. Poco a poco se habían ido congregando numerosas personas, visiblemente entusiasmadas.

El gobernador y el séquito de los soberanos pasaron momentos de verdad apurados, pues el fervor era tal que el círculo de gente se estrechaba cada vez más en torno a los personajes reales, hasta tal punto que hubieron de crear un anillo protector alrededor del príncipe de Asturias. El primer paso de los necesarios encuentros había sido un éxito. El pueblo de Barcelona había despedido a los reyes con un cálido y espontáneo homenaje.

La crisis
26 de abril de 1976

Unas huelgas feroces y los acontecimientos trágicos de Vitoria ocurridos en el mes de marzo, que dejaron cinco muertos y más de cien heridos, habían ido complicando el futuro. Ante la ausencia del ministro de la Gobernación, Fraga, que estaba visitando Alemania en viaje oficial, se hizo cargo de la crisis el ministro del Movimiento, Adolfo Suárez, que demostró en esa circunstancia tener cintura y habilidad. Doña Sofía había sabido ver el enorme acierto del rey al nombrar a Suárez, y sentía una viva simpatía por el joven ministro, cuya energía y capacidad de visión de futuro reconocieron los reyes de inmediato. Esta actuación durante la crisis de Vitoria y la futura rivalidad política con Fraga llevarían a Suárez a contestar a un periodista que le preguntó su opinión sobre el político gallego:

—¿Fraga? Es un hombre de Estado. —Y añadió a continuación, con expresión malévola—: De estado de excepción.

Los inmovilistas deseaban que permanecieran las estructuras franquistas, embelleciéndolas con algunos cambios cosméticos, pero los reformistas comprendían que las transformaciones tenían que ser profundas. Sin embargo, los rupturistas reclamaban cambios drásticos. La famosa frase de Torcuato Fernández-Miranda, leal peón del rey, «De la ley a la ley», mostraba el camino a seguir, sin abandonar jamás la ley. Y este era un pensamiento del monarca. Era una situación en la que los políticos, con el rey como inspirador, habían de hacer «encaje de bolillos», para que cada pieza encajara. El gobernador de Cataluña resumía así este sensato proceder: «La reforma necesaria coincide, esencialmente, con la continuidad deseable y con la ruptura posible».[106]

La sintonía del rey con el vicepresidente del Gobierno era buena y en la ceremonia de la jura había tenido lugar una anécdota curiosa. Alfonso Osorio buscó, sin lograr encontrarlo, el chaleco negro para el chaqué. Decidió entonces usar el gris que tenía a mano. Ya en La Zarzuela, el vicepresidente entró en la sala, y el rey le preguntó con voz queda:

—Oye, Alfonso, ¿vienes de luto o de celebración?

En otra ocasión, el vicepresidente iba estudiando papeles en su coche cuando el conductor le avisó que un motorista parado a su lado ante el semáforo le hacía señas. Miró Alfonso y ante su asombro, el de la moto le hizo un gesto cómico. El vicepresidente decidió ignorarlo, y entonces el motorista alzó un poco el casco y le saludó con afecto. Era don Juan Carlos. Sin embargo, el entendimiento tan necesario entre el soberano y el presidente de Gobierno era nulo. Arias controlaba el aparato del estado, tenía poder y lo sabía. Se consideraba mandatario de Franco y guardián de su testamento. Por tanto, no entendía la decisión inquebrantable de don Juan Carlos de conducir el país a una democracia plena. En esa tarea la ayuda de la reina sería fundamental. Conocía los vaivenes de la política, porque los había vivido en su familia. Y tenía relación de parentesco con los reyes de las monarquías parlamentarias europeas, con las que mantenía permanente contacto, aunque algunas de las monarquías nórdicas, a pesar de los lazos familiares que les unían, se harían de rogar antes de mostrarles su total aceptación.

Ante la imposibilidad de hacer entender al jefe de Gobierno la necesidad del cambio, el rey optó por un aldabonazo: el director de *Newsweek*, Arnaud de Borchgrave, periodista de máximo prestigio, publicó un artículo el 26 de abril de 1976, que produjo inquietante expectación en el país. En él se hacía eco con rotundidad de «La profunda preocupación del rey ante la resistencia de la derecha a aceptar el cambio político» y afirmaba: «La experiencia de Arias es un desastre total».

Estas declaraciones causaron indignación en la derecha recalcitrante, estupor en algunos de la derecha liberal y esperanza en muchos. Arnaud era un hombre aún joven, tenía cincuenta años,

una larga trayectoria en el periodismo, experiencia como jefe de inteligencia militar en el exilio durante la Segunda Guerra Mundial y una simpatía arrolladora. Este hombre, belga de nacimiento, estaba casado con la guapa Alexandra Villard, quien con su exquisito tacto y amabilidad le ayudaba a crear una extensa red de amigos. Arnaud, no muy alto, de sonrisa franca, de mente viva y rápida, seductor por naturaleza, con un amplio conocimiento del mundo, se entendió de inmediato con el hombre que quería cambiar España. Y encima sentía una decidida inclinación por la tarea que había de emprender nuestro país. A lo largo de su cumplida carrera —fue marino de la Royal Navy, director de *The Washington Times* desde 1985 y asesor del Center of International & Strategic Studies—, siempre estuvo interesado en los asuntos de España. Él, que vivía espoleado por el entusiasmo, estaba fascinado por la pasión con la que los españoles encaraban la vida, y les creía capaces de las mayores hazañas. Y así fue.

Viaje a las Américas
1 de junio de 1976

1976 fue el año de un importante acuerdo entre España y Estados Unidos, país que parecía apostar por nuestro naciente sistema de libertades. España continuaba en su camino hacia la homologación con los países de su entorno. Era una senda apasionante, pero extremadamente delicada. Había que superar las viejas estructuras, los rencores dañinos, pero sin dinamitar los cimientos de una sociedad que aspiraba a la convivencia entre todos y a la libertad para todos.

Hoy en día parece algo normal, y que no podía ser de otra forma, pero en aquel momento era necesaria una tesonera habilidad para conducir al país a la plena democracia. Un gesto de más, en un sentido o en otro, podía poner en contra de esa reforma a importantes sectores contrapuestos de la sociedad. Y don Juan Carlos tenía la determinación de llevar los cambios a buen puerto.

Los desórdenes que se produjeron en Vitoria tensaron la situación y llenaron de incertidumbre los sectores más liberales del país. Por otra parte, los partidarios de la mano dura consideraban que las medidas tomadas no eran suficientes. Sin embargo, la oposición de izquierdas albergaba serias dudas de que la prometida libertad se convirtiera en un hecho. Por si no fuera suficiente, se produjo en Montejurra un gravísimo enfrentamiento entre los seguidores de Sixto de Borbón Parma, que reunía en su entorno los sectores más ultraderechistas del carlismo y los de su hermano Carlos Hugo. Neofascistas argentinos e italianos contribuyeron a enturbiar las aguas, que se tornaron turbulentas y agitadas. El triste resultado aportó dos muertos.

La preocupación en La Zarzuela fue intensa. En esos meses se jugaban los reyes la Corona, y también algo mucho más importante: la libertad y la paz de los españoles. Una vez más, el consejo pausado y sereno de la reina fue indispensable.

Y tuvo lugar ese año el primer viaje al exterior como reyes de España. La primera visita sería a la Primada de América, a la República Dominicana. Era el 1 de junio, y cuando el avión llamado *Españoleto* aterrizaba, el presidente Balaguer les esperaba con su afecto y el de todo el pueblo. El recibimiento había sido organizado para que nada disturbara el momento histórico en el que, por primera vez en la historia, un rey de España visitaba tierras americanas. Numerosos carteles daban la bienvenida a quien diría con convencimiento una frase que perdura en Hispanoamérica:

«Vengo a escuchar la palabra de América». El vibrante sol iluminaba la belleza exuberante del país, que se había echado a la calle, «para ver cómo son unos reyes de verdad».

Niños, hombres, mujeres de varias razas y condición, en ese glorioso mestizaje que es propio de la América hispana, se agolpaban a la vera de los caminos para dar la bienvenida «a nuestros reyes», decían algunos.

Santo Domingo es una ciudad generosa, bullanguera, de música alegre y pegadiza que recibe al visitante con afecto y entusiasmo, pero en esta ocasión parecía que cada barrio, cada plaza, cada *cuadra*, como dicen ellos, celebraba su fiesta máxima. Tras los saludos de rigor del presidente Balaguer y su ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Emilio Jiménez, el rey de España comenzó su alocución:

> En el momento de pisar el suelo de las Américas, doy gracias a Dios por haberme deparado la honra de ser el primer rey de España que cruza el Atlántico para visitarlos.
>
> Volando sobre el mar Caribe he recordado al descubridor, nuestro almirante Cristóbal Colón, y con su recuerdo he pensado en mis antepasados, los reyes de España, que, aun sin conocerla, la imaginaron, la cuidaron y con ambos recuerdos he dirigido mi pensamiento y mi amor al pueblo español, a cuyo servicio estoy, que dejó la huella indeleble de su esfuerzo, de su fe, de su cultura en el mapa de su continente.

No se trataba de retórica, era la declaración de intenciones de una política de acercamiento a los pueblos de América, que daría origen a una relación más fluida. Y anunciaba este cambio un rey joven, entusiasta, al que acompañaba una reina amable, sonriente y discreta, que se ganaba las voluntades. Doña Sofía venía de un país que ha dado excelentes personajes en la cultura, el arte, la filosofía y la democracia, por tanto había de valorar la carga histórica, cultural y simbólica que encerraba nuestra relación con la América hispana.

En la cena de gala que les ofreció el presidente Balaguer, el rey apareció espléndido en su uniforme, con la chaqueta blanca ceñida por fajín carmesí y con pantalones oscuros que le hacían parecer aún más alto. La reina estaba muy elegante con un vestido turquesa rematado en pedrería en las mangas y escote, y escuchaba con suma atención las palabras que su esposo el rey pronunciaba en el discurso. Ambos eran conscientes de que este primer viaje iba a ser centro de atención de la comunidad iberoamericana, de los estadounidenses y, más importante aún, de los españoles. El pueblo dominicano y sus dirigentes, que aprecian la belleza, estaban encantados con estos reyes modernos, que no solo les habían venido a visitar, sino que escuchaban con sumo interés las explicaciones que les daban los expertos sobre la ciudad antigua, construida por los españoles en el siglo XVI, y que aún conserva sus sólidos y magníficos palacios, baluartes y reales atarazanas.

En ese recorrido, la reina lució un luminoso collar de ámbar que encerraba el agua del mar entre sutiles veladuras. Una vez más, el fino sentido de la oportunidad hizo que doña Sofía mostrara su agradecimiento y admiración hacia el país que les acogía, portando esa joya intrínsecamente dominicana.

Otro detalle de doña Sofía ganó su cariño: en una tierra donde sus gentes tienen el ritmo del corazón recorriendo todo su cuerpo, la música es sagrada y el baile su expresión natural. El alcalde de Santo Domingo era un popular cantante de románticos boleros y dedicó, tras la cena, varias de estas poéticas canciones a los regios visitantes. Con buen acierto, la reina se animó a bailar e invitó al rey a acompañarla, entre el alborozo general. El ministro de Asuntos Exteriores dominicano, Ramón Emilio Jiménez, hábil bailarín, salió también a la pista con su encantadora mujer, Mary. Esas reacciones de doña Sofía, la naturalidad de ambos y la esperanza que proyectaban entusiasmaron a los locales, que continuaron hablando durante meses de esa venida, como si los reyes hubieran descendido del cielo.

En contestación al discurso del presidente Balaguer, Areilza, ministro de Asuntos Exteriores español, pronunció estas sentidas palabras, que presagiaban las que serían con los años las cumbres iberoamericanas:

> La gran comunidad de nuestra cultura se apoyará a fines de este siglo en una realidad de cientos de millones de hispanoparlantes unidos por el verbo.

Un inmenso y esperanzador panorama se abría ante los reyes. Don Juan Carlos hizo, en esa ocasión histórica, una declaración que anunciaba un acontecimiento que tendría repercusión mundial para nuestro país: «Sevilla será la capital que albergará una gran Exposición Iberoamericana».

La gente que les escuchaba fue capaz de captar que los reyes iban a cambiar el país y que conseguirían convencer al resto del mundo de que su intención era imparable. Para conseguir este objetivo, buscaron el foro más importante del mundo para hacer oír su proyecto: el Capitolio de Washington.

Bicentenario de los Estados Unidos
2 de junio de 1976

El buen periodista Arnaud de Borchgrave había preparado el terreno con su famosa entrevista y la expectación era máxima a la llegada de don Juan Carlos y doña Sofía.

La visita de Estado no podía comenzar hasta ser recibidos en la Casa Blanca por el presidente Ford y su mujer. Gerald Ford, grandullón y amable, acompañado de su esposa Betty, les recibió con toda cordialidad. En la algarabía de soldados, banderas, pífanos y trompetas, periodistas de televisiones y radios de diversos países y abundancia de curiosos, había un orden interno que conseguía que todo funcionara como un reloj. El republicano Ford había asumido la presidencia en la vorágine del huracán producido por el escándalo Watergate, que originó la dimisión de Richard Nixon. Ford fue un presidente breve, pero de importantes logros, pues él había conseguido terminar con la sangría de la guerra de Vietnam. Seguro que el relato de sus dificultades hubo de ser de enorme interés para los reyes, pues el asunto candente de la guerra de Vietnam dividió a la sociedad europea de entonces.

Las dos primeras damas tenían otro tema en común que les apasionaba: la política social. Betty Ford había sido nominada por su extraordinario trabajo en este campo como «la presidenta más activa en política social desde Eleanor Roosevelt», lo cual era todo un logro. Doña Sofía, con el interés que la caracteriza por conocer otras formas de hacer, hizo muchas preguntas y escuchó interesantes respuestas.

La actividad de la reina en fundaciones, organizaciones internacionales y diversas iniciativas humanitarias había ya comenzado en su juventud como princesa *basilópes*, continuó como princesa de España y crecería sin pausa ya como reina, al contar con una mayor capacidad de actuación, cubriendo todos los campos de actividad social, como la lucha contra la droga, la atención a la infancia y a los discapacitados, educación y promoción de la mujer, el entendimiento entre el pueblo judío y España, la salud en naciones del tercer mundo y numerosos proyectos de cooperación, en viajes incómodos y hasta peligrosos. Y, casi siempre, agotadores.

La reunión se desarrolló con gran empatía mutua, de tal forma que los Ford acompañaron a los reyes a la que iba ser su residencia oficial en el periodo washingtoniano, Blair House, a un tiro de piedra de la Casa Blanca.

Allí concedería la reina su primera entrevista, en la que contestó a todas las preguntas de mujeres periodistas pertenecientes a los más importantes medios de comunicación del país, durante más de dos horas. Una de ellas formuló la siguiente pregunta:

—*About your country, Greece* (Hablando de su país, Grecia).

—España es mi país —respondió ella determinada.

Con esta respuesta anunciaba la actitud que sería su *leitmotiv* a este respecto, pues siempre disfrutaba con las características de ambos países mediterráneos, España y Grecia. Preguntada sobre el papel de la mujer en el siglo XX, doña Sofía contestó:

—El papel de una mujer es ayudar a su marido pero sin perder su independencia.

Ante otra pregunta de cómo le gustaría pasar a la historia, la respuesta define a la perfección el patrón de comportamiento que guiará su vida:

—Más que pasar a la historia, me gustaría ser recordada por quienes me han conocido como alguien que supo realizar su tarea y ser útil a los demás.[107]

A continuación, otra de las respuestas de la reina presentó con nitidez lo que sería su *modus operandi*:

—No hablo con el rey de temas de Estado. No son temas de mi incumbencia, porque yo no intervengo en la política de Estado.[108]

En su memoria habían de estar presentes las críticas que hubo de sufrir doña Federica por aparecer en primera línea. Tenía que ser prudente, pues muchas de las periodistas que la sometieron a aquella andanada de preguntas eran primeras espadas de la comunicación de su país y conocidas por su afilada profesionalidad.

Uno de los hitos del viaje fue el discurso pronunciado por el rey en el Capitolio de Washington ese 2 de junio a las doce y media, en sesión conjunta de las dos cámaras de los Estados Unidos, Congreso y Senado. Entraron los reyes en el imponente edificio por la puerta de España, también llamada puerta de Colón por los relieves alusivos al Descubrimiento de América. El silencio era total cuando don Juan Carlos se acercó a la tribuna del orador. Tranquilo, en un perfecto inglés, comenzó su prolongada alocución, que fue interrumpida por calurosos aplausos en cinco ocasiones. La reina, consciente de la importancia del momento, escuchaba atentamente, pero quien estuviera cerca podía apreciar la tensión con la que entrelazaba sus manos. Sonreía, pero sabía perfectamente lo mucho que se jugaba su marido con esa intervención. Las palabras se deslizaron serenas pero contundentes, sin olvidar el reconocimiento al país que celebraba su bicentenario:

> Hace doscientos años nació en esta tierra un sistema de vida pública que habéis preservado con fidelidad para que llegue intacto al día de hoy. Su filosofía, inspirada en el respeto a la libertad del hombre y a la gobernación del pueblo, dio vida y forma a vuestra nación, cuya fundación ahora celebráis y celebramos todos los países amigos.

Recordó los hechos de nuestra historia, la tradición y el origen español de gran parte del territorio estadounidense:

> España no puede ser indiferente a nada que acontezca en el continente americano, puesto que lo descubrió y trajo a él, desde 1492 y durante siglos, con sus propios hijos e hijas, la fe cristiana, la lengua española, formas europeas de vida y de pensamiento y un concepto radical de la igualdad esencial del género humano que palpitan en las leyes de Indias promulgadas por mis antepasados.

Y añadió:

> Una reina de Castilla, Isabel, de la que yo desciendo en línea directa, llevada del instinto profundo que caracteriza el alma femenina, nombró almirante de la Marina española a un desconocido pero experto navegante…

A lo que agregó toda una declaración de intenciones:

> La monarquía se ha comprometido a ser una institución abierta en la que todos tengan un sitio (…).
>
> La monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantenga en España la paz social y la estabilidad política, a la vez que se asegure el acceso ordenado al poder de las distintas alternativas de Gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados.

Aleteaban en esas palabras, además de la firme decisión del rey, el espíritu del conde de Barcelona y el anhelo de parecerse a las monarquías nórdicas de doña Sofía. Un atronador aplauso interrumpió el discurso. El rey había dado en el clavo. Afirmó su decidido propósito de instaurar en España una democracia plena. Era lo que esperaban oír en el Capitolio.

Siguieron imprescindibles referencias a los navegantes españoles que hicieron del océano Pacífico «el mar español», gracias a sus portentosos descubrimientos como el Tornaviaje o Ruta de Retorno de Asia; recordó a los exploradores que recorrieron dieciséis estados del actual territorio de los Estados Unidos, descubriendo el Cañón del Colorado, o el río Misisipi, que va a morir en la mar, en el golfo de México.

Un gran embajador, Jaime Alba, muy bien acompañado en su labor por la perspicaz y simpatiquísima Ana María, había sido el muñidor de esa fundamental ocasión. Y su tesón y saber hacer diplomático habían propiciado, además del intenso interés por parte de los políticos estadounidenses en conocer las ideas del rey, esa extraordinaria intervención absolutamente inusual.

Esa misma tarde, tras el almuerzo del rey en el Congreso, don Juan Carlos fue a depositar una corona de flores ante la estatua de esa reina insuperable que tuvo la visión de ayudar al almirante Colón y favorecer el Descubrimiento que cambiaría la faz de la tierra. Por la noche tuvo lugar la tradicional cena de gala en la Casa Blanca que era costumbre ofrecer a los jefes de Estado. Pero, esta vez, había un interés especial entre ambas partes para que las relaciones fueran inmejorables. El presidente Ford, en su cumplido discurso, aseveró:

> Nuestro Bicentenario nos incita a pagar pleno tributo al importante papel que España ha jugado en el desarrollo de nuestra nación…

Estados Unidos, tan volcado en sus propios aconteceres, mostraba un inusitado interés por las raíces hispanas de su país. El rey, en su intervención, alabó la sociedad norteamericana y habló sobre la libertad que, en España, todos anhelaban:

> Habéis logrado en los Estados Unidos una sociedad abierta, en la que las oportunidades se ofrecen a la iniciativa, al talento y al ingenio de cada cual, lo que ha hecho prosperar y crecer sin límites la economía y la riqueza de vuestro país (…).
>
> La libertad es esencial en el hombre para su plena realización como individuo, es un estimulante inigualable para su desarrollo cultural. La libertad es sobre todo un bien espiritual que se atesora y se defiende.[109]

Nueva York se rindió también a los esperanzadores reyes de España. La Cámara de Comercio Hispano-Norteamericana y el Instituto de España ofrecieron el 6 de junio una cena de gala en el hotel donde se alojaban don Juan Carlos y doña Sofía. El Waldorf Astoria reunió a dos mil trescientas personas, representantes de los estamentos más importantes del país, que

recibieron a nuestros reyes con una prolongada ovación, en presencia del ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza, y del embajador español en Washington, Jaime Alba.

Periódicos de tanta influencia como *The Washington Post* y *The New York Times* publicaron crónicas muy favorables para la España democrática que estaba naciendo en aquellos días.

Este interés por América no excluía el sentido europeo de los reyes, pues ese mismo año el ministro de Asuntos Exteriores pedía a la Comunidad Europea la integración de España.

Unos años más tarde en la Unesco, en París, el rey afirmaría: «Somos tan iberoamericanos como europeos. Somos el fructífero resultado de las diferentes culturas que convivieron durante la Edad Media en nuestro país».

Adolfo Suárez

Apenas terminados los periplos en el extranjero, el rey sabía que debía tomar decisiones difíciles que cambiarían por completo la vida del país. Era casi imposible hacerlo sin crear descontentos, pero el bien común de la nación requería medidas drásticas. Y estas medidas pasaban por ocho puntos de vital importancia para que se produjera el cambio democrático, entre las cuales una de las más urgentes era el relevo del presidente del Gobierno y del presidente de las Cortes. Carlos Arias había declarado en la toma de posesión del ejecutivo que él presidía: «Se nos llama, nos congregamos, para perseverar y continuar la gigantesca obra de Franco».[110]

Era imposible continuar por esa senda. Diversas fuerzas políticas en embrión y otras que habían permanecido en el exilio tomaban ya posiciones para lo que sería, en algunos casos, una lucha denodada por el espacio político. El largo interregno de cuarenta años hacía que fuera muy difícil pronunciar pronósticos. Gente avezada o aquellos que regirían en el futuro los destinos del país desconocían cuál sería la reacción de una sociedad adormecida por la falta de democracia durante cuarenta años.

Pero los españoles tenían ganas de que la convivencia funcionara, ganas de hacerse un hueco en el tablero internacional y ganas de plena libertad para opinar y expresarse.

Era lógico que así fuera, pues el 80 por ciento de la población no había vivido la Guerra Civil, aunque hubiera oído por boca de sus padres el horror que significó para las familias, a veces divididas en dos bandos, aquella «guerra incivil», como la llamó con acierto Luis María Anson. En ese caluroso mes de julio, cuando los españoles preparaban su veraneo y hacían cábalas sobre el próximo jefe de Gobierno —unos daban por seguro a Areilza, otros a Fraga—, el rey sorprendía a la nación con la elección de Adolfo Suárez, a quien había conocido cuando este era gobernador de Segovia. Su personalidad franca y directa, su habilidad para entusiasmar al interlocutor con sus ideas y la flexibilidad en las mismas impresionaron al príncipe. Luego Suárez había sido nombrado director general de Televisión y, desde ese puesto, tenía informado a don Juan Carlos de los acontecimientos del país. Además, había ganado a Cristóbal Martínez-Bordiú en la votación para un puesto en el Consejo Nacional del Movimiento. Como el rey deseaba, le presentaron una terna compuesta por Gregorio López Bravo, que había sido un magnífico ministro de Asuntos Exteriores, Adolfo Suárez y Federico Silva. Cristóbal había enviado una nota a muchos consejeros, en la que incitaba a «votar en conciencia». Y lo hicieron. El elegido fue Suárez.

Para la izquierda, Adolfo Suárez era un falangista aconchabado con el régimen y significaba el retroceso; para la derecha a ultranza, era un traidor que había olvidado los deseos de Franco. Como sucede a veces en nuestro país, la moderación era vista con sospecha. Una vez pasado el estupor inicial, arreciaron las críticas. Solo unos cuantos entendieron que la elección había sido

la correcta, como el Viejo Profesor, Enrique Tierno Galván, que afirmó: «Confío en que la negociación Gobierno-oposición sea ahora más fácil».[111]

Fue lo que se dio en llamar «el septiembre incierto», en el que el desencuentro del estamento militar y el gobierno de Suárez se agudizó. Entonces el presidente Suárez pergeñó una frase que tendría un largo recorrido: «La Transición continúa su camino, sin prisa pero sin pausa».

El rey sabía que la decisión era acertada. Doña Sofía, con su aguda intuición y demorada observación, aseguró a don Juan Carlos: «Juanito, has hecho una excelente elección. Tienes un sexto sentido, como nosotras las mujeres».

Cartagena de Indias
12 de octubre de 1976

En la agenda real, el estrechamiento de los lazos de entendimiento, culturales y comerciales con los países de la comunidad hispana era fundamental. La visita a Cartagena de Indias el 12 de octubre de 1976 para celebrar lo que nosotros llamamos Día de la Hispanidad y ellos el Día de la Raza encerraba un significado profundo. En esa jornada se cumplían cuatrocientos ochenta y cuatro años del Descubrimiento de América por Cristóbal Colón. La llegada a Cartagena es algo inolvidable. La fortaleza que domina el mar está construida en una piedra que, con el sol de la tarde, se enciende como llama que flotara incombustible en las tranquilas aguas. La vieja ciudad española es un dédalo de calles estrechas que cobijan con su sombra a los dichosos habitantes de tan hermosa ciudad. Sus gentes hablan un limpio español, dulcificado por la cadencia de su acento, y con modismos y giros que nos conducen a Cervantes.

Allí tuvo lugar la denodada defensa de la ciudad a cargo de un vascongado tenaz, Blas de Lezo, y muchos otros hechos históricos que unen con sus hazañas los dos lados del Atlántico. Una reina de hoy, doña Sofía, era observada por las gentes que rodeaban interesadas a los reyes, en recuerdo de esa otra reina de visión profética, que impulsó la magna empresa del Descubrimiento. El presidente de Colombia, López Michelsen, se refirió a esta personificación de una reina en otra del pasado en su discurso de bienvenida:

> La presencia de su majestad la reina en esta tarde reviste singular significación. Fue bajo el patrocinio de una reina de España como se cumplió el prodigio del Descubrimiento. Una reina por la cual todos, españoles y americanos, profesamos un gran culto. Seguimos creyendo en las palabras de San Pedro Mártir, cuando informó de su muerte al arzobispo de Granada diciendo: «El mundo ha perdido su más hermoso adorno. Ninguna persona de su sexo, ni en los tiempos antiguos ni en los tiempos modernos, puede compararse con tan excelsa reina».

Aplausos cerrados siguieron al oportuno recuerdo del presidente a la mujer que hizo posible que seamos una comunidad de naciones con la misma cultura, lengua y visión de la vida. Un ambiente de euforia sobrevoló la concurrencia, imbuida del pensamiento de estar tocando la Historia con las yemas de los dedos. El rey contestó al discurso del presidente de Colombia con frases de profundo sentido:

> Todo cuanto nos rodea, la base naval, los bastiones antiguos, la bahía cartagenera… me habla de nuestro común origen y me compromete aún más a la fidelidad, que asumo como un honor, a nuestra familia común… El nombre de vuestra ciudad ha llegado hasta aquí saltando a través de Cartago de África y Cartagena de España, desde un legendario puerto del Mediterráneo. Al encontrarlo en este seno del Caribe, medimos la antigüedad de la genealogía de la Cartagena de Colombia y comprobamos, una vez más, que todos nosotros pertenecemos a una tradición viajera y descubridora.

Y pasó el rey a poner de relieve la modernidad con la que la Corona enfrentó su Gobierno en Indias. Muchas de esas leyes de Indias son las precursoras de los derechos humanos que consideramos resultado de la evolución de los tiempos. Sin embargo, su raíz tiene origen en aquellas ordenanzas primeras de Isabel, reina de Castilla, y su trato humano a sus «súbditos de ultramar». Los reyes, en ese momento, representaban a los descendientes de esos monarcas que, aunque nunca visitaron las Indias, las amaron desde la lejanía y se preocuparon por los habitantes de ultramar. La reina Sofía, además, procedía de la cultura que los españoles recibieron de Grecia, a través de Roma, y que llevaron a su vez a Indias. Había de ser una emoción muy intensa esta reina culta y amante de la historia.

Las palabras del rey se oyeron en un expectante y respetuoso silencio cuando recordó los modernos avances sociales que encerraban las leyes de Indias:

> Las disposiciones de las leyes de Indias, en las que se ordenaba a reyes y presidentes que los naturales no trabajasen más de ocho horas, cuatro horas en la mañana y cuatro en la tarde, en las horas más benignas en estos climas tropicales.

Era un necesario recordatorio ante los estragos producidos por la interesada leyenda negra.

Visitaron también los reyes los lugares bolivarianos, aquellas ciudades y villas en las que Simón Bolívar planificó, como el gran estratega que era, su sueño de independencia, que comenzaría a brotar en su espíritu en las universidades liberales españolas, que él frecuentó con interés ilusionado, comprendiendo que esas ideas podían llevar a América a la libertad.

¿Cómo queremos que sea España?

15 de diciembre de 1976

El referéndum para determinar la ley de reforma política que haría de este país una nación libre, plenamente democrática, tenía entusiasmadas a las buenas gentes. Para algunos, presentaba la primera ocasión de votar; para otros, la posibilidad de que llegaran «los suyos», pero para la mayoría encarnaba una ocasión para la concordia y el entendimiento. El sentimiento de estar sometidos, y amparados por la misma ley llenaba de tranquilidad el ánimo de todos. Fue una época de ilusión. Los políticos supieron entusiasmar a sus conciudadanos, que ansiaban su equiparación con Europa. Una canción que se hizo sumamente popular se oía por los altavoces de los coches que recorrían Madrid: «Habla, pueblo, habla, tuyo es el mañana. No escuches a quien diga que guardes silencio. No dejes que nadie decida por ti…».

Después de ser tratados como niños que tenían que ser guiados, esa canción era refrescante y esperanzadora. Tras el referéndum, el recién elegido presidente Suárez defendió en las Cortes un proyecto de reforma constitucional, que fue aprobado por el 92 por ciento de los diputados en una acción que el pueblo llamó «el harakiri nacional». Es admirable el sentido de la realidad que tuvieron esos votantes, que entendieron a la perfección que los tiempos habían de cambiar. Esa ley suprimía el Consejo del Reino, a la vez que reinstauraba el Congreso de los Diputados y el Senado. Era el primer y decisivo paso para las futuras elecciones generales, que fueron anunciadas para el mes de junio. El segundo paso para la renovación del país estaba en marcha.

«De la ley a la ley», fue la magnífica fórmula que encontró Fernández-Miranda para entrar decididamente en un mundo nuevo sin dinamitar todo lo anterior. Con el rey y Suárez, el país dio lo mejor de sí mismo: generosidad, diálogo, trabajo de equipo se vieron en unos políticos que fueron capaces e ilusionar a la gente, que no solo les siguió, sino que compartió unos ideales que

construyeron uno de los periodos más prósperos que ha conocido nuestro país. A pesar de todo, el tránsito de un régimen a otro no sería sencillo.

9

ARDUO ES EL CAMINO
1977-1981

La Ciudad Eterna
10 de febrero de 1977

Fue muy significativa la visita de los reyes al papa Pablo VI, del que recelaban algunos en España, porque consideraban que sus ideas se inclinaban demasiado a la izquierda, cuando lo único que el papa hacía era cumplir con su cometido de aunar voluntades y recordar a los gobernantes que la clemencia ha de ser innata en quien gobierna. La audiencia, que estaba fijada para el 10 de febrero, a las diez y media en punto de la mañana, sucedió con el estricto y puntualísimo protocolo vaticano. La reina, cuando descendió la majestuosa escalera de la embajada —realizada por el insigne arquitecto Borromini siguiendo la planta cuadrada castellana —, estaba deslumbrante en su vestido largo blanco, usando el derecho del antiguo privilegio, y mantilla y peineta color crema con la banda de la Orden de María Luisa. El rey lucía sobre el uniforme de capitán general de los Ejércitos el gran collar de la Orden Piana, máxima condecoración vaticana, que le había entregado monseñor Benelli el día anterior.

Salió el cortejo real de la embajada de España, la más antigua del mundo, que tiene su sede en la plaza de España desde 1646, año en el que el conde de Oñate compró el palacio para representación española. Como embajada permanente la de España estaba en Roma desde 1482 y alquiló diversas residencias hasta 1646. El coche de los reyes iba acompañado por diez automóviles de la Ciudad del Vaticano engalanados con banderas de España y las enseñas pontificias. La comitiva se puso en marcha, abriendo el paso los temerarios motociclistas italianos, que suelen conducir a una velocidad endiablada por las angostas calles romanas. En alguna ocasión, las enrevesadas travesías se convertían en trampas para los coches más anchos, que quedaban atrapados entre sus muros. Al llegar a la plaza de San Pedro, esta se mostró en todo su esplendor.

El Brazo de Carlomagno abrazaba la imponente plaza que cruzaron los coches para pasar bajo el arco de las Campanas, y ser recibidos por el prefecto de la casa pontificia, con la Guardia Suiza luciendo el uniforme de gala rojo, azul y gualda, que diseñara el magistral Miguel Ángel. Estos rindieron honores a los regios visitantes y la banda interpretó el himno nacional, lo que produjo un momento de gran emoción para todo el séquito compuesto por el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, acompañado de su elegante mujer Silvia Arburúa; el embajador ante la Santa Sede con su esposa; el secretario general de la casa del rey; su jefe de protocolo y componentes de la embajada.

Al llegar a la sala Clementina, fueron recibidos por el asistente al trono pontificio, príncipe Colonna, que acompañó a don Juan Carlos hasta el umbral de la biblioteca privada del pontífice, que esperaba al rey con los brazos abiertos. Mientras tanto, la reina con su séquito esperaba el

momento en que la conversación entre ambos mandatarios concluyera. En ese tiempo pudieron admirar las colosales dimensiones de la sala con sorprendentes pavimentos de mármol de estilo cosmatesco y frescos de gran belleza entre los que destaca una alegoría de la *Tormenta sobre el lago Tiberíades*, que sufrieron los apóstoles en los albores del cristianismo.

Cuando doña Sofía fue recibida por el papa, este le mostró un gran afecto. Es muy posible que Pablo VI conociera y apreciara la labor discreta y callada de una reina que tuvo que ver mucho, oír bastante y analizar con su propio criterio la realidad circundante, sin traspasar la línea que separa las responsabilidades que la futura Constitución otorgaría al rey. Y aconsejar en consecuencia a su marido. El Vaticano goza de una formidable información, ya que posee en todos los puntos del globo fieles informadores de la realidad de cada país. A lo largo y ancho de todo el orbe, se extiende una red capilar de personas recopilando datos, corrientes de pensamiento y movimientos sociales. Arzobispos, obispos, párrocos y profesores de escuelas, colegios y universidades canalizan estos datos y opinión que van a parar a la Secretaría de Estado y, de ahí, recalan sintetizados en la mesa de trabajo del pontífice.

El Santo Padre pronunció un demorado discurso que coincidía plenamente con los anhelos de los españoles. Con esas palabras dio la bienvenida a los reyes y subrayó:

> En esta solemne e histórica circunstancia, la Santa Sede quiere confirmar su profunda estima y su benévola cercanía a España (…) y acompañará la vida de sus hijos españoles. Para avivar en ellos el sentido completo de los valores de su existencia, la conciencia de la dimensión personal y comunitaria de su fe, la responsabilidad de su inserción específica en el entramado social, la exigencia de colaborar en la fraterna integración de todos en el destino común, en la obra de superación de viejas barreras, en el progreso armónicamente participado para un equilibrio entre las clases sociales, en la ampliación de un justo clima de libertad responsable, abierto a la plena realización del cristiano y del ciudadano.[112]

Tras los regalos de cortesía, se despidieron del Santo Padre y marcharon al despacho del secretario de Estado, el cardenal francés Villot, con el que fueron después de la entrevista a la sala de los Paramentos, de indudable importancia simbólica, pues en ella pronunció Carlos V, antepasado de don Juan Carlos, su famoso discurso en 1536. Y lo hizo de memoria. El emperador, que conocía el alemán, italiano, francés y latín, escogió el español, la lengua del imperio.

Esperaba allí a los reyes todo el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, para mostrarles sus respetos. La visita concluyó con un recorrido por la basílica de San Pedro, donde doña Sofía se emocionó en la contemplación de *La Pietà*, de Miguel Ángel. Tanto dolor de una madre que ha de enterrar al hijo querido conmueve a todo aquel que se recoge estremecido ante esta escultura, que pierde su condición de frío mármol para convertirse en una madre de carne y hueso, con la sangre que fluye bajo la piel, y cuyo hijo yace inerte en sus brazos.

Al salir a la plaza de San Pedro, les despidió la Guardia Suiza rindiéndoles honores y, para deleite de la reina, tocaron el himno pontificio que el magistral compositor Gounod regalara a la Santa Sede.

Los reyes habían de ser anfitriones de un almuerzo en la embajada de España ante la Santa Sede, donde recibirían al cardenal Villot, a los arzobispos españoles de Toledo y Madrid, al sustituto de la Secretaría de Estado, el prelado del Opus Dei y el nuncio en Madrid. Por la tarde, los reyes se desplazaron a la basílica española de Santa María la Mayor para que el rey tomara posesión de su puesto de protocanónigo.

El viaje de Estado acabó con una recepción en la embajada a las autoridades eclesiásticas y mundo romano. Y, por la noche, con una cena de gala que ofrecía el presidente de la república, Leone. Don Juan Carlos hubo de sentir una profunda emoción al volver a la ciudad que le había

visto nacer, a la que ahora tornaba como rey de España. Por el camino habían quedado preocupaciones, malentendidos e incertidumbres. Era la hora del triunfo.

El 14 de mayo de ese año de 1977 se desarrolló una ceremonia importante, pero casi íntima, reducida a la familia, algún miembro del Gobierno y las casas del rey y del conde de Barcelona. Se trataba de la renuncia que llevó a cabo don Juan de los derechos de legitimidad dinástica. ¿Por qué el conde de Barcelona había esperado tantos meses para hacer esta renuncia?

Mientras se apaciguaba a los ultras y se convencía a los procuradores de que la Transición democrática era inevitable, don Juan se mantenía como el viejo luchador de las libertades. El conde de Barcelona terminaba con generosidad su derrota ante el desafío que le había mantenido activo, a fin de conseguir un importante objetivo. La reacción de este hombre noble, que vio truncado su acceso al trono de sus mayores, fue admirable.

En el salón de La Zarzuela, no en el palacio de Oriente, donde había pasado tantos años de su infancia y juventud, don Juan iba a renunciar a sus derechos dinásticos. A la una y veinte en punto, el ministro de Justicia y notario mayor del reino, Landelino Lavilla, con su habitual parsimonia y conocimiento, estaba dispuesto a tomar acta. El ambiente era de contenida expectación.

Un padre daba un paso trascendental, una renuncia, para afianzar el trono de sus mayores. Se colocaron padre e hijo a un lado. Junto al rey, a la derecha, la reina y los infantes. Doña Sofía trataba a todos con afecto y dedicación; los lazos familiares habían de estar por encima de todo, como ella probaría en las ocasiones críticas. A la izquierda de don Juan, la condesa de Barcelona, María la Brava, madre dedicada, mujer de carácter y también muñidora de paz.

Estaban presentes los presidentes de medios de comunicación: Luis María Anson, que tanta lealtad guardó siempre a don Juan, José Mario Armero, Alejandro Armesto, Aquilino Morcillo, Javier Godó y José María García Hoz.

Era el momento oportuno para dicha renuncia, pues el camino hacia la democracia que estaba en marcha era inequívoco. Las palabras del conde de Barcelona fueron reflejo de sus intensos sentimientos y de todos aquellos valores por los que siempre había luchado:

> … El rey tiene que serlo de todos los españoles. Fiel a estos principios, durante treinta y seis años he venido sosteniendo invariablemente que la institución monárquica ha de adecuarse a las realidades sociales que los tiempos demandan (…). Por ello, instaurada y consolidada la monarquía en la persona de mi hijo y heredero don Juan Carlos (…), creo llegado el momento de entregarle el legado histórico que heredé y, en consecuencia, ofrezco a mi patria la renuncia de los derechos históricos de la monarquía española, sin títulos, privilegios y la jefatura de la familia y casa real española…[113]

Y los españoles pudieron contemplar en la televisión una escena conmovedora: a un rey que nunca pudo ser, cuadrarse ante su hijo el rey, hacerle la venia y proclamar con voz firme:

—Majestad, España sobre todo.

—Señor, el mandato de su majestad el rey Alfonso XII, «Sobre todo España», creo que ha sido cumplido —respondió don Juan Carlos.

Y continuó don Juan Carlos su emocionado discurso, en el que agradeció la abnegación de su padre y, al terminar, estrechó a este, fundiéndose los dos en apretado abrazo.

Fundación Reina Sofía
Mayo de 1977

Para una mujer activa y acostumbrada desde su adolescencia a realizar actividades sociales, la inacción había de ser un castigo. La larga lucha por restaurar la monarquía se había resuelto con éxito, ahora había que definir su papel como reina consorte. Por otra parte, a La Zarzuela llegaban peticiones de ayuda de toda índole, y había que estructurar esa acción social y hacerla eficiente. La mejor manera de acceder a los problemas y a su solución podía ser una fundación, y así nació la Fundación Reina Sofía, para la que la reina aportó los primeros fondos y de la que sería la presidenta ejecutiva.

Uno de los puntos que debían ser tratados con la mayor atención era el cuidado de los mayores. La reina iba a conocer a la perfección el abandono en el que malvivían muchos ancianos en la civilizada Europa. Todavía en 1977 la estructura familiar se mantenía en España, pero comenzaba ya a dar signos de decadencia. Con la pérdida progresiva de valores, la sociedad hedonista, deslumbrada por el dinero y el placer, olvidaba en muchos casos a aquellos que se habían sacrificado para que sus hijos gozaran de mejores oportunidades que las que ellos habían tenido.

Una sociedad se retrata en la manera en que cuida de sus niños, de sus enfermos y de sus mayores. A estos últimos no solo les ahogaba la soledad, sino que, en ocasiones, era difícil para ellos acceder por sus propios medios a los centros donde se ofrece asistencia médica. En algún país del Mercado Común, todavía son las asociaciones privadas las que remedian problemas de esta índole. La aprobación de la Ley de Fundaciones en 1994 y los convenios con entidades no-gubernamentales, ONG, como Cruz Roja Española o el Comité Español de Ayuda al Refugiado, ampliarían el campo de acción de doña Sofía.

Dos años después, en 1996, doña Sofía insistía en conocer de primera mano los proyectos de cooperación que España desarrollaba en África. Ese inmenso y fascinante territorio necesitaba cooperación en los campos más variados: medicina, alimentación, sistemas de agua potable, campos de refugiados para acoger a las víctimas huidas de las guerras tribales, educación, vivienda y promoción de pequeñas empresas en las zonas rurales que garantizaran la supervivencia de la población.

Los primeros países favorecidos fueron Tanzania y Mozambique. Para el primero, la reina aportó diez toneladas de ayuda humanitaria. Antes que regalar buenas palabras, había que alimentar a esa gente que tanto había sufrido. Pero doña Sofía, concienciada con las carencias que había observado en el continente, declaró: «Aunque se trata de una gota de agua en la inmensidad del océano, constituye el símbolo de nuestro compromiso con los que más lo necesitan. La tragedia del refugiado es la de todo el género humano… y el mundo no puede volverles la espalda».[114]

Y en Mozambique acudió a una escuela que, como en tantos lugares de África, regentaban los Padres Blancos, ocupados en este caso en la educación de niños en barrios marginales. La unión hace la fuerza, y en este espíritu aunaron esfuerzos en Nairobi los benditos Padres Blancos, con los jesuitas y la ONG Neus Camins, que repitieron el sistema de las reducciones jesuíticas del Alto Paraná, para llevar alimento, educación, vivienda, trabajo y dignidad a otra zona marginal de Kenia donde la delincuencia campaba a sus anchas.

En el viaje de cooperación de la reina a Mozambique una foto saltó a las páginas de todos los periódicos: doña Sofía, animada por el ritmo vivaz de las danzas que las mujeres celebraban en su honor, se mezcló con ellas y, con toda naturalidad, empezó a bailar.

Esa imagen contribuyó a mostrar la eficiencia y empatía de la cooperación española. Fernando Villalonga, secretario de cooperación en el gobierno de Aznar, explicaría esa decisión:

«En vez de gastar millones en publicidad, la presencia de la reina ponía la cooperación española en el mundo».

Fernando Villalonga, tan experimentado en estas lides, se vio a veces en delicadas situaciones frente al entorno de la reina, debido al entusiasmo de doña Sofía, que no deseaba cortapisas en su acción. Él diría a raíz de alguno de esos periplos: «Es una mujer con coraje, con un entusiasmo imparable (…). Esta disposición representaba un cierto riesgo que intranquilizaba a su secretario José Cabrera».

Hispanoamérica sería otra zona que se vería asistida por la atención de la Fundación Reina Sofía. La exótica y bella naturaleza puede transformarse a menudo en turbulenta y amenazadora. Pero prevalecía la serenidad de doña Sofía. Villalonga afirma: «La reina es espartana en la adversidad; tiene sentido del humor, es inteligente y provoca situaciones simpáticas».

Ese fue el caso en numerosas ocasiones en las que la reina se había desplazado para llevar consuelo y ayuda material, medicinas, alimentos y agua. Honduras, El Salvador y la esplendorosa Guatemala sufrieron el huracán *Mitch* que destruyó poblaciones enteras, dejando cientos de muertos y desaparecidos. Las avalanchas de lodo y tierra destruyeron a su paso escuelas, dispensarios y hogares; desmoronaron puentes y carreteras y las tierras de cultivo quedaron anegadas y dañadas. Una vez en Guatemala, la reina se quedó prendada de la belleza estremecedora de ese país. Parecía mentira que tanto dolor tuviera cabida en poblaciones tan hermosas.

La carretera hacia el lago Atitlán atravesaba aldeas donde las mujeres salían a trabajar al campo vestidas como reinas, con la chiquillería trotando detrás de sus madres. Los textiles de vibrantes armonías y las formas de faldas, sarapes y turbantes eran de una extraordinaria distinción. Y así, de esa guisa, araban, rastrillaban, plantaban y recolectaban. Cuando la guerrilla y las bandas paramilitares diezmaban los poblados, las mujeres tuvieron que sobrevivir y mantener a sus hijos en condiciones dificilísimas. Y, sin embargo, sonreían siempre. Y doña Sofía sonreía a su vez, estrechando a los niños en un cariñoso abrazo, aportando ayuda concreta a las mujeres y niños que necesitaban ser ayudados.

Una sorpresa aguardaba a la reina al llegar a Chichicastenango. Sus blancas iglesias se adornaban con arreglos de mil colores y sus escaleras estaban cubiertas por floristas ataviadas con primor y que vendían ramos de flores tropicales. Calas de blancas corolas, esterlizias enhiestas como lanzas, aromáticos jengibres, etéreas buganvillas y las vistosas flores del coral rivalizaban entre ellas con sus brillantes tonalidades. Los bulliciosos mercados con artesanía procedente de todo el país, cinturones, bolsos, muñecas, tejidos y máscaras, eran la representación veraz de un pueblo artista. Nada escapaba a la imaginación de sus habitantes. Ni escapaba a la mirada de doña Sofía, que gusta de visitar los mercados de artesanía local, pues muestran el talento y la laboriosidad de los artistas del lugar. El sincretismo religioso imperante en todo el país se revelaba sorprendente en esa fascinante ciudad. Construida en una cima durante la época española, sobrevolaba el lago Atitlán, que albergaba en su ribera doce pueblos que llevaban los nombres de los doce apóstoles.

En Santiago de Atitlán, sacaban en procesión la imagen del Maximón de Atitlán, que los españoles, a su llegada a Guatemala, identificaron como Judas Iscariote. Vestido de mala manera, llevaba un puro en la boca e iba acompañado de muchas velas que, en la oscuridad de la noche, tornaban su efigie tenebrosa e inquietante. Para castigar su traición a Cristo, le paseaban por toda la ciudad.

Pero otra parte de la población le otorgaba poderes mágicos y le ofrecían, durante sus andanzas callejeras, dinero, bebidas alcohólicas y puros, para que el Maximón les concediera

dinero, salud y buenas cosechas. Es el mundo de los chamanes, las limpiezas del espíritu, el sincretismo, el esoterismo y las hierbas medicinales. En esta zona del mundo, un chamán puede utilizar en su farmacopea, con pleno conocimiento, unas seis mil plantas medicinales. Este era otro punto de enorme interés para la reina, a la que su espíritu abierto impulsa a conocer los entresijos de otras culturas.

Como en el caso de África, se trataba no solo de aportar los víveres y bienes necesarios, sino de mostrar el afecto e interés de todo el pueblo español. «La reina se entregó con emoción, con sinceridad», contaba el secretario de Estado de Cooperación.

Otras palabras de doña Sofía en ese viaje fueron una promesa y una realidad: «No están ustedes solos, tienen a España aquí y les vamos a ayudar en la reconstrucción».[115]

La acción de doña Sofía se extendió a proyectos concretos en países de habla hispana, donde la llegada de la reina con ayuda humanitaria era celebrada como si de un rey mago se tratase. Conoció, en sus intervenciones en foros internacionales, a los personajes que cambiarían el mundo con su laboriosa e inteligente generosidad, como la madre Teresa de Calcuta, personaje entrañable donde los haya, o Muhammad Yunus, el Banquero de los Pobres. Un vez más, doña Sofía quiso conocer el lugar y el modo revolucionario en el que Yunus llevaba a cabo sus proyectos, y para ello no dudó en viajar a Bangladesh cuando el Banquero de los Pobres aconsejó a la reina que era mejor viera *in situ* el proyecto que estaban desarrollando.

Y acudió como presidenta de la Fundación Reina Sofía. Yunus, que procede de una familia acomodada y que podía dedicarse a una vida confortable y desahogada, había aprovechado sus conocimientos, adquiridos en las grandes universidades del mundo, en pro de aquellos que carecían de futuro hasta que él les tendió la mano.

Es el hombre que ha puesto su inteligencia al servicio de los más pobres con una idea genial: los microcréditos. Quien haya vivido en África o en Hispanoamérica habrá comprobado que la columna vertebral de esos países es la mujer. Pues bien, esos microcréditos estaban dirigidos en gran parte a las mujeres, que construían el país con sus trabajos profesionales, en sus empresas de artesanía, en sus labores agrícolas, en la educación y nutrición de sus hijos, en la limpieza e higiene del hogar…

El Banquero de los Pobres lo explicaba con la claridad que proviene del conocimiento: «Tuve discusiones terribles con los bancos: “Rechazáis a los pobres y a las mujeres”, les dije. “Incluso a las mujeres ricas. Queréis excluir a las mujeres”. Les acusé de falta de ética. Han pasado treinta años y asistimos en Bangladesh a un acontecimiento extraordinario. La situación de la mujer ha cambiado radicalmente». Y añadía satisfecho: «Saben que sus hijos tienen un futuro». Y ante el éxito empresarial de esas mujeres que antes se debatían en la pobreza más absoluta y a las que el banco Grameen concedió un microcrédito afirmaba: «Todos los seres humanos son empresarios en potencia. Hay que ayudarles a que descubran sus propias capacidades».[116]

Y Muhammad Yunus confió en ciento setenta y cinco millones de familias pobres, integrando a los excluidos en la economía del país, sin perder dinero, pues los beneficiados por esos microcréditos devolvían lo prestado. La utopía hecha realidad. Bien merece el Premio Nobel de la Paz —¿por qué no el de Economía?— que le concedió la academia noruega y el Príncipe de Asturias de la Concordia, que le sería otorgado en 1998. Este joven banquero de Bangladesh, aunque tiene ya setenta y cinco años, será siempre joven porque su mente lo es.

Otro grave problema en los países subdesarrollados es la imposibilidad de acceder a las nuevas tecnologías, lo que coloca inmediatamente a un sector de la población fuera del sistema. Para enmendarlo, Yunus consiguió, junto a la compañía Grameen Telecom, precios módicos en los móviles que entregaron a los trabajadores de áreas remotas de Bangladesh, facilitándoles el acceso a la comunicación. Este visionario, con un inesperado éxito económico y social, había levantado algunas ampollas en los circuitos comerciales lucrativos. Algunas de sus declaraciones fueron esclarecedoras: «No podrá alcanzarse una paz duradera hasta que una gran parte de la población encuentre la manera de salir de la pobreza. El desarrollo desde abajo sirve además, para que la democracia y los derechos humanos ganen posiciones».[117]

Uno de los méritos de doña Sofía es haber descubierto muy pronto a estas personalidades que han cambiado el mundo y con las que ha colaborado en proyectos concretos.

La cooperación y la ayuda al desarrollo son terrenos que la reina conoce a fondo, en los que se desenvuelve con conocimiento y empatía. Su hermano, el rey Constantino, siente por ella una profunda admiración y la considera una trabajadora infatigable que nunca pierde la sonrisa y hace gala de un gran sentido del humor, incluso en situaciones incómodas.

Y en cuanto a la familia se refiere, hay que recordar su contacto afectuoso y constante con sus hermanos el rey Constantino y la princesa Irene, su *alter ego*, persona en la que confía sin fisuras, como con la amplia familia de tíos y primos tanto Baden como Hannover y Hesse, y sus compañeros de infancia como Miguel de Grecia y Tatiana Radziwill o los parientes de Yugoslavia o Rumanía. Y para mantener los lazos familiares, reunía en Navidades a la familia del rey al completo, así como a la familia real griega, y a todos los parientes que vivieran en Madrid en aquel momento. Amor a la familia.

Primeras elecciones democráticas
15 de junio de 1977

La convicción del rey de que el antiguo régimen no podía subsistir encarnado en la monarquía se convirtió en un sentir popular. Pero la izquierda continuaba reticente hacia la sinceridad de los postulados de don Juan Carlos y de Suárez. Los militares se mantenían a la espera de los acontecimientos y una serie de secuestros y atentados originaron profunda inquietud. Fueron numerosos y todos ellos inicuos. Pero uno de ellos, perpetrado de manera brutal, causó profundo estupor en los ambientes nacionalistas. Aingeru Berazadi, antiguo trabajador que después de muchos años de esfuerzo había alcanzado una buena posición, fue secuestrado y asesinado por ETA al no conseguir su familia reunir el dinero del rescate. Se daba el caso de que Berazadi había sido siempre generoso patrocinador de ikastolas y otras actividades similares. El terror se implantaba en una sociedad que anhelaba ser democrática y dirimir sus diferencias en las urnas.

Surgieron numerosos partidos, entre ellos la UCD de Suárez, el PSOE que lideraba Felipe González, hacia quien la reina demostraba gran simpatía, y Alianza Popular, apodada los Siete Magníficos, por la fuerte personalidad de sus cabezas de fila.

Ganó esas elecciones el partido de centro de Suárez, la UCD, que se codearía en las nuevas Cortes con personajes hasta entonces tabú, como Santiago Carrillo, Rafael Alberti o aquella con la que se asustaba a los niños que se portaban mal en muchos hogares vascos: Dolores Ibárruri, la Pasionaria.

El sentimiento de victoria de la UCD, que fue merecido y real, impidió a los políticos de esa formación percatarse de la desunión que había entre sus filas, lo que tendría consecuencias desastrosas en los años venideros. Las divergencias internas y los personalismos causaron estragos en la cohesión de la formación centrista. Pensaron que el recién nacido partido sería eterno. Todo lo eterna que puede ser la política. Una personalidad política fue a conversar con Areilza y se expresó con total convicción sobre el futuro de Suárez: «Creyeron que él y su partido están ahí para quedarse hasta el fin de este siglo: cinco, diez, quince o veinte años».[118]

La reina observaba con preocupación lo que sucedía, pero confiaba en la clara intuición del rey para servir de puente con los políticos y encauzar la situación.

Quedaba un tercer paso de suma importancia: la Constitución. Su redacción fue encomendada a siete personalidades que representaban los diferentes partidos y su cometido era abrigar a todos los españoles bajo la protección de unas leyes que garantizaran la justicia y trajeran la libertad.

La Corona en las Cortes

23 de julio de 1977

De nuevo la Carrera de San Jerónimo bullía con creciente animación. La ocasión lo merecía. Los políticos y mucha gente corriente en la calle eran conscientes de estar presenciando el inicio de una nueva época, con la ilusión que comporta un tiempo nuevo. Esa tarde se concretarían las promesas de libertad y democratización que habían sido propuestas. Don Juan Carlos iba a pronunciar el primer mensaje de la Corona. El presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, entró en el hemiciclo y andando con su porte de torero se colocó en su escaño. Luego accedieron sus majestades escoltados por los ujieres con sus sobrios uniformes oscuros y acompañados por los maceros con sus vistosos tabardos de damasco carmesí, blasonados con las armas de Castilla y León. La reina llevaba un vestido de seda ligera de color claro y, como joyas, usaba un collar y pendientes a juego. Un sonoro aplauso recibió a los reyes.

Pero una parte de la bancada permaneció con los brazos cruzados. Esperaban la alocución del monarca para decidir su postura. El rey vestía el uniforme de capitán general del Ejército de Tierra y ostentaba el Toisón de Oro. Sabía muy bien lo que se jugaba en esa sesión. Cada paso que diera, cada gesto, cada discurso contribuiría a afianzar o debilitar la monarquía.

La expectación se mascaba en el silencio profundo que planeaba sobre el hemiciclo. El rey comenzó:

> Señores diputados, señores senadores:
>
> Les saludo como representantes del pueblo español (…). Como monarca constitucional que hablo en nombre de la institución a la que me debo, no me incumbe proponerles un programa de tareas concretas (…).
>
> La responsabilidad de las Cortes está en recoger las aspiraciones de los españoles y canalizarlas adecuadamente (…). La ley nos obliga a todos por igual. Pero lo decisivo es que nadie pueda sentirse marginado. El éxito del camino que empezamos dependerá en buena medida de que en la participación no haya exclusiones (…).
>
> Estoy convencido de que en sus trabajos no olvidarán la necesidad de atender especialmente a los sectores menos favorecidos de nuestro pueblo (…).
>
> La expansión de la cultura y la mejora del orden social requieren un esfuerzo constante, dirigido a lograr una adecuada participación en aquellos bienes que, siendo fruto de la cooperación de todos, son igualmente indispensables para la general prosperidad.

Esta vez sí, todos los diputados y senadores, de todos los partidos, incluidos los socialistas, aplaudieron con entusiasmo esperanzado, pensando que, en efecto, el cambio estaba en marcha,

que ese rey podía ser «el motor del cambio».

Algunas veces las decisiones habían de ser tomadas con celeridad, pero había personas que llevaban años soñando con la situación que en ese momento avistaban. Uno de esos personajes era Josep Tarradellas, que desde el exilio mandaba mensajes que serían fundamentales para la andadura hacia la democracia. Así, afirmaba: «Hoy la Generalitat es ya irreversible». En sus palabras también se reflejaba la confianza en el futuro que el rey prometía a los españoles: «Es evidente que la situación actual de España tiene que ver muy poco con los tiempos de la dictadura franquista».[119]

La reina Sofía cuenta la anécdota que tuvo lugar cuando el rey recibió al honorable Tarradellas en Madrid, pues don Josep quiso entrar en España por la capital del reino. Al saludar a don Juan Carlos, el honorable le dijo:

—Yo soy republicano de toda la vida.

A lo que el rey respondió:

—Ah, pues yo también soy monárquico de toda la vida.[120]

Esos hombres de ideas claras y firmes, pero entregados a la voluntad de dialogar y aunar voluntades, crearon el magnífico andamiaje de la Transición

Ante la Santina

Otro importante aspecto era hacer visible la continuidad de la monarquía. El 1 de noviembre de 1977, los reyes afirmaban la monarquía en la persona de un niño de diez años que algún día sería rey. En Covadonga, en el corazón de la España cristiana, donde se forjó la rebelión contra el invasor, el reino de don Pelayo, iba a tener lugar la investidura de don Felipe como príncipe de Asturias. En los majestuosos Picos de Europa, rodeado de inmensos árboles, se alza el santuario de Covadonga, que se yergue en esa región donde la protagonista es el agua, en sus múltiples ríos, lagos y cascadas. Llegaron los reyes con el príncipe al santuario de Nuestra Señora, a la gruta milenaria donde los cristianos se reunían para establecer la estrategia del combate, y allí, en ese lugar de honda simbología, oyeron una misa. La imagen de Nuestra Señora, pequeña y graciosa, conocida por los asturianos como la Santina, estaba primorosamente vestida y rodeada de flores. Las ásperas paredes de piedra gris contaban la historia de esfuerzo y trabajos denodados de la hermosa región.

Al terminar la ceremonia, se dirigieron al Cabildo, donde procedieron a la investidura, entregando el presidente de la Diputación a don Felipe las enseñas de la Cruz de la Victoria, preciosa joya en oro y esmeraldas con el emblema de la región.

Pero era mucho el camino a recorrer. La gente no estaba acostumbrada a la monarquía, ni a su protocolo. Tanto era así, que unos comentaristas radiofónicos anunciaron, con el mayor desparpajo, la llegada de los reyes a una ceremonia de esta guisa: «Sus majestades los reyes magos de España han acudido a la inauguración». ¿O el inspirado locutor ansiaba que nuestros reyes tuvieran poderes mágicos para resolver los muchos problemas existentes?

Premio Cervantes
4 de abril de 1978

Era muy importante reanudar unas relaciones exteriores que pusieran a España en el mundo, pero era también necesario comenzar una labor tenaz y continuada de recuperación de nuestra cultura.

Con ese espíritu se creó en 1976 el Premio Miguel de Cervantes, concedido a la obra literaria global de un autor en lengua castellana, que hubiera contribuido de manera notable al patrimonio cultural hispano. A través de los años se fue premiando a las figuras señeras de la literatura en español, siendo el galardonado de 1976 Jorge Guillén y el último, hasta el momento, en 2015, uno de los más grandes escritores de la lengua castellana, que además es pintor, diplomático y académico, el mexicano Fernando del Paso.

Dada la categoría de los premiados que van desde Alejo Carpentier, el tándem formado por el argentino Jorge Luis Borges y el español Gerardo Diego, Luis Rosales, María Zambrano, la cubana Dulce María Loynaz, Camilo José Cela, José García Nieto, el cubano Guillermo Cabrera Infante, Francisco Umbral o Ana María Matute y la mexicana Elena Poniatowska, el Cervantes se ha labrado el mérito de ser considerado hoy día como el Nobel de las letras hispanas.

Este galardón, que no puede ser declarado desierto, se entrega en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, ciudad natal de don Miguel de Cervantes, en una ceremonia que presidió durante largos años el rey Juan Carlos acompañado por la reina. Doña Sofía es ferviente lectora y aprecia la novela histórica seria, que es difusora de nuestra apasionante historia.

Uno de los objetivos de este premio es dar a conocer los escritores de nuestra lengua e incentivar la lectura. Don Miguel de Cervantes nos legó este sabio consejo: «El ver mucho y leer mucho aviva los ingenios de los hombres».

Misiones en el exterior

Marruecos, primavera de 1978

1978 fue un año de enorme actividad para los reyes tanto en el ámbito español como en el extranjero. La visita oficial a Marruecos revestía singular importancia, ya que con nuestros vecinos del sur teníamos muchos temas pendientes. El reino alauita pesaba mucho en la escena internacional, y además la relación del monarca español con Hassan II era notable. Y no era una visita fácil. Pero existía buena voluntad para superar los escollos. En el avión que llevaba a la delegación española, la reina iba sentada en asiento de ventanilla y el rey en el del pasillo. Justo detrás de doña Sofía estaba el ministro de Transportes y Comunicaciones, Salvador Sánchez-Terán, y tras el rey, el ministro de Asuntos Exteriores Marcelino Oreja.

En un punto determinado, camino de Rabat, Salvador le hizo notar a doña Sofía:

—Majestad, mire, abajo tiene Gibraltar.

—¡Pero si eso es España! —contestó sorprendida la reina.

Y así es. No está en islote alguno perdido en los mares. Es territorio español. Desde miles de metros de altura, la sensación de unidad del territorio, de pertenecer el Peñón a tierra española, era una evidencia.

La espectacularidad de la ciudad de Fez se veía potenciada por los numerosos guardias a caballo que esperaban en el aeropuerto y los hombres de la cabila que jalonaban el recorrido desde el aeropuerto hasta el lugar de destino, que era la plaza Mayor de Fez.

Comenzaban a ponerse los cimientos de unas, duras a veces, excelentes otras, relaciones hispano-marroquís.

La Muralla China

El viaje a China que realizaron unos meses después, en junio, significaba en aquel momento un proyecto innovador. China, el gigante asiático, era la gran desconocida y un posible socio comercial de infinito potencial. Era imprescindible hacer una escala para recorrido tan demorado y se decidió que esta sería Teherán. Al conocer el sha la noticia, quiso que dicha parada se convirtiera en una ocasión absolutamente fastuosa, en la que podrían tener conversaciones políticas del más alto nivel. Después de una recepción absolutamente esplendorosa —de «mil y una noches», como afirmaría el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja—, la misión continuó su periplo. Los reyes y su comitiva viajaban en el avión *Alonso Cano* de Iberia, y en otro aparato, el *Sorolla*, los numerosos corresponsales de prensa que cubrían ese novedoso e importantísimo viaje. Muchos son los intereses de doña Sofía, su curiosidad le lleva a indagar en lo intangible, en aquello que aparentemente no tiene explicación. Es frecuente que personas de mente racional y reflexiva se sientan atraídas por lo paranormal, todo aquello que escapa de lo real. Como los ovnis. Esos objetos voladores no identificados han llamado la atención incluso de la NASA, pero todavía causan inquietud a los que solo aceptan lo concreto, lo explicable, lo que se puede ver y tocar.

En el viaje oficial a China, la reina iba a perder una de las oportunidades más claras de observar uno de esos objetos no identificados que rondó sin cesar el avión que llevaba a los periodistas que acompañaban el viaje real.

El extraño artefacto era rojo, incandescente y lucía una larga y flameante estela de intenso color carmesí, según algunos testigos. La visión de otros era ligeramente distinta: se trataba de un disco luminoso con una intensa luz blanca. Posiblemente ambas versiones eran veraces. El cielo se iluminaba con este intruso, en un fascinante fulgor de aurora boreal.

Doña Sofía sintió no haber viajado en el avión que fue honrado con semejante visita. ¡Lo que hubiera dado por contemplar la cercanía de ese esplendoroso visitante!

Había mucha expectación en China por mejorar las relaciones con España, como puente para la colaboración con los países del Mediterráneo. Era interesante recordar el intenso intercambio comercial que, durante dos siglos y medio, se produjo entre España y China, a través del *Galeón de Manila*, que portaba en sus panzas las maravillas venidas de Oriente. Y Filipinas fue el crisol de tres razas de navegantes y comerciantes, la española, china y tagala.

El primer homenaje de la misión española fue a la tumba de Mao Tse Tung, en la plaza de Tiananmén.

La curiosidad de doña Sofía tuvo cumplida satisfacción al recorrer la Ciudad Prohibida, con su halo de misterio, y tuvo la alegría de contar como traductor con un antiguo compañero de estudios en la Universidad de Madrid llamado Yen Chin Yu. El domingo, los reyes pudieron asistir a misa en la iglesia católica de Nang Tan, que databa de la época de las misiones jesuíticas en el siglo XVIII. El calor popular se hizo patente en Hangzhou, la bella capital de la provincia de Zhejian. La poesía que desprende esta ciudad es tan intensa que no parece real. Pudiera ser un escenario para un ballet. Sus habitantes de todas las edades recibían al sol naciente practicando una disciplina un tanto desconocida para los europeos, el tai chi. Los poéticos parques y jardines estaban ocupados por jóvenes y ancianos, mujeres y hombres entregados a esos movimientos sutiles que buscan la armonía con el universo, con la brisa, la flor de loto, el sauce, la tierra y el agua. De nuevo, doña Sofía encontraba en otras culturas un sólido entronque con su pensamiento. La reina, dotada de una gran sensibilidad, tuvo que disfrutar con esa villa enamorada de las aguas, asomada al río Quiantang, donde flotan hermosas pagodas, jardines escondidos y puestas del astro rey que dejan el alma en suspenso ante tanta hermosura. Doña Sofía fue al mercado tradicional, donde pudo admirar la artesanía local, que da testimonio de la

creatividad y laboriosidad de un pueblo, a la vez que conserva las tradiciones que promueven la diversidad artística, dejando campo abierto a la imaginación de cada artesano. Es la expresión de una cultura. Es también fuente de ingresos para muchas personas que viven aisladas de los grandes centros urbanos y que acuden al mercado para vender sus creaciones.

En Hangzhou, la seda y las múltiples variedades de té verde adornan los puestos, y las excelentes maderas provenientes de frondosos bosques son el material en el que se confeccionan muebles, maquetas de exóticos sampanes y orondos budas. El periplo concluyó en Shanghái, la rutilante ciudad al borde del río Yangtsé, que presenta mil curiosidades como su apoteósico crecimiento y el inmenso refugio atómico que se esconde bajo casi la totalidad del municipio, con todo lo necesario para esa contingencia, ropa, agua y alimentos. Uno de los hitos en Shanghái fue la visita a un hospital especializado en la reimplantación de miembros amputados por distintos accidentes. Los reyes y su comitiva pudieron ver con todo detalle y cercanía a los pacientes a los que se les había injertado un miembro, manos o dedos. En algunos momentos la realidad era en verdad punzante, hiriente. A continuación, les ofrecieron una película donde se veía con sumo realismo los miembros destrozados y su posterior cura. En casi todo el periplo la temperatura había sido muy alta y ese día era sofocante. Marcelino Oreja, acosado por la fatiga propia de estas misiones, el calor reinante y la tremenda visión, comenzó a sentir la angustia de un creciente malestar. Al verle pálido, la reina se dio cuenta de su indisposición y dijo:

—Juanito, vamos a sentarnos.

El rey accedió, y Marcelino pudo recuperarse, evitando así el desagradable mareo al ministro de Asuntos Exteriores. Don Juan Carlos, cuando comprendió el motivo de la indicación de doña Sofía, haciendo gala de sentido del humor le aclaró luego al ministro:

—Son las orejas estofadas de anoche.[121]

El menú de la noche anterior había consistido en aletas de tiburón, sábalo chino y… oreja marina estofada, provocando comentarios jocosos con el apellido del político vasco.

De retorno ya a España, a pesar de la ansiosa espera, el famoso ovni no volvió a aparecer en la noche estrellada.

En el mes de julio, ya en España, una gran expectación rodeó la corrida de la beneficencia de ese año 1978. Se había anunciado la asistencia de doña Sofía y sin embargo era conocido su desinterés por dicho arte. Los alrededores de la plaza eran un hervidero de gentes dispuestas a disfrutar con el espectáculo. El sol lorquiano doraba la arena y la música anunciaba ya con un pasodoble torero que iba a comenzar el paseíllo. Un arte milenario, con imágenes de la lucha del hombre contra el toro de las cuevas prehistóricas y venido de las antiguas islas del mediterráneo, iba a celebrar su rito de danza, valor y muerte una vez más.

Entraron en el albero los toreros derechos como sables con el aire retador digno de su arte, finos como juncos y enfundados en sus coloridos trajes de luces, de alamares y bordados intrincados. El contrapunto del negro lo daban la montera y las zapatillas, que también se llaman manoletinas, en honor al gran Manolete, que efectuaba un pase con la muleta a la que el público dio el nombre del torero, manoletina. Los maestros de esa tarde fueron Ruiz Miguel, Galloso y el Niño de Aranjuez, que lidiarían toros de Hernández Pla.

Relucían las lentejuelas en los trajes grana (rojo oscuro), nazareno (morado) y purísima (azul claro), los caballos de los picadores avanzaban lentamente, apesadumbrados por las protecciones que les impedían caracolear al son de la vibrante música. Los picadores, henchidos de empaque y tocados con su castoreño, el sombrero de ala ancha, observaban el tendido como si valoraran el

lleno de la plaza. El presidente de la fiesta dio permiso para que esta comenzara, tocaron los clarines para el primer matador, se abrió la puerta del toril e irrumpió en la plaza un toro cárdeno, de manto negro y pecho blanquecino, poderoso e imponente, que arremetió con brío contra el almagre de la barrera.

La reina estaba seria, pero esbozaba de vez en cuando una sonrisa. Era evidente que no disfrutaba, que su amor a los animales superaba el colorido de la fiesta. Sería la última corrida a la que ella asistiría, pero eso todavía la gente no lo sabía.

Ondeó el capote rosa y oro, se envaró el torero adelantando el torso y retando al animal, que, confundido por la luz cegadora, se detuvo a valorar el lugar en el que se encontraba.

La defensa de los animales de la que es abanderada la reina le haría renunciar para siempre a ese espectáculo. Es cierto que la suerte de varas se alarga en demasía con algunos picadores. Es verdad que la suerte de matar inspira en muchas personas desasosiego, pero la «fiesta» encierra tal valor plástico, tal derroche de color, tal danza ritual y totémica, tan ancestral batalla entre la fuerza del toro y la inteligencia del hombre, que son muchos los partidarios en esta tierra de pasiones encontradas.

La Constitución
Octubre de 1978

Mientras tanto, la actividad política continuaba en la senda del cambio en ese octubre soleado. Quedaba un tercer paso fundamental, la Constitución, que ampararía y obligaría por igual a todos los españoles. El título preliminar de nuestra Carta Magna propugnaba que nuestra convivencia se había de desarrollar en un «Estado social y democrático de derecho que propugne como valores superiores del ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político».

Todas las piezas iban encajando. La Corona se afianzaba. La Constitución sería sancionada dos meses después, el 27 de diciembre. Era hora de algunos gestos. Carlos Hugo de Borbón-Parma, el antiguo rival carlista, fue recibido por el rey, y por consejo de doña Sofía, que hila muy fino, no en el ambiente familiar y cercano de La Zarzuela, sino en el palacio de Oriente con toda sobriedad y con total lejanía.

Alfonso de Borbón, en ese momento aún presidente del Instituto de Cultura Hispánica, declaraba con lealtad: «Juan Carlos pertenece a mi generación. Creo que nuestras ideas sobre el país y otras muchas cuestiones coinciden perfectamente. En otras palabras, siento que somos muy parecidos».[122]

Pero es en el terreno de las ideas donde acababa la similitud. Faltaba poco tiempo para que el matrimonio de Alfonso se deshiciera de manera estrepitosa. Él, que tanto había sufrido con la separación de sus padres, habría de enfrentarse a una separación dolorosa. Y aún habría de causarle el mayor dolor de su vida un terrible accidente de tráfico, que se llevó un maldito día la vida de su hijo Fran, niño cariñoso, inteligente y reflexivo, a quien su padre y todo aquel que le conocía adoraban.

Inauguración Tenerife Sur
6 de noviembre de 1978

Los momentos placenteros se hicieron muy breves, pues los reyes tenían obligaciones continuas. La reina Federica alargó sus estancias en Madrid, junto a sus nietos y su hija adorada.

Pero doña Federica era aún joven y parecía que le quedaban años por delante para disfrutar de su querida familia. Cuatro días después de festejar su cumpleaños, el 6 de noviembre, la reina acudía a la inauguración del aeropuerto en Tenerife Sur. Tenía un especial significado, pues ocurría después del terrible accidente de aviación en Los Rodeos que había costado tantas vidas. Apareció doña Sofía en la puerta de la aeronave y estaba allí para recibirla el ministro de Transportes, Salvador Sánchez-Terán. De repente la expresión de la reina se iluminó con una amplia sonrisa. Lo que provocaba su alegría era el enorme cartel con el nombre del aeropuerto: «Aeropuerto Reina Sofía».

Durante todo el discurso del ministro, la reina continuó con expresión complacida. Las fotos que se hicieron ese día para dar fe del importante acto testimoniaban esa felicidad de doña Sofía, que se prolongó durante toda su visita a la isla tinerfeña.

Mas la agenda no permitía dilaciones. Los reyes se habían de preparar para un viaje, que había sido demorado por su significado político, y que por fin iban a emprender ese mismo mes.

Viaje a Argentina
Noviembre de 1978

El mundo en ese momento era un complicado damero de situaciones políticas cambiantes. Las relaciones con las naciones hermanas se habían de entretejer sin distinciones y sin inmiscuirse en los asuntos internos de cada país. Por tanto, el viaje oficial a Argentina presentaba pros y contras. En España, la oposición se mostraba totalmente contraria a dicha visita, pues alegaba que los desmanes perpetrados por el Gobierno de la junta militar merecían el más absoluto rechazo por parte de las naciones democráticas. Acertaban al decir que las desapariciones de innumerables personas, de las que sus familiares no tendrían jamás noticia, clamaban al cielo. Y por este motivo precisamente era necesario realizar ese viaje, porque, tanto de manera eficiente, como con la discreción que requiere la diplomacia, podían obtener la información necesaria y mediar con conocimiento para paliar situaciones dramáticas y urgentes.

En esta línea de pensamiento surgieron numerosas razones que aconsejaban el viaje. Había que hacer acto de presencia e intervenir a favor, no solo de los argentinos, sino de los miembros de la numerosa colonia española o de origen español que vivían en ese país y que comenzaban a sufrir los zarpazos de una represión implacable. El ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, defendió el 28 de agosto en el Parlamento la idoneidad de ese viaje a la nación sudamericana. En los prolegómenos de la organización, el Gobierno de Videla, para mostrar el interés que tenía en esa visita, puso en libertad a cuarenta y un españoles. Pero la anterior diversidad de opiniones hizo que el viaje se retrasara hasta el mes de noviembre.

Tras el aterrizaje en el aeropuerto de Ezeiza, cuando se abrió la puerta del avión, el espectáculo que contemplaron los reyes resultó inquietante. Soldados vestidos con trajes de camuflaje y armas de largo alcance vigilaban el terreno, como si el país estuviera en guerra. Y lo estaba. El Gobierno contra sus propios ciudadanos.

Era fundamental extremar la prudencia y medir todos los movimientos. Con Videla no se produjo el tradicional abrazo del rey con los mandatarios hispanos. Había que marcar distancias. Los gestos fueron sutiles, pero decididos. La junta, por su parte, en señal de amistad, liberó a otros seis detenidos políticos.

Para que no hubiera la menor duda, una de las primeras actividades de los visitantes sería la rueda de prensa que mantuvieron los periodistas españoles con las Madres de la Plaza de Mayo. Y el propio rey recibió a una delegación de la Liga Argentina de Derechos Humanos, que se había reunido con el ministro español de Exteriores. En la embajada de España, la reina, madre preocupada, solicitó al embajador una «línea directa con el mundo», para poder hablar con sus hijos.

Años más tarde, en un posterior viaje a Argentina, los reyes se reunieron con las veintinueve familias de desaparecidos españoles, quienes les relataron las trágicas historias de las que, bien a su pesar, habían sido protagonistas. La reina no pudo ocultar unas lágrimas de intensa pena por esos dramas innecesarios y crueles.

Entre los interlocutores había varios gallegos y uno de ellos preguntó a don Juan Carlos por la conversación que había mantenido con el general Videla, a propósito de los seres queridos que habían desaparecido. El monarca, apesadumbrado, admitió que las respuestas no habían sido clarificadoras, que Videla había sido muy ambiguo.

Los familiares que tanto habían sufrido no se contentaron y entre ellos alguien preguntó si el Gobierno español se había esforzado, si había hecho todo lo que estaba en su mano. Don Juan Carlos les aseguró que se habían efectuado muchas más acciones contundentes de lo que podían imaginar. Pero que muchas de ellas habían tenido lugar con la máxima y necesaria discreción para no ser acusados de interferir en los asuntos internos de otra nación.

La reina, emocionada y dolorida, les dijo que les comprendía, que entendía su dolor, pues ellos también eran padres.[123]

El rey de España fue preguntado sobre aquella época y por si España había hecho todo lo que pudo para aliviar el tormento de los perseguidos. Don Juan Carlos explicó con claridad que habían obtenido la libertad de muchos, pero que todo se había realizado de manera discreta sin interferir abiertamente en la política interna de la nación anfitriona.

La diplomacia española había actuado con inteligencia para sacar de Argentina a personas en verdadero peligro de ser detenidas, y era bien sabido el fin que sufrían muchos de esos encarcelados. El embajador español en aquellos años turbulentos de la junta, Enrique Pérez Hernández, hombre de simpatía arrolladora, hábil negociador y versado en la psicología humana, era muy querido en Buenos Aires y buen conocedor del territorio. Ayudó a numerosas personas a huir de sus perseguidores, enviándolos a Río de Janeiro, donde el cónsul general de España en esa ciudad, Carlos Abella, los acogía en su casa. Muchos de los huidos eran gallegos o de ascendencia gallega, y el cónsul los presentaba como «parientes». Sus hijos, niños en aquel momento, se extrañaban de los muchos primos y tías y la afición que tenían en visitarles. Hasta que un día el ministro del interior del Estado de Río le dijo a Carlos Abella con bastante chunga y a modo de advertencia sutil: «Señor cónsul, sé que tiene muchos parientes en Argentina, y que les gusta visitarle, pero, por favor, que viajen por separado, que espacien las visitas y que el destino no sea siempre Madrid».[124]

La realidad era que a algunas personas se las había sacado in extremis, arrancadas de manos de sus perseguidores.

No era la primera vez, ni sería la última, en que los diplomáticos españoles conseguían coronar, con gran habilidad y la necesaria discreción, el salvamento de los perseguidos. Hay que tener en cuenta que la *dictablanda* del general Figueiredo que gobernaba en aquellos años Brasil entretejía relaciones amistosas con la junta militar de Argentina. De ahí que hubiera que actuar con mesura, pero también con decisión y oportunidad, pues en muchos casos no había un minuto que perder. Era cuestión de vida o muerte.

Un antiguo conocido de los reyes, Antonio de Oyarzábal, dirigía en aquellos años la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores y como tal acompañaba a los reyes en muchos de los viajes oficiales al exterior. Guinea, Dinamarca, Kuwait, en todos esos países se buscaba mejorar las relaciones y conseguir encargos sustanciales para las empresas españolas. España se abría a un mundo que reconocía su importancia. En un decisivo viaje al Japón tuvo lugar una anécdota que demostraba la capacidad de improvisación en las tareas de los españoles. Organización rigurosa y planificación con meses de anterioridad, pero, al mismo tiempo, flexibilidad para optimizar los desplazamientos.

Volviendo del país del Sol Naciente, que es como se autodenominan los japoneses de forma poética, el rey se acercó a su comitiva y les preguntó:

—¿Por qué no paramos en algún otro sitio y aprovechamos más el viaje?

Cuando conversaciones y opiniones habían aportado todos los datos, se decidió sobre la marcha que el país visitado sería Qatar. Parecía una buena idea, pues el emir de Qatar visitaba Mallorca en verano desde hacía varios años y don Juan Carlos declaró que le conocía bien. El director de la Oficina de Información se puso enseguida en marcha y contactó con el embajador de España en Qatar, que era en ese momento Fausto Navarro. Poco tiempo tenía el embajador para preparar la llegada de sus majestades. Pero al descender las escalerillas del avión, ya en el aeropuerto de esa nación del Golfo, encontraron las tropas perfectamente formadas, numerosas gentes con banderitas españolas y qatarís y un nutrido comité de recepción con el embajador de España al frente, capitaneados todos por el emir. Acabados los saludos afectuosos, presentación de ambos séquitos y proclamación de amistad entre los dos países, don Juan Carlos se acercó a los españoles de su comitiva y les aclaró entre risas:

—Oye, que me he equivocado… que a este emir no le conozco…

Pero ese día se establecieron las bases de la magnífica relación que une a los dos países.

Espléndidos cuarenta años
1978

Los asuntos de Estado y los viajes nacionales y los internacionales poblaban los días del rey y, sin embargo, tuvo tiempo para preparar en el más absoluto secreto una fiesta-sorpresa de cumpleaños para doña Sofía. No se celebraría en La Zarzuela, para que ningún detalle pudiera desvelar lo que preparaba. La reina había tenido siempre una gran relación con todos sus primos del mundo alemán y don Juan Carlos organizó una fiesta de cumpleaños donde no solo estaría toda la familia real y la familia del rey, sino la familia real griega, las amigas de doña Sofía y esos amigos y parientes con los que cuidaba siempre de mantener el contacto. La reina acudió contenta al ágape sin sospechar la sorpresa que le deparaba el rey y saludó con mucho afecto a sus suegros, los condes de Barcelona; a sus cuñadas Margarita y Pilar, a quien agradeció ser la anfitriona de la fiesta; a sus cuñados, a sus sobrinos Gómez-Acebo y Zurita; al presidente Adolfo Suárez, con la deliciosa y discreta Amparo; a Rafael Cavero con su mujer; y Miguel Arias y Manolo Santana con sus respectivas esposas. Comenzó el rito de los regalos y uno a uno fueron dando los obsequios a doña Sofía, hasta que, al tocarle el turno al rey, abrió de par en par las puertas de un salón contiguo, al tiempo que anunciaba:

—Este es mi regalo.

Allí habían estado esperando en absoluto silencio la reina Federica, la princesa Irene y el rey Constantino con la reina Ana María, la princesa Tatiana Radziwill y los primos Karl e Yvonne de Hesse. La reina había compartido tantos intereses, vivencias y alegrías con Tatiana y Karl que estos no podían faltar. Fue una noche completa para la felicidad de doña Sofía, que se encontró en un momento significativo rodeada por las personas más queridas. El rey había organizado invitaciones y la estancia de los huéspedes en el Ritz para dar un presente único a doña Sofía que en verdad fuera emocionante. Cumplió su objetivo, pues la reina aseguró que era el cumpleaños más conmovedor que había disfrutado en su vida. Fue en esa época cuando doña Federica alargó sus estancias en Madrid, junto a sus nietos y su hija. Parece que tras su paso por la India, la serenidad que tanto buscó a raíz de la muerte del rey Pablo empezaba a instalarse en su vida.

En el lecho del río
Benavente, 11 de abril de 1979

Una de las funciones que la reina desarrolla con maestría, y que le han ganado el respeto de los ciudadanos, es la empatía que la une a la gente que sufre. En un bello día de primavera tuvo lugar un trágico accidente en el que perdieron la vida cincuenta y cuatro niños, tres profesores y el propio conductor del autobús. Quiso la fatalidad que el autobús que llevaba de excursión a cuarenta y nueve adolescentes del colegio Vista Alegre de Vigo derrapara en aquel trágico 11 de abril en una curva pronunciada y el conductor perdiera el control del vehículo y cayera al río Órbigo, justo en la zona de mayor profundidad del mismo. Las aguas que corrían turbulentas arrastraron a muchos niños que habían intentado agarrarse en un gesto desesperado a los matorrales de la ribera. La reacción de la gente fue inmediata. Unos valientes que presenciaron el drama de los niños ahogándose se arrojaron a las amenazadoras aguas para intentar salvarlos. Los vecinos de Santa Cristina de la Polvorosa, la localidad más cercana, también acudieron nada más conocer la noticia.

Pero el rescate se presentó muy difícil incluso para los especialistas de la Cruz Roja y los bomberos que llegaron a toda prisa desde Benavente.

La mañana del día 12 mostró escenas desoladoras. Había padres, desgarrados por el sufrimiento, que habían pedido a sus hijos de doce o trece años; otros se debatían entre la incertidumbre y la angustia porque sus pequeños todavía no habían aparecido. El dolor parecía planear como una sombra funesta. Solo se salvaron nueve niños que se aferraron a las ramas de un robusto árbol con la fuerza que inspira el instinto de supervivencia.

Y la reina estaba allí esa mañana. Informándose, escuchando y consolando.

Otro acontecimiento terrible se produjo en Ortuella, Vizcaya, el 23 de octubre de ese fatídico año de 1980. Don Juan Carlos y doña Sofía asistían a la constitución del Consejo General del Poder Judicial. La reina observó que Adolfo Suárez, tras recibir una nota que le pasó un ayudante, cambió de expresión, y con la mayor discreción posible, susurraba algo al rey. Ortuella, en la margen izquierda del río Nervión, acababa de sufrir una terrible tragedia. Una explosión había destruido una escuela y, al desmoronarse, muchos niños habían quedado atrapados entre los escombros. Los datos no estaban contrastados, pero existía la posibilidad que se tratara de un atentado terrorista. Pero esta vez resultó ser la fatalidad, no la mano del hombre.

La detonación de gas propano había segado de cuajo la vida de cincuenta y una personas, la mayoría niños entre cinco y diez años, añadiendo así al dolor la incomprensión que produce la muerte de seres de corta edad, que hubieran debido tener la vida por delante. El duelo estaba presente en todos los rincones de la localidad. Muchas familias no podían asimilar la catástrofe que se había abatido sobre ellas. Y todavía había que cuidar de los numerosos heridos que habían salido despedidos por la explosión o intentar desesperadamente encontrar a los que permanecían sepultados por los escombros al derrumbarse el edificio con estruendo ensordecedor. Incluso aquellos que salvaron la vida necesitarían muchos años para recuperarse del horror sufrido.

Vecinos, autoridades locales y nacionales, todos contribuyeron con su esfuerzo a procurar alimentos, medicinas, transporte a los diferentes hospitales o ayuda psicológica a padres y familiares desorientados. Al enterarse doña Sofía de la tragedia, exclamó imperiosa:

—¡Vámonos inmediatamente allá!

Y la reina estaba allí, visitando a los heridos en los hospitales, a los niños atemorizados por algo inexplicable, escuchando a los padres e intentando facilitar los necesarios auxilios. La situación podía desbocarse en cualquier momento, pero el valor y la generosidad de doña Sofía ayudaron a paliar la tribulación en el lugar de la tragedia. Ser útil, servir, ese era su lema. La institución, la Corona, había estado junto a los ciudadanos. Esa intuición, firmeza y conmiseración llevarían a menudo a doña Sofía al lugar donde debía estar.

El agradecimiento por su compasión se tradujo en demorados y sonoros aplausos. El pueblo estaba con sus reyes. Y los reyes con su gente. Unos meses más tarde habrían de comprobar la dificultad que encerraba la hermosa tierra vasca castigada por el terror.

Y esa dedicación era necesaria, pues la monarquía no estaba tan establecida como pudiera parecer. Ante el auge del terrorismo y otros problemas inherentes a un cambio de régimen tan notorio, se alzaron voces nostálgicas que añoraban la época anterior. Unos meses atrás los ultras se habían reunido en la plaza de Oriente y habían coreado a voz en cuello la desconcertante petición de «Franco resucita. España te necesita». En el otro lado de la balanza surgió también esta otra, no carente de humor: «Contra Franco vivíamos mejor».

Tres años antes el periódico estadounidense *The New York Post*, tan remiso a alabar cualquier acción o personaje del área hispana, había publicado un elogioso artículo sobre doña Sofía:

> Lo que los españoles han constatado es que se trata de una mujer de treinta y siete años, que no ha sido orgullosa, pues ha llevado ella misma a sus hijos al colegio, que posee sentido del humor y que jamás ha dicho o hecho algo impopular. Sofía asume perfectamente el papel que le ha atribuido su matrimonio y nada más. Pero bajo su sencilla apariencia se oculta una inteligencia impresionante.[125]

La reina continuaba su marcha para estabilizar la Corona, en el que era ya su país, para su marido, pero también con los ojos puestos en el futuro, para su hijo. El año se cerró con un acontecimiento gozoso. El setenta cumpleaños de la condesa de Barcelona reunió a toda la familia en torno a esta señora, que había conocido el sufrimiento y la zozobra, pero que nunca había dejado que la amargura quebrara su corazón. Aunque doña Sofía no experimentó una especial sintonía con ella, se respetaban y se ayudaban en objetivos comunes: la unión de la familia y la restauración de la Corona. Unos días después, comenzaría otro año que doña Sofía encaraba con esperanza. Le aguardaban momentos dolorosos y situaciones complejas que afrontaría con rigor y valentía.

10

AÑO TRÁGICO
1981-1982

El año 1981 comenzó con la dimisión del presidente del Gobierno. El ambiente político y social se había ido enrareciendo día a día. A la ilusión inicial —«Habla, pueblo, habla, tuyo es el mañana»— siguió la realidad de un terrorismo rampante, la penosa situación económica, y la desunión en el partido del Gobierno carcomido por las intrigas. Adolfo Suárez, tras una visita espinosa a Andalucía y la oposición de muchos políticos de su propio partido, presentó su renuncia al rey. Y lo hizo con plena responsabilidad, antes del inicio del segundo congreso de su partido en Palma de Mallorca, para que de ahí surgiera el candidato que necesitaba el país.

La preocupación de doña Sofía era evidente, pues ella había vivido los avatares de la política de Grecia y sabía de cambios dramáticos y exilios. Tenía muy presente los acontecimientos históricos vividos por su hermano durante el golpe de los coroneles.

En la agenda de los reyes figuraba un viaje indispensable, pero de evidente complejidad. Era necesario visitar el País Vasco. Eran muy conscientes de que podía ser una visita espinosa, pero había que encontrar el momento oportuno y en esa época de violencia, dolor y muerte no era fácil hallarlo. Los medios de comunicación vascos mostraban serias diferencias en el tratamiento de la visita real. Mientras que el periódico *Deia* les daba la bienvenida con un titular en vascuence que decía: «*Ongi etorri, jaunak*» («Bienvenido, señor»), el diario *Egin* criticaba la presencia real con dureza.

Hay circunstancias en nuestra existencia en las que los astros parecen estar alineados para conjurar nuestro mal o una furia maléfica se ha empeñado en ofrecernos los peores días de nuestra vida.

Para empezar, las condiciones atmosféricas de ese 3 de febrero no eran las mejores. La niebla cubría con una densa capa gris el cielo del aeropuerto de Sondica, por lo que el avión real hubo de retrasar el aterrizaje una hora. Hacía frío y el ambiente era húmedo y desapacible, y en el recorrido hasta la ciudad no ondeaba ninguna bandera española. Por el contrario, la recepción en Bilbao fue cálida, los reyes fueron aclamados con entusiasmo y los vivas repetidos no presagiaban la dura jornada del mañana, aunque a lo largo del recorrido observaron muchas ikurriñas —no tan comunes entonces como ahora— y se veían numerosos carteles conminatorios: «*Erre-geak ez, amnistia bai*» («Reyes no, amnistía sí»).

El 4 de febrero los reyes tenían que acudir a la Casa de Juntas de Guernica, donde se alza el roble centenario que simboliza las libertades y fueros del País Vasco. Ningún monarca había visitado ese lugar emblemático para los vascos, desde que lo hicieran, casi quinientos años antes, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Era la primera vez, desde el tiempo de los Reyes Católicos, que un monarca pronunciaba allí un discurso como señor de Vizcaya.

Los reyes, diputados y autoridades tomaron asiento, y don Juan Carlos inició su alocución. Las voces potentes y entrenadas de veinte diputados de Herri Batasuna interrumpieron el discurso cantando a voz en cuello el himno del «Soldado vasco», el *Eusko gudariak*, durante diez eternos minutos. El estupor paralizó a algunos e inquietó a otros, ya que temían que los ánimos se encresparan y hubiera que intervenir. Fue digna de admiración la serenidad del rey, que aguantó el chaparrón con una tenue sonrisa, y la actitud de la reina, que permaneció sentada con gesto sereno. Aunque la procesión iba por dentro, pues cuando pasaron unos meses, doña Sofía confesó: «Eran aquellos de Herri Batasuna que cantaban el himno de los *gudaris* en plan duro, bronco, agresivo… El recinto aquel era pequeño, muy cerrado y estaba abarrotado de gente. Si ocurría algo allí, la pagábamos todos: hubiese sido una masacre, una tragedia tremenda. Y era fácil que la violencia se disparase, por la altísima tensión».[126]

Por fin, el servicio del orden desalojó a los batasunos y el rey pudo continuar:

> A pesar de los que no ponen freno a su intolerancia, que no tiene el menor respeto por las instituciones representativas o las más elementales normas de libertad de expresión y armonía, reafirmo mi plena confianza en el pueblo vasco.

Al terminar don Juan Carlos su intervención, recibió una estruendosa ovación de los asistentes al acto. Mario Onaindia, antiguo militante de ETA, diputado de Euskadiko Ezquerra y amigo del gobernador de Guipúzcoa, Pedro de Arístegui, con quien había tenido numerosas conversaciones, afirmó: «En ese momento la monarquía representaba la tolerancia, la libertad y la democracia».

Las imágenes de la intolerancia dieron la vuelta al mundo.

No es lo que necesitábamos. La reciente libertad había sido conculcada de nuevo. Pero otras visiones peores estaban desafortunadamente en preparación.

La ciudad de San Sebastián les recibió con toda su magnífica belleza. La mar estaba en calma y su color verde azulado se adornaba con leves crestas de espuma en el avanzar de las olas. Los recios troncos de los tamarindos, coronados por ramas de hojas leves como plumas, ondulaban al compás del viento en el paseo de la Concha y, en Ondarreta, la elegante estatua de la regente María Cristina recordaba a la excelente reina que puso de moda San Sebastián. Los montes Igueldo y Urgull que rodean la bahía se yerguen orgullosos, contemplando cada día el esplendor del océano. La vivificante brisa marina acogió a los reyes y parecía que había barrido el recuerdo de los acontecimientos de Guernica. ¡La mar sana tantas cosas!

La gente se expresaba con entusiasmo y parecían contentos al recibir la real visita. Pero había que estar vigilante, y el gobernador lo estaba. Movimientos extremistas organizaron en secreto pitadas que, con su estridente sonido, atacarían los reales oídos e impedirían escuchar las aclamaciones de mucha gente partidaria de los reyes. Tenían también la intención de romper el cordón de seguridad y mostrar de cerca su bronco talante a los regios visitantes, aprovechando la confusión producida por gritos y pitadas; otros intentaron boicotear la visita al ayuntamiento, y en un ataque a la gastronomía y a la salud hubo quien propuso verter lejía en la sopa que preparaba el magnífico restaurante La Nicolasa, un ágape que ofrecería la Diputación de Guipúzcoa a los reyes. Pero no les permitieron conseguir sus fines.

Cuando la reina llegó a las habitaciones de su residencia de la Cumbre, admiró la magnífica vista que contemplaba desde la altura. La coqueta isla de Santa Clara parecía entablar un murmullo amoroso con la mar, que acariciaba de continuo su ribera.

De repente algo llamó su atención, un sutil aroma la envolvió. En las mesitas y en el escritorio, alguien había colocado redondos ramos de violetas recién cortadas en los umbríos

sotobosques vascongados. Perfumaban el ambiente y anunciaban que no faltaba tanto para que llegara la alegre primavera. Podía pensar que era un buen presagio.

No había de faltar la visita al santuario de Loyola, al que los reyes llegaron en helicóptero y donde una multitud entusiasta les recibió con evidente deseo de que olvidaran lo acaecido en Guernica. Algunas banderas de España ondeaban a pesar de la lluviosa tarde. Como es habitual en Vascongadas, la música había de ser excelente y la reina avanzaba por la nave central del templo anticipando el deleite musical, cuando, de improviso, un ruido ensordecedor, rotundo y seco hizo estremecer a los participantes en la comitiva. En un lugar donde los atentados eran cotidianos, el estruendo significaba algo grave.

El rey, en una fracción de segundo, se colocó delante de la reina, protegiéndola. El servicio de seguridad se puso en máxima alerta. El gobernador preguntó inquieto a sus colaboradores. Alivio. Había sido solo un banco que algunos asistentes a la ceremonia habían tirado al suelo, en su afán de acercarse a los reyes. El gobernador, Pedro de Arístegui, respiró hondo y un pensamiento le asaltó: «La quiere. Antes de poder pensar, lo primero que ha hecho ha sido protegerla».

Pasado el susto, el Orfeón Donostiarra entonó las notas de la salve con sus voces límpidas o graves.

Acabada la ceremonia, tenían que acudir a la recepción que los soberanos ofrecían a la Real Sociedad de Amigos del País, Real Academia de la Lengua Vasca. Allí los reyes encontraron una atmósfera de comprensión y deseo de avanzar en el entendimiento. El presidente de Amigos del País pidió al rey en sus palabras que «se intensifiquen las actuaciones que lleven a la convivencia y a la concordia».

El día concluyó con una cena que ofrecía la Diputación en San Sebastián, donde, como era de esperar, habían reunido lo mejor que la mar y la tierra pueden ofrecer en esa región de excelente gastronomía. La tranquilidad se detectaba en la expresión serena de doña Sofía. Fueron a Fuenterrabía, la del hermoso castillo, que mucho conoce de antiguas guerras con Francia, y donde florecen las huertas feraces que surten de las mejores verduras a los paladares más exquisitos. Allí les recibieron los *arrantzales* en su cofradía de pescadores, donde se degustan los mejores productos de la mar. La simpatía y naturalidad de los pescadores hizo de aquella visita un encuentro entrañable, en el que el rey se encontró a sus anchas.

Guipúzcoa les había recibido con cariño y los radicales habían sido neutralizados para que todo trascurriera con normalidad.

A su regreso, a la reina no solo le esperaban sus hijos, sino también su madre, que ya de vuelta de la India pasaba frecuentes temporadas en Madrid disfrutando de sus nietos, y había permanecido junto a ellos, como hacen tantos abuelos, mientras sus padres viajaban al País Vasco. Aguardaba a los reyes junto al príncipe y las infantas en el aeropuerto de Barajas, aliviada de verles regresar. Parecía que se abría un periodo, al menos familiarmente, prometedor.

Desgarro dramático

12 de febrero de 1981

Después del arriesgado periplo vasco, tras la tempestad había de llegar la calma. Pero el horror acababa de empezar. La reina Federica había decidido someterse a una intervención sin importancia. El prestigioso doctor Vilar-Sancho sería el encargado de operar a la soberana en la clínica La Paloma. Se trataba de una operación rutinaria por lo que los reyes con las infantas

decidieron marchar el fin de semana a Baqueira Beret para esquiar y relajarse tras la tensión sufrida.

La intervención se produjo con toda normalidad. Pero la desgracia acechaba de nuevo. Un infarto de miocardio acababa con la vida de Federica, reina de Grecia, princesa de Hannover, de Gran Bretaña y de Irlanda.

Era ya de noche cuando la reina recibió la desoladora noticia. La cirugía de la reina Federica se había complicado y le aconsejaban que volviera a Madrid. Al temor de perder a un ser querido, queridísimo para doña Sofía, se añadía la angustia de la distancia. Ansiaba estar ya en Madrid, pero el viaje en helicóptero era difícil, hacía mal tiempo y las rachas de viento zarandeaban el aparato, mientras el aire silbaba con lastimoso gemido. A mitad de camino, sobrevolando Zaragoza, doña Sofía conoció el desgarrador desenlace. Las infantas Elena y Cristina, que la acompañaban, contemplaron el dolor profundo de una hija que perdía de manera inesperada a una madre dedicada, generosa e intrépida.

Doña Sofía, tan apegada a los suyos, recibió un cruel zarpazo al serle arrebatada su madre de manera tan súbita. Cuando llegó a La Zarzuela, donde estaba instalada la capilla ardiente de la reina griega, la invadió un dolor lacerante. La mujer que tanto la había amado, que tantos ejemplos de decisión y valentía dio a lo largo de su existencia ya no volvería a aconsejarle con su clara inteligencia.

El sentimiento de orfandad doloroso, profundo, irremediable, que no tiene consuelo, se apoderó de ella, y rompió a llorar. Entonces pidió que la dejaran sola con su madre.

¿Qué rememoró ante el cadáver amado? ¿Qué angustiosas frases de despedida fueron las suyas? ¿Qué palabras sintió no haber proferido? ¿Conversó con ella sobre los felices días de Tatoi, el hogar de entendimiento espiritual y amor verdadero?

Años más tarde, la reina, recordando a su madre, diría con emoción: «Fue una madre ejemplar y llena de vida. Nos ayudó en los momentos difíciles, nos aconsejaba cosas». En esa misma ocasión rememoró la figura de su padre con igual devoción: «Él nunca pensó que fuera a ser rey; jamás, porque él era el tercero de sus hermanos. Era un padre muy bondadoso, cariñoso y muy alto, tenía la estatura que tiene mi hijo ahora. Le queríamos muchísimo porque era un padre fenomenal».[127]

Muchos habían admirado a la reina Federica, sobre todo mujeres que nunca habían tenido la oportunidad, como la tuvo ella, de tomar decisiones. Y las tomó.

Las personalidades que desfilaron por la capilla ardiente en La Zarzuela para rendir homenaje a la soberana fallecida fueron muy numerosas. El dimitido presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, que estaba en Palma de Mallorca presidiendo el segundo congreso de su partido, se apresuró a volver a Madrid para dar su pésame a los reyes y estar presente en las diferentes ceremonias que tendrían lugar en La Zarzuela, hasta que se obtuviera el permiso para enterrar a Federica en su patria. Madrid permaneció en duelo durante tres días. El entierro, de por sí una situación trágica, se convirtió en un calvario. Doña Federica había expresado siempre su deseo de reposar junto a su esposo en el camposanto de Tatoi. Pero las autoridades griegas pusieron constantes dificultades. La intervención de don Juan Carlos fue fundamental.

Rallis, el jefe de Gobierno griego, aceptó finalmente que trasladaran el cadáver a Atenas, pero exigió que fuera un acontecimiento estrictamente familiar. Hubo de acallar las feroces críticas de Papandreu que, desde la oposición, atacaba esa decisión. Rallis ofreció una explicación que evocaba los tintes dramáticos de una tragedia griega: «No se puede negar a griego alguno el derecho a ser enterrado en su patria».

Para evitar que pudieran organizarse manifestaciones monárquicas, no permitieron al rey Constantino permanecer en suelo griego más que unas horas; «De sol a sol», rezaba la lacónica concesión.

El 12 de febrero, en una mañana neblinosa, húmeda y fría, embarcaron los restos de la reina Federica en un avión griego, de la Olympic, mientras la banda de música de la Guardia Real interpretaba una estremecedora «Marcha fúnebre».

Doña Sofía, tan unida a sus padres, estaba traspasada por el dolor. Eran momentos de profunda emoción. La llegada al aeropuerto de Atenas resultó dramática. No hubo honores para la otrora *basileas*, que era en ese momento reina de España. Ni para el antiguo rey Constantino, que a la honda pena por la muerte de su madre, añadía la tensión que suponía no permanecer en suelo griego más de las escasas horas que le habían concedido las autoridades helenas. La única bandera a media asta era la de la embajada de España, ya que don Juan Carlos había decidido aplicar el protocolo de luto propio de esa situación. Todas las banderas del país heleno ondeaban alegremente a la brisa de la mañana.

En esa circunstancia, en la que el cariño de unos sostiene a los otros, les fue negado a una familia, unida y que se quería, enterrar, llorar y evocar a su ser querido con el tiempo necesario. En la refriega parlamentaria entre el Gobierno y la oposición, Karamanlis adujo «razones humanitarias» para permitir el funeral y el entierro, pero insistió que se trataba de «un asunto estrictamente familiar». La izquierda pensaba que la estancia real podía presentar graves implicaciones políticas que desestabilizaran el país, pues nadie quería el retorno de los «reales» y su presencia causaría furor entre la población. Por eso, explicaba, el Gobierno imposibilitaba la permanencia de Constantino en suelo griego. Con el agravante de que existía un precedente similar en la historia griega. En 1920, el rey Alejandro murió en total soledad, pues el resto de la familia se hallaba en el exilio, y el Gobierno heleno no permitió la entrada en el país a los reyes exiliados para asistir al entierro de su hijo. El apesadumbrado padre, el rey Constantino I, murió meses más tarde en el destierro, en la Villa Igiea de Palermo.

El avión que el Gobierno griego había enviado a Madrid para recoger los restos mortales de la reina Federica aterrizó en el aeropuerto militar de Tatoi. Acompañaban el féretro el rey Constantino y la reina Ana María con sus tres hijos, doña Sofía y doña Irene, el príncipe de Asturias y las infantas Elena y Cristina.

La tristeza profunda que se leía en los rostros de hijos y nietos movía a la compasión. Clemencia, compasión, cualidades que poseen solo los grandes de alma. El rey de España, que viajaba en otro avión, sí fue recibido con el protocolo que le correspondía. Constantino, al descender del avión, besó tierra griega. Habían pasado catorce años desde el comienzo del exilio. Estremecedor. La escena parecía, una vez más, sacada de una tragedia del teatro griego. Pero era real. Estaba sucediendo.

No les recibió el dolor de un pueblo por la reina que tanto batalló por su país de adopción. Y que amó con pasión.

La comitiva de parientes era numerosa, los duques de Calabria, la reina Juliana de Holanda, el rey Miguel de Rumanía, la princesa Eugenia de Grecia, los príncipes Alberto de Lieja y Henrik de Dinamarca, los duques de Aosta y de Wurtemberg y los primos alemanes, Baden, Hesse y Hannover. El calor de su afecto consolaba el enorme vacío que dejaba la personalidad de Federica. Pero el tiempo apremiaba, las horas pasaban veloces.

Cuando estuvieron todos reunidos, comenzó el penoso camino hacia el mausoleo de Tatoi. Un cordón policial estricto impedía el paso a los fieles que deseaban acompañar a su reina hacia

su última morada. Pero los más impetuosos lo rompieron y consiguieron llegar hasta el palacio. Se oyeron aclamaciones:

—¡Viva el rey!

El cortejo subía lentamente la pequeña colina que conducía al panteón donde dormían en paz los antepasados de los monarcas griegos. Un frondoso bosque de pinos, cedros y cipreses cubría con sus ramas misericordiosas las tumbas, cuyo emplazamiento había sido escogido por cada uno de sus futuros moradores. El funeral tuvo lugar en la propia ermita ortodoxa del cementerio de Tatoi. La reina Sofía y la reina Ana María de Grecia cubrían sus rostros con un largo velo, no así las princesas solteras, Irene, Elena, Cristina y Alexia. Se arracimaban los nietos alrededor del sepulcro para dar su última despedida a la querida abuela. El arzobispo Seraphim leyó con su grave voz el Evangelio de San Juan que consuela con la prometida resurrección.

Al depositar el ataúd en la tierra, doña Sofía lloró desconsolada. El féretro estaba arropado por la bandera de Grecia, donde destacaba el lema de la dinastía: «Mi fuerza reside en el amor de mi pueblo».

Cuando el rey Constantino recogió la bandera azul y blanca griega que envolvía el féretro de su madre, la estrechó entre sus brazos. En la lápida que sella la sepultura del rey Pablo, al lado de la tumba de Federica, se podían leer las frases del Evangelio de San Juan que el soberano tanto amaba:

> Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar.
>
> Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo mientras yo voy a Ti. Padre Santo, guarda en Tu nombre a estos que me has dado para que sean uno como nosotros.[128]

Una promesa hecha ante un monumento al amor, el Taj Mahal, se cumplía en tierra helena. Pablo y Federica reposaban juntos para la eternidad y los ciervos pasarían por encima de sus tumbas y las flores silvestres brotarían allí cada primavera.

Al borde del abismo

23 de febrero de 1981

Si se pregunta a los españoles: ¿dónde estaba usted la tarde del 23 de febrero?, los que vivieron aquel asalto al Congreso, o lo oyeron por la radio, recordarán con exactitud el lugar y la hora. Tal fue el impacto que dicho acontecimiento tuvo en la vida nacional. El ambiente estaba enrarecido desde hacía meses. El terrorismo etarra golpeaba con saña a la sociedad entera, cebándose a menudo en los militares. La confusión era tan grande entre la población que un famoso médico de Madrid que escuchó por radio lo que estaba sucediendo en el Congreso avisó alterado a sus pacientes: «¡Marchaos a casa! Los de la ETA, vestidos de guardias civiles, han entrado en el Congreso y han capturado al Gobierno en pleno». A tal punto llegaba la incredulidad sobre la participación de la Guardia Civil en semejante ataque.

Cuando las imágenes tomadas por una cámara que los asaltantes no consiguieron localizar aparecieron en los televisores de los españoles, estos vieron con estupefacción los empellones a los que era sometido el vicepresidente del Gobierno, el general Gutiérrez Mellado, sin conseguir derribarlo. Era sorprendente que un hombre tan frágil se mantuviera en pie y no cediera a la fuerza bruta. Su gallardía y la del presidente Suárez, que, imbuido de la carga simbólica de su cargo, no consintió en tirarse al suelo como les ordenaban, salvaron la dignidad del Ejecutivo. La espera y, sobre todo, la incertidumbre sobre el desenlace de esta tragicómica coyuntura tornaron

eternas las horas en las que se prolongó el encierro. Nadie entre los diputados perdió los nervios. Ninguno de ellos se dejó llevar por la tentación de provocar una chispa que hubiera desencadenado un auténtico drama. En La Zarzuela, don Juan Carlos recibió la noticia con extrema inquietud, pero estuvo acompañado en todo momento por doña Sofía, que le brindó su apoyo y serenidad. Una vez más, la reina, espoleada por el afán de ser útil que le es característico, con su sentido práctico tan necesario en momentos de crisis, estuvo pendiente de todo y de todos, escuchando, alentando, organizando la intendencia para reanimar los exhaustos cuerpos y el ánimo del espíritu. Tuvieron que mantenerse despiertos durante horas, venciendo el sueño y la fatiga, y permanecer en alerta para solucionar lo que podía ser una tragedia. La reina, como es su costumbre, procuraba estar en un discreto segundo plano, pero no dejaba de asistir a los acontecimientos y observar con la mayor atención cómo se desarrollaban. Nada se le escapaba. Nada que se dijera, ninguna decisión que se tomara, pasaba desapercibida para ella. Y recordaba frases y actitudes, y reflexionaba para después aconsejar a su marido, que es el rey, según su leal e inteligente entender.

Estaría siempre presente, siempre atenta, en los buenos y en los malos momentos. Y constantemente alerta en los viajes, donde su afán por conocer detalles sobre las personas que le iban a ser presentadas darían luego fluidez y familiaridad a la conversación. Formaban un eficiente equipo. El rey, con su espontaneidad, su habilidad y su aguda intuición, se veía complementado por la capacidad de análisis y la reflexión de la reina.

Todavía permanecía en su memoria el golpe de Estado de los coroneles en Grecia que había acabado con la monarquía en ese país, por tanto aquel «ruido de sables» traía para la reina una angustiosa memoria. Pero doña Sofía no perdió la calma. Ella misma lo contaba mostrando sincera admiración hacia el rey:

> La noche del 23-F el rey estaba en su despacho, yo estaba en mi cuarto leyendo. Entró la doncella y me dijo:
>
> —Señora, he oído por la radio que ha habido tiros en el Congreso.
>
> Telefoneé a mi marido. Él también lo había oído. Le noté alarmado, enseguida nos reunimos todos. Fuimos siguiendo los episodios por radio y televisión mientras se pudo. El rey se pasó toda la noche en su despacho hablando con unos y con otros. Fue la larga noche de los teléfonos. El rey, en cuanto supo que no había habido sangre, pasó de la alarma a la calma. En las ocasiones difíciles él saca una sangre fría formidable.[129]

El rey tuvo a su lado constantemente al príncipe Felipe, que, con solo trece años, estaba recibiendo una dura lección del oficio de rey. Una parte del país se paró, boquiabierto y atemorizado por los acontecimientos, escuchando noticias para conocer a qué clase de futuro se iban a enfrentar.

Otros comenzaron a destruir documentos que pudieran ser comprometedores y algunos se dirigieron a la frontera para ponerse a salvo.

Don Juan siguió desde Lisboa, con enorme preocupación, el asalto al Congreso, pero percatándose de que, si el rey conseguía salir con bien, la monarquía se vería decididamente reforzada.

Dentro de la natural zozobra, se produjo también un instante de humor. Estaba don Juan Carlos en su despacho ocupado en una de las numerosas conversaciones telefónicas, y entró doña Sofía inquieta y le dijo al general Fernández Campo:

—Dile al rey que ordene a Tejero que se vaya.

A lo que Sabino con su habitual retranca asturiana respondió:

—Sí, señora, pero me temo que no es partidario.[130]

Un rumor se repetía por todo Madrid. ¿Rumor de alarma y miedo? ¿U ocultaba aviesas intenciones? Fernando Gutiérrez, encargado de prensa de La Zarzuela, recibió una llamada con

una información que él se apresuró a desmentir. La reina, con su fina intuición, entendió que le incumbía y preguntó directa. Gutiérrez le respondió:

—Era una periodista. Le habían dicho que su majestad había huido a Londres con las infantas y el príncipe.

Por primera vez en la aciaga noche, la expresión de doña Sofía denotó amargura.

—¡Habérmelo dicho! ¡Me hubiese puesto al teléfono! —exclamó.

Estaba en todo, animando, escuchando, participando. Su hermano el rey Constantino, que había sufrido el golpe de los coroneles, realizó varias llamadas telefónicas a los reyes y encontró a su hermana serena, tranquila y preocupada, ante todo por su marido, y después por ayudar a todos y en todo en lo que pudiera ser útil. Era menester crear un ambiente sosegado en el que, quien tenía que hacerlo, pudiera pensar con claridad.

El rey, vestido con el uniforme de capitán general, una vez obtenida comunicación con Televisión Española, se aprestó a asegurar a la una y cuarto de la madrugada a los ciudadanos desconcertados:

> La Corona no puede tolerar, en forma alguna, acciones o actitudes de personas que pretendan interrumpir por la fuerza el proceso democrático.[131]

Tras la intervención del rey por televisión y dominada ya la intentona golpista, al finalizar aquella dura prueba, don Juan Carlos declaró: «Sofía es el alma de La Zarzuela».

Doña Sofía añadirá días más tarde, queriendo despejar cualquier duda sobre su actitud en la aciaga noche: «En ningún momento se nos pasó por la cabeza irnos. Ni por asomo. Nuestro sitio estaba aquí. Había actividad. No daba tiempo a tener miedo. Y yo, al día siguiente, llevé a mi hijos al colegio».[132]

Estas frases definen con nitidez al personaje. Primero, en la tribulación, templanza e inteligente actividad. Segundo, una vez pasado el peligro, la tranquilidad en la más absoluta normalidad de lo cotidiano. El príncipe Felipe, tras una noche en vela, asistirá al colegio como si se tratara de un día cualquiera. Era necesario trasmitir serenidad y calma a los ciudadanos, y en ese espíritu al día siguiente el príncipe y las infantas acudieron cada uno a sus clases. Un embajador, Antonio de Oyarzábal, que tenía concertada una audiencia con el rey el 24 de febrero con el fin de despedirse, pues había de hacerse cargo de la embajada de Ecuador, llamó a La Zarzuela y le dijo al secretario de la casa real, Sabino Fernández Campo:

—No sé si es el mejor momento para que vaya. ¡Con lo que tenéis encima!

—Déjame consultar con su majestad —respondió el general Fernández Campo.

A los diez minutos sonaba el teléfono de Antonio Oyarzábal:

—Que dice el rey que os vengáis.

Una vez en La Zarzuela, el embajador y su esposa fueron recibidos por el secretario, y casi de inmediato les hicieron pasar al despacho donde se encontraron con don Juan Carlos y doña Sofía.

—Perdóneme, señor, que venga en este momento tan difícil —dijo Oyarzábal a modo de excusa.

—En absoluto —respondió el monarca, y comenzó a hablarle de los sucesos del día anterior y, luego, de los asuntos de interés que iba a tratar en su nuevo puesto en el exterior. A trabajar de nuevo, a superar la zozobra pasada.

El inminente peligro había sido desarticulado, pero… la sociedad se dividió en las peligrosas «dos Españas». Para una parte, el golpe era obra de patriotas profundamente inquietos por la ola de atentados crueles y los cambios realizados a velocidad de vértigo. La otra temía una involución que recortaría libertades y progreso.

Estuvimos al borde del abismo.

Caput Mundi
Abril de 1981

Tras los sobresaltos dramáticos de ese aciago año 1981, el viaje oficial al Vaticano se presentaba como un bálsamo. Además de visitar al aclamado papa Juan Pablo II, estaba en marcha una visita del pontífice a España que marcaría un hito entre las relaciones de la Santa Sede con nuestro país. Era uno de los temas de interés que el ministro de Asuntos Exteriores, José Pedro Pérez-Llorca, apodado el Zorro Plateado, y el embajador ante la Santa Sede llevaban en cartera. La recepción en la Ciudad Eterna no pudo ser más calurosa. El boato vaticano no impidió un cierto aire de familiaridad en la bienvenida a los reyes. En la soleada plaza del Cortile de San Dámaso aguardaban a los reyes y delegación española los gentilhombres del papa, príncipes Próspero Colonnna, de tradicional relación con la Corona española, y Hugo Windish-Graetz —que se casaría con la archiduquesa Sofía de Habsburgo—, así como otros antiguos amigos de España, como el barón Emanuel y Gino Copa Solari. Les acompañaron a través de las majestuosas salas que preceden a la biblioteca privada del papa y pudieron así admirar en el pausado recorrido los esplendorosos frescos de Rafael, con motivos grutescos inspirados en la villa de Nerón, la fastuosa Domus Áurea.

La audiencia papal se desarrolló durante cincuenta minutos en los que Juan Pablo II expresó su profunda admiración por los místicos españoles, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, con el apasionado entusiasmo tan característico en el papa Wojtyla. La visita fue un éxito y se desarrolló en un ambiente de estima y afecto.

Muy distinto sería el viaje que realizaron los reyes a un país africano. Acompañaban a sus majestades el ministro de Asuntos Exteriores y el marqués de Mondéjar. Cuando llegó el momento de subir al estrado para escuchar los himnos nacionales de ambas naciones, un miembro de la comitiva avisó al protocolo del país anfitrión de que el ministro Pérez-Llorca era quien tenía que estar en la tribuna de personalidades en lugar del marqués de Mondéjar. El funcionario africano quedó perplejo y musitó que corría a consultar con los responsables del palacio presidencial. El ayudante de campo del presidente volvió raudo y dio esta sorprendente explicación:

—Dice el señor presidente que el marqués de Mondéjar se queda entre las personalidades de mayor rango, porque ministros ha visto muchos, pero este es el único marqués que ha conocido jamás.

Y los Pérez-Llorca permanecieron abajo con el resto del séquito de los reyes.

Ya en España, el rey se ocupó de otro asunto que sería muy comentado. Aunque don Juan Carlos había otorgado ya títulos nobiliarios a políticos destacados —Rodríguez de Valcárcel, Iturmendi o Fernández Miranda—, por su labor en pro de la convivencia, ese año de 1981, la concesión de estos títulos tomó un giro cultural que los ciudadanos apreciaron por el alto reconocimiento artístico y científico que encerraban. El guitarrista Andrés Segovia, que había elevado ese instrumento de la categoría popular a la de concierto, recibió el título de marqués de Salobreña. Y en un alarde de imaginación poética, el rey resolvió que la ficción superara la realidad y creó el marquesado de Bradomín en recuerdo de ese personaje legendario que

imaginara el insigne escritor don Ramón del Valle-Inclán. Su hijo vio así encarnado aquel personaje de ficción que creara su padre en un honor para él mismo y sus descendientes. A esas dos concesiones siguieron otras con igual acierto, como marqués de los Jardines de Aranjuez al compositor Joaquín Rodrigo; marqués de Dalí de Púbol al genial pintor Salvador Dalí; marqués de Marañón en memoria del humanista, científico y médico Gregorio Marañón; marqués de Pedroso al editor del grupo Planeta José Manuel Lara o marqués de Iria Flavia al premio Nobel de literatura, Camilo José Cela, este último «por el cultivo eminente de la lengua castellana y la extraordinaria contribución a la creación literaria». Premiaba así don Juan Carlos trayectorias científicas o artísticas que contribuían a la excelencia de la sociedad española y un lugar preeminente en el foro de la cultura mundial. Y concedió la dignidad de infante de España, «por las circunstancias excepcionales que concurren en su alteza real don Carlos de Borbón Dos Sicilias y Borbón-Parma».

La mala estrella que guiaba las vidas de los reyes en ese aciago año de 1981 se presentó de nuevo en el mes de junio. El rey sufrió un accidente que pudo haber tenido graves consecuencias, al atravesar con ímpetu una puerta de cristal que parecía abierta. Tuvieron que curarle con anestesia general las numerosas heridas en brazos, pecho y nariz, pero se recuperó con rapidez.

Un acontecimiento agradable, la boda del príncipe de Gales con Diana Spencer, donde tendrían posibilidad de encontrar a tantos parientes de las monarquías europeas, se malogró también. Un portavoz de la casa real británica anunció el recorrido del yate real, el *Britania*, durante la luna de miel de los príncipes de Gales: comenzaría en Gibraltar. Con un incomprensible error diplomático, habían elegido, con tantos lugares idóneos dentro de la Commonwealth, la única colonia que permanecía como tal en Europa, y que se asienta en territorio español. Los reyes rechazaron amablemente la invitación. No acudieron.

Premio Príncipe de Asturias
Oviedo, octubre de 1981

Sin embargo, 1981 se cerraba con una decisión hecha realidad ese año, que se revelaría de gran importancia con el pasar del tiempo. En septiembre del año anterior, se había creado, en un acto solemne presidido por los reyes y el príncipe de Asturias, una institución que tenía como objetivo «consolidar los vínculos existentes entre el principado y quien ostente el título de príncipe de Asturias (…), así como reconocer la labor, en distintos campos, de personas, instituciones, grupos de personas o de instituciones en el ámbito internacional».

Una hábil gestión de la institución y la constante presencia, año a año, de los reyes, que mostraban así su decidido apoyo a la sociedad, la cultura, la ciencia y el deporte, harían de Oviedo una ciudad internacional con personalidades de todo el mundo acudiendo felices a esa dinámica ciudad del principado. La primera entrega de los Premios Príncipe de Asturias tuvo lugar en octubre de 1981 y don Felipe pronunció su primer discurso que anunciaba la finalidad de la institución recién creada: «Contribuir a la exaltación y promoción de cuantos valores científicos, culturales y humanísticos son patrimonio universal».[133]

Entre los premiados de ese año se encontraba una mujer española, María Zambrano, ejemplo excelso de la mujer que corona las cotas más altas del pensamiento. Seguiría, con el correr de los años, una excelente y numerosa lista de premiados nacionales e internacionales, convirtiendo así

este galardón en uno de los más prestigiosos del ámbito internacional, como se había anunciado en su creación. Belisario Betancur, Isaac Rabin y Yaser Arafat, Pedro Duque y John Glenn, Simone Veil, el programa Fullbright en la categoría de Cooperación Internacional; Claudio Sánchez Albornoz, la National Geographic Society, la Universidad Nacional de México en Comunicación y Humanidades; el Orfeón Donostiarra, Victoria de los Ángeles, Pilar Lorengar, Alfredo Kraus y Plácido Domingo, Luis García Berlanga, Joaquín Rodrigo, Vittorio Gassman, Bob Dylan, Norman Foster en las Artes; Camilo José Cela, Margaret Atwood, Amín Maalouf y Leonard Cohen en las Letras; Santiago Grisolía, Valentín Fuster, Manuel Elkin Patarroyo, Peter Lawrence y Ginés Morate en Investigación Científica; Miguel Induráin, Rafael Nadal y el Maratón de Nueva York en los Deportes; John Elliott, el cardenal Carlo María Martini y Joseph Pérez en las Ciencias Sociales; y en una de las categorías más hermosas, la de la Concordia: el rey Hussein de Jordania, Mstislav Rostropovich y Yehudi Menhuin, Cáritas Española, Vicente Ferrer y Muhammad Yunus, el padre Ángel García, Daniel Barenboim y Edward Said, el Camino de Santiago, las Hijas de la Caridad, los héroes de Fukushima. Todos son un claro ejemplo de la excelencia humana, la universalidad de los premios, la categoría de los premiados y el tesón de una institución para cumplir con exigencia cada año. Una lista de personalidades escogidas con tino por jurados competentes fueron consolidando el prestigio internacional del premio.

Las finalidades de la Fundación Príncipe de Asturias coinciden con los intereses y preocupaciones de doña Sofía: la investigación científica, las artes, las letras y la cooperación iberoamericana.

Los Borbones sabían bien que la relación de la cultura con la Corona había de ser estrecha, pues fructificaría en el bien de la nación. Estos monarcas fueron excelsos mecenas de los mejores de su tiempo, fundaron academias, el Botánico, el Prado, con su magnífica colección creada durante siglos por los reyes de España, tanto los Austrias como los pertenecientes a la dinastía Borbón. Seguía así la tradición de sus antepasados.

El rey Juan Carlos era plenamente consciente de la importancia de la cultura y, durante la entrega de las medallas de oro a las Bellas Artes en el Museo del Prado, en octubre de 1985, afirmará con convicción: «El arte es la mejor embajada que una nación puede ofrecer».

Durante el Seminario de Arquitectura Islámica, patrocinado por el príncipe Karim Aga Khan —imán de los musulmanes chiitas ismailíes nizaríes—, y que tuvo lugar en la Alhambra de Granada, de belleza estremecedora, en el mes de abril, don Juan Carlos declararía en su discurso de apertura:

> Los lazos que unen nuestra herencia árabe con el mundo islámico hacen más interesante para España la atención que el premio Aga Khan concede a nuestro país, donde se encuentran tantas pruebas de un pasado histórico común.[134]

Esa dedicación a la cultura es el campo preferido de doña Sofía. Participó en seminarios en los que se trataban los temas más variados, y nuevos, sobre ciencia y tecnología; es aficionada a la literatura y los místicos españoles, como San Juan de la Cruz y su *Canto espiritual*, que conduce a otra de sus pasiones, el estudio de las diferentes religiones. Y por fin, el arte, del que ha sido siempre protectora, tanto de artistas emergentes, como de las grandes exposiciones de pintura española que ha inaugurado en numerosas ocasiones. Siempre estará ahí, apoyando, exaltando el talento y la magnífica tradición pictórica española, pero discreta, en segundo plano.

Tal vez la idea de actuar activamente pero un poco difuminada fue más eficaz y beneficiosa para la Corona.

Viaje a la India
25 de enero de 1982

El 25 de enero de 1982, los reyes de España emprendieron una visita de Estado a la India. Indira Gandhi era ya primera ministra y se mostró muy atenta al hablar con don Juan Carlos sobre el proceso de las autonomías en nuestro país, tema de sumo interés para ella a causa de los frecuentes conflictos que se producían en Punjab y Cachemira. Indira Gandhi no vivía en la magnífica residencia del primer ministro Rashtrapi Bhavan con sus espléndidos jardines mogoles pero utilizaba dicho palacio para las ceremonias oficiales. Era un edificio imponente rematado en su cénit por una cúpula sostenida por cabezas de elefante con la trompa hacia arriba, portadoras de la buena fortuna. Muy cerca estaba la sede del Parlamento o Sansad Bhavan, rodeado de altas columnas que daban una impactante impresión de magnificencia. En la entrada de ambos edificios, se alzaban altísimas columnas de piedra roja rematadas por elefantes de pie y, en el suelo, a ambos lados de las disuasorias cadenas que impedían el paso a indeseados visitantes, tres filas de flores en diferentes alturas, en bellas macetas de terracota —que nadie robaba, arrancaba o estropeaba—, entre las que siempre en la fila del medio destacaba la dalia, la flor preferida de la dinastía mogola.

Uno de los días amaneció con una sutil niebla en la lontananza, que rodeaba a la inmensa Indian Gate como si hubiera aparecido directamente de los cielos y se hubiera posado en aquel lugar por deseo de alguna poderosa deidad.

Delhi es una ciudad sorprendente. El antiguo imperio mogol, con su característico estilo indo-sarraceno, ha dejado la historia de su espléndida arquitectura y paisajismo. En el Fuerte Rojo o Lal Quila, tenían lugar desde 1648 las audiencias públicas ante el Trono del Pavo Real con su insuperable diamante Koh-i-noor, robado posteriormente en un ataque persa, y que hay quien dice que porta el infortunio entre sus destellos. La entrada por la puerta de Lahore conducía a los dignatarios que venían a entrevistarse con el emperador al Chatta Chowk o Mercado Cubierto, que en la época contaba con dos pisos; y a la derecha el Muntaz Mahal, el harén, con sus celosías que preservaban a las mujeres de miradas indiscretas.

La vitalidad de la India se expresa en toda su energía en el pasadizo de este mercado, donde en la actualidad existen y conviven las artesanías venidas de todos los puntos del país, para deleite de los visitantes foráneos. Hoy en día se encuentra en ese lugar el museo con miniaturas descriptivas de la vida cotidiana, batallas y triunfos de los emperadores mogoles.

La bellísima Torre Octogonal se usaba para las visitas reales y embajadores de otros monarcas, que anteriormente habían pasado por los cuidados y refinados jardines, donde la dalia, flor del imperio mogol, presidía como el sol, reinando en los cuatro cuadrados rodeados de mirtos y unidos por caminos de piedra. Como una constante, en el centro de la composición, el agua, elemento protagonista de los jardines a través de los siglos. Elemento vital que discurría por estrechos canales que se utilizaban para regar, y como antiguo método de refrigeración. Y siempre, cipreses a los lados como símbolo del hombre que ansía el cielo.

En esta tierra de contrastes, los míticos héroes del *Mahabharata* seguían vivos en la cultura popular, y muchas veces, en la ciudad vieja, se podía ver a multitud de chiquillos arracimados frente a un somero teatro de guiñol donde se narraban las aventuras de los legendarios personajes del *Ramayana*.

En la jornada siguiente se festejaba en la India el Día de la República, celebración que sacó a las calles de la capital a una multitud festiva y gozosa de más de un millón de personas, cosa que en ese inmenso país, un continente, debía de ser completamente normal. La relación de los

hombres con los animales es completamente distinta en este país. Se podía ver a las vacas sueltas, paseando aquí y allá sin que nadie las molestara, probando lo que ofrecían los vendedores en sus tenderetes, o bien mirando escaparates con aire de sincero interés. Los medios de transporte tan variados, tan originales, recorrían la ciudad: los camellos dignos y elegantes, engalanados con pompones de algodón de colores, tiraban de carretas muy sencillas; hombres esforzados arrastraban unas exóticas sillas de mano, adornadas con pinturas y abalorios; otros paseaban con aire triunfal en hermosos carros; antiguos coches, modelos de años ya olvidados, albergaban a los más favorecidos y un gentío bullanguero paseaba alborozado por las avenidas sombreadas por frondosos árboles.

La reina gusta de acudir a los mercados de las ciudades que visita, pues aportan valiosa información sobre la laboriosidad y talento de sus habitantes. Era obligada la visita a un mercado. En la India puede ser una experiencia sensorial, de placer para los ojos, con sus colores únicos como el azafrán, el esmeralda, el rojo coral, o el azul del pavo real; aromas que penetran el sentido del olfato, los delicados de las flores blancas y los picantes de las especias, curry, cardamomo o jengibre. Pero es también una lección de espiritualidad, al ver a tantas gentes que en mitad del caos de la vieja Delhi se detienen en la acera, juntan las manos, elevan los ojos al cielo y, aislados de la multitud, solos con su pensamiento, rezan a Dios.

Mujeres bellas y dignas, envueltas en etéreos saris, vendían sus mercancías con elegante tranquilidad, mientras sus retoños jugaban entre enormes montículos de basura.

La miseria y la opulencia. La decadencia y la magnificencia, dos caras de la misma moneda.

La recién terminada embajada española, con el embajador Enrique Mahou al frente, se preparaba para la recepción que esa tarde ofrecerían los reyes a la colonia española. La residencia era una casa moderna, amplia, de colores claros donde la diáfana luz de Delhi entraba a raudales por los numerosos ventanales que daban a un jardín, con un amplio y cuidado césped, rodeado de frondosos árboles tropicales de anchas copas que tamizaban la intensa claridad. La colonia española estaba ansiosa por saludar a don Juan Carlos y doña Sofía, y hubo alguno que se puso en la cola para estrechar la mano del monarca dos y tres veces. Parecían felices con la presencia de sus reyes y comentaban que se hallaban adaptados en este complejo país. Es, sin embargo, un territorio de sorprendentes contrastes. A la sublime espiritualidad que muestran muchas de sus gentes se opone la desigualdad hacia la mujer, que sufre, hasta nuestros días, frecuente y pavorosa violencia. La piedad y la crueldad como caras de la misma moneda. En ese inmenso territorio la tradición de siglos, con su innato sentido de la belleza, se entreveraba, se mezclaba con hábitos sociales que marginaban a la mujer y a las clases más desfavorecidas. Ese sería el gran reto que había de afrontar la sociedad india. Los acontecimientos de la vida cotidiana podían deparar inolvidables sorpresas. Las bodas se celebraban, y se celebran hasta hoy día, con gran pompa y la fastuosidad de los ropajes, la riqueza de los arreos de los elefantes y caballos transportan a un tiempo que ya pasó. Uno de esos casamientos tenía lugar en el mítico Jaipur: los elefantes estaban pintados en todos los colores del arco iris en sus potentes flancos, los caballos, que eran todos blancos, estaban enjaezados con formidables arreos en rojo y oro y caracoleaban orgullosos al son de la fanfarria. El novio, un hombre joven de rasgos hermosos y masculinos, como tallados en piedra, vestía brillante túnica azul turquesa y un turbante coral con un broche de piedras y cabalgaba en un hermoso equino que estaba adornado con la profusión requerida para el encargado de portar al protagonista de la noche. Ella, la novia, se engalanaba con un riquísimo sari rojo, con anchas bandas doradas, abundancia de collares, ajorcas y zarcillos de oro y guirnaldas de aromáticas flores. Estaba acompañada por un séquito, también a caballo, que la rodeaba y protegía de un inexistente sol, pues era de noche, con sendas sombrillas de seda

roja con tintineantes abalorios colgando de los bordes. En la vorágine de música, cantos, cascabeles, repicar de los cascos de los caballos, se oyó un fragor de estrepitosos estallidos: eran fuegos artificiales, que rasgaban el cielo iluminándolo con innumerables colores.

Toda la magnificencia de ese artístico país reunida en una celebración de amor.

Y cerca, muy cerca, unos niños se bañaban en unos charcos de agua turbia, estancada desde hacía días tras las recientes lluvias. Indiferentes ante la necesidad de lo más elemental, la higiene.

Y quedaba una parte importante de ese periplo, Madrás. El territorio de los tamiles, gente orgullosa de su tradición y de su religión, era la representación de la belleza incontaminada. Sus famosos textiles de algodón adornaban las calles en los tenderetes que las mujeres colocaban con inmenso sentido del color.

En la carretera hacia la ciudad, el mar esplendoroso encerraba en su seno todos los tonos de azules y verdes transparentes, como si lo hubiera pintado un excelso acuarelista. Un pescador se afanaba en su labor, echando las sutiles redes en un potente escorzo. Además de conocer la realidad del país en su populosa costa este, los reyes acudieron a la presentación de un libro del profesor Mahadevan, aquel santo hombre que había aparecido en sus vidas años atrás, con la noble aspiración de aproximar Oriente y Occidente. Fue una ceremonia sencilla, y los asistentes se asombraron de ver a aquellas personalidades, los reyes de España, departiendo con todos con la mayor naturalidad. Incluso contaron algunos que se habían sentado don Juan Carlos y doña Sofía en el suelo a la manera hindú.

En Calcuta, asomada a la bahía de Bengala, vivía en esa época una mujer pequeña, pero de fuerza y creencias insobornables. Su vida cotidiana trascurría entre los más necesitados. Era Teresa de Calcuta y de ella la primera ministra había afirmado: «Una frágil y maravillosa mujer, con el único capital de una indudable fe en Dios, dedicada en cuerpo y alma a entregarse a los más despreciados de la tierra. A través de ella uno percibe el enorme poder del amor, la ternura y el compromiso».[135]

El actor de Hollywood
Julio de 1982

Ese año de 1982 estuvo marcado por la visita de los reyes a un hombre extraordinario, y el viaje a España de un hombre que llegaría a ser santo. El papa Juan Pablo II y el presidente Ronald Reagan, unidos y en entendimiento total de sus responsabilidades, trazaron la estrategia que culminaría en la caída del opresivo Muro de Berlín. Recién elegido Ronald Reagan presidente de Estados Unidos, don Juan Carlos y doña Sofía viajaron a esa nación para estrechar las relaciones de ambos países. Había quien hablaba en España del nuevo presidente, como si un actor cualquiera hubiera ascendido por no se sabe muy bien qué truco de magia, al cénit del ejecutivo del país más poderoso de la tierra. La realidad era otra. Reagan había sido un gobernador eficiente de California, el estado más influyente y complejo de Estados Unidos. Además, contaba con un carisma excepcional, una forma entrañable de dirigirse al pueblo estadounidense, que le adoraba, le votaba y le seguían porque le entendían y confiaban en él. Como se decía popularmente en Estados Unidos: «Es un tío al que le compraría un coche de segunda mano».

Los reyes españoles fueron recibidos con toda cordialidad para el tradicional almuerzo en la Casa Blanca. La química entre don Juan Carlos y Reagan hubo de ser excelente, pues ambos usaban un lenguaje directo y desprovisto de circunloquios y florituras. En cuanto a Nancy Reagan, era una mujer amable y muy educada, que incluso sabía contenerse con dignidad en situaciones desairadas, como cuando un embajador extranjero, descortés y maleducado, le dio la

espalda en un acto público, sin el menor respeto hacia la mujer del presidente del país anfitrión. En esa nación el papel de la primera dama es relevante, y se espera de ella que tenga iniciativas sociales o culturales, que dejen huella de su paso por la Casa Blanca. Y Nancy Reagan lo había cumplido.

En la siguiente etapa, Nueva York, los monarcas inauguraron una espléndida exposición de Zurbarán, que con sus luminosos blancos, cálidos pardos y elegantes grises cautiva a quien contempla sus obras. Pero también atrae la digna compostura de sus santas y el vibrante colorido de sus vestidos, mantos y tocados. La muestra fue un gran éxito y contribuyó a la difusión y conocimiento de nuestra cultura en ese país. El destino siguiente era Texas, con su rosario de misiones españolas donde los franciscanos llegaron incluso a pacificar a los belicosos apaches. En Los Ángeles tuvo lugar una cita de profundo significado histórico: la visita a la sinagoga Tifereth, donde don Juan Carlos lamentó «las injustas e innecesarias persecuciones sufridas por el pueblo judío».

Cuando estaban en esta ciudad, ubicada sobre la falla de San Andrés, se vio sacudida por uno de los frecuentes seísmos, que los reyes vivieron desde un trigésimo piso, algo bastante alarmante. De todos modos, los eficientes servicios americanos habían previsto un helicóptero por si era necesario evacuarlos con urgencia. Los Ángeles, una de las muchas villas de nombre español de la costa californiana, asombra al recién llegado por su inmensidad, la extensión de sus barrios, la variedad de etnias y razas, y la belleza de su mar, poblado de fauna variadísima, y la abundancia de aves marinas que vuelan de forma acrobática en los límpidos cielos del Pacífico.

Un santo nos vino a ver
31 de octubre de 1982

Dos importantes acontecimientos iban a marcar el final de ese mes de octubre de 1982: la victoria del Partido Socialista y el encuentro con el Atleta de Dios, cuya visita pastoral conmovería a millones de fieles españoles.

El 28 de octubre trajo la ansiada normalidad democrática. Vencía un partido de izquierda que iba a respetar las instituciones, a pesar de que uno de sus más eximios representantes, Alfonso Guerra, anunciara *urbi et orbi*, que «A España no la va a reconocer ni la madre que la parió».

El futuro presidente del Gobierno, Felipe González, no era un desconocido. Había ya obtenido unos resultados notables en las anteriores elecciones. Su fácil sonrisa y amable disposición no conseguían esconder una aguda inteligencia, que le deparaba rápidas contestaciones que desbancan al adversario, y un sólido sentido de la realidad que le hacían comprender en toda su hondura la situación del país que en breve habría de gobernar.

En su primera audiencia con el rey, aunque ya se conocían años ha, el monarca le preguntó a bocajarro: «¿Tiene usted que ser republicano para ser socialista?».[136]

Eran dos hombres de la misma generación que se entendieron a la perfección. Y siempre con discreción, estaba presente el contento de la reina, que consideraba que esta victoria socialista apuntalaba la Corona. La reina sabía que era importante que el triunfo socialista fuera aceptado dentro de la normalidad democrática.

El modelo para doña Sofía eran las monarquías nórdicas, y estas, es cierto, gozaban de estabilidad y prosperidad, y allí se sucedían los gobiernos de una u otra ideología sin que el país sufriera con los cambios.

Se dice que, en un debate entre políticos de aquellos años, se hablaba sobre la conveniencia de la victoria socialista para cimentar la democracia. El conde de Barcelona, a quien se le refirió

esta conversación, añadió: «La democracia estará consolidada el día que al gobierno de izquierda suceda una gobierno de derechas y aquí no pase nada».

En ese ambiente de expectación se produjo la visita de un hombre extraordinario que, en el futuro, sería declarado santo por Francisco, un papa de habla española: Juan Pablo II. Monseñor José Manuel Estepa, que había sido hasta hacía unos meses obispo auxiliar de Madrid y mano derecha del cardenal Tarancón durante once difíciles y peligrosos años, representaba a la diócesis de Madrid como coordinador de la visita papal. La omnipresente Dirección General de Seguridad se refería a alguno de esos prelados como «las jerarquías desafectas». Cuando recibió el nombramiento por parte del cardenal Tarancón para ese puesto de responsabilidad, Estepa le preguntó asombrado:

—¿Cómo me elige usted a mí, si no soy ni de derechas ni de izquierdas?

—Por eso —le contestó el cardenal.

Unas semanas atrás había sido nombrado arzobispo castrense y cuando acudió a la audiencia con el rey para presentarse, le recibió Sabino Fernández Campo, secretario general de la casa del rey. Antes de que este pudiera reaccionar, monseñor Estepa le dijo:

—Yo le conocí a usted hace años.

—¿De qué? —preguntó Fernández Campo.

—Yo le hacía las actas de intervención.

Se refería el eclesiástico a la época en la que el general Fernández Campo ostentaba el cargo de capitán interventor en la Junta de Compras de León. De inmediato el secretario exclamó:

—¡Co…, no me diga que usted es Pepín Estepa!

Y ahí recomenzó la colaboración entre estos dos hombres extraordinarios. Cuando monseñor Estepa entró a saludar al rey, este le soltó una frase inesperada:

—Me han dicho que es usted progresista.

—Majestad, no sé qué es eso —respondió el obispo con retranca. Al ver que el monarca se quedaba con aire interrogante, continuó—: Mi padre era republicano, fue alcalde republicano en Andújar, y yo fui rojo en mi juventud.

A decir verdad, monseñor Estepa había pertenecido, a la edad de doce años, al Movimiento de Pioneros de las organizaciones juveniles del partido de Santiago Carrillo.

—Nos vamos a entender —vaticinó don Juan Carlos.

Tras los intensos preparativos, por fin llegó Juan Pablo II comenzando la que sería una visita apoteósica. Nada más bajar del avión en Madrid, el pontífice se apresuró a besar suelo español. Sería su gesto habitual, en los numerosos viajes pastorales que realizó a lo largo de su pontificado, al igual que colocarse los sombreros tradicionales de cada país que visitaba. El Atleta de Dios estaba en plena forma.

Su discurso al inicio de su intenso periplo —trece ciudades y siete mil quinientos kilómetros — mostró su profunda admiración y estima a España:

> Vengo al encuentro de una Iglesia cuyo origen se remonta a la época apostólica, a la época de San Pablo y de Santiago el Mayor, que fue conquistada por la fe, que provocó la conversión del pueblo visigodo en Toledo, que fue el gran teatro de la gran peregrinación europea a Santiago de Compostela, que vivió la epopeya de la reconquista, que descubrió y evangelizó América, que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca y la teología en el Concilio de Trento.[137]

Gran admirador y estudioso de los místicos españoles, celebró en Ávila el cuarto centenario de la muerte de Santa Teresa y presidió en Santiago de Compostela una multitudinaria y emocionante misa del peregrino. No cabía un alma en la magnífica catedral de Santiago del

Campo de las Estrellas, y cuando el *botafumeiro* alzó el vuelo para verter su incienso en alabanza al Señor, los gemidos del incensario parecían aleteos de los ángeles.

Las calles de todas las ciudades recorridas estuvieron abarrotadas de multitudes ansiosas de vislumbrar al Atleta de Dios. La buena gente había adivinado que era un santo.

El papa polaco causó una honda impresión en doña Sofía, que admitiría, unos años más tarde, que Juan Pablo II era la personalidad, junto a Teresa de Calcuta, a quien más había admirado. Cuando le preguntaron a la reina qué personaje le había impactado de todos los que había conocido, respondió:

—¿Cómo podría elegir? Si tuviera que hacerlo, me quedaría con un recuerdo absolutamente único e insólito, que el papa viniera a casa, La Zarzuela, durante su visita a España.[138]

El papa venido del frío dejaría como despedida una frase extraordinaria: «Gracias a la labor evangelizadora de España, gran parte de la Iglesia habla y reza a Dios en español».

Libro III
UNA NUEVA ERA

«El poder no tiene otra ventaja que poder hacer más bien».
BALTASAR GRACIÁN, *Oráculo manual y arte de prudencia*, aforismo 286

11

RELACIONES EXTERIORES
1983-1991

Camino a Samarcanda
10 de mayo de 1984

España comenzaba, tras un largo periodo de aislamiento, a contar en la esfera internacional. Por tanto las relaciones exteriores tomaron auge especial. Al protocolo, fiestas y amabilidades seguían firmas de tratados y contratos ventajosos para España. Antes de que comenzara de nuevo la intensa agenda de viajes oficiales al extranjero, la reina acudió a la romería de la Virgen del Rocío, acompañada por las infantas Elena y Cristina. Apareció sonriente y festiva sobre un hermoso caballo blanco, de largas y suntuosas crines y de movimientos suaves y acompasados. Doña Sofía lucía unas luminosas sayas amarillas, por debajo de las cuales asomaban los típicos botos, y una blusa blanca adornada de encajes y unos pendientes largos. La simpatía popular, tan natural en Andalucía, la rodeaba de continuo, como una cálida bruma. Los romeros veían con agrado a esa reina que iba con sus hijas a peregrinar y rendir homenaje a la Blanca Paloma.

Un país de tantas tradiciones necesitaba la presencia de la familia real. Era bueno que compartieran la alegría de sus gentes.

Ni el calor, ni el polvo del camino consiguieron borrar la sonrisa de doña Sofía, que comentaba las particularidades de la fiesta con la hermana de la condesa de Barcelona, doña Esperanza, que cabalgaba a su lado. Doña Esperanza, que vivía en Brasil, en la sierra cercana a Río en la histórica ciudad de Petrópolis, estaba casada con don Pedro de Orleans y Braganza, y ambos conocerían momentos de apasionante inquietud cuando el Brasil someta a los brasileños a un referéndum sobre república o monarquía. El candidato a emperador era su alteza real e imperial don Pedro de Orleans y Braganza, que estuvo muy cerca de convertirse, en pleno siglo XX, en emperador del Brasil. La humanidad y la simpatía de don Pedro hacia todo aquel que se le acercara habían creado en torno a él una fuerte corriente de popularidad. Esa confirmación de la estimación hacia don Pedro, la expresión de afecto y admiración que le demostraron los votantes, tuvo que ser de enorme interés para doña Sofía.

Las hermosas fiestas de España eran muy atractivas y doña Sofía las disfrutaba, pero la noble y fascinante Rusia les aguardaba. Una cultura antigua, excesiva, tierna y cruel a la vez, esperaba la visita de los reyes de España con indisimulada curiosidad desde la inmensidad de sus estepas, la nostalgia de sus lagos y la vitalidad de un pueblo que nunca se ha dado por vencido. Algunos trazos de su literatura, su pintura y, sobre todo, su música, ora vital y plena de energía o doliente por el amor perdido, nos hermanan a españoles y rusos en una pasión compartida.

Para el turista, recorrer entonces la Unión Soviética requería tiempo. Las distancias son inmensas y todavía, en aquellos años, los medios de transporte eran deficientes. Moscú les acogió con entusiasmo, pero las etapas más esperadas, San Petersburgo y Samarcanda, estaban

por llegar. ¿Imaginaría con emoción doña Sofía la vida de su bisabuela la reina Olga Constantinovna en aquellas tierras? ¿Recordaría la reina las historias oídas en su infancia sobre los desdichados parientes Romanov y su trágico asesinato en Ekaterimburgo? Es posible, pero sin embargo fue muy amable con todas las personas que encontró en aquel viaje. Discreción y prudencia.

La Venecia del Norte, como es también llamada San Petersburgo, asombra al visitante. Un sueño a orillas del río Neva, nacido de la mente de Pedro el Grande, que, además de sentir una profunda pasión por la mar, era consciente de que su país necesitaba una salida al Báltico. Desde muy joven, el zar Pedro navegaba en ríos y lagos, anhelando el horizonte sin fin. Es curioso cómo los pueblos que tienen salida al mar, impulsados por la visión del océano infinito, se abren a otras culturas, a otros horizontes, ensanchando sus mentalidades y buscando más allá mundos diversos.

Este fue el caso de la Rusia de Pedro el Grande, que él deseaba abierta a Europa y su progreso. Amplias avenidas, como la Nevsky Prospect, dividen la ciudad en armonioso conjunto, mientras que los canales con el agua procedente del río bañan las orillas consteladas de hermosos palacios. Domina sobre todos ellos el imponente Hermitage, conjunto de seis palacios entre los que destaca el palacio de Invierno, residencia de los zares. Una atmósfera mágica se apodera del visitante cuando, por la noche, se contempla el río Neva, con las luces de la ciudad reflejadas en sus quietas aguas, y un cielo inmenso poblado de estrellas en el que reina la luna misteriosa ilumina las orientales cúpulas de las numerosas iglesias.

Doña Sofía, amante de la pintura y protectora de pintores en España, disfrutó intensamente del inacabable museo, que, en sus veinte kilómetros de galerías, contiene lo más excelso de la pintura universal.

Estaba doña Sofía enfrascada en la contemplación de la excelente colección de pintura española, atraída por el magnífico *San Lorenzo* y la *Virgen niña leyendo*, ambos de Zurbarán, cuando una señora rusa de la comitiva dio un traspiés y cayó aparatosamente al suelo. La reina, antes de que reaccionara la seguridad, ya la estaba ayudando a alzarse. Doña Sofía le ofreció el brazo para que se apoyara, y la buena mujer, encantada, no lo volvió a soltar durante todo el recorrido. Esos gestos de la reina ganan los corazones. La visita al museo se alargó y, a pesar del fatigoso día de ajetreo oficial, la energía y la curiosidad de doña Sofía no disminuyeron. Aunque sus pies sí se resintieron de tan agotadora jornada. Pero ella, ni corta ni perezosa, se descalzó y, con los zapatos en la mano, continuó el recorrido.

Proximidad y cercanía.

Doña Sofía no dejaba nada a la improvisación, pues así se cometían menos errores y no se perdía el tiempo. Además, los viajes son mucho más enriquecedores y útiles cuando se posee una buena información sobre esos países, recopilada y leída antes de llegar a ellos. En todas estas jornadas se pudo entrever de manera velada el sentido de organización de la reina, heredado de su madre doña Federica. No en vano muchos de los reales parientes comentaban tras volver de alguna conmemoración en Grecia: «Todo estaba magníficamente dispuesto, con organización “a la prusiana”».

Y quedaba Samarcanda, también llamada poéticamente «la maravillosa faz del planeta Tierra».

El hechizo de Oriente se da cita en esa antiquísima ciudad. Para doña Sofía tuvo que ser de gran interés visitarla, ya que, como muchas villas españolas, reúne los aportes de diversos pueblos. Samarcanda la han dominado árabes, persas, mongoles y turcos, dejando a través de los siglos estratos importantísimos de diferentes culturas. La reina escuchó y preguntó con la

curiosidad que siente por el entendimiento entre oriente y occidente. Y allí encontrarían las huellas de un español, embajador ante la corte de Tamerlán, Ruy González de Clavijo, que ofrecía en 1404 una detallada descripción de esta ciudad con duende, en la época que Samarcanda lideraba el comercio a través de la Ruta de la Seda. La crónica de este sorprendente y novedoso libro de viajes, joya de la literatura medieval castellana, la divide González de Clavijo en diez capítulos. El primero cuenta su singladura desde Sanlúcar, donde se embarca en una carraca que le lleva hasta la isla de Rodas. Luego habrá de utilizar los más variados métodos, caballos, caravanas y camellos para arribar a su destino, Samarcanda. De esta esplendorosa ciudad nos deja el embajador esta impresión suya:

> E Señor avía gran voluntad de enoblecer esta ciudat, caen cuantas tierras él fue e conquistó, de tantas fizo levar gente que poblasen en esta ciudate en su tierra, señaladamente de maestros de todas artes… E avía tantos que era maravilla.[139]

Entre viajes había que hacer una pausa para asuntos familiares. La importancia económica y política de Norteamérica, con instituciones educativas del más alto prestigio, hizo que la mejor opción para que el príncipe continuara sus estudios fuera Lakefield College en Canadá, país de impecable pasado democrático. Ese mismo año, el rey era nombrado doctor honoris causa en Harvard. Parecía que todos los caminos llevaban a Norteamérica.

Pasaron nueve meses y el hijo querido se graduó en el colegio canadiense de Lakefield, a ciento sesenta kilómetros de la ciudad de Ontario, y la reina asistió a esa ceremonia acompañada por la infanta Cristina, el 8 de junio de 1985. Al recibirla, el príncipe Felipe entregó a su madre un precioso ramo de flores luciendo una enorme sonrisa, simbolizando la bienvenida de todo el colegio. La poderosa unión mental y afectiva entre la madre y el hijo aparecía ya con nitidez. Don Felipe acababa así la primera etapa de su educación, que se vería luego complementada por la Academia Militar de Zaragoza, la Academia del Aire en San Javier, para terminar con la Academia de Marina en Marín. El orgullo de doña Sofía era patente cuando don Felipe recibió su diploma y además una jarra de metal por haberse distinguido «en su capacidad de adaptación y su sensibilidad para con sus compañeros», cualidades que la reina siempre había apreciado y estimulado. Pero hubo también tiempo para la diversión, pues, en la animada fiesta que siguió a la ceremonia, tocaron un endiablado *rock and roll*, que doña Sofía, aficionada a la danza, bailó con entusiasmo con su hijo. Una de las frases favoritas de los norteamericanos: «*And now, let's have fun!*» («¡Y ahora, a divertirse!») se cumplía en esas graduaciones.

Tratado de Adhesión a la Comunidad Económica Europea

Palacio Real, Madrid, 12 de junio de 1985

En Madrid le aguardaba a doña Sofía una ceremonia de suma importancia para nuestro país. Dos años antes, el rey había señalado la vocación tanto americana como europeísta de los españoles, en una alocución en la Unesco en París: «Somos tan iberoamericanos como europeos. Somos el fructífero resultado de las diferentes culturas que convivieron durante la Edad Media en nuestro país».

Los Gobiernos de UCD y luego el socialista habían trabajado con ahínco durante años para obtener este magnífico resultado. El sueño europeo de los reyes se cumplía. Y había llegado el momento solemne de la firma del Tratado de Adhesión en el Palacio Real. La ceremonia tuvo lugar en el salón de columnas, con evidente satisfacción por parte del rey y del Gobierno que presidía Felipe González, que había recogido los frutos del trabajo bien realizado también por el

anterior ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, muy respetado y considerado en los círculos europeos.

La estructura de la imponente sala se veía magnificada por el ancho pasillo, que dirigía la vista a la espléndida escultura del emperador Carlos I de España y V de Alemania, símbolo y síntesis del tradicional y antiguo europeísmo español. A ambos lados de ese corredor se sentaban las autoridades españolas y las europeas con el presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, a la cabeza. Y al final de la majestuosa sala, estaba colocada la mesa donde se firmaría el tratado, con las banderas de todos los países miembros a su alrededor y los antiguos tapices de la colección real enriqueciendo las paredes.

En un puesto de preferencia estaban el rey, el presidente del Gobierno y el ministro de Asuntos Exteriores, y a la izquierda, el presidente Jacques Delors. Los rostros de los allí congregados denotaban satisfacción. Tras la firma de la adhesión, todos los dignatarios pasaron a la sala de alabarderos donde les saludó la reina, que estaba muy elegante con un largo vestido blanco. Los prolongados años de observación y espera habían fructificado, y España ocupaba el puesto que le correspondía en el consorcio de naciones.

Era un triunfo para España, del que nuestro país iba a obtener beneficios tangibles, que impulsarían el comercio, las inversiones, la economía y las relaciones exteriores.

Ese mes de junio depararía a la reina una alegría singular.

Doña Sofía tuvo el orgullo de ver al futuro rey, a su hijo, tan interesado en la astronomía, al frente del laboratorio de astrofísica de Roque de los Muchachos, como Astrofísico de Honor. El observatorio, situado en la isla de La Palma, contaba con potentes telescopios solares, y a la inauguración acudieron el presidente alemán Richard von Weizsäcker, ya que los telescopios procedían de esa nación. Acompañando a la familia real, estaban allí las reinas Margarita de Dinamarca y Beatriz de Holanda, además de los reyes de Suecia Carlos Gustavo y Silvia y los reyes de los belgas, Balduino y Fabiola.

El príncipe Felipe pronunció unas palabras con estilo personal breve y conciso, pero con un tinte poético:

> Los cielos del cosmos nos abren sus puertas. Navegamos cada vez con más medios y precisión por los caminos siderales y no pasará mucho tiempo sin que visitar los astros sea una costumbre compartida por millones de personas en todas las naciones. Precisamente acepto el título como una invitación para no apartarme de un sueño tan cercano.[140]

Comenzaban los rumores sobre posibles romances en torno a las infantas, ya que acudían a muchos acontecimientos familiares u oficiales con los reyes. En el baile anglo-español, celebrado en Londres, donde eran los invitados de honor, doña Elena bailó unas sevillanas con tanto arte que hasta el príncipe Eduardo de Inglaterra, tan comedido, se unió a ella.

Todas esas bodas y encuentros reales, ¿propiciarán el matrimonio de las infantas? No se podía olvidar que fue precisamente en Gran Bretaña donde los últimos enlaces habían tenido lugar fuera de los círculos reales.

Nevado del Ruiz
1985

1985 fue un año de fuertes emociones. Recién terminado el verano, una terrible noticia llegaba a nuestro país. En Colombia, la del dulce y culto parlar, el volcán Nevado del Ruiz provocaba una pavorosa tragedia. El drama de consecuencias mortales se inició con una espantosa tormenta que

se abatió sobre el pueblo de Armero y los colindantes, lo que impidió oír los rumores cada vez más fuertes que procedían de las entrañas del volcán, síntoma inequívoco de actividad inminente. Tras una colosal explosión, la lava arrastró un torrente de piedras, lodo y escombros que descendió ladera abajo de la montaña sepultando casi la totalidad del pueblo y alguna aldea vecina. Las víctimas fueron numerosísimas. Armero perdió veinte mil vecinos, logrando sobrevivir tan solo nueve mil. Las labores de rescate se vieron dificultadas por el espeso barro que cubría la tierra, que impedía que los equipos de salvamento pudieran actuar. Las necesidades eran imponentes: se trataba de salvar con máxima urgencia las vidas enterradas entre las ruinas de una ciudad devastada.

Ante semejante tragedia, la reina no dudó un instante, y se embarcó rumbo a Colombia. Su divisa —«ser útil»— la encaminaba al lugar del sufrimiento. Fue recibida por el presidente Belisario Betancur, gran amigo de España, pues había sido magnífico embajador de su país en Madrid y seguía siendo rendido admirador y ferviente defensor de nuestra cultura común. Estaba apesadumbrado por el drama que se había abatido sobre su país, pero se armó de coraje y organizó de inmediato la ayuda internacional. La situación era desoladora: los lamentos de dolor y gemidos de agonía, el hedor de podredumbre de los cadáveres, los árboles arrancados de cuajo, los cultivos destrozados, las casas destruidas estremecían hasta a los más valientes y generosos que habían acudido a prestar ayuda. Doña Sofía no dudó. Quería ser útil.

La reina sobrevoló en helicóptero la zona siniestrada y aterrizó a quince kilómetros de ella. Recibió allí información sobre lo ocurrido en una tienda de campaña montada para dirigir los trabajos de socorro y, ante los comentarios compungidos del ministro de Sanidad que formaba parte de la delegación española, manifestó su pena: «Se aprecia bien en televisión la tragedia, pero verla así es impresionante».

No iba con las manos vacías. En nombre de España donó para los damnificados una ambulancia y una unidad de cuidados intensivos. Y acudió también a México que había sido azotado por un potente terremoto. Una vez más estaba donde podía ayudar.

Don Felipe jura la Constitución
30 de enero de 1986

El aprendizaje del heredero en las tareas internacionales había comenzado años atrás, pues don Felipe ya había representado en 1983 al rey en Cartagena de Indias, para conmemorar los cuatrocientos cincuenta años de la presencia española en esa ciudad. Y había viajado también a Omán para estar presente en la conmemoración de los veinticinco años de reinado del sultán Qabús Bin Said al Said, en 1985. Era importante esta visita, pues esa pequeña pero hermosísima nación había llevado a cabo, bajo el mandato del sultán Qabús, un decisivo salto a la modernidad. Contaba, y cuenta hasta hoy en día, con una posición estratégica determinante al controlar el estrecho de Ormuz, en la apabullante e inquietante península de Musandam, de imponentes acantilados y oscuras aguas. Su notable relevancia política se debe al haber contenido la expansión de la guerrilla comunista tan activa en la vecina Yemen. El sultán vestía para la ocasión una *dis dasha*, una túnica impoluta blanca y, sobre ella, una chilaba negra bordada con hilo de oro, y se tocaba con un turbante morado y fucsia a la usanza de su país. En ambas ocasiones, la presencia del príncipe había sido altamente apreciada. Continuaba su importante formación en la política internacional, necesaria para quien ocuparía un día la jefatura del Estado.

Al alcanzar la mayoría de edad, don Felipe juró acatamiento a la Constitución en una solemne ceremonia en el palacio de las Cortes.

El salón de sesiones estaba atestado: la familia real estaba sentada en un estrado en el centro de la sala y, en los bancos y tribunas, Gobierno, autoridades, cuerpo diplomático y numerosos invitados. En ese ambiente festivo, entre tantas personalidades, destacaban dos personajes: doña Sofía, que miraba con arrobo a su hijo que, al jurar la Carta Magna, iba a dar otro paso de suma importancia camino del trono; y el viejo luchador, el conde de Barcelona, que comprobaba que su renuncia había servido para reforzar el trono. Doña Sofía, como siempre, había cuidado todos los detalles, incluso la imagen de la familia real. Las tres damas iban de largo, la reina con un vestido azul y chaqueta azul noche, la infanta Elena de rosa con un corselete magenta y la infanta Cristina de un vivo color geranio, tomando así los tonos de los antiguos reposteros que adornaban el fondo de la tribuna. Cuando el príncipe hubo de dirigirse hacia la mesa que contenía un ejemplar de la Constitución para efectuar su juramento, hizo primero una venia ante el rey y, firme como una vela, dijo:

—Juro cumplir fielmente mis funciones, proteger y hacer proteger la Constitución y las leyes, respetando el derecho de los ciudadanos y de las Comunidades Autónomas, así como la fidelidad al rey.

Las palabras del presidente del Congreso, Gregorio Peces Barba recordaron la generosidad de don Juan:

> Hoy celebramos un acto que expresa la continuidad de la monarquía, su prolongación en el tiempo. En presencia de su alteza real el conde de Barcelona y sus majestades los reyes, el príncipe heredero de la Corona va a jurar su acatamiento a la Constitución y su fidelidad al rey. La monarquía no basa su prestigio solo en el afecto y respeto que a todos los españoles nos inspira su majestad el rey… Se basa también en el esfuerzo, y en el sacrificio del conde de Barcelona, y en la conducta ejemplar en defensa de los valores de respeto al imperio de la ley y de la libertad individual durante muchos años, y se basa en su continuidad.[141]

Toda madre sentiría legítimo orgullo al ver a un hijo guapo, bien plantado, cumplir su cometido con seriedad. Doña Sofía, además de madre, reina, había tenido siempre un claro objetivo: educar a sus hijos para que desempeñaran sus responsabilidades, sobre todo a este príncipe que estaba llamado al trono. No había dejado nada al azar. Cada decisión, colegios, estudios y formación fue fruto de reflexión por parte de los reyes. Ambos habían conocido el exilio y la inquietud de la incertidumbre. Los dos comprobaron a qué velocidad de vértigo muda la opinión pública. Sabían que no hay meta final, que al alcanzar una, habían de preparase para la siguiente. Y que era fundamental estar con los pies en la realidad y conocer lo que piensa la gente de la calle. Don Felipe había estudiado junto a muchos niños de la sociedad española, sin profesores o tutores privados. Doña Sofía contemplaba con gozo el resultado de su esfuerzo y dedicación.

Una vez finalizada la jura, la familia real se dirigió a la escalinata del Congreso desde donde asistieron al desfile de las fuerzas armadas, que rindieron honores al rey. Era una mañana soleada, la luz reverberaba sobre el blanco edificio del Congreso de los Diputados, donde destacaba el dosel con las enseñas y colores nacionales. A la izquierda de los reyes se situaba el presidente del Gobierno, Felipe González, el de las Cortes, Gregorio Peces Barba, y el del Senado, José Federico de Carvajal, hombre caballeroso y entrañable ser humano. A la derecha estaban las infantas y un emocionado conde de Barcelona. Terminado el desfile tuvo lugar un almuerzo en el palacio de Oriente para mil personas. La institución monárquica gozaba de buena salud.

Visita al Reino Unido
22 de abril de 1986

En el mes de abril tendría lugar el primer viaje de un rey de España a Gran Bretaña, tras ochenta años de distanciamiento con el Reino Unido. Además, era el encuentro de un rey español y una reina británica, a quienes unían estrechos lazos familiares. En el aeropuerto les recibieron los príncipes de Gales, Carlos y Diana. Cuando se abrió la puerta del avión, apareció el rey vestido con el uniforme de almirante de la Armada y a su lado doña Sofía, muy elegante, con un vestido de seda negro y blanco, un abrigo color pistacho y una airosa pamela negra.

El recorrido en un espléndido Rolls mostró a una multitud enfervorizada que gritaba con frecuencia «¡España! ¡España!».

Y se podían ver numerosas pancartas con los colores españoles y frases de bienvenida. El frío pueblo inglés, animado por los muchos españoles presentes, coreaba las mismas aclamaciones. Al llegar a Home Park, en Windsor, les esperaba la reina Isabel, con un abrigo rosa y un sombrero blanco muy de su estilo, y el duque de Edimburgo. La cena de gala que ofreció la soberana británica en Windsor mostró la pompa y circunstancia que la Corona británica recrea con maestría y que dibujara con notas espléndidas el compositor británico Elgar. La reina inglesa estaba vestida con un largo traje blanco en pedrería de cristal y lucía una esplendorosa tiara de diamantes. Doña Sofía estaba de nuevo muy elegante con un vestido blanco de falda bordada en pedrería blanca. En su discurso, Isabel II hizo énfasis en las relaciones familiares y la posibilidad de encuentro en las diferencias existentes entre los dos países. La presencia de doña Sofía había contribuido durante años a estrechar los lazos familiares, que la reina española había cuidado con esmero. El rey contestó con el mismo estilo diplomático, reconociendo las diferencias existentes, pero sin pronunciar la palabra Gibraltar.

Al día siguiente tuvo lugar un acto relevante al hablar don Juan Carlos en el Parlamento británico, siendo el primer rey que pronunciaba un discurso en esa institución. Y la noche del 24, los reyes de España ofrecieron una cena de gala en la embajada de España para la reina Isabel y el duque de Edimburgo. Doña Sofía había elegido un vestido largo compuesto de una falda fucsia y cuerpo bordado y la tiara Flor de Lis, la espléndida diadema que regalara el rey Alfonso XIII a su novia inglesa Victoria Eugenia de Battenberg. La visita había sido un gran éxito y España era ya aceptada como una democracia plena. De ese encuentro surgirían dos invitaciones: a los príncipes de Gales a Mallorca y a la reina Isabel en visita de Estado, que tendría lugar dos años más tarde. Parece ser que fue en aquella ocasión, en la cena en la embajada, cuando la reina Isabel pidió a los reyes de España que invitaran a los príncipes de Gales a Marivent, para intentar mediar a favor del entendimiento en un matrimonio, el de Diana y Carlos, que comenzaba a naufragar. Doña Sofía tenía —y tiene— la mejor opinión del príncipe Carlos, por el que siente profundo afecto, como lo ha demostrado en alguna de sus declaraciones: «Estamos muy próximos. Le quiero mucho. Tenemos largas conversaciones juntos. Es un gran amigo».

Estreno de la ópera *Goya*
Washington, 15 de noviembre de 1986

El Kennedy Center de Washington D.C. estaba dirigido con eficiencia y gran sentido musical por la viuda de Pau Casals, Marta, que en segundas nupcias había contraído matrimonio con un virtuoso del piano ruso, Eugene Istomin, hombre de contagiosa simpatía y energía desbordante.

Formaban un matrimonio interesante y culto, con los que conversar era un privilegio. Marta, una belleza morena, de sonrisa comunicativa y ojos chispeantes, mantenía un constante amor por España, que le empujaba a intentar incluir obras, intérpretes y directores españoles en el ambicionado programa del coliseo de Washington.

En esa línea se iba a producir el estreno mundial de la ópera *Goya*, que el compositor Gian Carlo Menotti —autor de las óperas *The Medium y The Telephone*, de varios ballets y fundador del Festival dei Due Mondi, que se celebraba en Spoleto (Italia) y en Charleston (Estados Unidos)— había compuesto para Plácido Domingo, que encarnaría al genial pintor aragonés. Los ensayos tuvieron lugar durante quince días, en un otoño washingtoniano especialmente benigno. En los descansos de los músicos, era un placer asomarse a la gran terraza que sobrevuela el río Potomac, que plateaba su decidido curso para encontrarse con la mar. Pero el día del estreno, el escenario de pura música de los ensayos se convertiría en un espectáculo de vorágine de color y movimiento escénico.

Era mucha la expectación, pues aquellos que habían tenido el privilegio de asistir a la representación de *The Telephone* de Menotti, monólogo interpretado por la polifacética Jean Stapleton en un teatro de Baltimore, ansiaban deleitarse con otra obra del maestro italiano.

La representación, además, iba acompañada por una extraordinaria exposición de importantísimas obras de Goya, que se podrían admirar en la National Gallery de la capital de Estados Unidos.

La noche del estreno, en el Kennedy Center se congregaron las personalidades más importantes de la cultura estadounidense. Aparte del matrimonio Istomin, estaban Gordon Getty, importante empresario y compositor de música, casado con una belleza pelirroja que esa noche estaba deslumbrante; el presidente de la ópera, el generoso mecenas David Kreeger, y su dicharachera mujer Carmen; Arianna Huffington, autora de diversas biografías como la de María Callas o la de Picasso y esposa del diputado Michael Huffington; el embajador At Large for Culture, equivalente a ministro de Cultura europeo, Dan Terra, que había donado el museo y la colección de impresionistas americanos a su ciudad de Chicago, con su encantadora mujer Judy; y un sinfín de mujeres elegantísimas, locales o venidas de España.

Cuando apareció doña Sofía, un gran aplauso la recibió mostrando así los invitados sincera estima. El mundo de la música premiaba la devoción y acción en pro de la misma de la reina. Vestía un delicioso vestido largo de un suave color malva, bordado con unos rayos de pedrería que descendían desde los hombros hacia la cintura y las mangas, que le favorecía de manera singular. Le acompañaban el secretario de Estado Shultz, el embajador de España en Washington y el senador Gary Hart, que protagonizaría unos meses después un curioso enredo.

Se hizo el silencio y, al alzarse el telón, apareció la escenografía del primer acto, una venta en el Madrid goyesco. El segundo acto lucía, tal vez, los decorados más espectaculares, pues la escena se desarrollaba, en la ficción operística, durante un baile en el palacio de Oriente, donde tenía lugar una anécdota divertida y malévola. La bella duquesa de Alba, interpretada por la mezzosoprano chilena Victoria Vergara, de voz profunda y rica en matices, acaparaba todas las miradas en su rutilante vestido de terciopelo azul noche, en contraste con el de todas sus damas, que usaban uno color melocotón, ¡exacto al de la reina María Luisa! La duquesa supo a través de un confidente el atuendo que luciría la reina y mandó coser idénticos ropajes para todo su círculo de damas acompañantes.

La dirección del maestro Frühbeck de Burgos, enérgica y exigente, conducía las notas en ordenado torbellino. La impetuosa interpretación del genial Goya a cargo de Plácido Domingo se fue tornando dramática hasta llegar a la sordera final, cuando esta aísla a Francisco de Goya del

mundo. La sordera del pintor estaba magistralmente escenificada con un brusco silencio, al callar todos los instrumentos de la orquesta. El último acto acababa con una frase lapidaria y a la vez esperanzada del pintor: «En la vida solo cuentan la belleza y el arte».

A pesar del entusiasmo demostrado por los numerosos invitados, esta ópera no tuvo las críticas positivas que cabía esperar, algo que, por otra parte, ha sucedido con óperas que gozan en el presente de un gran éxito. Todo un mundo de grandes intérpretes, compositores o directores de orquesta se dieron cita aquella noche. Frühbeck de Burgos, responsable de la dirección de la orquesta, ante una pregunta de que si la reina era tan conocedora de la música como se decía, respondió: «Doña Sofía sabe más de música, que muchos directores generales de la misma que he conocido». Y alguien de la concurrencia corroboró: «Puede cantar el *Mesías* de Haendel de principio a fin».

En esos viajes su innata curiosidad la impulsaba a preguntar sobre las personas que iba a conocer o alguna cuestión sobre las personalidades con las que se había de entrevistar una vez más. Esto daba lugar a conversaciones fluidas, con las que la personalidad local se sentía cómoda, guardando de este modo un grato recuerdo de la visita de los reyes de España. Las mejores relaciones públicas. Luego han de continuar la tarea los técnicos, los políticos y los diplomáticos, para concretar acuerdos y conseguir contratos que beneficien a su país.

En esas ocasiones, doña Sofía estaba pendiente de todos los detalles y, sin embargo, durante los saludos en la línea de recepción, tan demorados y, por tanto, fatigosos, parecía no tener ninguna prisa. Tiene esa rara cualidad, como la tenía san Juan Pablo II, de dar la impresión a quien se le acerca de que en ese momento no hay nada más importante para ella que saludarle. En una ocasión, una de las personas que asistía a una recepción real, tuvo esa sensación al estrechar la mano de doña Sofía. Cuando recibió dicha invitada la foto de ese saludo, vio con sorpresa que, justo detrás de ella, esperaba su turno el gran maestro Rostropovich, por quien la reina sentía una profunda admiración y sincera estima. En la imagen, doña Sofía focalizaba su atención en la invitada. Luego, al cumplimentar al genial músico, daría rienda suelta a su afecto. Cada persona tiene con ella su instante de atención.

En una embajada hubo un apagón cuando iban a servir la cena y la oscuridad hacía imposible el servicio. Parece ser que doña Sofía sugirió que se encendieran todas las velas que encontraran, lo que creó un efecto muy sugerente, y se solucionó el problema. En otra ocasión, el marqués Lucifero, decorador del evento, no gozó de tanta suerte, pues colocó también velas en las lámparas que colgaban del techo de la carpa que cubría la terraza desde donde se divisa la vista más espectacular de la Ciudad Eterna. No tuvo la precaución de comprobar si las velas eran de las que no goteaban, y varias invitadas acabaron escaldadas por la cera derretida que caía de los espléndidos candelabros sobre los desprevenidos asistentes.

La reina estaba como pez en el agua en esa atmósfera musical del Kennedy Center que reunía a algunos de los mejores del panorama artístico mundial, pero cuando avistó de nuevo a su amigo Mstislav Rostropovich se le iluminó la cara. Cierto es que el violoncelista ruso era un personaje lleno de vida, que comunicaba energía positiva y ganas de vivir, con sus alegres ojillos chispeando gracia, tanto en los ensayos, como en cualquier actividad en las que era frecuentemente requerido en Washington, dada su generosidad hacia muchas causas. Sus ojos vivísimos reían tras las ligeras gafas, incluso cuando imaginaba sus bromas, y antes de que él mismo comenzara a relatar chistes a los que era muy aficionado. Además de un grande del arte, era un ser humano excepcional.

Al día siguiente la reina inauguraría la importante exposición de Goya, en la que la joya más preciada de la muestra era el retrato de *La condesa de Chinchón*, cuadro que salía por primera vez de España para ser admirado —¡y cómo!— en el extranjero. Aparte de esta espléndida pintura, venían de España *Vuelo de brujas*, el *Autorretrato*, o *Santa Isabel de Hungría*, a los que se añadieron las mejores obras del pintor aragonés propiedad de la National Gallery. Una vez más, la Corona se unía al arte para mostrar el mejor talento de nuestro país. La frase proferida por el rey unos años atrás, «El arte es la mejor embajada que una nación puede ofrecer», retomaba todo su sentido con esta imponente exposición de Goya en la National Gallery de Washington. La inauguración, como acostumbran en Estados Unidos, fue seguida de una cena en las propias salas de la exposición donde reinaba la nostálgica *Condesa de Chinchón.*

Las mesas de doce personas ocupaban el inmenso atrio de la galería y de nuevo apareció doña Sofía radiante, después de un programa agotador y casi sin descansar. Daba la sensación de que hubiera sido bendecida con una intensa, más tranquila, energía. Se la veía relajada, contenta de saludar a unos y a otros. Su dominio del inglés le permitía hablar con todas las personalidades y su habilidad le instaba a decir la frase justa, el gesto animoso o admirativo a quienes se acercaban a cumplimentarla.

A su lado estaba una de las personas que más y mejor había trabajado por difundir la cultura española en Nueva York, Inmaculada de Habsburgo. Sus ojos intensamente azules, que brillaban de inteligencia, su sonrisa franca y su comportamiento siempre animoso, pronto siempre para proyectos de calado, la hacían un personaje muy querido y respetado en el mundo cultural estadounidense.

Era el alma del Spanish Institute, que ella haría crecer hasta convertirse en la obligada referencia para actividades hispanas. Por la dedicación que la reina Sofía había mostrado hacia todas las expresiones culturales, la junta de gobierno decidió añadir su nombre al original, dando en llamarlo Queen Sofía Spanish Institute.

Se creó un premio, una medalla de oro, para galardonar a personalidades estadounidenses y españolas que hubieran colaborado para el mejor entendimiento entre las dos naciones. La medalla del año 2003 sería otorgada al rey Juan Carlos y a la reina Sofía.

Ese año de 1986 acababa con una buena noticia, que supuso para la reina una alegría inmensa. Su hermana Irene que, junto con la princesa Radziwill, es su mejor amiga, se instalaba en España.

Más bonito que un San Luis
1987

En la inteligente, variada e interesante radio española, una de las mejores del mundo, un programa, *Protagonistas*, que tenía enganchada a media España, concedía un premio de humor desenfadado, original y a veces surrealista, que se llamaba «Más bonito que un San Luis».

Ese año de 1987 se lo concedieron al rey, y a La Zarzuela fueron a entregárselo Luis del Olmo, de voz seductora y fascinante; el genial Antonio Mingote, tan admirado y respetado; Gila; José Luis Coll y Luis Sánchez Polack —Tip—, alma surrealista de ese programa que divertía tanto a los entregados oyentes. Como era su costumbre, Tip resolvió tomar la iniciativa para cortar el aire protocolario de la audiencia diciendo a sus acompañantes: «Venga, echen unas moneditas para los chicos de esta casa», mientras les conminaba a ello con un cenicero tomado al azar. En medio del regocijo general, se acercó un ayudante que les invitó cortésmente a pasar al salón donde les aguardaba don Juan Carlos, que comenzó a saludar a cada uno con su simpatía

habitual. Al llegar a Tip, este esbozó uno de sus gestos característicos, como si por fin hubiera caído en la cuenta de algo, mirando fijamente al monarca con un ojo medio cerrado. Sus compañeros, que le conocían, supieron que estaba en camino alguna perla. Tip muy serio, con voz grave dijo con estudiado énfasis: «Yo a ti te conozco, te conozco… Tú eres el de la tele». El monarca con expresión divertida le dio a Tip un afectuoso abrazo y entonces el humorista exclamó con desparpajo: «Pues ahora me doy cuenta de que estamos a la misma altura». La sonora carcajada de don Juan Carlos atrajo a la reina, que no quiso perderse el festejo.

Unos años más tarde, la genialidad de Tip se pondría de nuevo de manifiesto, con la mayor naturalidad, en una cena con los reyes que organizaba Luis del Olmo, a la que asistían varios humoristas. La tertulia se prolongó y Tip se acercó con aire interesado a los reyes para anunciarles: «Es casi la una y el metro cierra, majestades. Por cierto, ¿donde hacen ustedes trasbordo para ir a La Zarzuela?».

Acontecimientos familiares. Felipe e Isabel
Agosto de 1989

Los príncipes, mientras tanto, habían crecido. Las infantas cumplían un sueño que la reina hubiera deseado obtener: un título universitario. La infanta Elena, magisterio y pedagogía, y la infanta Cristina, ciencias políticas. Muy aficionada a la vela, interés común a muchos miembros de ambas familias reales, doña Cristina encontraba tiempo para los entrenamientos a fin de preparase para los Juegos Olímpicos de Seúl. Entre todos estos acontecimientos nacionales y extranjeros, en el mes de agosto, saltaba a la prensa una noticia que atrajo la atención de los periódicos y revistas. El príncipe salía con una chica rubia, muy guapa, que se llamaba Isabel Sartorius. Tenía la mirada dulce y caía bien a la gente. Se preguntaban: ¿será la futura reina de España?

Quedaban unos años para preparar el país al encuentro de los magnos acontecimientos que pondrían a España en el tablero internacional como uno de los países más atractivos del planeta.

12

AÑO DE RETOS
1992

Foro Iberoamericano de La Rábida
24 de marzo de 1992

Era el año 1992. España realizó un esfuerzo hercúleo para preparar tres acontecimientos singulares y que salieron a la perfección. Fue una extraordinaria tarjeta de visita internacional. Con el resultado de estos proyectos afirmaba nuestro país que los españoles podían ser organizados, rigurosos, trabajadores y llevar a cabo tres aventuras únicas: la Expo de Sevilla, el Quinto Centenario del Descubrimiento y los Juegos Olímpicos de Barcelona. Y coronarlas con excelencia. Todo el país se puso a trabajar. Tras el envite de una Transición admirada por el mundo entero, había que salir con bien de estos retos, que mostrarían un país moderno, apartado de las antiguas rémoras del pasado.

Pero no solo Sevilla y Barcelona tuvieron conmemoraciones de altura. El territorio nacional celebró los quinientos años del Descubrimiento de América, y con este motivo florecieron exposiciones, inauguraciones de centros culturales y actividades artísticas, literarias o científicas que sembraron el país de conocimiento. En muchas de ellas se contó con la presencia de los reyes, o de doña Sofía en solitario. Uno de los sucesos tuvo lugar en Huelva, donde la reina inauguró el Foro Iberoamericano de La Rábida, hermoso pabellón de arquitectura moderna, diáfana y luminosa, que contó nada menos que con la presencia John Elliott, el gran hispanista inglés, para dar la conferencia de apertura.

Quien acudió a ese evento recordará la admiración con la que el famoso profesor describió la historia de nuestro país, como era en él costumbre hacerlo en sus rigurosos y amenos libros.

La sala de exposiciones de dicho Foro Iberoamericano comenzaba su andadura con una exposición de pintura, de marcado simbolismo, que narraba en una treintena de obras la crónica pictórica de *Los viajes de Colón*. Su autora tuvo el orgullo de contar con la presencia de la reina para abrir la muestra. Era la primera vez que dicha artista iba a recibir a la reina a la puerta de la sala de exposiciones, y sentía el lógico respeto que infunde la situación. Sabía, además, de la afición de doña Sofía por conocer todos los detalles referentes a aquello que visitaba o inauguraba, por tanto intentó prepararse bien. Pero siempre quedaba la duda de si sería suficiente el conocimiento adquirido.

Una anécdota había corrido por los mentideros de la Villa y Corte. Un ministro de Obras Públicas, Sáenz de Cosculluela, informaba durante el viaje a doña Sofía sobre el pantano de Alqueva, que en breve iba a inaugurar. Al referirse a dicha obra como el «segundo mayor de Europa», la reina preguntó con interés: «¿Y cuál es el primero?». El ministro no conocía la respuesta y, tras informarse, declaró muy ufano que la presa estaba en Grecia, país natal de la reina. A lo que ella añadió: «¿Y en qué lugar de Grecia?». Cosa que el ministro ignoraba.

Nada de eso sucedió ese día de marzo de 1992 a la preocupada pintora. Doña Sofía fue cálida, se interesó con sumo detalle por los personajes de los cuadros expuestos y tuvo sentido del humor al hacer las preguntas pertinentes. Varias veces su risa cantarina acompañó alguna de las explicaciones, como cuando ante el cuadro *Segundo viaje de Colón*, la autora comentó que en esa singladura de 1493 iba la primera mujer que zarpó hacia Indias, María Fernández, claro que como intendente de la casa del descubridor. Comprobó también la curiosidad innata de la reina, pues mostró su afición a la naturaleza preguntando por la flora y fauna representadas en los lienzos.

Luego la reina recibió un libro bello de manos de la pintora y de la editora del mismo, *Diario de a bordo* de Colón, que contenía las pinturas expuestas en el Foro Iberoamericano. La edición del manuscrito del almirante, había sido patrocinada por el BBVA, encuadernado en pergamino a la usanza de la época y realizado de manera exquisita en papel envejecido. Doña Sofía, como es su costumbre, iba vestida con una chaqueta de corte sobrio, pero de un color primaveral, melocotón claro, que le favorecía mucho, y una falda gris perla. Al cuello llevaba un sedoso pañuelo de gasa, que hacía juego con la blusa de motas y que repetía en elegante armonía los tonos albaricoque y grises. Un hermoso broche y pendientes completaban el perfecto atuendo. Permaneció largo rato en la recepción que siguió a ambas actividades, saludando a todo el mundo. Estaba contenta y se preocupó de que todos tuvieran la oportunidad de acercarse a conversar con ella, aunque fuera brevemente. Cuando la reina se había marchado se oían comentarios muy similares:

—¡Qué sencilla! ¿Y viste cómo sonreía a todo el mundo?

—¡Es tan bonita cuando sonríe! ¡Se le ilumina la cara!

Las personas que decían estas frases y similares habrían de recordar la sentencia «La expresión del rostro es el espejo del alma», pues en este caso la inteligencia brillaba en sus ojos claros y la bondad en su cantarina risa.

Un ambiente de euforia sobrevolaba el país. Multitud de personas realizaron un trabajo callado para conseguir el éxito general, reflejado luego en España y sus gobernantes. Un ejemplo fue Gabriel Villalba, director de exposiciones de la Fundación Colegio del Rey, y comisario de *Los viajes de Colón*, que trabajó en los montajes de las exposiciones como si le fuera en ello la vida. Se entregó a su responsabilidad buscando la excelencia.

Y así en España hubo mucha gente que se afanó con ahínco, en silencio, y alegres porque eran conscientes que era para bien del nombre del país.

Exposición Universal
Sevilla, 1992

Ese año de 1992 iba a aportar cambios fundamentales para Andalucía y en especial para Sevilla. La excepcional belleza de su variada arquitectura, que se desarrolla a través de los siglos, con esas maravillas únicas que son la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, la Giralda, la Torre del Oro y el Archivo de Indias en Sevilla; la exuberancia riente de sus jardines con la sutil música de sus fuentes y albercas; la bondad de su clima y la simpatía e ingenio de sus gentes iban a ser conocidas en el mundo entero.

Para facilitar el transporte de tantos turistas había que tener un tren rápido que uniera Madrid con la ciudad de la Expo, y así se construyó el Ave a Andalucía, al que siguieron otros destinos, con lo que se produjo una notable modernización de las comunicaciones de nuestro país. Avanzábamos. Muchos años atrás, en 1976 y en uno de los discursos que pronunció en Santo

Domingo, el rey había lanzado la idea de una magna exposición para conmemorar el Quinto Centenario. Y aquella idea durmió el sueño de los justos, hasta que el alcalde de Sevilla de aquel entonces, Luis Uruñuela, la presentó a la atención de los reyes el 12 de octubre. Don Juan Carlos y doña Sofía habían acudido a la inauguración de un monumento al libertador Simón Bolívar en esa ciudad.

A partir de ahí, la idea original del rey comenzó a entusiasmar a políticos y autoridades locales. Y también al alcalde de Chicago, que aspiraba a que su ciudad fuera de nuevo la elegida. La capital del rico estado de Illinois había organizado la Exposición Universal del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, y quería repetir celebrando asimismo el Quinto Centenario. Tras denodada batalla argumental y mediática por parte de tesoneros españoles, ganó Sevilla. Por una vez el *lobby* italiano en Estados Unidos había sido vencido y el Quinto Centenario se celebraría en la nación que había sufragado y organizado la expedición que abriría para siempre los confines del mundo hacia un continente que en justicia hubiera debido llamarse Colombia.

Tuvo que ser grande la alegría de la condesa de Barcelona al ver elegida su amada Sevilla como sede de la Exposición Universal.

El magnífico palacio de San Telmo había sido donado a la iglesia por la duquesa de Montpensier, Luisa Fernanda, hermana de Isabel II y bisabuela de la condesa de Barcelona, pero el Gobierno de Andalucía opinó que ese monumento sería una magnífica sede para la Presidencia de la Junta. Fue necesario pedir el consentimiento de los descendientes de Luisa Fernanda, que había especificado que donaba el palacio a la Iglesia, para destinarlo a emplazamiento del Gobierno autonómico. Los descendientes de la duquesa de Montpensier aceptaron. Y Sevilla se fue embelleciendo para el año 1992. Los países participantes se esmeraban para que su pabellón fuera el más atractivo y atrajera el mayor número de visitantes. Los españoles, técnicos, operarios y Gobierno, sentían preocupación de que las instalaciones no estuvieran listas en la fecha prevista. Pero se trabajó a destajo y con seriedad, y los reyes, acompañados por el príncipe Felipe y la infanta Cristina, pudieron inaugurar la Exposición Universal de Sevilla que conmemoraba el Quinto Centenario del Descubrimiento de América el 20 de abril, en la explanada de la Cartuja. La Expo, como la llamaba todo el mundo, resultó un gran éxito y fue clausurada por doña Sofía y don Juan Carlos en la simbólica fecha del 12 de octubre. Era tiempo de coronar los proyectos y de gozar de los parabienes del mundo internacional.

Y llegaron los Juegos Olímpicos. La ceremonia inaugural tuvo lugar el 25 de julio de 1992 y todos los deseos de éxito de un pueblo estuvieron concentrados en esa ceremonia. Era la tarjeta de presentación para unas jornadas que darían una visión de nuestro país a una audiencia televisiva de millones de personas. En el calor de julio y con un estadio repleto, la inauguración comenzó a las ocho de la tarde en punto, momento en el que los figurantes iniciaron sus movimientos, que formaban hermosas escenas de las Ramblas con las flores y pájaros que habitualmente adornan esa avenida tan barcelonesa. De manera súbita, deshicieron estas formaciones para crear la palabra de salutación HOLA con perfecta sincronización, en los colores rojo y amarillo, produciendo exclamaciones de admiración entre el público. No habían terminado las sorpresas, pues la palabra se transformó en el logotipo de la ciudad de Barcelona, que, con un simpático gesto, guiñaba un ojo a los asistentes.

Enseguida las enseñas de España, Cataluña y Barcelona fueron entregadas en el palco presidencial, cuando hacían su entrada los reyes y mientras sonaba el himno de Cataluña *Els*

Segadors, y acabado este, el himno nacional. Instantes de gran emoción que fueron subrayados por los aviones de la Patrulla Águila que surcaron el cielo estival como aves míticas.

Algunos intentaron hacer oír sus consignas, pero no consiguieron empañar la importancia de esa ocasión. De nuevo la atención se centró en el césped, donde numerosos bailarines danzaban una sardana, que acabó formando cinco círculos, que representaban los cinco aros olímpicos. Para terminar este emblemático baile, los aros se convirtieron en un corazón, que simbolizaba la calurosa acogida de los barceloneses a los juegos. La incomparable voz de Plácido Domingo se alzó en el estadio, desgranando las notas de *Te quiero*, y acto seguido, la genial bailarina Cristina Hoyos interpretó una sevillana, acompañada por doce parejas de bailaores.

El talento artístico español lució una vez más su arte a cargo de Alfredo Kraus, con una límpida interpretación de *Del cabello más sutil*, que dio paso a una original e imaginativa versión de *Mediterráneo*, por parte de La Fura dels Baus.

Cuando los ojos estaban expectantes ante lo que iba a venir, se inició el tradicional desfile de los países participantes, con Grecia en primer lugar, siguiendo la tradición. Eran las diez y dos minutos, cuando apareció en el estadio la delegación española, con el príncipe Felipe como abanderado de España. Los participantes olímpicos vestían, ellos pantalón blanco y chaqueta azul marino, y ellas vistosas chaquetas rojas y túnicas amarillas. La reacción popular fue inmediata, pero donde la emoción se vio con claridad fue en el palco presidencial, pues la infanta Elena dejó rodar gruesos lagrimones por sus mejillas y en los ojos de la reina brillaron unas lágrimas. El profundo amor de la madre por su hijo recibía en ese día una caricia en el alma.

Y llegó el punto álgido de la ceremonia. Tras unas palabras del alcalde Pascual Maragall y del presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, el rey dio la bienvenida: «*Benvinguts tots a Barcelona*. Hoy, 25 de julio del año 1992, declaro abiertos los Juegos Olímpicos de Barcelona que celebran la XXV Olimpiada de la Era Moderna».

De inmediato entró el fuego sagrado en el estadio, portado por el medallista Herminio Menéndez, que en medio de una total oscuridad, para que las llamas resultaran aún más visibles, lo entregó a Epi, Antonio San Epifanio, que a su vez lo presentó al arquero paralímpico Antonio Rebollo. Este prendió una flecha y, tensando su arco en una postura escultórica, la lanzó con tino hacia el pebetero, que se iluminó con un resplandor apoteósico. La multitud, que había contenido la respiración, explotó de júbilo.

Una nación demostraba, en medio de una alegría contagiosa, su capacidad organizativa, que no dejó nada al azar, de tal manera que, durante todos los juegos, no se produjo ningún incidente reseñable. La participación ciudadana con sus inmejorables voluntarios creó un ambiente de fiesta, cosa que los españoles saben hacer muy bien, que acogía a los visitantes con un simbólico abrazo. Los resultados —trece medallas de oro—[142] contribuyeron a mostrar esa nueva España democrática, preparada para la sana competición e integrada en Europa. La reina, en una de las regatas, entusiasmada con los resultados y con el protagonismo de su hijo, declaraba orgullosa a Carlos Ferrer Salat: «Estoy enamorada de mi hijo».[143]

El amor a su hijo lo demostraba con claras manifestaciones, ya que se había referido a él en una ocasión como: «El sol de mis ojos». Otra reina, Isabel la Católica, que con menos fortuna cifró sus expectativas de madre y soberana en el príncipe Juan, llamaba a su hijo «mi ángel».

El país entero estaba orgulloso del éxito internacional que representaba el maratón organizativo de la Exposición Universal de Sevilla, el Quinto Centenario del Descubrimiento de América y los Juegos Olímpicos, las nuevas y excelentes comunicaciones y todos los hechos positivos de aquellos años.

Muerte del conde de Barcelona
1 de abril de 1993

Don Juan luchaba desde hacía trece años contra una dolencia dura, un cáncer de garganta, que le había proporcionado mucho sufrimiento. Pero no había conseguido desterrar su afable sonrisa cuando alguien se acercaba a saludarle. Doña Sofía pasaba muchos días al lado del enfermo en la clínica universitaria de Navarra. Fueron muchas horas de charlas y confidencias, que aproximaron al suegro a su nuera. Los años y las dificultades del camino habían unido a esas dos personalidades tan distintas, pero que tenían un objetivo en común, el bien de la institución. El 1 de abril murió don Juan en la clínica de Pamplona, donde le cuidaron con tanto afecto como eficiencia.

La inmensidad de la pérdida hizo que el rey decidiera otorgar funerales de Estado a su padre como si hubiera reinado. El viejo luchador recibía en la muerte lo que no pudo obtener en vida. Se declararon siete días de luto nacional y cada plaza, cada barco de la Armada anclado en los puertos de España hizo oír un salva de cinco cañonazos, dos veces al día, mientras el cadáver de don Juan estuviera de cuerpo presente. El rey acompañó al féretro de su padre que llegó a Madrid procedente de Pamplona. La familia real y los familiares del rey asistieron a una misa *corpore insepulto* en La Zarzuela, donde se podía percibir en la expresión de los rostros el dolor que les afligía. Luego se montó la capilla ardiente en el salón del trono del Palacio Real, donde ocho guardias reales rindieron honores militares al finado.

El cortejo que acompañaba al armón de artillería estaba formado por militares de los tres ejércitos y estaba tirado por seis caballos y fue conducido desde el patio de la Armería en Madrid hasta El Escorial. Detrás marchaba el rey y, tras él, el príncipe Felipe. El entierro del conde de Barcelona en el panteón de El Escorial fue una impresionante ceremonia. Ese 8 de abril, cuando entró la comitiva en la explanada que se extiende inmensa ante la basílica, tres compañías de la Guardia Real en uniforme de gala rindieron honores a don Juan. Entonces tuvo lugar un momento de intensa emoción, que estremece hasta el ánimo más recio: mientras sonaban las notas vibrantes del himno nacional, retumbaron veintiún cañonazos.

Era el protocolo dedicado a un rey. La condesa de Barcelona aparecía rodeada de los suyos en silla de ruedas y, como la reina Sofía, las infantas y las otras damas de la familia, de luto riguroso, sin ninguna joya adornando sus sobrios trajes de chaqueta. Recibieron a los reyes dos cardenales, Suquía, arzobispo de Madrid, y Marcelo González, primado de España y arzobispo de Toledo; tres arzobispos, el vicario general castrense monseñor Estepa, Elías Yanes, presidente de la Conferencia Episcopal, y Ricard María Carles; y el prior del monasterio, José María del Valle.

En esa mañana crujiente de fresco aire de la sierra, el conjunto arquitectónico parecía aún más grandioso. Las agudas flechas de las cúpulas herrerianas se elevaban al cielo claro, sin una nube; la basílica estaba preparada para la ceremonia tras la cual depositarían en el panteón para su eterno descanso al conde de Barcelona.

El altar mayor donde tendría lugar la misa refulgía con cientos de velas, desvelando las historias escondidas en cada pintura. Las esculturas orantes del emperador Carlos V y de su hijo Felipe II con sus familias, obra del genial Leone Leoni y de su hijo Pompeo, parecían aguardar la entrada de su descendiente directo que tanto batalló por conservar el trono de sus mayores.

El Escorial es una magna obra de arquitectura y crisol de la historia de España. El lugar impone, y los cantos gregorianos de los agustinos sacuden las entretelas del alma. Es doloroso despedir a un ser querido y si, además, ha sido el compañero de proyectos y desvelos, como era el caso del rey, el sufrimiento conmueve todas las fibras del ser humano.

Los reyes se situaron a la derecha del presbiterio con toda su familia, y tras ellos, los representantes de las casas reales europeas, entre los que destacaban los reyes de los belgas Balduino y Fabiola, el príncipe de Gales y, a la izquierda, autoridades e invitados entre los que no faltó el príncipe Max de Baden, con quien la reina había compartido educación e infancia. El féretro fue introducido en el templo a hombros de doce guardias reales.

Comenzó la misa concelebrada por los oficiantes, revestidos con hermosas casullas bordadas de los siglos XVI y XVII y tocados con sus correspondientes mitras y solideos. La música de la misa había sido pensada y escogida con esmero. Se notaba la mano de doña Sofía. El Coro y Orquesta Nacional de España interpretaron con suma delicadeza las tristes notas de la *Misa oficio de difuntos*, de Tomás Luis de Victoria, y el *Panis Angelicus* de César Frank.

Los españoles pudieron ver en televisión o al día siguiente en las fotos de los periódicos esas exequias en las que las lágrimas asomaron al rostro del rey y se deslizaron incontenibles por el de la reina. Todo el país pudo contemplar el dolor de doña Sofía, que expresaba con naturalidad sus sentimientos. Desaparecía de su vida quien podía ser su apoyo en horas difíciles. Luis María Anson, que tanto y con constante lealtad había acompañado la vida del conde de Barcelona, contaba la evolución de la relación de doña Sofía con don Juan con una profunda psicología, que resulta muy interesante: «Luego, con el tiempo, la relación con don Juan, que al principio había sido muy compleja, fue evolucionando, ya que él apreciaba mucho el oficio real. El afecto fue creciendo a lo largo de los años hasta el punto de que doña Sofía fue de las personas que más sintieron su muerte. Ella, poco a poco, se fue refugiando en él. Aceptaba sus consejos y don Juan fue cambiando. Con el paso del tiempo, en él encontró un intérprete que le contaba cómo eran las cosas. Llegó a quererlo mucho».[144]

Una vez más, la humanidad en esa emoción profunda de pérdida, tan común a tantas gentes, les unía a sus conciudadanos. Cuando doña Sofía se muestra natural, con sentimientos auténticos, como ella es en realidad, gana la simpatía popular. No ha de hacer más que ser ella.

Doña Sofía estaba al lado de su marido, consolándole. El rey lo reconocería en unas frases admirativas, en las que recordaba la lealtad de la reina, su serenidad y coraje en los numerosos conflictos a los que los reyes hubieron de enfrentarse hasta llegar al trono. Era una valiosa compañera.

Georgetown

Abril de 1993

Como todos los padres que tienen un hijo estudiando fuera, los reyes acudieron con ilusión a ver al príncipe que cursaba estudios en el famoso colegio y magnífica universidad de relaciones internacionales de Georgetown, en la capital de Estados Unidos. La afición de la reina a los perros la ha heredado don Felipe, a quien, como sorpresa, le llevaron su perro Pushkin, un schnauzer enano, que fue el ser más feliz de la tierra al ver de nuevo a su amo.

En esa visita se produjo una anécdota, que fue muy comentada por la prensa, hasta que el propio presidente Clinton desveló el sentido de su saludo, anulando las especulaciones que circulaban ya por los mentideros de la villa. Lo cuenta la propia doña Sofía:

> Allí estuvimos con Clinton. La anécdota fue que él, con una gran sonrisa y alzando mucho la voz, al verme dijo:
> —¡Qué agradable verla otra vez!
> Entonces, los periodistas se pusieron nerviosos, muy mosqueados por lo de «otra vez», venga a preguntar:
> —Pero ¿cuándo se han visto antes?
> Clinton les sacó a todos de la duda:

—Sí, nos vimos en Bilderberg, en las jornadas de Baden-Baden.[145]

La reina había asistido en varias ocasiones, cinco parece, a ese foro que convoca a las personas más influyentes del planeta. Gentes de las finanzas, la política y dirigentes de la res pública o la privada se reúnen para conocerse mejor y para escuchar de primera mano las decisiones que tomarán los líderes del mundo. Puede ser un arma beneficiosa para las relaciones internacionales, pero existe desconfianza entre la mayoría de la población porque sus reuniones son mucho menos transparentes que otros foros de índole similar. No se permite el acceso a los periodistas y hasta los propios escoltas de los participantes tienen vetado al acceso a la sala de debate. No hay filtraciones. No existen indiscreciones.

El origen del Club Bilderberg se remonta a 1954, ante la preocupación del creciente antiamericanismo surgido en Europa y la guerra fría reinante. Su fundador, Józef Retinger, un emigrante judío de Polonia, se había marcado como objetivo aunar las voluntades de Estados Unidos y Europa, en una fértil unión de los líderes de las naciones, empresarios, académicos y representantes de los medios de comunicación, para oponerse a la Unión Soviética y al comunismo, que él, como polaco, había conocido y sufrido personalmente.

Componen estas reuniones de ciento veinte a ciento cincuenta participantes, provenientes de los países más desarrollados del planeta. Uno de los requisitos es hacer uso de lo debatido en esas reuniones, pero sin identificar a quien así se haya manifestado. Esta discreción, siempre respetada, produce una gran fluidez en los contactos y amplia libertad en la manera de expresarse de sus componentes, que ven preservada la confidencialidad en ese foro. A veces tiene relación con la famosa sociedad secreta de la Universidad de Yale, Skull & Bones, a cuya hermandad pertenecen personalidades como George Bush padre e hijo y el secretario de Estado norteamericano John Kerry.

Son asiduos a Bildelberg: Henry Kissinger; Christine Lagarde, directora del FMI; el redactor jefe de *The Economist*, John Micklethwait; o el ex primer ministro italiano Mario Monti.

Doña Sofía acude con frecuencia, y en el año 2015 los temas a debatir fueron de sumo interés para el futuro del mundo:

- Sostenibilidad de la recuperación económica: ¿hay remedio para la anquilosada Europa?
- Intercambio de información de los servicios secretos, fundamental para combatir el terrorismo yihadista.
- Futuro de la democracia. Recordemos a Platón: ¿se puede caer de la democracia a la demagogia?
- Política y economía de China. ¿El gigante tiene los pies de barro?
- Crisis en Ucrania. ¿La gran Rusia permite la libertad de sus antiguos satélites?

Que Dios los ilumine porque los cambios sociales y políticos en este momento se producen a velocidad de vértigo. Y mucha gente está dormida, piensan en un mundo que ya no existe, y entonces la manera de actuar no sirve, pues la interpretación del problema es falsa.

Fundación de Ayuda contra la Drogadicción
1992

Todas estas ocupaciones no apartaron nunca a doña Sofía de su dedicación a prevenir los grandes males de la sociedad. El gravísimo problema de la drogodependencia, que azotó a tantas familias

en aquellos años y continúa hoy haciendo estragos, se convertirá en uno de sus caballos de batalla. A instancias del general Gutiérrez Mellado, la reina aceptó, en 1986, la presidencia de honor de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, que trabaja a favor de la prevención para evitar el consumo de estas sustancias.

El buen hacer de doña Sofía sería valorado en 1992 al otorgarle el Premio Internacional de la Lucha contra la Droga, en la ciudad de Buenos Aires. Allí declaró contundente: «Las drogas y el alcohol dañan la biología, modifican el comportamiento del individuo y la sociedad, y es ahora, en los umbrales de una nueva era, cuando ambos aparecen como un freno radical a la libertad, la convivencia y la felicidad de los hombres».[146]

¡Qué dramática verdad encierran estas palabras! ¡Un auténtico flagelo para tantas familias! Las drogas, que siempre se habían consumido, en determinados círculos se popularizaron —como en la inmensamente bella isla de Ibiza—. Su aureola de novedad y modernidad atrajo a muchos jóvenes recién salidos de lo que consideraban un sofocante régimen franquista y confundidos por lo que tomaron por una puerta a la libertad.

Los padres intentaron, confusos, arrancar a sus seres queridos de ese mundo, el de la miserable droga, que enriquece hasta límites insospechados a unos pocos y sumerge en la miseria a tantas vidas cercenadas. Partidos de fútbol, exposiciones, actos culturales, conferencias… La reina siempre mostró su apoyo a todos aquellos actos que pudieran contribuir a erradicar esta lacra.

13

LA ANGUSTIA Y LA ESPERANZA
1994-1998

La organización terrorista ETA seguía con su criminal trayectoria asesinando a aquellos que limpiamente deseaban dirimir sus diferencias en las urnas. El pueblo vasco sufrió incontables muertes que no tenían, en ningún caso, razón de ser, pues todos estamos obligados a acatar la ley para obtener una respetuosa convivencia. Una de esas ocasiones, particularmente dolorosa, fue el secuestro de Miguel Ángel Blanco, un joven e idealista concejal de Ermua. La banda armada amenazó al Estado con matar a este chico de veintinueve años si no soltaban a los presos que cumplían condena por acciones tan miserables como la que planeaban perpetrar con Miguel Ángel. El país entero vivió pendiente de la suerte del rehén, anhelando que esos asesinos no tuvieran el alma tan negra como para matar a un ser maniatado e indefenso, que no había hecho mal a nadie. Un tiro en la nuca acabó con su vida. La reina, al enterarse del fatal desenlace, lloró con sentimiento, con la pena de esa vida cercenada en plena juventud. Esa compasión hacia sus congéneres es auténtica, y ella sintió de verdad no poder estar allí, en Ermua, esa bella localidad del hermoso País Vasco, hermosura teñida de sangre durante tantos dolorosos años. Pero la seguridad de los miembros de la familia real desaconsejaba el viaje. Mucha gente sollozó esa tarde de rabia y pesar, y muchos estuvieron con el pensamiento y la oración en la localidad vasca. La reacción ciudadana fue poderosa. Los ciudadanos de muchas capitales del país se echaron a la calle en protesta por esa muerte absurda y cruel. Se pintaron las palmas de sus manos de blanco en recuerdo del concejal asesinado y exgieron el final de esa tortura que sufría España. Muy pocas familias en el País Vasco podían decir con alivio que no contaban con una víctima del terror, bien fuera asesinado, herido de gravedad o amenazado con cartas bomba u otros artefactos intimidantes. Fueron muchas las personas que, a causa de la angustia padecida, desarrollaron enfermedades incurables o trastornos mentales graves. Ellos también fueron víctimas de ETA.

Sevilla había de ser
18 de marzo de 1995

Pero también surgían noticias esperanzadoras que hablaban de amor y continuidad. Se propagaban los rumores de novios de las infantas, ora doña Elena, ora doña Cristina, sin concretarse ninguno de ellos. Pero el 24 de noviembre de 1994 los comentarios de que un chico alto, de buena planta y familia cortejaba a doña Elena se hicieron realidad con el anuncio oficial.

Tanto la reina como la infanta Elena presidían mesas petitorias en el centro de Madrid, pues era el día de la Cruz Roja, cuando La Zarzuela difundió el comunicado.

Muchas personas se acercaron a felicitar a la madre y a la hija, pero no encontraron a doña Elena, pues se había marchado tras desvelarse la noticia. Doña Sofía permaneció en su puesto recibiendo las numerosas felicitaciones. Una de las más amenas corrió a cargo de la tuna, que le cantó el apropiado pasodoble *La reina de las mujeres.*

Uno de los más bellos homenajes que recibió la infanta, unos años después, lo escribió Francisco Umbral en su extensa columna de *El Mundo*, tan leída, tan admirada:

> No quiero darle ningún valor político a esta columna, pero le doy el valor sentimental y de una mujer que supo estar en su sitio como otra supo regentarnos, o lo intentó, como la madre del rey Juan Carlos supo reorientar un día a la familia hacia el trono de España. Elena es la mujer con mucho pueblo dentro, estas cosas, a través del tiempo, las aprende la realeza del pueblo y no el pueblo de la realeza.[147]

La ciudad de Sevilla se echó a la calle con la generosidad espontánea que caracteriza a sus gentes. Todo piropo era poco para ensalzar a la novia. Engalanaron la villa con espléndidas pirámides de limones, con perfumadas flores de azahar que exudaban su sensual aroma y la propia simpatía de los sevillanos creó un ambiente de fiesta único y vital. Muchos años habían pasado desde que se celebrara en España una boda real, y el entusiasmo y la curiosidad se palpaba en las gentes que abarrotaban plazas y rincones de esa espléndida villa. Haciendo honor a su declarado amor a Sevilla, la primera en llegar a la puerta del Príncipe fue la duquesa de Alba, seguida por mil trescientos invitados entre los que se contaban familias reales extranjeras, Gobierno y personalidades de todo el mundo.

Jaime de Marichalar, acompañado de su madre y madrina, la condesa viuda de Ripalda, salía de su hotel a las doce y diez en punto para dirigirse a la puerta de las Campanillas. Un poco más tarde, a las doce y veinticinco, comenzaba el cortejo real que iniciaba la infanta Cristina, flanqueada por las hermanas del rey, doña Pilar y doña Margarita. De inmediato apareció por la puerta del León la reina del brazo del príncipe, que vestía el uniforme de gala de Marina. Con su alta estatura y su porte, enloqueció a las muchachas que se arracimaban entre las vallas desde la madrugada para disfrutar en primera línea del espectáculo. Piropearon a gusto a la regia pareja. La reina estaba muy elegante con un modelo azul turquesa, con airosa mantilla negra sujeta por alta peineta. Doña Sofía sonreía, sonreía siempre, con ese brillo en los ojos que ella muestra en los acontecimientos dichosos, y animada por la ola de cariño de la gente.

Como único adorno, un espléndido collar de perlas del que colgaba la Peregrina.[148]

A medida que los espectadores se animaban se oían más «¡olés!» y alegres palmas. Sevilla era una fiesta. Incluso circulaba una coplilla:

La catedral de Sevilla
es una hoguera de amor,
se casan Jaime y Elena
en el altar mayor.

Sevilla nos da las gracias
porque tú nos eligieras
para este día tan grande,
bella infanta doña Elena.

Al fin hizo su aparición la novia del brazo de su padre el rey con el uniforme de capitán general y el antiguo Toisón de Oro. El entusiasmo popular fue en aumento y los gritos de

«¡guapa, guapa!» atronaron las inmediaciones de la catedral. El vestido de novia, de Petro Valverde, era de organza marfil y sobre la blanca seda estaban bordados los símbolos de las diversas culturas sevillanas: en el escote de forma de herradura, en las flores a modo de celindas y en los dibujos inspirados en los azulejos de los Reales Alcázares. Cubría a la novia un etéreo velo sujeto por una tiara de brillantes, regalo de la condesa de Ripalda a la infanta. Entraron entre vítores y aplausos por la puerta de Campanillas y con pausa, saludando a los asistentes con una sonrisa, se dirigieron lentamente hacia el altar donde les esperaba el cardenal Carlos Amigo Vallejo, arzobispo de Sevilla. Hombre amable y de gran prestancia, acogió a la novia con gesto cariñoso, y a los pocos minutos pronunciaba las frases rituales: «Nos hemos reunido en el nombre del Señor para celebrar la unión en santo matrimonio de su alteza real la infanta Elena y don Jaime de Marichalar y Sáenz de Tejada».

En la imponente catedral de Sevilla, en el altar mayor reservado para ocasiones extraordinarias —solo tres señoras habían gozado de ese privilegio con anterioridad: doña Esperanza de Borbón, que contrajo matrimonio con don Pedro de Orleans-Braganza; Cayetana, duquesa de Alba, en su boda con Luis Martínez de Irujo; y Carlos, duque de Huéscar, al casarse con Matilde de Solís—, retumbaron las vibrantes notas de la *Misa de la coronación* de Mozart, que llena de emoción hasta a los espíritus menos aficionados a la música.

Entre los invitados reales se hallaban el príncipe don Pedro de Orleans-Braganza, cuya alta estatura le confería un aspecto en extremo distinguido, que era compensado con su afable actitud. Era un hombre que encontraba siempre una palabra amable, tanto para sus iguales como para las personas más humildes del pueblo, ya fuese en España como en Brasil. Su esposa, doña Esperanza, hermana de la condesa de Barcelona, llevaba una hermosa joya, el lazo de la Orden de María Luisa. Parece ser que le comentaron que la orden ya no existía, y ella adujo que la portaba como una joya. Asistieron también miembros de las monarquías y jefes de Estado, como la reina Beatriz de Holanda, el rey Carlos Gustavo de Suecia, Rainiero de Mónaco, la gran duquesa Josefina Carlota de Luxemburgo, la bella Paola de Lieja y el sultán de Omán, que destacaba con su exótico atuendo y que con tanto tino dirigía su país.

No podían faltar los primos alemanes, los príncipes de Prusia, Baden, Hannover, Hesse. La historia se repitió. Doña Sofía olvidó pedir el permiso preceptivo al rey Pablo, antes de dar el «Sí, quiero» en la catedral de Atenas. Doña Elena lo hizo también en su boda en Sevilla. A las dos y diez, y al compás del *Aleluya* de Haendel, desfilaban por la alfombra roja los nuevos esposos, que saludaron emocionados por las muestras de cariño de los sevillanos, y se encaminaron a la plaza de la Virgen de los Reyes, corazón de la villa, donde tomaron el carruaje verde que les aguardaba para llevarles a la iglesia del Salvador y que estaba tirado por seis caballos cartujanos. Allí, la infanta depositó su ramo de novia ante el altar del Santísimo Cristo de la Pasión.

Mientras tanto los reyes, seguidos por sus invitados, se dirigieron hacia los bellísimos Reales Alcázares, donde tendría lugar el banquete de bodas. Los jardines de los Alcázares son el sueño del árabe que, venido del desierto, halló agua abundante para que florezcan las más variadas plantas perfumadas, árboles de fresca sombra y fluya el agua en rumorosas fuentes.

A las nueve de la noche y para gozo de los sevillanos, se procedió a un concierto de música renacentista, acompañada por deslumbrantes fuegos artificiales, que dieron en llamar «Regocijo de luminarias y ministriles». Los reyes habían celebrado un acontecimiento familiar arropados por el cariño del pueblo. Acababa así una jornada que permanecería para siempre en la memoria de Sevilla.

Triunfo del PP
1996

La primavera del año siguiente trajo un aire de trasformación que envolvió al país en una renovada esperanza. El triunfo del partido conservador hizo crecer en mucha gente el anhelo de una renovación de los valores necesarios en toda sociedad sana. Atrás quedaban el GAL, Roldán y los numerosos escándalos, que muchos desearon y creyeron en aquel momento que no se repetirían jamás. El Gobierno socialista había dejado una estela de importantes logros sociales, en las comunicaciones y en las relaciones internacionales, pero los últimos escándalos habían empañado su imagen y el electorado había decidido el cambio. La sociedad, a pesar de la lacra del terrorismo que golpeaba muchos hogares, continuaba su marcha hacia la convivencia. Se cumplía el pronóstico que hiciera don Juan años antes. Tras un Gobierno de izquierda, ganaban los conservadores y seguía con total normalidad el proceso democrático.

La visita de Estado del presidente de Portugal culminaba las buenas relaciones entre los países. La reina acompañó a la mujer del presidente portugués, María José Ritta, a visitar un hogar de Mensajeros de la Paz, donde se atendía a niños enfermos de sida. Era un luminoso día de mayo y el mundo parecía una explosión de alegría. Sin embargo, en ese centro se encontraban niños que tal vez solo conseguirían disfrutar de pocos meses de vida. Doña Sofía acarició y besó a muchos niños, que a pesar de su enfermedad parecían contentos, pues eran tratados con sincero cariño. Uno de ellos, Rodrigo, aquejado de una grave parálisis cerebral, atrajo de manera especial a la reina, que le cogió en brazos y con inmensa ternura le dedicó palabras de afecto mientras le acariciaba la cara.

Boda de una infanta en Barcelona
4 de octubre de 1997

La ciudad se había engalanado para la infanta de España que tanto amaba Barcelona y donde era tan popular. Se casaba doña Cristina con Iñaki Urdangarin, un atlético jugador de balonmano, oriundo de Zumárraga. Se había distinguido en los Juegos Olímpicos de Atlanta, donde había conocido a doña Cristina, y unos años más tarde consiguió una medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de Sídney. El día anterior al enlace, la Ciudad Condal había regalado a los novios un fastuoso espectáculo de música, agua y fuegos artificiales en la Font Mágica de Montjuïc, fiesta que fue caldeando el ambiente. La mañana del 4 de octubre, las calles aparecían consteladas de claveles blancos, cien mil de ellos regalo del Mercat des Flors; de cintas con los colores rojo, azul, blanco y amarillo, y de letreros con deseos de felicidad en numerosos carteles en tres idiomas: español, catalán y vasco.

Barcelona es una bellísima villa, pero en aquel día era una visión digna de ser contemplada. Centenares de periodistas pertenecientes a medios de diversas partes del mundo pugnaban por hacer la foto que sería la portada de su periódico. La multitud se apiñaba en los alrededores de la catedral, a lo largo de la vía Layetana y en la plaza de la Merced, en un ambiente de alegre fiesta. Cuando llegó el Rolls Royce que conducía a Cristina acompañada por su padre el rey, se desbordó el entusiasmo. Vivas, aplausos y gritos de «¡Guapa, guapa!», y para que nada faltara en el gozoso acontecimiento, miles de banderines fueron agitados con entusiasmo por personas entregadas al afecto.

La novia estaba muy guapa. El vestido de Lorenzo Caprile, de seda bordada con dibujos inspirados en el gótico y el modernismo catalanes, le sentaba como un guante. Sujetaba el

extenso velo, que había pertenecido a la reina María Cristina, la espléndida diadema de flores de diamantes que Franco había regalado a doña Sofía, y el ramo de flores era una cascada de rosas y liliums blancos. La infanta saludaba sonriente a la gente, agradeciendo el cariño que le demostraban.

¿Recordó en algún momento la reina el poema *If* de Rudyard Kipling, tan querido por su familia griega, sobre el triunfo y al fracaso, esos dos impostores?

Una vez que don Juan Carlos ofreció su brazo a doña Cristina, comenzó a desfilar el cortejo. Hubo ovaciones para todos, pero sobre todo para la reina, que fue muy aclamada. Llevaba un sastre de color malva grisáceo, que acompañaba de una preciosa pamela un tono un poco más claro.

Al llegar a la puerta de la catedral donde les recibió el deán, les envolvió la fragancia mediterránea de la profusión de geranios blancos que la adornaban. Entró la infanta en la iglesia decorada por miles de flores blancas, rosas y liliums, como las de su ramo. El amor estaba presente. Los novios se miraban de continuo y se percibía entre ellos un gran entendimiento. La atmósfera era cálida, pero no solo por el cariño de ambos, sino por la temperatura ambiente, inusual para el mes de octubre. Muchos abanicos que las damas movían, unas con encanto y otras con energía, creaban olas de colores tenues.

Como en la boda de su hermana, la música había sido elegida con suma atención por la reina, que esta vez había seleccionado *El tiento* de Pere Alberch, *Lobe den Herren* de Johan Walter, La *Sonata en la menor*, de Rheinberger.

Especial emotividad tuvo el padrenuestro, que fue cantado por el Orfeón Donostiarra, cuyas voces resonaron en la catedral desgranando sus notas rotundas o cristalinas.

En el exterior, una muchedumbre entusiasmada seguía la ceremonia a través de unas grandes pantallas, y aguantaban a pie firme el intenso sol de ese día de octubre. En el momento de dar el «Sí, quiero» a Iñaki, la infanta hizo una venia a su padre y, al conceder el soberano el consentimiento, doña Cristina pronunció ante el cardenal Carles la fórmula que los convertía en marido y mujer. Era el turno de la entrega de arras, que procedían de la Fábrica de Moneda y Timbre. Y sucedió que al ir a dárselas al novio, una de ellas cayó al suelo. Iñaki, veloz, la recogió y se la entregó a la infanta, que la depositó en manos de su marido.

Pasadas las doce del mediodía apareció en el umbral del templo el nuevo matrimonio y entonces recomenzaron las expresiones de júbilo. Doña Cristina e Iñaki saludaron al público congregado y, tras acomodar su amplio vestido y velo en el Rolls Royce ya descapotado, iniciaron su recorrido hacia la basílica de la Merced. Mientras tanto los invitados se dirigieron hacia el palacio de Pedralbes, en cuyos jardines estaban montadas varias carpas donde se ofrecería el aperitivo. El banquete de boda se sirvió dentro del palacio, situando las numerosas mesas en las diversas estancias.

Doña Sofía había pensado hasta el mínimo detalle, pues había disponibles cuatro diferentes menús: macrobiótico; *mijar* para los musulmanes, *kosher* para los judíos y uno para la mayoría. Es su forma habitual de actuar, organizar y preparar con esmero los acontecimientos para que todos puedan sentirse a gusto.

Entre los regalos, destacaba como el más ecológico el del Premio Nobel Camilo José Cela y la Asociación para la Defensa del Borrico: dos burritos, Almorejo y Alcarreña. Y la Real Fábrica de Cristales de La Granja, el más etéreo: un juego de cristal para cuarenta y ocho comensales.

Los *castellers* de distintas zonas de Cataluña formaron nueve torres humanas que causaron viva admiración entre los huéspedes extranjeros. Esas fiestas tradicionales, conservadas y vividas

a través de los siglos, forman un legado que compone la personalidad de nuestro país. La jornada terminó con unos espectaculares fuegos artificiales.

Unos meses más tarde, el 18 de octubre, la reina acudía de nuevo a la India. Esta vez para asistir al funeral de una mujer extraordinaria: la madre Teresa de Calcuta. Allí se habían congregado muchas personalidades del mundo entero, entre ellas el padre Ángel García, fundador de Mensajeros de la Paz. Ángel expuso a doña Sofía su deseo de conocer al presidente de la India.

—No te preocupes —le dijo la reina—. Yo te lo arreglo.

El padre Ángel, con algún proyecto ya en mente, saludó, gracias a doña Sofía, al presidente de millones de seres humanos.

La mujer extraordinaria que había fallecido, Madre Teresa de Calcuta, había convertido *La Ciudad de la Noche Espantosa* de Kipling en la *Ciudad de la Alegría.*

Retorno a la patria
25 de mayo de 1998

Al dramático retorno a la patria, con ocasión del entierro de la reina Federica, habían sucedido varios años de pleitos y desencuentros con el Gobierno griego por parte de los hermanos de doña Sofía. Es de sobra conocida la anécdota que tuvo lugar durante una conversación en octubre de 1984 entre la reina y el entonces primer ministro griego Karamanlis de visita oficial en España. El gobernante heleno, intentando suavizar la tensión del momento, trató de justificar ante doña Sofía su proceder cuando se produjo el derrocamiento del rey Constantino. Pero la reina le contestó: «Señor presidente, yo soy la reina de España. No me hable usted de los problemas internos de Grecia».[149]

Esta vez, en 1998, las circunstancias eran diversas. Habían pasado diecisiete años desde aquel dramático entierro de la reina Federica, y doña Sofía volvía al país que la vio nacer, en visita de Estado y como reina de España. Pero la reina de España había nacido allí, había cursado sus estudios de enfermería en Atenas, se había casado en la catedral, paseado sus calles, recorrido sus tiendas y navegado sus mares. Por tanto, ese viaje tenía un componente emotivo que había de hacer de aquella visita algo diferente, henchida de significado. El propio rey explicaría con suma claridad que ese regreso a tierra griega tenía connotaciones excepcionales por la vinculación emocional de la reina de España con el país. Él apoyó y contribuyó a que esa visita fuera para doña Sofía una ocasión memorable. Porque, además de los asuntos bilaterales tratados sobre política, economía y acuerdos comerciales, representaba para ella un peregrinaje sentimental.

Los reyes se hospedaron en el hotel Gran Bretaña y en el recorrido desde el aeropuerto pudieron comprobar la entrega del pueblo en la calle. Acudió a Tatoi, la casa adorada y acogedora, y al panteón donde reposan sus padres, el rey Pablo y la reina Federica. Al concluir el responso del archimandrita ortodoxo, los reyes colocaron sobre las tumbas coronas de laurel. Doña Sofía estaba en un lugar que guardaba los restos de sus seres queridos, que habían hecho de Tatoi el encuentro con la felicidad. Tenía que sentir un aluvión de emociones contradictorias por el recuerdo de tiempos bien vividos, y al mismo tiempo pena por la incertidumbre en la que se hallaba esa propiedad de sus antepasados. La llegada al panteón real de Tatoi originó un momento de viva emoción, pues allí les esperaban un reducido grupo de monárquicos con

fotografías del rey Constantino, y les aclamaron con profundo afecto. El encuentro con sus compañeras de enfermería de *Mitera*, como Joana Ravanni, que asistió al doctor Doxiadis en el nacimiento de la infanta Elena en Madrid, se produjo en un ambiente distendido y alegre; saboreó el delicioso e intenso café de la cafetería Zonar's; escuchó los piropos afectuosos que le llamaban «*¡Oraia, oraia!*» («¡Guapa, guapa!); y disfrutó con las compras en las numerosas tiendas del distrito de Plaka.

Visitó doña Sofía la iglesia bizantina de Kapnikarea, de misteriosa atmósfera, con su penumbra rasgada por velas titilantes, a las que ella añadió algunas más para que guardaran a la familia de todo mal. La catedral ortodoxa, donde tuvo lugar la boda de don Juan Carlos y doña Sofía treinta y seis años antes, fue otro de los lugares de peregrinación de la reina. A veces la mente recuerda con perfecta nitidez los rostros amados de aquellos que ya no están, el lugar exacto que ocuparon en esos instantes de felicidad, la cadencia de su voz y el brillo de sus ojos. Era un viaje en el tiempo. El encuentro de doña Sofía con su antigua profesora, Theofanos Arvanotopoulos, revistió particular trascendencia. Aquella mujer anciana le había regalado en sus años mozos un tesoro inestimable: el amor y el orgullo por su país y su eminente cultura que alimentó el saber europeo y que este legó a América.

Dentro del programa tuvo lugar una recepción en el palacio del rey Oto I a la que asistieron miembros destacados de la cultura como el compositor Vangelis y Demis Roussos.

La casa donde ella naciera, la villa de Psychico, no pertenecía ya a la familia real griega, pues al salir los reyes al exilio quedó en manos del municipio de Atenas, que años más tarde la sacó a subasta. El activo embajador, Enrique Mahou, que ya había dirigido la construcción de la residencia en Delhi, intentó pujar por ella, pero la gran fortuna de un millonario chipriota, el señor Hatziou, pudo más que el tesón del diplomático.

Todos recordaban a doña Sofía como la *ipsilotari*, alteza en griego, que trataba a la gente con dulzura, no obstante una cierta timidez. Y comprobaron también que seguía haciendo gala del aplomo que le caracterizaba antaño. La timidez es innata, el aplomo se consigue. La reina, al finalizar el viaje, declaró con entusiasmo: «Siento una emoción muy grande; parece que no ha pasado el tiempo».

La felicidad por el retorno a la patria de origen se leía en su semblante. Acabada la visita, tomó el avión para volver a España. El escritor Antonio Cabanas, que es también piloto, era el comandante de la nave que portaba a la reina. Conocedor de la afición de doña Sofía por la arqueología, al finalizar el vuelo ofreció un ejemplar de su novela *El ladrón de tumbas*, pues él es un experto en novela histórica y especialista en egiptología. Doña Sofía le dijo a Antonio que ya lo había leído, máxima satisfacción para un autor.

En otra visita posterior, la reina acudió en el mes de mayo a la isla de Rodas, donde escogió como medio de transporte a un simpático burro, animal que ella adora. Doña Sofía tuvo que cabalgar muchas veces en su juventud los empinados senderos del escarpado territorio montañoso de Grecia a lomos de un asno. Son animales responsables e infravalorados, pues en alguna propiedad de Italia los usan como guardianes, ya que el revuelo que crean con sus rebuznos despierta al más dormido de los propietarios.

Cabo Cañaveral
Octubre de 1998

Ese año de 1998 acumuló muchos e importantes acontecimientos para la familia real y para España. Por primera vez en la historia de la conquista del espacio, la bandera española se hallaba

presente en la prodigiosa aventura espacial. Pedro Duque, astronauta de perfil afilado como de águila, mirada penetrante y sonrisa franca y abierta, iba a participar en un lanzamiento al espacio, junto al veterano John Glenn, el primer hombre que dio tres vueltas a la tierra en una cápsula que tenía el simbólico nombre de *Amistad 7*.

El príncipe Felipe decidió estar presente en tan legendaria ocasión y llegó a Cabo Cañaveral a tiempo para hablar por teléfono con el astronauta español, pues estaban todos ya concentrados *en capilla*, y desearle una buena travesía. En ese vuelo iban también una mujer, la cirujana cardiovascular japonesa Chiaki Mukai, y Glenn, que estaba muy preocupado por si caían en territorio hostil. El senador Glenn llevaba perennemente en su bolsillo un papel en seis idiomas que decía: «Lléveme ante su jefe».[150]

La mañana del lanzamiento amaneció clara y soleada y los numerosos invitados fueron conducidos a una amplia carpa donde se ofreció un almuerzo. Finalizada la comida los trasladaron al lugar desde donde podían contemplar la potente nave elevándose hacia el cielo. La expectación era máxima. Las cámaras de televisión, numerosísimas, se aprestaban a tomar las imágenes de un momento histórico y de suma relevancia para España. Empezó la cuenta atrás, pero, de repente, hubo de ser suspendido el despegue por un problema de presión en la cabina. De nuevo empezaron a contar 10, 9, 8… Otra vez se interrumpió la cuenta. Una avioneta se había colado por error en el espacio aéreo protegido. Por fin los motores rugieron con fiereza, una nube de humo envolvió el cohete y un destello de fuego surgió de la fumarola. La nave se alzó majestuosa, imponente, en pos de su aventura.

El presidente Clinton pronunció un discurso emocionante, en el que subrayó: «Estoy orgulloso de lo que habéis conseguido con el mismo presupuesto de la NASA ¡de hace seis años!». Aunque, según relatan los que tuvieron el privilegio de estar presentes aquel día, fue su esposa Hillary quien hizo gala de una oratoria electrizante. Cuando la señora Clinton bajó del estrado, al ver al príncipe Felipe se dirigió de inmediato a él y con sumo afecto le saludó exclamando: *«My dear boy!»*.

La actitud del presidente Clinton y su esposa Hillary fue en todo momento de cariño y deferencia hacia el príncipe de Asturias y los españoles.

A pesar de que en el despegue se desprendió del trasbordador una pieza de metal, las noticias del periplo eran muy positivas. Un portavoz de la NASA anunció que todo procedía con normalidad: «Los astronautas están bien y están trabajando».

La nave daría ciento cuarenta y cuatro vueltas a la tierra, a una velocidad vertiginosa, y Pedro Duque realizaría un paseo espacial en un satélite de mítico nombre, *Spartan*, llevando en el pecho la bandera de España.

14

QUIERO SER ÚTIL
1999-2003

Uno de los viajes más emotivos de la reina fue el que efectuó a Filipinas en el año 2000. Iba acompañada por Fernando Villalonga, entonces secretario de Estado para la Cooperación Internacional, que guarda una sincera admiración por doña Sofía. Era el mes de febrero, época del año en la que ese país se muestra en todo su magnético esplendor. La belleza de sus paisajes hace pensar al espectador, que las contempla asombrado, que la visión no es real, que lo que se despliega ante sus ojos es un decorado ideal, organizado para una espléndida y fastuosa representación. La vegetación densa, de un verde exuberante; la variedad de las flores y sus aromas embriagadores, como la sampaguita y el ylang ylang; el mar transparente y de todos los matices de azul o verde; los lagos escondidos entre montañas, donde se alza victorioso un volcán, como en Tagaytay; la sonrisa siempre pronta de sus ciudadanos y la proliferación de niños bulliciosos harían creer que estamos ante un mundo perfecto. Sin embargo, en los hospitales se amontonaban criaturas que habían contraído el sida ya en el vientre materno, una aterradora enfermedad que se estaba extendiendo con rapidez, amenazando con la destrucción y la muerte.

La ciudad de Manila, la que cantara Rizal en sus poemas de libertad, alberga la antigua villa española con sus recios muros de piedra, su antigua y prestigiosa universidad y muchos hospitales que funcionan desde el tiempo de la administración española. En uno de ellos, el hospital general de Manila, la reina visitó la sección de pediatría, donde muchos niños tenían los meses contados. Doña Sofía, con inmenso cariño, abrazó, besó y acarició a algunos chiquitos que no habían recibido jamás ternura o afecto. De nuevo los desfavorecidos hallaban en ella consuelo.

Doña Sofía es muy sensible a los asuntos de la mujer, pues bien sabe que en muchos países las féminas son la columna vertebral de la sociedad. Estas «magnolias de acero» aseguran el sustento familiar con el sueldo de su vida profesional y además ordenan y limpian la casa, cocinan, cuidan de sus mayores y cultivan el huerto que provee de verdura y fruta fresca a su prole. Con admirable consistencia, doña Sofía ha apoyado a diversas asociaciones que realizan un decidido trabajo para mejorar las oportunidades de las trabajadoras. La fundadora de Women Together, Joana Caparrós, pasó su infancia en Marruecos, donde vivió las tres culturas y aprendió el significado de la convivencia. Esta asociación persigue el fomento de la artesanía, fundamental para el crecimiento de comunidades rurales de Hispanoamérica y África, el desarrollo sostenible y el apoyo a las actividades culturales. Son los tres pilares que necesitan los

países en vías de desarrollo para salir adelante. La implicación de doña Sofía en estos necesarios proyectos es patente, ya que ha asistido en numerosas ocasiones a actividades significativas de esta ONG, asociada a Naciones Unidas. En 1998 presidió en Palma de Mallorca la Conferencia de Ayuda a las Refugiadas procedentes de Bosnia-Herzegovina, que habían sufrido no solo la separación de su familia y erradicación de su país, sino terribles calamidades durante la guerra. La reina fue también la encargada de presidir, en el año 2000 en Palma de Mallorca, el Primer Foro Internacional sobre Microcréditos, otro tema que es objeto de su interés. Organizaba dicha conferencia Women Together. Doña Sofía aceptó también esa presidencia en 2003 en Brasilia y más tarde la del Cuarto Foro Internacional del Microcrédito en Cartagena de Indias, ciudad de inolvidable sabor español.

Doña Sofía sabe que las sociedades se pueden cambiar con voluntad y tesón, y que el esfuerzo de personas con poder y generosidad para donar su tiempo puede dar un giro decisivo para muchos seres humanos. Esto lo saben asimismo personalidades de diferente origen y nacionalidad que han colaborado con Women Together y que han sido premiados por ello, como el español Antonio Banderas, por su defensa de los derechos humanos; el dominicano Juan Luis Guerra, por su labor en pro de llevar la sanidad a los más desfavorecidos; o la emiratí Hada Kanoo, mujer de mente abierta y talento artístico, que es la fuerza que impulsa la Fundación de las Artes y la Música en Abu Dabi.

También los animales suscitan atención. Es tal el amor de la reina a los animales que, en muchas ocasiones, cuando se ha de ausentar durante varios días, lleva con ella alguno de sus perros más pequeños, ya acostumbrados a los largos viajes en avión.

En febrero de 1999, doña Sofía realizó una visita a Sudáfrica, la tierra de los dos océanos, que tuvo un especial significado para ella. Representaba el retorno a su infancia, ya que la reina tenía un recuerdo nítido de su estancia en una de las casas que habitaron en el exilio. Esa casa de Ciudad del Cabo pertenecía en el momento de la visita a un empresario, Aaron Searl, que aceptó honrado y gustoso que la reina de España recorriera el escenario donde se había desarrollado su vida de exiliada.

Había otro motivo de compenetración con ese lugar y sus habitantes. La mujer del señor Searl, que había muerto unos años antes, había escrito un libro, *Que a mí me pase esto*, que narraba la lucha que mantuvo ayudando a su hijo a salir del nocivo mundo de las drogas. Dada la preocupación de doña Sofía por esta lacra y su esfuerzo a favor de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, esa visita fue también todo un símbolo.

Cumbre Iberoamericana
La Habana, 1999

Uno de los hitos en los viajes a Hispanoamérica fue el que llevó, por primera vez en la historia, a unos reyes de España a Cuba, la joya de la corona. Con todos los países de habla hispana existe una profunda ligazón, de cultura, familia y sentimientos, pero con Cuba esa relación es muy especial. Bien porque la emigración española hacia la Perla de las Antillas se produjo hasta bien entrado el siglo XX, o por la semejanza de carácter entre españoles y cubanos, el entendimiento entre ambos pueblos es inmediato. Se le atribuye al genial actor Paco Rabal, conocido por su

militancia comunista, la siguiente frase que ilustra esta predilección: «Me gustan tanto los cubanos, que hasta me gustan los de Miami».

Existía, pues, un enorme interés por parte del Gobierno y la Corona en que esa visita resultara un acontecimiento. Y lo era. Habían pasado muchos años desde que la infanta Eulalia visitara la isla representando a la Corona en 1893, por encargo de la reina María Cristina. Muchas fueron las iniciativas oficiales y privadas al socaire de ese viaje. Contaba además esa visita con la simpatía popular. Uno de los que quiso marcar ese hecho histórico con lo que él sabe hacer, la ayuda a los más desfavorecidos, fue el padre Ángel, presidente y fundador de Mensajeros de la Paz. Pensó que, dadas las características de Cuba, lo mejor que se podía ofrecer para comenzar la cooperación era un hogar de acogida para ancianos, asunto que Ángel García conoce y gestiona con infinito afecto y eficiencia. Hizo las llamadas que procedía, y comenzó a preparar su periplo cubano. Como goza de buenos contactos en todo el globo terráqueo, logró una entrevista con el mismísimo Fidel Castro. El comandante anunció al padre Ángel que con mucho gusto le acompañaría a visitar el local que el Gobierno cubano pondría a su disposición.

A las nueve de la mañana subía el padre las escaleras del palacio presidencial, con el buen ánimo que le caracteriza. La reunión fue extremadamente cordial, tomaron sus cafecitos y salieron al patio para encaminarse al lugar que acogería a ancianos aquejados de soledad. A la vibrante luz de la mañana caribeña, aparecían varios rutilantes coches Mercedes, que esperaban a la comitiva. El padre Ángel, en una de sus típicas reacciones, se volvió a Fidel y con mucha parsimonia le dijo:

—Todos los políticos sois iguales. Tu pueblo muriéndose de hambre y tú con todos estos coches de lujo.

—Oye, oye, compañero, que aquí el revolucionario soy yo —respondió Castro, raudo como una bala.

Ya había comprendido que el sonriente padrecito no se casaba con nadie.

Y llegó el día en el que los reyes aterrizaron en la hermosa y decadente ciudad de La Habana. La acogida que les dio la población no pudo ser más calurosa. Los cubanos, pueblo expresivo donde los haya, y con unos giros graciosísimos en su hablar cadencioso, llenaron las calles con banderas y gritos de bienvenida. Fue un viaje oportuno, tenía lugar la Cumbre Iberoamericana y además había sido largamente esperado por ambas naciones. El esplendor de la Ciudad Vieja, con la huella de España en cada *cuadra*, como ellos llaman a las manzanas de las calles, deslumbró a los miembros del séquito que no la conocían. Pero, para asombro de la comitiva, durante el paseo por esa esplendorosa ciudad, las calles estaban casi vacías y los servicios de seguridad cubanos estaban ojo avizor para que ningún disidente se pudiera acercar demasiado y empañara el lustre de la visita. El ambiente se tornó rígido y en exceso formal.

En eso, un gatito solitario cruzó con precaución por delante de la comitiva de los reyes. Fijó sus ojos un tanto atemorizados en los personajes, que a él se le debían de antojar gigantes. Pero ya doña Sofía se había acercado lentamente para no asustarlo y estaba acariciando con dulzura su sedosa cabecita. Una vez más se hacía patente, y con naturalidad, su sincero amor a los animales. Aquel gesto distendió un poco el usual protocolo, y la foto con doña Sofía en cuclillas, la seda de su vestido rozando el suelo, ella tranquilizando al gato y con una sonrisa en su rostro, dio la vuelta al mundo. Un gesto que era una declaración de intenciones y que es un ejemplo de cómo debe ser nuestro trato a los animales.

Las visitas que hizo la reina fueron seguidas con gran interés por parte de la prensa, que captó emotivas escenas, como cuando doña Sofía estaba en el barrio de Fontanar, recorriendo una institución para niños con minusvalías físicas. Yuleisi, una niña de dieciséis años sin brazos, demostró a la reina su habilidad y fortaleza de carácter, pues era capaz de comer y hacer sus tareas de la escuela con ¡los pies!

La conversación afectuosa e interesada de la reina con Yuleisi fue televisada y convirtió a la tenaz niña en una celebridad. Esa adolescente guardaría siempre la sensación de ser importante que le trasmitió la reina de España.

La Habana Vieja es una bellísima ciudad, un tanto ruinosa, por la que se paseó la reina sin ningún protocolo, hasta tal punto que entró en una casa a saludar a sus propietarios y conversar con ellos. Otra buena manera de conocer los países es acudir a sus mercados. Se puede comprobar así, de primera mano, el sentido artístico del país, sus aromas, sus colores, la música de sus acentos y, con un poco de atención, sus costumbres sociales y aquello que les preocupa a través de las conversaciones de unos y otros. Acudió también a cenar a un «paladar», un restaurante típico de la iniciativa privada habanera, llamado La Guarida.

Todos esos gestos, todo ese afecto, hicieron mella en los habaneros. Alguna de las tiendas o lugares visitados proclaman todavía con orgullo en un anuncio bien visible: «Aquí estuvo la reina de España».

Y del calor humano y climático de La Habana, doña Sofía pasó a visitar ese mismo año Varsovia, donde se desarrollaba la Convención de los Derechos del Niño.

Todas las mujeres, conscientes y deseosas de ayudar en la promoción de la mujer y la igualdad de derechos, han defendido la necesidad de la educación como instrumento para alcanzar la libertad. Es importante que la educación empiece en la infancia, para construir un armazón sólido de conocimiento. Isabel La Católica, con su espíritu pionero, organizó los primeros centros para dar formación a las mujeres, y doña Sofía tiene la educación como uno de sus objetivos fundamentales y prioritarios. Y en su designio de ser útil asistió una vez más a un foro donde se pudiera oír su palabra. Se trataba de la Convención sobre los Derechos del Niño en la capital de Polonia, la tierra del papa. Allí declaró con firmeza:

> No caben discriminaciones por motivo de la raza, el color, el sexo, el idioma, la religión, las opiniones políticas, el origen nacional, étnico o social, o la posición económica (…). El respeto a las niñas para que el derecho fundamental a la educación llegue a ser real y efectivo.[151]

Tras la visita del matrimonio Clinton a Mallorca en 1997 convidados por los reyes de España, el presidente les había extendido una invitación oficial para visitar los Estados Unidos, viaje que se realizó en noviembre del año 2000. Estados Unidos concedió la máxima importancia a ese viaje de Estado, pues don Juan Carlos y doña Sofía fueron invitados a residir en la Casa Blanca y no en Blair House, residencia habitual de los mandatarios extranjeros que visitaban oficialmente la capital. Fue organizada una importante cena de gala a la que los hombres tenían que acudir de frac, pues le otorgaron el máximo nivel protocolario. Después de la cena, habían organizado un baile al que los americanos son tan aficionados. Este hubo de ser suprimido ya que de España llegaron funestas noticias: Ernest Lluch había caído asesinado víctima de un atentado. La tristísima noticia llenó a todos los asistentes de consternación, pues el terrorismo era casi desconocido en aquellas tierras. Faltaba menos de un año para que sus dentelladas hirieran,

de manera brutal, el corazón de esa gran nación. Pero en ese momento, el optimismo reinaba en el país y nuestras relaciones con Estados Unidos iban viento en popa.

Nochevieja en el hospital
31 de diciembre de 2001

Cada vez que se produce una crisis de cualquier tipo, la reina está ahí, dispuesta a apoyar a aquel de su familia que la necesite. En esta ocasión, la infanta Elena se hallaba muy preocupada, pues su entonces marido, Jaime de Marichalar, había sufrido una isquemia cerebral severa, y se recuperaba lentamente en el hospital Gregorio Marañón. Era la Nochevieja de 2001 y en esas fechas de obligada alegría era más triste aún soportar la desgracia.

«Nada es más doloroso que recordar, en tiempos de turbación, la felicidad pasada», nos dice Dante Alighieri. La reina decidió pasar esa noche especial en el hospital con su hija y su yerno. Y el primero de año también. Su profundo sentido de la familia le hacía sentir de inmediato que aquello que dulcificaría el sufrimiento de sus hijos. No estaba en su mano evitar que se produjeran acontecimientos penosos, pero estaría siempre al lado de sus hijos cuando la necesitaran.

Lo comprobarán en años venideros su hija Cristina y el propio príncipe Felipe.

Una vez asistidos los asuntos familiares, la reina continuó con su presencia en foros y conferencias para aliviar los muchos y dramáticos problemas sociales, a lo largo y ancho del mundo. Para eso contaba con la infraestructura de la cooperación española, sólida y eficaz. Una de las visitas más emotivas tuvo lugar en su visita a Vietnam, en febrero de 2002. Recorría las salas del centro de la Cruz Roja donde cuidaban a niños que había sido víctimas de la guerra durante la larga contienda que enfrentó a ese país con los Estados Unidos. La visión era impresionante: allí yacían niños sin brazos, sin piernas o con malformaciones originadas por el «agente naranja», el destructivo herbicida que arruinó sus vidas. Ya en 1972 una foto había dado la vuelta al mundo: mostraba a una niña, Kim Phuc, corriendo desesperada por una carretera. La niña se había refugiado junto a su familia, en el templo de Cao Dai que fue bombardeado sin piedad. El resultado fue que la imagen reproducía el horror de una niña quemada en el sesenta y cinco por ciento de su cuerpo desnudo. En la actualidad, ella misma cuenta que halló la paz al convertirse al cristianismo, y que su vida tiene sentido, pues ha decidido recorrer el mundo contando los horrores de la guerra, para que tragedias como esa no se vuelvan a repetir.

Doña Sofía liberó toda su ternura con cada niño, consolando al que lloraba, besando dulcemente a quien no recibía caricias desde hacía mucho tiempo. Algunas de estas criaturas necesitaban muchos cuidados y los padres trabajan en lugares alejados del centro donde los atendían y no era fácil para ellos acudir allí.

Este centro de Vietnam tuvo tanto impacto en la reina que en la Conferencia Internacional sobre la Infancia advirtió sobre la imperiosa urgencia de alertar sobre el sufrimiento de los niños en las guerras, ya que son privados de una infancia en medio de los horrores que produce el infierno bélico.

De vuelta a nuestro país, la reina visitó el Rastrillo para mostrar su apoyo a la eficiente labor que Nuevo Futuro desarrollaba en favor de los más necesitados. Ese año, como en todas las ediciones anteriores, el Rastrillo conocía una gran afluencia de público. Fueron numerosas las personas que deseaban colaborar con su tiempo y dedicación para sostener los hogares donde madres y niños obtenían casa, trabajo y afecto.

El puesto de los Famosos reunía los libros más destacados y sus autores se desplazaban a firmar los mismos. Estaban esperando la visita de doña Sofía en uno de esos días, y allí recordaron la anécdota que había tenido lugar en esa misma caseta, unos años atrás. Francisco Umbral había publicado un libro del que mucho se hablaba en todas partes, pues contenía comentarios no gratos hacia las personas reales. Y ese libro estaba expuesto en los Famosos. Mercedes Fórmica, que estaba ese día firmando, sugirió a Casilda, responsable del puesto, que retirara esos ejemplares de Umbral, ya que les habían avisado de que doña Sofía se aproximaba para, según su costumbre, comprar algunos ejemplares de las novedades literarias. Llegó la reina, saludó a las voluntarias y fue escogiendo diversas publicaciones de temas que le interesaban.

Al cabo de un rato de mirar con interés aquí y allá, preguntó:

—¿Tenéis el libro de Umbral?

—Majestad, está en el puesto —contestó Mercedes Fórmica.

Casilda fue rápidamente a desenterrar de su escondite el famoso libro de Umbral. Mercedes lo entregó a doña Sofía que lo dio a guardar con sus otras adquisiciones, y acto seguido pidió a sus acompañantes que pagaran sus compras. Mostraba así la reina su sentido de la realidad, queriendo conocer lo que por discreción le habían querido ocultar. Y revelaba su adaptabilidad a nuevas situaciones y su interés por ideas diversas. Tenía que saber y conocer.

Faltaba muy poco tiempo para que sucedieran acontecimientos decisivos para el futuro de la Corona y de España.

15

UN MATRIMONIO REAL
2003-2010

Acababa el año, y lo hacía con una noticia inesperada. Sus protagonistas habían conseguido guardar una discreción tal que muy pocas personas, incluso aquellas muy bien informadas, estaban al tanto de lo que se llevaba en total secreto. Era el 1 de noviembre de 2003, y al final de una fría tarde de otoño, las emisoras de radio anunciaban el noviazgo del príncipe de Asturias con una periodista, Letizia Ortiz, cuyo rostro estaba presente en el principal telediario junto a Alfredo Urdaci.

Se produjo un pasmo general. Hubo quien se rasgó las vestiduras, pues no podían imaginar que el heredero fuera a casarse con alguien que no pertenecía a casa real alguna. Eso pasaba en otros países, no en el nuestro. Pero había que recordar que en la casa real británica, en otras casas reales europeas, desde hacía unos años, eran frecuentes los matrimonios con compatriotas que no pertenecían a la realeza. La gente llana recibió la noticia, en general, con alegría. «Es una de las nuestras», decían.

La vida anterior de Letizia, divorciada, con otras historias sentimentales, causó sorpresa en amplios círculos, que veían con preocupación que la futura reina no se amoldara a las características de una «princesa al uso». Produjo asombro también la naturalidad con la que la reina aceptó ese compromiso. Los desmemoriados no recordaban que tan solo unos años antes doña Sofía había declarado que si sus hijos elegían alguien que no tuviera las características que manda la tradición, ella les acogería para ayudarles a ser felices. Y había afirmado a Douglas Key: «Todo lo que pedimos es que se casen con alguien agradable, que se preocupe de ellos y que sea una persona decente. No importa si tiene títulos o no, aunque pienso que deberían tener el mismo tipo de bagaje educativo».[152]

Y con una lógica aplastante, ante la disyuntiva de casarse por razón de Estado o por amor, añadía que la forzada elección entre cabeza y corazón para elegir a la persona con quien compartir la vida le parecía innecesaria. Que no había razón alguna para cercenar oportunidades de la mente o el corazón. Era conveniente escuchar a ambos, corazón y mente.

La sociedad española había evolucionado de manera drástica. En pocos años había realizado el recorrido para el que otros países habían necesitado varias décadas. Si se hubiera atendido lo que la reina había expresado en numerosas ocasiones, no se habría producido tamaña sorpresa. Una vez estuvo la noticia en el aire, se organizó rápidamente la petición oficial, que tuvo lugar el 6 de noviembre en el palacio de La Zarzuela. Como dato curioso, el traje pantalón que llevó Letizia en esa ocasión fue el más buscado en las tiendas de toda España.

Cuando la mayoría creía que doña Sofía guardaría una prudente distancia hasta comprobar cómo se desarrollaban los acontecimientos, lo que todos pudieron ver en reportajes y televisiones

fue una reina cálida que acogía con sumo afecto a su futura nuera. ¿Vio en ella a la mujer inteligente, que conocía la realidad por haberla vivido, y que podía ser una buena consorte? ¿O se entregó con respeto a la decisión de su hijo, confiando en su buen criterio?

Mujer reflexiva y con sentido de la responsabilidad, en doña Sofía probablemente influyeron las dos razones. Y además, su fina inteligencia y su profundo amor le aconsejaban apoyar a la mujer que don Felipe había elegido, y así procurar que la magnífica relación que le unía a su hijo no se deteriorara lo más mínimo. Para que no quedara ninguna duda sobre su forma de pensar declararía años después: «Quienes critican el matrimonio de un príncipe con una periodista tienen una forma muy antigua de pensar. Es bueno que nos abramos. Casarse con personas de fuera de este círculo es bueno».[153]

Y comenzaron los preparativos de la boda. Doña Sofía, con su auténtica preocupación por el medio ambiente, pidió que para el adorno de la ciudad se utilizaran materiales que fueran reciclables. La reina, consciente de la cantidad de papel que se usaba en La Zarzuela, sostenía con determinación la importancia del reciclaje.

La gente observaba la buena relación entre la reina y la futura princesa de Asturias, las distintas apariciones en público, inauguraciones, conciertos, guarderías y hospitales, mostraban a dos mujeres que se entendían bien, que se hacían confidencias y que sonreían estando juntas. El impecable conocimiento de doña Sofía iba a ser trasmitido poco a poco, con suavidad y paciencia, a la que sería, con los años, reina de España. Tradición y continuidad dentro de los relevos generacionales. Y del servicio a los ciudadanos.

Segaron sus vidas
11 de marzo de 2004

La campaña de las elecciones generales del 14 de marzo, que se presentaban como una elección reñida, pero dentro de los cauces habituales, escondía una tragedia sin precedentes. Una mañana de marzo, muy temprano, trabajadores españoles, junto a muchos de otras nacionalidades integrados en nuestro país, tomaban sus trenes para acudir al trabajo. Unos soñolientos, otros preparándose para las dificultades o las alegrías que aquel día pudiera traer. De repente, una detonación potente, abrumadora, terrorífica rasgó el aire. Una humareda de polvo negro oscureció la vibrante mañana. La estación de Atocha se convirtió en un lugar desolado de dolor y muerte.

Pero no fue la única estación en sufrir el zarpazo del terror. Con diferencia de segundos, los andenes de El Pozo del Tío Raimundo, Santa Eugenia y la calle Téllez se llenaron de gritos y lamentos estremecedores.

Los que se precipitaron a ayudar a esos seres humanos que gemían torturados por el sufrimiento del cuerpo y la angustia del espíritu pudieron comprobar la extensión del drama. Despojos de cuerpos esparcidos por las vías del tren, supervivientes empapados en sangre, buscando a parientes o amigos; y personas que yacían inertes, heridas ya por el hielo de la muerte.

La noticia inundó con su horrendo mensaje las radios y televisiones. Y entonces las vías de los trenes estallaron en una confusa melodía con las más variadas llamadas de los móviles, con los que los alarmados familiares intentaban comunicarse con sus seres queridos, con el anhelo de comprobar que el zarpazo del horror no les hubiera alcanzado. Pero, en muchos casos, no había respuesta.

Ni la habría nunca más.

Como sucedió con el atentado de las Torres Gemelas en Nueva York, todo el mundo en España recuerda dónde estaba y qué hacía en esa funesta mañana, a las ocho, cuando oyeron la noticia. Aquellos que tomaban regularmente alguno de esos trenes sintieron pena profunda por los compatriotas y por aquellos que se unieron a nosotros para hacer un país más próspero, que habían muerto víctimas de un acto terrorista malsano. La rabia se apoderó de los ciudadanos, que ya venían sufriendo esa lacra durante demasiado tiempo. España lloró a sus muertos. La reina, como era su costumbre, supo estar al lado de los que sufren y visitó a los heridos en los hospitales, acompañada de la eficaz ministra de Sanidad, Ana Pastor. Ella contó que la empatía que mostraba la reina era auténtica. Doña Sofía preguntaba con cariño y escuchaba las respuestas con atención, como si su interlocutor o interlocutora fuera lo único importante en este mundo. La ministra Ana Pastor, mujer inteligente, perceptiva y afectuosa donde las haya, y acostumbrada a tratar con personajes de relieve internacional, afirmó, según una frase que apareció en la prensa: «Esta reina es mucha reina».

Y llegó el día del funeral para las víctimas, en ese triste mes de marzo de 2004. Los alrededores de la catedral de la Almudena estaban repletos de gentes ávidas por mostrar su solidaridad a los familiares de las víctimas del atentado de Atocha. España, conmocionada, se había dado cuenta del peligro que corrían sus hijos, maridos, mujeres, padres o hermanos al hacer algo tan cotidiano como tomar un medio de transporte. El terrorismo yihaidista, que tal impacto había causado en el mundo entero con el atentado a las Torres Gemelas, estaba ya en nuestra tierra. Entre nosotros. Un nuevo azote se unía al terrorismo de ETA.

Doña Sofía estuvo también presente en el funeral de la Almudena. No se limitó a hacer acto de presencia junto al rey, el príncipe y las infantas. Dio el pésame a todos los familiares de las víctimas, y con ese afecto que la gente reconoce de inmediato como verdadero, sentido, auténtico. Hay tanto fraude en fingir la compasión, sobre todo cuando aporta réditos electorales, que los ciudadanos han aprendido a reconocerla cuando es genuina.

Su opinión sobre esta lacra que sufrió nuestra sociedad es contundente: «Es una plaga que existe a nivel mundial y su existencia es deplorable, lamentable, inadmisible y todos los adjetivos que se puedan poner para descalificarlo. No existe ninguna razón que lo pueda justificar, ninguna. Para evitarlo, hay que poner todos los medios posibles, siempre con la ley en la mano».[154]

La reina, firme opositora a todo tipo de violencia, mostraba una expresión dolorida ante esta cruel matanza y su incomprensión por la malsana barbarie asesina.

Balada para la boda de un príncipe de Asturias
22 de mayo de 2004

Mientras tanto, los preparativos de la boda del príncipe de Asturias seguían su curso. La reina se afanaba para que la ceremonia y las celebraciones tuvieran la belleza y relevancia que correspondía al matrimonio del heredero. Los responsables de la catedral de la Almudena estaban admirados al ver que doña Sofía acudía a revisar los preparativos cada dos o tres días. No dejaba nada al azar y repasaba todos los detalles, suavizando las discrepancias que pudieran surgir entre los distintos responsables. Alguien opinó que un determinado tapiz había de colgarse detrás del altar. En cierto modo tenía razón, pues España posee una extraordinaria colección de tapices de gran belleza y valor histórico, pero ya lucían otros muchos en distintos lugares de la catedral. Además, esas obras de arte, elaboradas en diminutos y numerosos puntos en lana y seda, correspondían a la colección tejida especialmente para la boda de Felipe II. La historia se

entreveraba con aquel acontecimiento feliz, mostrando la continuidad de una dinastía. Pero lo que el responsable de la decoración quería era colocar un tapiz delante de la placa que señala el lugar donde está enterrada la reina Mercedes. Las autoridades religiosas consideraban que tapar ese recordatorio era desdeñar la voluntad regia de Alfonso XII, que había regalado los terrenos propiedad de la Corona para construir la catedral. Este monumento es además un monumento al amor, ya que quiso el rey que recordara a la joven reina de tan corta vida, cuyo cuerpo descansa allí, en la Almudena. En esa divergencia estaban, cuando en una de sus visitas doña Sofía preguntó por qué no se podía colocar allí el tapiz. El monseñor encargado de la basílica explicó a la reina los motivos, y doña Sofía comprendió perfectamente las razones y afirmó que era lógico que no quisieran situarlo en ese lugar.

Y la placa de doña Mercedes quedó a la vista.

Había voces también que criticaban el valor estético de las pinturas de Kiko Argüello y ofrecían diversos modos y sugerencias para ocultarlas. Argüello, enterado de esto, estuvo pendiente de la llegada de la reina durante varios días. Cuando por fin la encontró, se ofreció a enseñarle sus frescos desde otra perspectiva y propuso a doña Sofía la idea de verlos desde la altura, para lo cual indicó se situaran en el coro de la catedral. Les acompañaba el organizador que el cardenal había puesto por parte de la iglesia, que no quería contradecir a doña Sofía, pero que no estaba de acuerdo en tapar ni la placa ni las escenas pintadas por Kiko. Doña Sofía observó con calma, miró una y otra vez, y luego, sonriendo al artista y al religioso, sentenció: «A mí me gusta… No entienden para nada el arte bizantino». Y así, con toda suavidad, quedó zanjada la cuestión. Tal vez ese arte antiguo y oriental que representaba un cristianismo en los albores impregnaba el espíritu neocatecumenal de Argüello.

El mes de mayo no se anunciaba lluvioso, pero ese día 22 amaneció nublado y, poco a poco negros nubarrones se ampararon del cielo de Madrid, amenazando tormenta. La comitiva regia salió por la puerta del Rey, un poco antes de las diez, precedida por seis alabarderos con sus vistosos uniformes de casaca roja y azul rey, y la elegante capa blanca. Iniciaban el cortejo los duques de Calabria, doña Ana con un vestido y abrigo a juego de un beige muy claro y unas favorecedoras plumas como tocado. Y lo cerraba el rey con uniforme de capitán general y con el collar del Toisón de Oro y el de Carlos III. Una vez que las personalidades estuvieron acomodadas en el interior de la catedral de la Almudena, llegó la reina con el novio, el príncipe de Asturias. Doña Sofía vestía un elegante vestido largo en seda verde agua, muy claro, bordado en pedrería alrededor de la cintura, a modo de corselete, y se tocaba con la muy española mantilla, tan airosa, sujeta por alta peineta. Completaba el atuendo un refulgente collar de diamantes y pendientes a juego. La felicidad la hacía resplandecer. El príncipe usaba uniforme de etiqueta del Ejército de tierra, y las Grandes Cruces de Mérito Militar, Mérito Naval y Mérito Aeronáutico. Se les veía a los dos emocionados y contentos, y mientras saludaban al público congregado, madre e hijo se miraban con aire de complicidad. Había gran expectación por ver a doña Letizia, y cuando salió del coche alrededor de las once, el secreto tan bien guardado del vestido de la novia se desveló en todo su esplendor. La creación de Pertegaz era magnífica. Un cuello como la corola de una flor enmarcaba el rostro de la esposa, y la rutilante seda estaba bordada con flores de lis y espigas de trigo. Sujetaba el ligero velo la diadema prusiana que fue el presente que el káiser Guillermo hizo a su hija Victoria Luisa de Brunswick, madre de la reina Federica, en el día de su boda. Había sido también el magnífico regalo de doña Sofía a su nuera. Un largo manto de tres metros, asimismo bordado, realzaba el empaque del conjunto.

La ceremonia religiosa, oficiada por el cardenal Antonio María Rouco, arzobispo de Madrid, fue hermosa, y la música, como lo fue también en las bodas de las infantas, escogida con sumo

cuidado por la propia reina. Las notas electrizantes de la *Misa de la coronación* de Mozart resonaban en las bóvedas de la catedral y se elevaban a las alturas abrazándose en un sapiente torbellino de acordes y armonías, para separarse desvanecidas en la lontananza y retornar con renacida pasión en guirnaldas de vibrantes melodías.

En el momento en el que don Felipe hizo sus votos matrimoniales, la expresión de doña Sofía adquirió una dulzura infinita y sus ojos brillaron con intensidad:

—Yo, Felipe, te recibo a ti, Letizia, como esposa, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

A continuación, doña Letizia pronunció la misma fórmula.

Ocurrió que, al entregar doña Letizia las arras a su esposo, una de ellas cayó y fue a parar dentro de un ramo de flores. El cardenal Rouco la tomó con presteza y se la dio al príncipe.

A la salida, la marcha nupcial impresionó a los asistentes y discurrió a los acordes del «Aleluya» del *Mesías* de Haendel, uno de los compositores de cabecera de la reina.

Los novios entonces hicieron un recorrido en el Rolls negro por las calles de Madrid, para saludar a toda la gente que se había congregado para participar en el acontecimiento. Desde la plaza de Oriente, atravesando la plaza de España y la Gran Vía pasaron cerca de la Glorieta de Atocha, donde, en el Bosque de los Ausentes, una corona de flores recordaba a las víctimas del reciente atentado. La cinta que ornaba las flores decía: «Siempre en nuestra memoria. Felipe y Letizia».

Una sensibilidad especial había recordado en ese día feliz a tantas familias que se debatían en el dolor de haber perdido a un ser querido en aquellos malditos trenes. Un teniente coronel del Ejército de tierra, acompañado por dos guardias reales, la había depositado a las ocho de la mañana.

Mientras tanto, los invitados se dirigían al Palacio Real, donde tendría lugar el banquete de boda. Al desfilar por la alfombra en la plaza de la Armería, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia, viento racheado y truenos tonantes, que dada la exquisita educación de los ilustres huéspedes no produjeron desbandada alguna. El paseo bajo la lluvia del príncipe de Gales causó admiración. Vestido con impecable chaqué gris de mañana, atravesó la cortina de agua que caía en ese momento, con paso de marcha ligera, con la misma naturalidad como si estuviera disfrutando de la más soleada jornada.

Matilde de Bélgica estaba muy guapa con un vestido azul de Sèvres y pamela del mismo color; la infanta Elena, elegantísima, con un vestido y su chaqueta de clara inspiración torera y negra mantilla española; Sonia y Harald de Noruega; la reina Margarita de Dinamarca, con ondulante vestido de gasa y sombrero color coral, al igual que la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre; Rania de Jordania, tan hermosa, tan estilizada, con un conjunto de falda blanca y gris y blusa blanca; los reyes de Suecia, ella vestida en un precioso azul turquesa; la duquesa de Alba con airoso peinado goyesco, el príncipe Mulay Rashid de Marruecos y la atractiva Carolina de Mónaco, con su marido Ernesto Augusto de Hannover, que se acababa de incorporar a la celebración, pues no asistió a la ceremonia religiosa, y el ingenio de la gente de Madrid llamó a atender de esa manera una boda, «una Hanoverada»; y Ágata Ruiz de la Prada con un inesperado vestido rojo, amarillo y morado.

Eran tantos los invitados que hubieron de cubrir el patio central de palacio para poder alojar todas las mesas de los convidados. Este patio se había enriquecido con antiguos tapices, suntuosas alfombras y magníficos ramos de flores que aromaban el ambiente. Además de las fotos clásicas de los novios y de los novios con sus familias, quedaría una foto para la Historia, la que se realizó con los novios, sus familias y los miembros de las familias reinantes. Bajo la

imponente escultura del emperador Carlos del genial escultor Leoni, se arracimaban los reyes de Europa. La felicidad de doña Sofía era patente. El padre Ángel, que observaba a la reina, pensó que tal vez la asaltara la tristeza de las madres cuando ven que sus hijos forman ya otro hogar. Se acercó a ella y le dijo: «No te preocupes, no has perdido un hijo. Has ganado una hija. No olvides que es asturiana». Los ojos de doña Sofía brillaban de emoción, y una expresión de contento iluminaba su rostro.

Uno de los pasos fundamentales en la vida de un hombre, la elección de la compañera, la estaba haciendo realidad ese día su hijo muy querido.

El 12 de febrero de 2003 se cumplían veinticinco años de la muerte de su admirada y querida madre, la reina Federica, y la reina viajó a Grecia para recogerse con sus hijos, el príncipe Felipe y las infantas, alrededor de la tumba de la madre y abuela añorada. Al ver Tatoi, donde acudieron nada más llegar, la preocupación se unió a la pena, pues la incuria reinaba en aquella propiedad, que había sido el lugar de los años felices. Ver esa casa, escenario de una vida familiar dichosa, en lamentable estado había de ser muy triste.

La falta de recursos del Gobierno griego había empujado al Estado heleno a poner Tatoi a la venta. ¿Qué sucedería con el panteón donde reposaban los antepasados de la dinastía? De ahí la lógica preocupación.

Preocupaciones y ocupaciones
2007

La dolencia que afecta sobre todo a la tercera edad, el Alzheimer, con los años ha sufrido un preocupante incremento. Produce verdaderos estragos en el paciente y en la familia que le rodea, que asiste perpleja y confundida al deterioro paulatino de la persona querida, sin saber cómo prevenir o cuándo actuar. También en esta ocasión, doña Sofía estuvo al quite. En el año 2007, experimentó la satisfacción de inaugurar en el barrio de Vallecas el Centro Alzheimer de la Fundación Reina Sofía que entregó con estas palabras:

> Para mí es una gran satisfacción hacerles entrega de un centro destinado a la investigación y a los cuidados de la enfermedad de Alzheimer, único en su género.

Otro de los problemas que preocupan a doña Sofía, y debía ser una prioridad para todos porque crecerá con los años de forma alarmante, es el de la violencia contra las mujeres, lo que se denominará con el paso del tiempo violencia de género. Algunas mujeres, encerradas en lo que debería ser un hogar, sufren en silencio el maltrato y la violencia. La antigua frase «Los trapos sucios se lavan en casa» ha empujado a muchas mujeres a callar lo que debe ser denunciado. Ningún ser humano es propietario de otro. No hay que creer en la tiranía disfrazada de amor. Es un deber moral ayudar a quien soporta resignada un comportamiento brutal. Porque las personas maltratadas viven en un régimen de terror que paraliza su discernimiento y su sentido de la supervivencia. En muchas ocasiones, estas personas no son capaces de tomar una determinación sin ayuda de alguien de su entorno. La reina será muy clara a este respecto: «La violencia no la soporto. En ninguna de sus formas. La violencia machista es lamentable, tremenda, no debería tener cabida en nuestra sociedad. Es algo que ha existido de siempre, pero

ahora hay mayor información sobre ello, las noticias son más inmediatas y vamos tomando conciencia de sus consecuencias tan terribles».[155]

Todos estos retos los encaraba doña Sofía con responsabilidad y tesón. El propio rey explicará con admiración: «Me gusta mucho su disciplina interna, su seriedad para afrontar sus problemas y su alegría y capacidad de comunicar con los demás».[156]

Cumbres del Microcrédito

Mas las tareas inherentes a sus responsabilidades continuaban en las agendas de los reyes. La importancia creciente de los microcréditos, y su éxito incontestable había despertado las conciencias de algunos poderosos que entendieron que se podía ser banquero de excelentes resultados y favorecer a los segmentos más desfavorecidos de la población. Habían pasado diez años desde que doña Sofía se interesara por primera vez en la labor de Muhammad Yunus y sus salvíficos microcréditos. Ya en 1997 había asistido en Washington a una de esas reuniones y entonces, acompañada por los embajadores españoles en Estados Unidos, Antonio y Beatriz Oyarzábal, había sido invitada por la esposa del presidente Clinton a tomar el té en la Casa Blanca. Hillary estuvo en esa ocasión muy interesada en nuestro país y comentó a doña Sofía que su marido Bill le había dicho: «Las dos puestas de sol más hermosas del mundo son la del Cañón del Colorado y la de Granada. —Y luego añadió—: He asistido a un magnífico atardecer en el cañón, pero no he tenido el privilegio de contemplar la caída del sol en Granada».

Por supuesto, hubo invitación para que el presidente Clinton y su esposa visitaran España. En aquellos días de 1997 de la Conferencia sobre los Microcréditos, doña Sofía residía en el mismo hotel que los otros delegados, pero acudió a la embajada a almorzar y se mostró afectuosa y agradecida. Pasados unos meses, volviendo de un viaje oficial a México, los reyes recalaron en Nueva York, pues tenían que inaugurar el Instituto Español con un almuerzo formal. Enterada Hillary Clinton de esta ceremonia, anunció que pensaba asistir a dicha comida. Una vez allí, la señora Clinton dijo que deseaba decir unas palabras, y decidida se acercó al estrado del orador. Lo que oyeron los asistentes fue la relación más documentada y entusiasta que habían escuchado sobre la herencia española en Estados Unidos.

La empatía de la reina había hecho mella en Hillary, desde el primer té meses atrás. Después del discurso, cuando Hillary volvía del estrado, el rey le besó la mano. En Estados Unidos este gesto no es muy frecuente, y sí muy apreciado. Lo consideran, con admiración, una cortesía muy europea.

A su vuelta a España, don Juan Carlos escribió una preciosa carta al presidente Clinton, agradeciéndole la deferencia de Hillary y sus vibrantes palabras. En ella invitaba también a los Clinton a visitarles en Mallorca. Aceptaron, y durante su estancia en Palma, Bill Clinton expresó su deseo de visitar una famosa propiedad perteneciente a una de las familias más tradicionales de la isla. Quedó concretado día y hora y sus propietarios esperaban el momento señalado para recibir al presidente de los Estados Unidos. Pero los Clinton no aparecían, y cuando el retraso fue considerado excesivo, incluso para un presidente, el dueño de casa se marchó dejando recado de que le habían aguardado, pero que se iba porque tenía un compromiso que atender al que no podía llegar tarde.

Sin embargo, los Clinton sí vieron Granada, ciudad a la que el presidente volvía el 9 de julio de 1997, después de muchos años cuando la visitó siendo aún estudiante. Un avión llevó a los reyes de España, al presidente Clinton, a Hillary, a su hija Chelsea y al príncipe don Felipe a contemplar ese magnífico monumento que es la Alhambra de Granada, el más bello y

emocionante del arte musulmán en España. Contemplaron la legendaria puesta de sol desde el mirador de San Nicolás, en el corazón del Albaicín, y Hillary vio así realizado el deseo que expresara a la reina Sofía tiempo atrás. Esa visión de la Alhambra es en verdad uno de los espectáculos más esplendorosos del planeta. El sol rojo de fuego invade el cielo cubriéndolo de jirones de oro, que luchan con los cárdenos a medida que trascurren los minutos, y encienden la Ciudad Roja, Alhambra, en turbadora hoguera, mientras los cipreses alargan sus sombras en la penumbra del claroscuro. Quien lo haya visto no lo olvidará jamás. Al marchar el presidente americano extendió a los reyes una invitación oficial para visitar los Estados Unidos, viaje que se realizó poco después, en noviembre del año 2000.

Doña Sofía, tras décadas de dedicación a la causa de los Microcréditos, había sido nombrada presidenta de honor de la Campaña de la Cumbre para el Microcrédito. Desde 1997, en el que la aspiración era llegar a cien millones de familias que pudieran ser receptoras de microcréditos, las expectativas se habían cumplido ampliamente. Unos ciento treinta y tres millones de hogares habían recibido ayuda para montar un pequeño negocio que les permitiera tener una vivienda, educar a sus hijos, vivir con dignidad.

Al inicio, cuando Yunus comenzó su revolución pacífica y económica, muchos le habían considerado, en el mejor de los casos, un iluminado, pero él con toda sencillez había declarado que su objetivo era: «Conseguir la trasformación social con algo tan simple como confiar en el potencial de las personas». Para el Banquero de los Pobres, «la pobreza era una situación, no un estado».[157]

Y así había recorrido el camino de confiar en multitud de personas en Asia, África e Iberoamérica. En países como México, República Dominicana, Honduras, Guatemala, Colombia o Perú, la presencia de doña Sofía en la institución producía confianza, y a la vez, su popularidad revertía en beneficio de España, pues era «la reina de España». Ella lo había expresado con mucha claridad en la cumbre del año 2000:

> Esta facultad aglutinadora e integradora ha sido posible porque la filosofía del microcrédito desarrolla prioritariamente el concepto de la dignidad y la propia autoestima del ser humano, virtudes presentes y altamente valoradas en cualquier tipo de civilización o sociedad».[158]

Los microcréditos son, hoy en día, parte integrante e importante de la cooperación española. Y tan solo un dos por ciento no devuelve los préstamos. Además, estas ayudas han contribuido a cambiar la mentalidad de la población, pues al sanear su economía, las mujeres pueden mandar a sus hijos a la escuela. Se alcanzan así dos objetivos más: disminuir el penoso trabajo infantil y dotar a los niños con el arma poderosa de la educación. De nuevo encontramos una de las prioridades de doña Sofía, la educación como niveladora de las desigualdades sociales, dando oportunidades a quien puede aprovecharlas, pero que carece de medios para alcanzarlas. En la India, un país donde el nacimiento de una niña era una desgracia, pues entre otras cosas había que pagar una dote que desestabilizaba la economía familiar, se ha conseguido eliminar esta obligación en muchos lugares de aquel continente. Cuando la Academia Noruega concedió el Nobel de la Paz a Yunus en 2006, el Banquero de los Pobres expresó las razones de ese premio: «El desarrollo desde abajo sirve también para avanzar la democracia y los derechos humanos».[159]

Un gran poeta español, Federico García Lorca, había expresado con la lucidez de los soñadores la realización de esta utopía: «El día que el hambre sea erradicada de la Tierra, el

mundo verá la mayor explosión espiritual que la humanidad haya visto jamás».

Nacimiento de una infanta
2007

Los reyes aguardaban con ilusión el nacimiento de su segunda nieta, que además se iba a llamar como la reina, Sofía. Con frecuencia, los más felices anuncios vienen acompañados de dolorosos acontecimientos. Como si los dioses no desearan que los humanos gozaran en exceso. Una triste noticia, la muerte de un amigo admirado, vino a turbar la alegría esperanzada de doña Sofía en abril de 2007. Ella que ama y estima a sus amigos recibió la mala nueva del fallecimiento de su amigo Rostropovich y se apresuró a volar a Moscú para asistir allí al funeral y consolar en lo posible a la desolada Galina Vishnévskaya, la esposa del genial violoncelista, quien era una mujer imponente por su presencia, una belleza morena de ojos verdes rasgados y pómulos altos, y una excelente cantante de ópera de gran talento musical interpretativo.

La reina no pudo permanecer en Rusia mucho tiempo, pues la pequeña infanta quiso venir al mundo entonces, y su abuela, como todas las abuelas, se apresuró a ir a conocerla.

En febrero de 2008, la reina decidió viajar a Camboya para conocer de primera mano la labor que Somaly Mam realizaba en su país natal. Años atrás, en 1997, esa mujer extraordinaria, que se obstinó en vencer al mal que había sufrido haciendo el bien, había fundado una ONG llamada Afesip, que se entregaba cuerpo y alma a salvar a niñas de las garras de los depredadores sexuales que las esclavizaban, de la misma manera en que ella había sido torturada. Los habitantes de la capital de Camboya, la preciosa Nom Pen, habían ya sufrido demasiado con el despiadado Pol Pot, que se dedicó a masacrar a sus compatriotas que osaban no pensar como él. Originó así una de las matanzas más sangrientas del siglo XX. Somaly Mam recibió en 1998 por esta tenaz labor el Premio Príncipe de Asturias a la Cooperación y dedicó su libro *El silencio de la inocencia* a doña Sofía con estas sentidas palabras: «Dedico mi libro a doña Sofía, porque ella es quien me dio y todavía me da la fuerza para proseguir mi combate».

Esta dedicatoria excelente demostraba que estas dos mujeres, unidas por el mismo anhelo y un creciente afecto, todavía tenían mucho trabajo que realizar. La admiración de la reina sostendría a Somaly, que encontraría apoyo y financiación para su lucha en la cooperación española. La reina había recibido varias veces a esta infatigable camboyana y habían establecido una buena sintonía que acabó derivando en amistad. Doña Sofía supo reconocer de inmediato la dedicación de esta mujer valiente que lucha por salvar adolescentes de la esclavitud sexual. Es un objetivo justo.

Somaly Mam ha expresado muchas veces el agradecimiento hacia la reina por implicarse en este proyecto, pues desde que recibió el apoyo de doña Sofía, el prestigio de la reina la ha respaldado y así Somaly Mam ha obtenido mayor libertad y goza de mayor respeto en sus propósitos.

A la reina le gusta conocer de primera mano los proyectos en los que su fundación se involucra: entender las necesidades, el terreno, los obstáculos, y sobre todo, las posibilidades de actuación. Por eso decidió viajar a Camboya, cumpliendo una promesa hecha a Somaly Mam. Esta valiente mujer exclamaría agradecida: «¡Gracias, España! ¡Gracias a la reina Sofía! Ella

siempre me ha querido *without conditions* (incondicionalmente). Me ha trasmitido su apoyo a pesar de tener mucha gente en contra y ha venido a verme y a darme cariño a Camboya».[160]

Lo que doña Sofía encontró en este país asiático fue una plácida belleza: hermosos paisajes de vegetación exuberante, suaves colinas y caudalosos ríos que recorren ciudades que muestran al visitante una población amable y acogedora. Los elefantes son un medio de transporte habitual y no es inusual verlos acarrear pacientemente en sus lomos a nativos y visitantes, que se mezclan en confusa algarabía a numerosas bicicletas y destartalados automóviles.

Por la noche, los habitantes de Nom Pen encienden velas que colocan en puertas y ventanas, lo que da a sus calles un aspecto mágico de un tiempo pasado. Para doña Sofía, que ama y vive el arte, y que tiene experiencia en trabajos arqueológicos, los templos de Angkor Vat serían el mejor ejemplo del glorioso pasado de Camboya. Esa extraordinaria zona arqueológica narra con sus figuras de piedra la historia de una refinada y antigua civilización, que los camboyanos veneran con auténtica devoción.

Y en ese paraíso tuvo lugar el exterminio de sus compatriotas a cargo de Pol Pot, el líder supremo de los jemeres rojos. Ese desprecio por la vida ha dejado serias secuelas en el país y todavía hoy se esclaviza a mujeres aún niñas, traumatizando su vida futura. Las escenas que doña Sofía encontró en el centro Tom Dy fueron dramáticas. Cientos de adolescentes relataron a la reina lo que había sido su experiencia, la violencia, las amenazas contra sus familias, los abusos, la falta de libertad, la ausencia de higiene que las exponía a todo tipo de contagios, mientras que las convertían en esclavas sexuales. Ciertamente Somaly Mam es digna de admiración, pues al rescatar a esas niñas —de once a catorce años— se enfrenta con poderosas mafias locales, cuyo respeto a la vida es inexistente y su ambición de poder y dinero inagotables. Una joven psiquiatra española, Marian Rojas, armada de valor y principios, ha contribuido a libertar a jóvenes camboyanas de estas odiosas mafias y puede contar los peligros que tuvo que afrontar en la hermosa y desgarrada Camboya.

El comportamiento, el saber estar de la reina, su dedicación a los necesitados han servido y servirán de inspiración a muchas mujeres que sienten la sana ambición de mejorar las vidas de sus semejantes.

Las tortugas de Cabrera
8 de agosto de 2008

La pasión de doña Sofía por la mar hace que los veranos sean para ella el momento más alegre del año. No solo puede contemplar cada mañana el Mediterráneo esplendente, sino que participa en actividades relacionadas con sus aficiones más queridas. Marivent es la casa que se asoma a ese Mare Nostrum y que recoge tantos de los afectos de la reina.

Marivent es el corazón del Mediterráneo, ese mar que baña las riberas de países que tanto tienen en común. Doña Sofía seguramente siente que ese mar que contempla desde las ventanas de Palma es el mismo que acunó a la civilización griega, que espoleó la navegación y el comercio de los países ribereños y que une a tantos pueblos diversos en una cultura común. Además, en esa temporada de luz, reúne a seres muy queridos para ella. A su hermana Irene, que vive ya en España, a su prima Tatiana Radziwill y su marido el doctor Fruchaud, que le acompañan en esos días, y que se dejan ver con frecuencia paseando por Mallorca. Y congrega a sus nietos, máximo placer para una abuela.

El amor a la naturaleza lo aprendió la reina en su casa, con sus padres. En el maravilloso bosque de Tatoi, los animales y las aves sabían que estaban en terreno seguro. La libertad de esos

animales tuvo que impresionar a esa niña atenta y reflexiva, que miraba curiosa su despertar al mundo. Es sorprendente ver cómo los animales acaban por conocer los santuarios donde los seres humanos no son el enemigo. Se deslizan pausadamente tanto zorros y gatos monteses, como los corzos que detienen su grácil caminar cuando se topan con los humanos, pero no huyen espantados como lo hacen ante un peligro inminente.

Uno de los grandes tesoros de España es su extenso y variado litoral, que contiene una gran variedad de fauna marina. Hace años en Baleares, la pacífica y utilísima tortuga reinaba sobre las aguas enriquecidas por las posidonias, que oxigenan y limpian el agua. Al alimentarse de medusas, las tortugas se encargaban de que las aguas fueran un remanso de paz, sin el desagradable peligro de los ardientes latigazos que proporcionan estas agresivas invasoras.

La tortuga boba, tras nacer en las soleadas playas del golfo de México, Carolina del Norte o Florida, emprende un peligroso viaje de miles de millas marinas surcando el océano para vivir en nuestras costas. En ese periplo es acechada por los tiburones, para los que la tortuga constituye un manjar. Al llegar a Gibraltar, se deja llevar por la corriente hacia el sur de las Pitiusas. No era difícil verlas nadando pausadamente cerca de las playas de Formentera entre los meses de marzo a junio.

Los más osados se sumergían, con suavidad para no asustarlas, en las aguas transparentes y nadaban acompasadamente agarrando a la tortuga por una aleta. Estas maravillosas criaturas no desovan en el Mediterráneo, sino que, al llegar a la edad fértil, realizan el viaje de retorno para ir a criar a la playa que les vio nacer. De nuevo miles de millas marinas y asechanzas por doquier.

Pero el incremento de la navegación a motor y la abundancia de flotas pesqueras ha roto el equilibrio de ese paraíso y hoy día las tortugas están en peligro de extinción.

Y la reina siempre estuvo alerta para apoyar a las especies amenazadas.

La preocupación de doña Sofía por el medio ambiente y su gusto por la naturaleza y su fauna se ha hecho presente durante todos estos años. Como toda persona que no es competitiva, sino que es más propensa a marcarse objetivos que cumplir, advierte la belleza del mundo que le rodea y siente el necesario respeto hacia otros seres vivientes. Su personalidad reflexiva y equilibrada le ha llevado a comprender la trascendencia de una sana convivencia con la naturaleza. Ha sido permanente su atención a sus queridos perros y las asociaciones por la preservación del borrico o de las tortugas; cualquier especie en peligro de extinción ha contado con su apoyo y las instituciones saben de su interés e implicación. Anualmente se celebra en el Parque Nacional de Cabrera una suelta de tortugas que cuenta cada año con mayor interés del público, pues se han concienciado poco a poco de la importancia de preservar nuestra rica y variada flora y fauna.

La Fundación Marineland se ocupa de rescatar ejemplares heridos por anzuelos, atacados por los tiburones, asfixiados por plásticos —que los desaprensivos arrojan a la mar— o se han visto aprisionados en las redes de pesca. Una vez curados estos simpáticos quelonios, la suelta de las tortugas se celebra generalmente en agosto. La recuperación-curación de esta fauna marina reviste una gran importancia, pues años ha, los habituales ejemplares de tortuga boba o Caretta caretta, pululaban por nuestra costas y cumplían una decisiva misión ecológica en las playas de ese litoral.

La reina había acudido en varias ocasiones a este acontecimiento del medio ambiente, pero el 8 de agosto de 2008 fue especial, pues iba acompañada de sus nietos Felipe Froilán y Victoria Federica, hijos de la infanta Elena. En el grupo estaban también su íntima amiga y prima Tatiana Radziwill, y la princesa Alia de Jordania, cuñada del rey Abdalá II, con sus tres hijas. Lo pasaron en grande a pesar de que, cuando doña Sofía procedía a soltar a un hermoso ejemplar de

cincuenta kilos ayudada por Francesc Antich, presidente de Baleares, el impaciente animal, ansioso por tornar a la mar, pataleó con tal fuerza al sentir las aguas en sus aletas, que provocó una cortina de agua que salpicó a sus salvadores, dejando a la reina empapada.

El afortunado que haya tenido la dicha de nadar entre tortugas recordará siempre su pausado aleteo, que les hace desplazarse de manera cadenciosa en el silencio de las profundidades. De alguna manera, ese universo plácido y acogedor nos devuelve al vientre materno, a nuestro origen. Es una de esas ocasiones en las que el ser humano se encuentra en comunión con la naturaleza, sin peligros, sin ansias, sin angustias. Todo es paz y armonía. Felicidad.

16

ABDICACIÓN
2010-2014

Vinieron las tempestades

Al divorcio o «interrupción temporal de la convivencia», como se dio en llamar eufemísticamente en ese momento a la separación de la infanta Elena y Jaime de Marichalar, habían de seguir otros conflictos, peliagudos, pero sobre todo dolorosos para una mujer cuya importante finalidad había sido la familia.

Lejos quedaban los días en que reunía a chicos y chicas jóvenes en Zarzuela o Marivent para conocer a los amigos de sus hijos, para tenerles cerca, para mantener la familia unida. Era ella la que asistía, e insistía, en que las infantas la acompañaran siempre a las reuniones de sus parientes en el extranjero, la que incentivaba la celebración de cumpleaños o las cenas de Navidad con familia y amigos venidos de todas partes del mundo. El rey en aquella época dichosa había dicho: «Siempre ha querido saber qué hacían sus hijos, dónde estaban sus hijos, si les faltaba algo a sus hijos… Una madraza tremenda».[161]

Muchas mujeres han dedicado su vida y su esfuerzo a mantener la cohesión de la familia, a apoyarse cuando las cosas van mal y el temporal azota nuestros días. Pero en el caso de las personalidades encumbradas, esas zozobras se hacen públicas debido a la notoriedad de sus protagonistas. Con el traslado a Washington de los duques de Palma y su familia en el año 2009, parecía que se había conjurado el peligro del escándalo, pero quedaban días amargos por sufrir. La familia real se debe a la institución, pero no por ello dejan de sentir apego a los lazos familiares. Por tanto es una situación peliaguda.

Cuando se supieron las conexiones y acciones de Iñaki Urdangarin con Diego Torres, se produjo una reacción de incredulidad entre los ciudadanos, pero pronto comenzaron a aflorar datos que ponían en duda la inocencia del marido de la infanta. Al producirse un acontecimiento de este calibre, sufre la familia entera. Los padres y los hermanos desearían apartar cualquier penalidad de los seres queridos, pero no es posible hacerlo, y hay que rendirse a la realidad. Al dejar su hogar en Estados Unidos y volver a España, la situación se volvió muy tensa y la infanta decidió mudarse a Ginebra con su familia. Allí al menos los hijos sentirían menos la presión.

Doña Sofía es una mujer actual, de su época, y como tal no quiere renunciar a nada: es reina; estudiosa de temas de muy variada índole que le permitan conocer mejor el mundo en el que vive y por tanto ser más eficiente; inspira, participa y ayuda a numerosas organizaciones de cooperación y actividades sociales, pero es también madre. Ha tenido que sentir un gran dolor al ver a su hija Cristina en el centro del huracán en que se ha convertido su vida. Los problemas domésticos o profesionales generan siempre inquietud en las parejas, pero si estas dificultades devienen asunto público, el malestar se introduce por todos los resquicios de la convivencia. Y lo

que es muy triste, afecta a los hijos, que se ven inmersos en una situación que no comprenden, pero que les asusta y desestabiliza.

Cuando la reina apareció en una revista de gran tirada, se alzaron voces en contra de esa visita a Washington. Era la madre que acudía al lado de su hija y sus nietos en momentos de crisis. ¿Qué madre no hubiera actuado de esa manera? Unos años después, ya en plena vorágine, asistió al cumpleaños de la infanta Cristina en Ginebra. De nuevo la madre acudía al lado de su hija.

Doña Sofía, tan enamorada de su marido y que vivió el profundo amor entre sus padres, ¿entiende de alguna manera la actitud de su hija con Iñaki Urdangarin? Los tribunales decidirán si hubo delito y la pena que conllevaría. Pero la madre estará siempre junto a su hija. Como harían muchas madres españolas y de otros países del Mediterráneo, pues la familia es la base de la sociedad y un valor universal inherente al ser humano.

Yo os traeré el consuelo

Angrois, 24 de julio de 2013

Una tragedia, y lo que es más triste, evitable, se abatió sobre Galicia. Un tren que llevaba gente alegre que iba a celebrar al día siguiente la ofrenda al apóstol en Santiago, descarriló por exceso de velocidad y, en la curva de la Grandeira, se fue a estrellar contra unas casas de Angrois. La solidaridad de los seres humanos con otras personas que los necesitan es una de las acciones más nobles. Tras el chirrido de las ruedas del tren intentando frenar y derrapando, se oyó un estremecedor estruendo. Luego un breve silencio, al que siguieron gritos escalofriantes: «¡Ayuda, por favor! ¡Sacadme de aquí!». Muchos peregrinos que entraban a la capital de Galicia por el sureste acudieron a auxiliar a las víctimas del accidente. Los vecinos de las casas, que pensaron incluso que se trataba de la explosión de una bomba, se precipitaron también a socorrer a los heridos. Perduraba en el recuerdo el salvaje atentado de Atocha. Todos pugnaban por sacar los cuerpos atrapados entre los vagones aplastados y los hierros retorcidos. Eran muchos los heridos y la angustia de los rescatadores crecía a medida que encontraban cuerpos destrozados y aumentaba el número de fallecidos.

Los servicios de emergencia llegados con prontitud actuaron con eficacia, y las labores de rescate se prolongaron hasta la madrugada. Las primeras luces del alba los encontraron trabajando.

Dos días después de la catástrofe, los reyes don Juan Carlos y doña Sofía se presentaron en el lugar de la tragedia. La reina, con un sencillo sastre negro, y el rey, con corbata negra y apoyándose en sus muletas, compartían el dolor de los ciudadanos. Acompañados por el presidente de la Xunta de Galicia, Núñez Feijóo, y la ministra de Fomento, Ana Pastor, visitaron a los heridos en el hospital universitario de Santiago, y dieron el pésame a los familiares de las víctimas. Allí el rey profirió unas palabras que reconocían la labor de tantos héroes anónimos:

> Está toda España pendiente de esto y realmente todos los españoles se unen al dolor de las familias de los muertos, esperamos que los heridos se vayan recuperando poco a poco (…).

Y añadió:

> Felicitamos a los voluntarios, los profesionales y a los donantes de sangre por cómo se han portado y por el espíritu de ciudadanía que han demostrado. A todos ellos queremos darles las gracias.[162]

Los reyes se desplazaron a continuación al hospital de la Rosaleda, donde se recuperaban otros afectados en el siniestro. Un año después se presentaba un libro de cuarenta y un poemas, de otros tantos autores, promocionado e ideado por la Asociación de los Amigos del Camino de Santiago, con el fin de homenajear a esos «héroes anónimos», que todos anhelamos encontrar en caso de vital necesidad y que son un pilar de la sociedad.

Premio de Poesía Reina Sofía. 2013

En el esplendoroso salón de columnas del Palacio Real, tiene lugar, cada mes de noviembre, la entrega de los Premios de Poesía Reina Sofía. La convocatoria «Poesía en palacio» es muy sugerente y que el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana haya crecido con vigor y unido durante años las dos riberas del océano resulta casi un milagro. La lectura no está tan arraigada en nuestra sociedad y la poesía no es de los géneros más populares. Ese esfuerzo conjunto lo lleva a cabo la Universidad de Salamanca, siguiendo su centenaria vocación de excelencia, y Patrimonio Nacional. Cuentan que doña Sofía no ha fallado ni un solo año desde que se estableció el premio en 1992.

Este galardón reúne los nombres más importantes de la poesía iberoamericana, como el colombiano Álvaro Mutis, las peruanas Blanca Varela y Fina García Muñoz, el uruguayo Mario Benedetti, la española María Victoria Atencia y los españoles José Hierro y Claudio Rodríguez, entre otros poetas excelsos.

Es notable que muchos de esos escritores recibieron antes o después del Premio Reina Sofía de Poesía, los Premios Nacional de las Letras Españolas, Príncipe de Asturias de las Letras o el de Literatura Miguel de Cervantes. Además del reconocimiento al autor, es muy atractiva la publicación antológica de su obra, que edita la Universidad de Salamanca en su colección Biblioteca de América, junto a Patrimonio Nacional. Un volumen de esta antología se encuaderna con primor, para que forme parte de los fondos de la biblioteca del Palacio Real de Madrid, creando así la crónica de las mejores letras en lengua hispana de los siglos XX y XXI.

Entre tantos avatares y zozobras que nos acorralan, bueno es que los futuros españoles e hispanoamericanos comprueben que también hubo quien se preocupó de exaltar el espíritu del ser humano. Cuando la desgracia se abate sobre las personas, siempre encontrarán estas un consuelo, sea cual sea su mal, en unos versos inspirados que sean un bálsamo para el alma.

En 2013 el premio lo recibió la malagueña María Victoria Atencia, que, al recibir la noticia de su elección, reaccionó como los grandes, con humildad: «Yo no me veo así, no soy como ellos, como uno de los grandes poetas».[163]

Faltaba un año y otra convocatoria para que ganara el prestigioso premio, una *jovencita* de ¡noventa y tres años!, la uruguaya Ida Vitale. Una extraordinaria poeta como su predecesora.

Al finalizar la ceremonia, los miembros del patronato y el resto de los participantes en la velada «Poesía en palacio» pasaron a saludar a su majestad a un salón lateral. Los invitados veían a doña Sofía entretenerse con unos y con otros, conversando con todos con una energía envidiable.

Es sabido que existen tres edades en el ser humano: la infancia, la madurez y la «qué bien te veo». Pero en este caso hay que reconocer que la reina parece estar en una excelente forma. ¿Será la alimentación? ¿Será el ejercicio regular? ¿Será una vida metódica? ¿O será también el espíritu, andamio poderoso que sostiene el ánimo y activa el cuerpo amparado por la serenidad de los años?

Amor a la familia

El 25 de noviembre de 2011 celebraba su noventa aniversario uno de los primos más queridos de doña Sofía, Miguel de Rumanía. Este monarca había conocido una infancia turbulenta sufriendo los estertores de la política convulsa que atenazó los Balcanes. Las decisiones de su padre, el rey Carol de Rumanía, tampoco habían aportado al joven príncipe la necesaria estabilidad del hogar. El apoyo de Miguel de Rumanía había sido siempre la familia de su madre, la princesa Helena de Grecia. Tras el advenimiento del comunismo, ya en el exilio, fue de nuevo la familia real griega la que acogió la boda de Miguel con la princesa Ana de Borbón-Parma. La ceremonia tuvo lugar en el palacio real de Atenas, en la que una niña, Sofía de Grecia, hacía de paje junto a sus hermanos Irene y Constantino y su primo Karl de Hesse. De entonces proviene esa sólida amistad que une a doña Sofía con muchos de sus parientes. Como ella decía en una carta al infante don Alfonso de Orleans, *«familien lieb»*, amor a la familia. Se ayudan en las dificultades y disfrutan juntos las alegrías.

Y era el momento de celebrar una de ellas, el noventa cumpleaños del rey Miguel. Doña Sofía había llegado a Bucarest con su hermana la princesa Irene y su prima y gran amiga Tatiana Radziwill con su marido el doctor Fruchaud. La reina llevaba también a un pequeño compañero, su perro Tipsy.

El homenajeado, un rey que vivía en una república, se había ganado la estima no solo de su familia, sino de sus conciudadanos, con una vida ejemplar de honestidad, dignidad y servicio a los demás. Era además, el único testigo desde la jefatura del Estado que había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial. Estas celebraciones estaban destinadas a honrar la trayectoria de toda una vida: el 23 de octubre recibía el doctorado honoris causa por la Universidad de Bucarest; al día siguiente, el rey Miguel condecoraba a ciudadanos rumanos que se había distinguido por su labor, y él mismo era galardonado por su impecable trayectoria, en el palacio Elisabeta, que el propio Gobierno rumano había puesto a su disposición. En el concierto de gala que tuvo lugar el 25, apareció doña Sofía muy elegante con un precioso vestido gris, complementado por un bello chal del mismo tono y unas espléndidas perlas. Se la veía relajada, contenta, sonriente, feliz de estar con todos esos parientes a quienes quiere de verdad. Estaban también presentes los reyes de Suecia, el rey Simeón de Bulgaria, y un numeroso grupo de parientes reales, que compartieron la satisfacción del rey Miguel al comprobar el respeto, bien ganado, de sus compatriotas. Doña Sofía siempre estará con sus parientes en la alegría y en la tristeza. En 1989, estando de viaje en Extremo Oriente, supo del fallecimiento de la princesa Eugenia de Grecia y, desandando lo andado, volvió a tomar un avión, que la llevaría, tras largas horas de viaje, a consolar a su prima y amiga Tatiana Radziwill y a honrar con su presencia a una princesa de la casa de Grecia.

En el mes de mayo de 2013, doña Sofía viajaba a Atenas para disfrutar de la hermosa Pascua ortodoxa. Acudió con su hermana la princesa Irene y el día 4 se instalaron en la espléndida isla de Spetses. Esta isla es un regalo de los dioses. En sus aguas transparentes, sus pueblos blancos arracimados en las colinas, sus cafés a la vera del mar y en la vitalidad mediterránea de sus habitantes se respira alegría de vivir. Se trata de un lugar maravilloso para descansar, pensar y escribir, pero también para indagar en el glorioso pasado de Grecia, ya que abundan los restos arqueológicos. Los ritos ortodoxos son siempre brillantes, pero el gozo de la Pascua ilumina esta época del año. Los fieles participan con inmensa unción, y cuando celebran la resurrección se saludan con unos vibrantes

—Khristós Anésti!

A lo que se ha de responder:

—*Aliciná Anésti!*

Esa infancia feliz que conoció doña Sofía en su país natal vuelve con intensa fuerza en el recuerdo cada vez que la reina está en suelo griego. Los olores, sabores y sonidos familiares se agolpan en el espíritu, impregnándolo de un aura que transforma la nostalgia en presencia de los seres queridos que ya se fueron.

Una triste noticia, el fallecimiento del landgrave de Hesse, primo querido de doña Sofía, reunió en el castillo de Friedrichshof a muchos de sus parientes. Doña Sofía, siempre cariñosa con todos los suyos, acudió a ese funeral de luto riguroso, con su hermano el rey Constantino y el amigo leal, el rey Simeón de Bulgaria. La familia real griega no podía olvidar, al contrario, lo tenía muy presente, el apoyo de Mauricio de Hesse en los dolorosos días del exilio romano, cuando el landgrave puso a disposición de los exiliados su casa de Roma, la esplendorosa Villa Polissena. En esa ceremonia fúnebre encontró la reina a su gran amigo y primo Karl de Hesse, con quien comparte tantos intereses intelectuales y maravillosos recuerdos de la infancia y la juventud.

Y unos meses más tarde tuvo lugar un acto muy emotivo en Atenas. El 5 de marzo de 2014 se mostraba en la Biblioteca Yenadio de la capital griega un vídeo sobre el rey Pablo, para recordar el cincuenta aniversario de su fallecimiento. La película, realizada con amor y admiración, se titulaba *Pablo, un rey excepcional*, y en ella habían participado de manera extraordinaria doña Sofía y su hermano el rey Constantino.

La unión familiar que la reina vivió en su infancia y juventud, el cariño sólido y profundo que se profesaban todos los miembros de la misma desafiaban el paso del tiempo. La lealtad de doña Sofía a sus afectos se hacía patente, una vez más, en el aniversario de la muerte de un ser muy querido, su padre el rey Pablo. Como hicieran en el aniversario de la reina Federica, acudieron el día 6 todos los familiares a una ceremonia ortodoxa en la capilla de Tatoi. Ese *«Familien Liebe»*, ese amor familiar, había congregado en torno a las tumbas de sus seres queridos a los amigos que durante tantos años habían demostrado su lealtad y cariño a la familia real griega. Recordaban allí reunidos al rey Pablo y a la reina Federica, que les habían regalado muchos días felices de los tiempos pasados, que continuaban presentes en la memoria de todos. Es muy posible que se reunieran, en torno a doña Sofía, la princesa Irene y el rey Constantino en fiel amistad, la familia y amigos que compartieron la sabiduría del rey Pablo, la energía euforizante de doña Federica en veranos acariciados por el sol y el espejear del Mediterráneo. Estarían la princesa Tatiana Radziwill con su marido Jean Fruchaud; el primo Miguel de Grecia, el historiador de la familia; el rey Miguel de Rumanía, que tanto apoyo recibió durante su exilio de los reyes Pablo y Federica, y más tarde de su prima la reina de España; el príncipe Karl de Hesse, tan unido a la juventud de doña Sofía; y todo un grupo de parientes cercanos que habían trabado una sólida red de amistad y lealtad, en la alegría y en la tristeza. Doña Sofía cuenta con un rico bagaje de afectos. Los lazos de cariño de la familia real griega trascienden los tiempos y las dificultades y mantienen unidos a unos seres que han aprendido la importancia de los valores familiares.

Doña Sofía siempre conservará una excelente relación con sus parientes de ambas ramas familiares. Al estrecho círculo que forman Tatiana Radziwill, Karl de Hesse o Miguel de Grecia se unen sus primos el duque de Aosta, el príncipe Alejandro de Serbia y la princesa María Luisa de Prusia. En el año 2015 tendrán lugar dos acontecimientos de diversa índole, pero ambos ilustrativos de las preferencias de la reina. En el mes de enero, doña Sofía visitaba en Marbella un centro de ayuda a enfermos de sida, presidido por la princesa María Luisa de Prusia. La

institución se llama Asociación Concordia y lleva a cabo una importante labor de asistencia a un colectivo que, en contra de lo que se cree, crece sin pausa. Esta asociación realiza un trabajo necesario y que al principio sufrió la incomprensión de los vecinos, ya que nadie quería tener cerca una casa que acogiera a esos enfermos. Las causas del contagio no estaban aún muy claras, pues a la novedad de la enfermedad, se unía la especulación de mentes calenturientas. Los comienzos no habían sido fáciles. La propia princesa María Luisa comentaba que habían tenido numerosos problemas, pues les echaban de algunos sitios. También hubieron de afrontar manifestaciones en su contra. Por todas estas razones, doña Sofía había aceptado la presidencia honoraria, y se presentó en Marbella para dar su apoyo a los enfermos. La reina vestía un cómodo traje de pantalón azul cuando llegó al centro. Le acompañaba la princesa María Luisa, que llevaba un alegre vestido de flores. Las dos sonreían y estaba presente la hija de la princesa, Sofía, llamada así por su madrina la reina, que la había sostenido en la pila bautismal en 1979. Pasaron el día en el centro de acogida, hablando con los ciento cincuenta enfermos, que al verla llegar exclamarán: «¡Pero si es la reina! ¡Y está aquí con nosotros!».

Emocionados por el afecto que doña Sofía les demostraba, los enfermos la abrazaban y le besaban las manos. La reina se conmovió de tal manera que lloró con ellos fundida en un abrazo.

En el mes de julio, la familia real de Serbia había organizado una serie de celebraciones para festejar el cumpleaños del príncipe Alejandro. El heredero recibió a sus invitados y les agradeció su asistencia en el palacio Blanco, puesto a su disposición por el Gobierno serbio. Doña Sofía aparecía muy feliz en las fotos de las diversas festividades, como siempre que se reúne con su familia. El sábado comenzó un crucero por los ríos Sava y Danubio. La reina vestía de manera informal, un pantalón blanco y una camisa de colores, e iba acompañada por su hermana doña Irene, que lucía una túnica amarilla y, sobre ese luminoso color, un largo collar de cuentas negras. Favorecida, distinguida. Por la noche, el príncipe heredero y su esposa la princesa Katherine, que es griega de nacimiento, ofrecieron una cena de gala en la que doña Sofía apareció muy elegante, con un top bordado en plata y la falda del mismo tono, y su joya favorita, las perlas. El jefe de la casa real Serbia conocía así días de felicidad —él, que había tenido una infancia tan difícil—, de retorno en su patria y se veía respetado por sus compatriotas y acompañado por esa familia real griega que siempre le había mostrado su cariño.

Abdicación de Juan Carlos I
2 de junio de 2014

Unas semanas después de la emocionante canonización de Juan Pablo II en Roma el 27 de abril, en un lunes soleado de junio, la mayoría del país se iba a despertar con una sorprendente noticia. Los políticos y allegados al poder conocían de sobra los rumores que al respecto corrían por Madrid, pero el pueblo llano, preocupado y atrapado por la crisis, el paro y el éxodo de muchos jóvenes al extranjero para sacar adelante a sus familias, estaba atento a sus circunstancias y remediar sus dificultades.

El presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, compareció con gesto serio para anunciar que el rey Juan Carlos le había trasmitido su voluntad de renunciar al trono. Ante el primer desconcierto, pues algunos todavía se resistían a creerlo, el propio rey comunicaba su decisión a través de un mensaje institucional.

El Consejo de Ministros del día siguiente puso en marcha los trámites de la sucesión, que había de pasar por la aprobación de las Cortes en pleno del día 11 de junio. Quedaba otro hecho importante: la promulgación de la ley orgánica que haría efectiva la abdicación. Este acto tuvo

lugar en el salón de columnas del palacio de Oriente, escenario de numerosas ceremonias relevantes del reinado de Juan Carlos I.

Sin olvidar las dificilísimas circunstancias en las que don Juan Carlos tomó las riendas de la jefatura del Estado y los magníficos resultados obtenidos, tanto en la concordia interior del país como en las florecientes relaciones exteriores, parecía que una nueva savia recorría las venas de la nación. Siempre que hay un cambio en el liderazgo del país, la buena gente quiere creer en la esperanza de un tiempo mejor.

Epílogo

«Hay que renovar el valor,
el ingenio, el éxito, todo.
Hay que aventurarse a renovar en brillantez,
amaneciendo muchas veces como el sol».
BALTASAR GRACIÁN, *Oráculo manual y arte de prudencia*, aforismo 81

Proclamación de Felipe VI
19 de junio de 2014

El amor y el cuidado espiritual y gozoso que la reina siempre profesó a su hijo veían cumplido el objetivo de toda una vida de preparación. Pero era también opinión de muchos que se trataba del momento justo, porque puede suceder en otras monarquías que el heredero ocupe el lugar que le corresponde cuando sea un abuelo experimentado.

Esta mujer, que había querido ser útil por encima de todo, había sabido ser reina, madre, promotora de grandes causas en ayuda de los más necesitados y también ejerce de abuela. Este es un papel de gran interés, pues lo que se trasmite a los niños, aunque parezca que no alcanzan a entenderlo, queda grabado en sus mentes y les será de utilidad el día de mañana.

Los ocho nietos adoran a su abuela. No hay más que ver las múltiples fotos que muestran a la reina Sofía con todos ellos. Corren a fundirse en el abrazo cariñoso de la abuela. Y es ilustrativa en esas ocasiones la expresión gozosa de la reina. Puede estar satisfecha. Todos están sanos y son guapos. Y como niños que son, ávidos por conocer el mundo. Tienen la suerte de tener en su abuela a una gran maestra.

Esa mujer que es reina y ya madre de rey, con su discreta timidez, su curiosidad inagotable, la fortaleza de su espíritu, con un serio sentido del deber y unos sólidos principios, ha cumplido su misión. Existen similitudes entre doña Sofía y la infanta española y reina de Francia, Ana de Austria, hija de Felipe III. Ambas amaban su nación de origen con profunda lealtad y supieron servir a su país de adopción con igual dedicación, Ana a Francia, Sofía a España. Y las dos damas, tiene una y tuvo la otra un hijo adorado que había de ser educado para una importante tarea. La historia nos narra lo que fue Luis XIV para la grandeza de Francia, y la historia nos contará lo que será Felipe VI para España.

El 19 de junio, a las nueve y media de la mañana, se desarrollaba en La Zarzuela una ceremonia de profundo simbolismo: el rey Juan Carlos I imponía a Felipe VI el fajín rojo de capitán general de las fuerzas armadas. Estaban presentes, además de la familia real y del rey, el ministro de Defensa, Pedro Morenés, serio y derecho como un sable, como es habitual en él, el jefe de Estado Mayor y los jefes de Estado Mayor de los tres ejércitos.

Era el primer paso de un día cargado de historia. Ese 19 de junio, el nuevo soberano pronunció un discurso que, de cumplirse, conseguiremos la regeneración ética y moral tan necesaria en la sociedad española. Es lo que esperaba la multitud apiñada en la Carrera de San Jerónimo y sus alrededores.

Mientras aguardaban la llegada de los reyes, los ministros del Gobierno charlaban animadamente y algunos se hacían *selfies* para conservar la imagen del momento, como la inteligente y eficaz ministra Ana Pastor. A las diez y media descendieron del Rolls los reyes y las infantas y fueron recibidos por el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy. Estaban preciosas las infantas con dos vestidos idénticos, Leonor de azul y Sofía de rosa, y su madre, la reina Letizia elegante y sobria en un abrigo de seda marfil con el cuello recamado en pedrería.

El rey recibió los honores militares de rigor y sonó el himno nacional que emocionó a los asistentes y a la gente congregada para ver a la familia real. Era un buen día para escuchar el himno que nos une a todos. Tras ser saludados por el presidente de las Cortes y del Senado, pasó la familia real al hemiciclo abarrotado por el Gobierno, diputados y senadores.

En las tribunas de invitados se reunía la familia del rey y de la reina. Los asistentes observaron una ausencia notable: don Juan Carlos no había querido restar protagonismo a su hijo. El presidente de las Cortes tomó juramento a Felipe VI, ante el presidente del Gobierno. El rey con voz firme y serena declaraba:

—Juro desempeñar fielmente mis funciones, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes y respetar los derechos de los ciudadanos y de las Comunidades Autónomas.

En la tribuna, la dama que había dedicado su vida al servicio del país mostraba una profunda expresión de felicidad. Atronaban en el hemiciclo los gritos:

—¡Viva el rey! ¡Viva España!

Interpretaron de nuevo el himno nacional y después el presidente de las Cortes concluía:

—En cumplimiento de la Constitución, queda proclamado rey de España don Felipe de Borbón y Grecia, que reinará con el nombre de Felipe VI.

La expectación era máxima. El nuevo rey iba a comenzar su discurso, que, de una manera u otra, abría una nueva época. Se acercó al atril y, con gesto decidido, inició la lectura del documento, del que los miles de españoles retuvieron varios puntos fundamentales de interés: «Fe en la unidad de España (…), en esa España en la que caben todos». Y ofrecía «una monarquía renovada». Hizo un reconocimiento al esfuerzo colectivo: «Una nación forjada a lo largo de siglos de Historia por el trabajo compartido de millones de personas de todos los lugares de nuestro territorio», y una referencia a las relaciones exteriores, decisivas para un país con ricas aportaciones culturales de muy diversas procedencias: «España es Europa (…). Con los países iberoamericanos nos unen la historia y lazos muy intensos de afecto y hermandad (…). Nuestros vínculos antiguos de cultura y sensibilidad tan próximos con el Mediterráneo, Oriente Medio y los países árabes nos ofrecen una capacidad de interlocución privilegiada, basada en el respeto y la voluntad de cooperación». Mencionó igualmente un compromiso serio: «La Corona debe (…) velar por la dignidad de la institución, preservar su prestigio y observar una conducta íntegra, honesta y transparente».

En la mente de todos vibraba la sensación de estar viviendo un momento decisivo. Para algunos la ocasión perdida de la república, y para muchos la de la continuidad serena. Había de recordar a su padre, al rey Juan Carlos, al hábil timonel que condujo el país hacia la democracia: «Ante sus señorías y ante todos los españoles —también con gran emoción— quiero rendir homenaje de gratitud y respeto hacia mi padre el rey Juan Carlos I. Un reinado excepcional pasa a formar parte de nuestra historia con un legado político extraordinario».

El rey también se refirió a unos ciudadanos, que con algunos políticos excelentes a la cabeza, supieron apartar las divergencias y buscar el entendimiento para construir un país mejor. No se oía ni un suspiro cuando el monarca continuó: «En la persona del rey Juan Carlos rendimos hoy

el agradecimiento que merece una generación de ciudadanos que abrió el camino a la democracia, al entendimiento entre los españoles y a su convivencia en libertad».

Se interrumpió un instante y se produjo un imponente silencio y, tras la breve pausa, mirando con atención las frases por él escritas, desgranó con emoción contenida: «Y me permitirán también, señorías, que agradezca a mi madre, la reina Sofía, toda una vida de trabajo impecable al servicio de los españoles. Su dedicación y lealtad al rey Juan Carlos, su dignidad y sentido de la responsabilidad son un ejemplo que merece un emocionado tributo de gratitud que hoy —como hijo y como rey— quiero dedicarle».

Un clamoroso aplauso retumbó en la asamblea. Las dos cámaras reunidas refrendaban la admiración de un hijo a su madre. Toda una vida de dignidad al servicio de una institución. A su lado, la infanta Elena contenía sus lágrimas y aplaudía con entusiasmo. La reina, discreta, se levantó para agradecer al rey, a su hijo, su recuerdo y a los diputados, que representaban a los ciudadanos, esa manifestación de admiración y respeto. Estaba hermosa con su vestido claro que reflejaba fulgor, pero otra claridad más intensa emanaba de su interior. El rey Pablo, que ejerció tanta influencia en su hija, vivía de nuevo a través de ese rey de España, que, como doña Sofía ha declarado, tanto se parece a su abuelo materno. Su expresión denotaba la profunda emoción que siente una madre al ver reflejado en el hijo querido a la persona amada que ya está en la luz.

Todas las luminarias del hemiciclo se centraban en esa mujer prudente, de gestos precisos y oportunos, que la llevaban a consolar a la buena gente en los momentos trágicos y de dificultad. Era también para la reina una ocasión que representaba la labor paciente de toda una vida. El sacrificio, la incertidumbre, la soledad, todo había valido la pena ante ese instante de culminación de un objetivo. Doña Letizia, muy pendiente de las infantas durante toda la ceremonia, podía estar satisfecha. Tanto la princesa de Asturias, doña Leonor, como la infanta Sofía se habían comportado durante la solemnidad con una compostura fruto de una magnífica educación.

Los que tengan en la memoria la imagen de la jura el 22 de noviembre de 1975 recordarán la misma premura, la misma atención hacia sus hijos de la reina Sofía. Puede sentirse orgullosa de sus nietas. Su experiencia y conocimiento serán la gran enseñanza para las infantas. Y una de ellas, que será reina de España, aprenderá con doña Sofía cómo a través de los años una reina se había ganado con su comportamiento la admiración de los ciudadanos. En la nube de emoción que rodeaba el salón de plenos, culminaba Felipe VI su alocución: «Señorías, tenemos un gran país, somos una gran nación, creamos y confiemos en ella. Decía Cervantes en boca de don Quijote: “No es un hombre más que otro si no hace más que otro”».

En el balcón de palacio

Las calles que recorrían los reyes estaban adornadas con miles de flores y banderas de España. A lo largo del paseo del Prado, Alcalá, Gran Vía y plaza de España, la gente se había reunido para vitorear a esa joven familia, que asumía un serio compromiso con la nación. En la preciosa y abarrotada plaza de Oriente se veían todo tipo de escenas: señoras maduras envueltas en la bandera de España, apostando por la continuidad y la tranquilidad para sus hijos y nietos, como la guapa duquesa de Maura, que proclamaba de esa guisa su lealtad monárquica; familias enteras con los pequeños enarbolando banderitas y asombrados por el revuelo circundante; padres jóvenes que aclamaban a su coetáneo, que esperaban trabajara para contribuir al bienestar del país… No faltaban los aguafiestas, que increpaban a los que demostraban sin ambages la alegría del momento. Pero eran una minoría.

Aparecieron los nuevos reyes, Felipe VI y Letizia, en el balcón central engalanado con el escudo de España sobre vibrante damasco carmesí. Rodeaba el tapiz una guirnalda de laurel, símbolo de los vencedores. El pueblo de Madrid, espontáneo y bullanguero, estalló en vítores.

«¡Ojalá dure!», pensaban algunos mayores que habían conocido otros entusiasmos velozmente olvidados.

Las infantas saludaban con deliciosos gestos a la multitud que les aclamaba. La reina doña Sofía estaba radiante. En ese balcón aparecía su obra de toda una vida. Concreta, vital. Ella que había conocido el exilio, sabía muy bien lo efímero del triunfo, y por esa razón se había comportado siempre con extremada prudencia. No solo había contribuido, y de manera decisiva, a consolidar la monarquía que su hijo heredaba, sino que completaba un camino que había emprendido ella muchos años atrás. Empezando con la formación del carácter, a través de las enseñanzas recibidas en su casa, la responsabilidad, el servicio a los demás, la clara distinción entre el bien y el mal. Más tarde aprendió la disciplina y el sacrificio en beneficio de la comunidad impuestos en colegio de Salem. Doña Sofía ha conquistado la serenidad, un corazón sabio, que ha amado, y sigue amando. Sus cualidades han ido madurando, y se han fortalecido con los inevitables momentos de prueba que nos inflige la existencia. Se imponía el recuerdo a la reina Victoria Eugenia, cuando aconsejaba que, tras las zozobras de la vida, había decidido no dejarse invadir por la amargura, sino que había resuelto aprender a ser sabia por medio de esas experiencias. Doña Sofía, que se había apartado por propia voluntad del protagonismo que siempre dejaba al rey, ha conseguido hacerse con su propia identidad, defender sus valores y cultivar sus aficiones.

En los últimos años ha tenido que pasar por situaciones tristes y desagradables, pero ella siempre ha permanecido digna, parapetando su reserva tras una agradable sonrisa. Y se ha ganado el respeto de muchos, destacando entre ellos su hijo, el rey, que le hizo el homenaje más bello que se puede hacer a una madre: el agradecimiento al servicio discreto pero eficaz, realizado a través de los años.

Y lo ha conseguido sin muchas palabras expuestas a borbotones, sin grandilocuentes explicaciones.

Doña Sofía ha usado el arma más poderosa, el ejemplo. El olvido de sí misma, para ser útil a los demás. Hace unos años, y en diversas ocasiones, había sido elegida la «española más admirada». La admiración, que a veces es furtiva y perecedera, se ha ido afianzando hacia ella en el sentir popular. Se ha ganado el respeto y estima de un pueblo con el ejemplo diario, que es la verdad más contundente cuando se tiene la fortuna o el pesado deber de estar en la cumbre.

Su saber hacer y discreción la han hecho vadear charcos profundos que hubieran hecho fracasar a muchas personas. Ha conseguido granjearse la estima de personajes como el gran Sabino Fernández Campo, que no era tarea baladí y a él se le ha oído decir: «Cuando la monarquía tiene como principal cometido el simbolismo, la representación y la ejemplaridad, la reina que felizmente nos ha deparado el destino desempeña un papel fundamental para la institución. Su prudencia, su equilibrio, su saber estar en todo momento y su afabilidad; la insaciable curiosidad que le anima, signo de personas inteligentes y cultas que comprenden la posibilidad de incrementar cada día sus conocimientos y desean conseguirlo en todos los ámbitos; los sentimientos artísticos, la bondad y la entrega a las causas benéficas son características que hacen de ella una figura extraordinaria, a la que rindo mi recuerdo imborrable, mi admiración y mi respetuoso afecto».[164]

Bien la conocía el hábil Sabino, que la acompañó en tantos viajes oficiales y pudo comprobar su afán de conocimiento y su curiosidad por lo que la rodeaba. Todos los que han compartido

con ella situaciones similares coinciden en su sentido del deber en el que no hay lugar para las molestas quejas.

A veces la gente de su séquito percibía que parecía como si la climatología extrema, bien por exceso de calor o de frío, no le afectara. Es verdad que las personas que se lamentan sin cesar de las inclemencias meteorológicas, o cualquier otro impedimento, tienen su atención centrada en ese hecho, mientras que las que consiguen focalizar su interés en otros aspectos de la presente realidad consiguen sufrir menos. Es cuestión, como en tantos otros casos, de educación. De educación y de mantener un buen control de la mente, que es algo inherente a la filosofía hindú, por la que doña Sofía siente tanta admiración.

Por otra parte, da la sensación de que sabe muy bien lo que persigue en la vida. Sus objetivos han sido muy claros, y la tenacidad para conseguirlos ha sido constante, sin desfallecimiento, aunque algunas situaciones fueran desagradables o directamente dolorosas. Para toda obra que se desarrolle a lo largo de una vida, es necesario un hondo sentido de la realidad. En cuanto se pierde pie con esta, los resultados son equivocados, porque el inicio se basa en hechos desenfocados. ¡Tantas personas inteligentes se equivocan al estar en su torre de marfil y perder el pulso de lo cotidiano… de lo real!

Estas cualidades hacen de la reina Sofía un activo importante para la Corona, pues su saber estar la ha acompañado en las visitas que ha efectuado a todos los continentes, conversando con gentes muy dispares y saliendo airosa de todos los encuentros. El rey don Felipe es consciente de ello y ha proclamado su admiración hacia la reina y la madre con gestos, pero también con palabras: «Es una excelente marinera. Fue preolímpica y además tiene una memoria asombrosa para recordar rostros, frases, situaciones… Para mí es un continuo ejemplo su dedicación a las tareas de la Corona… Me basta observar sus actividades, sus audiencias, sus viajes… o repasar sus discursos para aprender y asimilar un sinfín de enseñanzas… Me gustaría tener su grandeza de corazón, es muy afectuosa y entrañable, sabe querer y ayudar para facilitar mucho las cosas, porque piensa siempre en los demás. Admiro mucho a la reina. ¡De verdad!».[165]

Si para una madre obtener el cariño de un hijo es sumamente satisfactorio, conseguir no solo su estima sino admiración, es un gran logro. Si ese hijo lo proclama ante toda la nación, significa reconocer *urbi et orbi* el triunfo de toda una vida de dedicación tenaz e inteligente a un objetivo.

Y esa postura del rey Felipe dice mucho en su favor, pues ha reconocido los motivos para la admiración, y con generosidad ha querido agradecerlos a su madre públicamente. Una profesora del rey don Felipe, Carmen Iglesias, pronunció en el homenaje al llorado director de la Academia de la Historia, Gonzalo Anes, esta brillante frase: «La admiración es la gratitud de la inteligencia».

El rey don Felipe siente gratitud hacia su madre la reina Sofía, y esa gratitud honra a ambos. Sin embargo, ella, con todo ese bagaje, se quita importancia: «Hago lo que creo que debo de hacer, que casi siempre es muy poco: sencillamente estar. No pretendo, ¡Dios me libre!, acaparar protagonismo. Yo en mi sitio. Lo mío es facilitar. Lo mío es ayudar. Lo mío es servir».[166]

Pero su continua preocupación, y ocupación, por y para los más necesitados, de manera consistente y sumamente hábil, le ha llevado al centro de la acción desde los años setenta. Son muchos años. Lo que causa más entusiasmo es la certeza de su criterio. De las personas con las que comenzó a colaborar, promocionando las causas que estas defendían, hace treinta o cuarenta años, algunas, como la Madre Teresa de Calcuta o Muhammad Yunus, han recibido el Premio Nobel.

En reconocimiento a su trabajo, doña Sofía estaba el pasado septiembre en la lista de candidatos al Premio Nobel del 2015. Son numerosos los propuestos…

Asomada al balcón del palacio de Oriente en 2014, rodeada de su familia, doña Sofía mostró otra de sus cualidades. Unos años atrás, el rey había declarado: «La reina no sabe lo que es el rencor… Te diría que rumia las cosas por dentro. Interioriza mucho. Y es lenta en sus reacciones porque no le gusta improvisar, o no quiere, o no sabe. Eso también tiene sus ventajas: piensa más, decide mejor, va más segura a los asuntos…».[167]

Ante los ojos de todo el país y de las cámaras de televisión del mundo entero, doña Sofía tiene uno de esos gestos que le han ganado la simpatía y el respeto de muchos, incluso de algunos republicanos. Se acerca a su marido y aflora su mejilla con un tierno beso. Don Juan Carlos no retribuye la caricia.

La reina Sofía mira a sus nietas y sonríe.

La princesa de Grecia y reina de España nos deja una frase que contiene su deseo ferviente: «Mas que pasar a la Historia, me gustaría ser recordada por quienes me han conocido como alguien que supo realizar su tarea y ser útil a los demás».

Agradecimientos

A sus majestades los reyes de Bulgaria, doña Beatriz de Orleans y Borbón, princesa doña Ascania Spadafora, su eminencia cardenal José Manuel Estepa, príncipe Sforza Rúspoli, excelentísimos señores don Marcelino Oreja, Alfonso Osorio, Antonio Oyarzábal, José Ángel Sánchez Asiaín, Salvador Sánchez-Terán, Fernando Villalonga, su eminencia reverendísima monseñor Salvador Domato, R.P. Ángel García, doña Casilda Gallo, por su generosa y documentada contribución.

A mi hijo Carlos, que a pesar de sus muchas ocupaciones encontró tiempo para leer el manuscrito. Gracias por tus sugerencias.

A Ricardo Mateos, riguroso documentalista y, sobre todo, amigo.

A Fernando López-Chicheri y Álex del Rosal, que esclarecieron mis dudas.

A Rosa de la Fuente y María Victoria Audibert, que me acompañaron en esta travesía.

A Ymelda Navajo, que pensó en mí para esta crónica.

Al equipo de La Esfera de los Libros, por su trabajo en esta publicación.

Bibliografía

Libros

AREILZA, José María, *A lo largo del siglo*, Planeta, Barcelona, 1992.
BROOKS, David, *The Road to Character*, Random House, Nueva York, 2015.
CAROL, Marius, *Un té en el Savoy*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.
CELADA, Eva, *Irene de Grecia. La princesa rebelde*, Plaza & Janés, Barcelona, 2007.
CLOGG, Richard, *A Concise History of Greece*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013.
CORTÉS-CAVANILLAS, Julián, *Crónica de Juan Carlos rey*, Alce, Madrid, 1978.
DIMITRIAKIS, Panagiotis, *Greece and the English. British Diplomacy and the Kings of Greece*. Tauris Publishers, Londres, 2009.
EADE, Philip, *Young Prince Phillip. His turbulent Early Life*, Harper Press, Londres, 2011.
EISENBUD, Merrill, *An Environmental Odyssey. People, Pollution & Politics in the Life of a Practical Scientist*, University of Washington Press, Washington, 1990.
ESTULIN, Daniel, *La verdadera historia del Club Bilderberg*, Ediciones B, Barcelona, 2008.
FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1967.
GARCÍA ABAD, José, *La soledad del rey*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
GOULD LEE, Arthur, *The Royal House of Greece*, Ward Lock & Co., Londres, 1948.
HALL, Judy, *La Biblia de los cristales*, Gala Ediciones, Madrid, 2005.
LAOT, Françoise, *Juan Carlos y Sofía*, Espasa Calpe, Madrid, 1987.
LÓPEZ RODÓ, Laureano, *La larga marcha hacia la monarquía*, Noguer, Barcelona, 1977.
MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, Ricardo. *La familia de la reina Sofía*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
—, *La reina Sofía*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
—, *Joyas reales, fastos y boato*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
MUKUNDA, Gautam, *Indispensable, When Leaders Really Matter*, Harvard Business Review Press, Boston, 2012.
NOURRY, Philippe, *Juan Carlos, un rey para los republicanos*, Planeta, Barcelona, 1986.
OREJA, Marcelino, *Memoria y esperanza*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011.
PARROTTA, Ricardo, *Las mejores anécdotas de la reina*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
PODESTÁ, Mario, *Madre*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
PRESTON, Paul, *Juan Carlos, el rey de un pueblo*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003.
RAYÓN, Fernando, *Sofía. Biografía de una reina*, Taller de Editores, Madrid, 2000.
—, *Boda en Atenas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
SÁNCHEZ-TERÁN, Salvador, *De Franco a la Generalitat*, Planeta, Barcelona, 1988.
—, *La Transición. Síntesis y claves*, Planeta, Barcelona, 2008.
URBANO, Pilar, *La reina*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996.
VAN DER KISTE, John, *Kings of the Hellenes. The Greek Kings 1863-1974*, Sutton Publishing, Stroud, 1999.
VICKERS, Hugo, *Alice, Princess Andrew of Grece*, Hamish Hamilton, Londres, 2000.
YUNUS, Muhammad, *Il Banchiere dei Poveri*, Universale Economica Feltrinelli, Milán, 2000.
YUSTA VIÑAS, Cecilio, *Alfonso de Orleans y de Borbón, infante de España y pionero de la aviación española*, Fundación Aeronáutica y Astronáutica Españolas, Madrid, 2011.
ZIEGLER, Phillip, *From Shore to Shore. The Final Years. The Diaries of Earl Mountba tten of Burma, 1953-1979*, Collins, Londres, 1989.

Soportes electrónicos

http://www.abc.es/informacion/boda/biografia_Letizia%20ortiz/07.asp
http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewFile/456/457
http://arquehistoria.com/historias-del-mito-griego-del-vellocino-de-oro-379

http://aviones increibles.blogspot.al/2010/09 short-sunderland.html
http://books.google.es//books?id=So1DxvDOV4C&pg=PA36&lpg=PA36dq=ba
http://burgospedia1.wordpress.com/2010/02/08ano-1970-el-proceso-ó-juicio- de b
https://books.google.es/books?dq=ruy-gonzalez-de-clavijo&dr=&as_drrb_is=9&
http://www.casareal.es/Es/Actividades/Paginas_actividades_activida des_detalle.aspx?data11573
http://casareal.es/Es/Actividades/Paginas/actividades_discursos_detalle.aspx?data=1721
http://comerviajaramar.com/2014/09/17/asi-fue-hace-50-años-la-bo da-de-Cons tantin
http://comprenderesaliviar.com/2013/04/02/mi-historia-con-somaly mam
http://cssbl.com/aire/2gm/alemania/ju87.html
http://diariodeleon.es/noticias/revista/anecdotas/principe_137694.html
http://elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2013-06-22/ruy-gonza lez-de-clavijo
http:/www.europapress.es/economia/noticia-quien-forma-parte-selecto-misterioso-club-bilderberg-20140531084632.html
http://elpais.com/diario/1986/01/31/espana/507510008_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/10/30/sociedad/909702001_ 850215html
http://elpais.com/diario1976/06/01españa/202428026_850215.html
http://es.wikipedia.org/wiki/Coronacio%C3n_del_monarca_brit%C3A1nico
http://eu.wikipedia.org/wiki/Evzones Ceremonial_uniforms
http://eu.wikipedia.orgwiki/luftwaffe
http://www.facebook.com/permalink.php?id=110748715733777&story:fbid=359911750817471
http://fpa.es/es/cargarAplicacionPremiadoCompleto.do
http://fundacionfranciscoumbral.es/articulo
http://www.greciadeluxe.es/2012/01/la-pascua-semana-santa-griega.html
http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1988/ 06/20/072.html)
http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/ madrid/abc/2001/09/ 13/053.html
http://www.ipsnoticias.net/2004/08/portugal-neoliberalismo-la-nueva-fe-de-los-ex
http://www.kamakoti.org/souv/5-35.html
http://lasislasgriegas.blogspot.ae/2009/05vientos.html
http://lafamiliarealgriega.blogspot.com.es/2014/03/el-rey-pablo-de-gre cia.html
http://muhammadyunus.org/index.php/91-news/1437-yunus-center-s-responses-t
http://nationalgeographic.com.es/articulo/viajes/rutasyescapadas/7895/isla_c
http://www.rtve.es/alacarta/videos/especiales-informativos-discurso-inte gro-del-rey
http://vellmari.com-formentera-tortugas-marinas

Diarios

ABC
El Mundo
El País
La Razón

Revistas

Historia y Vida, nº 572, pp. 30-39 y 64-71.
Royalty Digest, nº 105, marzo de 2000, pp. 274-275-276.

Notas

1 Juan XXIII, Angelo Roncalli, fue visitador apostólico en Bulgaria de 1925 a 1931 y delegado apostólico. Nuncio en París de 1944 a 1953.

2 Este «privilegio de blanco» se remonta, según foros de la realeza, al tiempo de Isabel la Católica, por su decidido trabajo en favor de los derechos de los naturales de Indias. En cambio otras fuentes sitúan su origen en una audiencia del papa Pío VII a la reina María Luisa de Parma que vivió tantos años exiliada en Roma.

3 Fernando Rayón, *Sofía. Biografía de una reina*, Taller de Editores, Madrid, 2000, p. 34.

4 David Horbury, «To be Remembered For a Lifetime», *Royalty Digest*, n. 105, marzo de 2000, p. 274.

5 F. Rayón, *Sofía.*… ob. cit., p. 37.

6 *http://neoskosmos.com/news/en/When-Greece-said-No-oxi-day.*

7 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2000, p. 44.

8 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p. 43.

9 La princesa Elena había estado casada con el príncipe Nicolás y era la madre de Marina, duquesa de Kent; de Olga, casada con Pablo de Yugoslavia; y de Isabel, condesa de Toerring-Jettenbach. La princesa Alicia de Battenberg era la esposa del príncipe Andrés de Grecia y la madre de Felipe de Grecia, futuro duque de Edimburgo.

10 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p. 71.

11 *Ibidem*, p. 79.

12 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía*, Aguilar, Madrid, 2008, p.141.

13 Los *ezvones* conformaban el batallón de élite de infantería ligera del Ejército griego. Su uniforme data de los tiempos de la lucha de los griegos contra la ocupación otomana. Está compuesto por la *fustanela*, que cuenta con cuatrocientos pliegues, uno por cada año de dominio turco; consta también del *farion* o birrete escarlata; *ypodetes*, camisa blanca de mangas anchas; *krossia*, cintas de color azul y blanco, los colores de la bandera; *epiknemides* o *kaltsodetes*, liga de seda negra que sujeta las medias; *periskelides*, medias de lana blanca; *tsaroukia*, zuecos de cuero rojo con pompón negro y *fermeli*, casaca bordada en blanco o dorado.

14 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p.126.

15 *Ibidem*, p.131.

16 *Ibidem*, p.156.

17 *Ibidem*, p. 137.

18 *Ibidem*, p. 163.

19 *Ibidem*, p. 258.

20 Mateos Sáinz de Medrano, *La familia de la reina Sofía*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004, p. 132.

21 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas de la reina*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009, p. 71.

22 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p. 265.

23 *Ibidem*, p. 189.

24 Mateos Sáinz de Medrano, *La familia…*, ob. cit., p. 298.

25 *Ibidem*, p. 126.

26 F. Rayón, *Sofía.*… ob. cit., p. 71.

27 *Ibidem*, p. 74.

28 María Bonaparte fue autora, entre otros, de *Psicoanálisis y antropología; Psicoanálisis y biología* y *Mi vida y el psicoanálisis*.

29 F. Rayón, *Sofía.*… ob. cit., p. 75.

30 *Ibidem*, p. 75.

31 Françoise Laot, *Juan Carlos y Sofía*, Espasa Calpe, Madrid, 1987, p. 57.

32 Fernando Rayón, *La boda de Juan Carlos y Sofía*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, p. 38.

33 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p. 208.

34 Merril Eisenbud, *An Environmental Odyssey. People, Pollution & Politics in the Life of a Practical Scientist*, University of Washington Press, Washington, 1990, p. 118.

35 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 315.

36 *Ibidem*, p. 315.

37 Marius Carol, *Un té en el Savoy*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2012, p. 32.

38 *Ibidem*, p. 32.

39 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., pp. 288 y 289.

40 Fernando Rayón, *Sofía.*…, ob. cit., p. 92.

41 José Apezarena, *Todos los hombres del rey*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997, pp. 114 y 178.

42 *http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/Madrid/abc/2001/09/137053.html.*

43 Françoise Laot, *Juan Carlos.…*, ob. cit., p. 71.

44 Fernando Rayón, *Sofía.*…, ob. cit., p. 93.

45 Marius Carol, *Un té*…, ob. cit., p. 41.

46 Fernando Rayón, *Sofía.*…, ob. cit., p. 102.

47 Paul Preston, *Juan Carlos, el rey de un pueblo.* Plaza & Janés, Barcelona, 2003, p. 195.

48 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, pp. 336-337.

49 Julián Cortés-Cavanillas, *Crónica de Juan Carlos rey*, Alce, Madrid, 1978, p. 126.

50 Fernando Rayón, *Sofía.*…, ob. cit., p. 104.

51 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones.*…, ob. cit., p. 345.

52 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p. 180.

53 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía*, ob. cit., p. 177.

54 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones.*…, ob. cit., p. 369.

55 Françoise Laot, *Juan Carlos.…*, ob. cit., p. 115.

56 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p. 246.

57 *Ibidem*, p. 247.

58 Panagiotis Dimitriakis, *Greece and the English, British Diplomacy and the Kings of Greece,* Tauris Academic Studies, Londres, 2009, p.101.

59 Panagiotis Dimitriakis, *Greece and the English…*, ob. cit., p.103.

60 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones.*…, ob. cit., p. 374.

61 Ricardo Mateos Sáinz de Medrano, *Los infantes de Andalucía*, Velecio Editores, Madrid, 2005, p. 220.

62 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias*, ob. cit., p. 302.

63 *Ibidem*, p. 307.

64 F. Rayón, *Sofía.*…, ob. cit., p. 130.

65 *«The cathedral was even more sumptuously arranged then for Sophie's wedding, and, of course, there were many more kings and queens and important members of the family».* Philip Ziegler, *From Shore to Shore. Final Years. The Diaries of Earl Mounbatten of Burma.* Collins, Londres 1953-1979, p. 79.

66 *http://www.kamakoti.org/souv/5-35.html*.

67 *Ibidem*.

68 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones.*…, ob. cit., p. 500.

69 Pilar Urbano, *La reina*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 256.

70 Marius Carol, *Un té*…, ob. cit., p. 79.

71 *Ibidem*, p. 81.

72 Paul Preston, *Juan Carlos.…*, ob. cit., p. 203.

73 Lilika Papanicolaou, *Federica, Mission of a Modern Queen*, Publishers Enterprises Group Ltd, Malta, 1994, pp. 372-374.

74 José Apezarena, *El príncipe. Cómo es el futuro Felipe VI*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000, p. 21.

75 Declaraciones a la Agencia EFE, 7 de enero de 1969.

76 Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la monarquía*, Noguer, Barcelona, 1977, pp.280-281.

77 *Ibidem*, pp. 331-332.

78 Paul Preston, *Franco, caudillo de España*, Debolsillo, Barcelona, 2006, pp. 141-142.

79 José García Abad, *La soledad del rey*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004, p. 121.

80 Françoise Laot, *Juan Carlos.…*, ob. cit., pp. 90-91.

81 *Ibidem*, p. 91.

82 José María de Areilza, *A lo largo del siglo*, Planeta, Barcelona, 1992, pp. 184.

83 Laureano López Rodó, *La larga marcha*…, ob. cit., p. 340.

84 Françoise Laot, *Juan Carlos.…*, ob. cit., pp. 96.

85 Pilar Urbano, *La reina.…*, ob. cit., pp. 339-340.

86 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 310.

87 Stanley Paine y Jesús Palacios, *Franco, mi padre*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008, p. 120.

88 Ricardo Mateos, *La familia de la reina Sofía*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004, p. 41.

89 Laureano López Rodó, *La larga marcha*…, ob. cit., p. 457.

90 *Ibidem*, p. 462.

91 Citado por Joaquín Satrústegui en un texto publicado en *ABC*, 20 de junio de 1988. *http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1988/06/20/072.html*.

92 Salvador Sánchez-Terán, *La Transición, síntesis y claves*, Planeta, Barcelona, 2008, p. 80.

93 Marius Carol, *Un té*…, ob. cit., p. 115.

94 Julián Cortés-Cavanillas *Crónica de Juan Carlos rey*, Alce, Madrid, 1978, p. 69.

95 Copia literal de la matriz que obra en el Protocolo del Ministerio de Justicia, para el excelentísimo señor don Carlos Abella y Ramallo. Ejemplar número 82/100.

96 Philippe Nourry, *Juan Carlos, un rey para los republicanos*, Planeta, Barcelona, 1986, p. 25.

97 Pilar Urbano, *La reina.*…, ob. cit., p. 265.

98 Fernando Rayón, *Sofía.*…, ob. cit., p. 164.

99 Julián Cortés Cavanillas, *Crónica de Juan Carlos…*, ob. cit., pp.74, 75, 76, 77. (Homilía del cardenal Tarancón).

100 Julián Cortés Cavanillas, *Crónica de Juan Carlos…*, ob. cit., p. 182. *http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1975/11/ 30/061.html.*

101 *http://kamakoti.org/souv/5-35.html*.

102 Salvador Sánchez-Terán, *De Franco a la Generalitat*, Planeta, Barcelona, 1988, p. 48.

103 *Ibidem*, p. 49.

104 *Ibidem*, p. 51.

105 *Ibidem*, pp. 53-54.

106 Salvador Sánchez-Terán, *La Transición, síntesis.*…, ob. cit., p. 90.

107 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 304.

108 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía.*…, ob. cit., p. 214.

109 Julián Cortés Cavanillas, *Crónica de Juan Carlos.…*, ob. cit. pp. 408-409 y 415.

110 Salvador Sánchez-Terán, *La Transición, síntesis.*…, ob. cit., p. 77.

111 *Ibidem*, p. 118.

112 Julián Cortés Cavanillas, *Crónica de Juan Carlos…*, ob. cit. p. 363.

113 *Ibidem*, pp. 135-136.

114 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía.*…, ob. cit., p. 236.

115 *Ibidem*, p. 241.

116 Entrevista de Ascania Baldasseroni a Muhammad Yunus en el programa de televisión *Mai Più Povertà*, marzo de 2008.

117 *Ibidem*.

118 José María de Areilza, *A lo largo del siglo*, Planeta, Barcelona, 1992, p. 248.

119 Salvador Sánchez-Terán, *De Franco a la...*, ob. cit., p. 232.

120 Pilar Urbano, *La reina.*…, ob. cit., p. 275.

121 Marcelino Oreja, *Memoria y esperanza*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011, p. 260.

122 Françoise Laot, *Juan Carlos.*…, ob. cit., p. 141.

123 *Ibidem*, p. 177.

124 Carlos Abella, *Memorias confesables*, Libros Libres, Madrid, 2005, p. 101.

125 *The New York Post*, Nueva York, 1975, citado en Françoise Laot, *Juan Carlos.*…, ob. cit., p. 33.

126 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 234.

127 Entrevista de la periodista Marisa González en el programa de radio *Primera hora*, noviembre, 1988.

128 S.A.R. la reina Federica de Grecia, *Memorias.*… ob. cit., p. 305.

129 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 307.

130 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía.*…, ob. cit., p. 229.

131 José María de Areilza, *A lo largo del…*, ob. cit., p. 262.

132 Pilar Urbano, *La reina.*…, ob. cit., p. 297.

133 *http://www.fpa.es/es/fundacion/estatutos*.

134 Françoise Laot, *Juan Carlos.*…, ob. cit., p. 276.

135 *http://www.facebook.com/permalink.php?id=110748157337777&story_fbid=359911750817471*.

136 Françoise Laot, *Juan Carlos.*…, ob. cit., p. 173.

137 *Ibidem*, p. 175.

138 Fernando Rayón, *Sofía.*… ob. cit., p. 216.

139 *http://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida-/2013-06-22/ruy-gonza lez-de-clavijo*.

140 Françoise Laot, *Juan Carlos.*…, ob. cit., p. 182.

141 *El País*, 31 de enero 1986.

142 Las medallas de oro fueron: Fermín Cacho en 1.500 metros; Daniel Plaza, atletismo; José Manuel Moreno, ciclismo en pista; equipo masculino de fútbol y equipo femenino de hockey sobre hierba; Almudena Muñoz y Miriam Blanco en judo; Juan Carlos Holgado, Alfonso Menéndez y Antonio Vázquez, tiro al arco; José van der Ploeg, vela; Francisco Sánchez, vela; Jordi Calafat, vela; Teresa Zabell y Patricia Guerra, vela; Luis Doreste y Domingo José Manrique, vela.

143 *http://diariodeleon.es/noticias/revista/anecdotas/principe_137694.html*.

144 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía.*…, ob. cit., p. 220.

145 Pilar Urbano, *La reina.*…, ob. cit., p. 287.

146 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 312.

147 *http://fundacionfranciscoumbral.es/articulo.php?id=3976ta*.

148 Parece ser existen dos perlas con el nombre de la Peregrina. La original fue descubierta en el archipiélago de las Perlas, en Panamá, en el siglo XVI, y ofrecida a Felipe II. Robada por José Bonaparte, la llevó a Estados Unidos, volvió a Europa y de nuevo a América de manos de Liz Taylor. La Peregrina II, bellísima perla en forma de lágrima, fue regalada por Alfonso XIII a la reina Victoria Eugenia.

149 Pilar Urbano, *La reina.*…, ob. cit., p. 229.

150 *El País*, 30 de octubre de 1998, *http://elpais.com/diario/1998/10/30/sociedad/90970200_850215html*.

151 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía.*…, ob. cit., p. 31.

152 Fernando Rayón, *Sofía.*… ob. cit., p. 210.

153 Carmen Enríquez y Emilio Oliva, *Doña Sofía.*…, ob. cit., p. 21.

154 *Ibidem*, p. 38.

155 *Ibidem*, p. 36.

156 Fernando Rayón, *Sofía.*… ob. cit., p. 230.

157 Entrevista de Ascania Baldasseroni a Muhammad Yunus en el programa *Mai Più Povertà*, marzo de 2008.

158 *http://www.casareal.es/Es/Actividades/Paginas/actividades:discursos_deta lle.aspx?data=1721*.

159 Entrevista de Ascania Baldasseroni a Muhammad Yunus en el programa *Mai Più Povertà*, marzo de 2008.

160 *http://comprenderesaliviar.com/2013/04/02/mi-historia-con-somaly-mam*.

161 Pilar Urbano, *La reina.*…, ob. cit., p. 346.

162 *http://www.casareal.es/Es/Actividades/Paginas/actividades_actividades_de talle.aspx?data11573*.

163 *El País*, 6 de mayo 2014 (sección de cultura).

164 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 288.

165 Pilar Urbano, *La reina.*…, ob. cit., p. 349.

166 Ricardo Parrotta, *Las mejores anécdotas…*, ob. cit., p. 305.

167 *Ibidem*, p. 283.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Pilar de Arístegui Petit, 2016
© Del prólogo: padre Ángel, 2016
© La Esfera de los Libros, S.L., 2016
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): octubre de 2016
ISBN: 978-84-9060-834-0 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.